PLAGA DEL ESPACIO
HARRY HARRISON



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

GUÍA DEL LECTOR

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra

BRAMLEEY: Capitán de la nave espacial «Pericles».

BURGER: Conservador del parque zoológico de Nueva York.

BURKE: General del ejército de las Naciones Unidas.

CHABEL: Profesor del Departamento de Salud Mundial.

HABER DENNIS: Teniente del ejército.

HADLEY: Agricultor, enfermo al cuidado de Stissing.

KILLER DOMÍNGUEZ: Alegre y simpático conductor de ambulancias.

MACKAY: Jefe del Departamento de Medicina Tropical.

MILES: Policía afectado por la plaga del espacio.

NITA MENDEL: Bella doctora patóloga, del Hospital Bellevue.

PERKINS EDDIE: Doctor jefe de operadores.

RAND: Comandante de la nave espacial «Pericles».

SAM BERTOLLI: Doctor interno en el Hospital Bellevue.

STISSING: Anciano doctor rural.

WEEKE: Tripulante de la nave espacial «Pericles».

YASUMURA STANLEY: Ingeniero especialista en naves espaciales.

A *Hubert Pritchard en recuerdo de los muchos días agradables desde 117*

Librodot

CAPÍTULO PRIMERO

EL DOCTOR Sam Bertolli se encorvó hacia delante, sobre el tablero de ajedrez, y frunció el ceño con tanto rigor que sus espesas y negras cejas se tocaron, formando un solo alero por encima de los ojos; luego, despacio, alargó la mano para adelantar un cuadro el peón de rey. Sólo se relajó

cuando en la pantalla brilló la luz verde: había efectuado el movimiento correcto, el mismo que ejecutó Fischer en Berlín, el año 1937. El tablero zumbó entonces ligeramente y el alfil contrario se deslizó en diagonal, deteniéndose tras avanzar otro cuadro. El computador repetía el juego de Botvinnik, oponente de Fischer en aquella histórica partida, y el movimiento era tan inesperado como sutil. Sam volvió a arrugar el entrecejo y se inclinó sobre el tablero.

Al otro lado de la mesa de acero inoxidable, Killer volvió la página de una revista: el papel crujió sonoramente en medio del intenso silencio de la Sala de Urgencia. Fuera del hospital, la urbe emitía su prolongado y sordo alboroto, un estrépito que les circundaba, aunque se mantenía a distancia... pero dispuesto siempre a romper el cerco y entrar. Doce millones de personas moraban en el gran Nueva York y, en cualquier momento, uno o varios de esos ciudadanos podía ingresar en el establecimiento, lívido a causa de alguna conmoción o con la piel azulada por culpa de la cianosis. Allí, sobre aquella misma mesa -en la que se apoyaban con tanta indiferencia-, se habían rasgado ropas empapadas de sangre, mientras la en aquel momento silenciosa habitación recibía los gritos de los vivos y los gemidos de los moribundos.

Sam cambió de sitio el caballo de reina, para detener el ataque que se avecinaba. Centelleó el semáforo rojo -no era el movimiento que había realizado Fischer- y en aquel preciso instante cobró vida sonora el timbre adosado a la pared.

Killer se puso en pie y había franqueado el umbral de la puerta casi antes de que la revista llegase al suelo. Sam se tomó el tiempo necesario para guardar el tablero en un cajón, de forma que nadie pudiera atropellarlo; sabía por experiencia que la ficha tardaba un par de segundos en poder ser marcada. Tuvo razón; justo en el momento en que llegaba al tablero de llamadas, el extremo de la tarjeta salía de la ranura del panel; mientras tiraba de ella con la mano derecha, el pulgar de la izquierda apretó el botón de *aceptado.* Después corrió al exterior. La puerta de la ambulancia estaba abierta de par en par y Killer ya había puesto en marcha la turbina. Sam saltó dentro del vehículo y se agarró al agarradero de seguridad para aguantar la brusca partida: a Killer le gustaba salir disparado como un cohete. La ambulancia se estremecía como consecuencia de las revoluciones de la turbina y sólo la potencia de los frenos la retenía. En el mismo segundo en que Sam tocó el asiento, Killer soltó el freno y se aplicó al acelerador... La ambulancia dio un brinco hacia delante y el súbito impulso cerró de golpe la portezuela. Se lanzaron a toda velocidad, rampa abajo, hacia la entrada de la calle.

-¿Dónde es éste, doctor?

Sam escudriñó las letras en clave.

-En la esquina de la calle Decimoquinta y la Séptima Avenida. Un 7-11, un accidente de alguna clase, sufrido por una sola persona. ¿Crees que puedes sostener derecho este vertiginoso armatoste durante cosa de treinta metros, mientras saco el botiquín quirúrgico?

-Aún hemos de recorrer tres manzanas, antes de doblar -repuso Killer, imperturbable-. Según mis cálculos, dispone usted de siete segundos largos para coger

lo que desee.

-Gracias -dijo Sam, y se retorció, incorporándose para descolgar la caja de acero gris sujeta a la pared del vehículo, en su parte posterior. Volvió a sentarse y la depositó en el suelo, sosteniéndola entre las piernas mientras observaba los edificios y los inmóviles coches que iban dejando atrás. La llamada de urgencia había sido transmitida por radio a los servicios de regulación de tránsito y las luces de aviso se encendieron en los cuadros de mando de todos los automóviles situados en un campo de cuatro manzanas de casas, cuyo centro era la ambulancia. Esas luces ordenaban a los conductores que se acercasen al bordillo y frenasen sus vehículos. Los semáforos presentaban su círculo verde a la ambulancia y el ulular de la sirena mantenía la calle desierta de peatones. Continuaron rodando celéricamente, a través de un panorama de vehículos petrificados y de rostros expectantes, donde todas las miradas se volvían hacia la rauda forma blanca de la ambulancia.

El doctor Sam Bertolli permanecía estoicamente sentado, balanceándose al compás del rápido movimiento, con su semblante de cuadrada mandíbula tranquilo y encalmado. Aquella parte de la misión correspondía a Killer: llevarle a la escena de la emergencia, y el médico consideraba una tontería malgastar el tiempo en especulaciones acerca de lo que encontraría allí. No iba a tardar mucho en saberlo. Sam era un hombre gigantesco, de enormes manos con falanges y nudillos cubiertos de vello rizado y negro, intensamente negro. Por muy a menudo que se afeitara el rostro, sus mejillas siempre tenían una tonalidad azulada, y eso, junto al surco permanente que se le formaba entre las cejas, le proporcionaba aún más aspecto de policía o de boxeador. Sin embargo, era médico, y de los buenos; el año anterior había llegado a la cumbre del doctorado. En cuestión de pocas semanas, para últimos de junio, terminaría su período de internado y empezaría una residencia. Llevaba firmemente empuñadas las riendas de su vida.

Killer Domínguez parecía su antítesis. Esbelto, con una cabeza desproporcionadamente grande, era nervioso y se erguía tenso, como un gallito enano en una granja de águilas. Sus huesudas manos apretaban el volante con fuerza, rígidos y nudosos los músculos, mientras sus mandíbulas masticaban inquietas una pastilla de goma. Un grueso cojín le levantaba hasta la posición adecuada de conductor y sus minúsculos pies daban la impresión de alcanzar los pedales a duras penas... No obstante, era el mejor conductor de todos los que prestaban servicio en el hospital, donde ingresó después de dieciséis años de experiencia, al volante de un taxi. Las calles de la ciudad eran su mundo y sólo se sentía a gusto cuando gobernaba por ellas, a toda marcha, unas cuantas toneladas de acero con ruedas y motor. Neoyorquino de octava generación, armonizaba perfectamente con aquella existencia y no podía imaginar otra.

Chirriaron los neumáticos al torcer para entrar en la Séptima Avenida y dirigirse hacia el grupo de personas congregadas en una esquina: un agente de policía, uniformado de azul, les hizo señas para que se acercasen al bordillo de la acera.

-Un accidente, doctor -comunicó a Sam, mientras éste se apeaba con la pesada caja de acero-. Estaba manipulando un ascensor urbano, uno de esos antiguos, y, no sé cómo, pasó la pierna por encima del borde. Casi se la cercenó, antes de que se detuviera el ascensor. Me encontraba justamente al otro lado de la esquina y oí sus alaridos.

Sam dirigió un rápido vistazo al policía, al tiempo que la gente se separaba, abriéndoles paso. Era joven y estaba un poco nervioso, pero se dominaba bastante bien. El ascensor apareció luego frente a ellos y Sam contempló el cuadro meticulosamente, antes de destapar su caja de instrumental.

El ascensor se hallaba a unos treinta centímetros más abajo del nivel de la calle y en su suelo yacía un hombre corpulento y canoso, de unos sesenta años de edad, con la

pierna izquierda doblada bajo el cuerpo, en medio de un charco de sangre oscura. La derecha estaba cogida entre el borde metálico del ascensor y el fondo de la abertura del piso de la acera. El hombre tenía los ojos cerrados y la piel de un color blanco de cera.

-¿Quién sabe cómo funciona este ascensor? -interrogó Sam a la multitud de rostros curiosos.

La gente se apartó, empujada por un adolescente que se abrió camino, presuroso, desde la parte de atrás del grupo.

-Yo, doctor, puedo ponerlo en marcha. No cuesta nada. No hay más que oprimir el botón rojo para que descienda y el negro para que suba.

-¿Tus conocimientos son teóricos... o ya has maniobrado otras veces con el montacargas? -preguntó Sam, mientras adosaba el indicador de pulso a la muñeca del herido.

-¡Lo he manejado un sinfín de veces! -respondió el muchacho con ofendida inocencia-. He bajado bultos para...

-Eso está muy bien -le interrumpió el médico-. Hazte cargo de los botones y, cuando te lo diga, bajas el ascensor poco más de un palmo. Y cuando te avise, lo subes hasta el nivel de la acera.

Las esferas del contador efectuaron al instante los registros oportunos. El pulso era demasiado lento y demasiado bajo para un hombre de aquella edad, lo mismo que la presión sanguínea. La temperatura resultaba inferior a lo normal. Postración nerviosa y probable pérdida de gran cantidad de sangre; desde luego, había mucha en el suelo del montacargas. Sam observó que la pernera derecha de los pantalones había sido rasgada y separó la tela a ambos lados. La pierna del hombre casi estaba desunida del todo, por encima de la rodilla, y un negro cinturón de cuero se apretaba alrededor del muñón, hundiéndose profundamente en la blanca carne. Sam alzó la cabeza y miró hacia los preocupados ojos del agente de policía.

-¿Esto es obra de usted?

-Sí. Ya le dije que estaba cerca cuando ocurrió el accidente. Tenemos órdenes de no tocar nada, salvo en casos de extrema necesidad. Me pareció que éste era uno de esos casos... La sangre manaba a borbotones y tuve la certeza de que fallecería con bastante rapidez, así que no me paré a pensar qué estaba bien o qué estaba mal. Le quité la correa y la pasé en torno a su pierna; después se desmayó.

-Hizo usted lo correcto... es posible que tenga que agradecerle el haberle salvado la vida. Ahora, por favor, eche hacia atrás a los curiosos y diga al conductor de la ambulancia que traiga la camilla.

Las manos de Sam no se concedieron punto de reposo mientras estaba hablando. Sacaron el torniquete astrónomo de la caja e introdujeron la rígida espiga de metal por debajo de la pierna lastimada. Tan pronto como emergió la espiga, un golpecito a la palanca restauró su flexibilidad; circundó la pierna e insertó el extremo en la caja de mandos. Cuando las esferas deslizantes estuvieron sobre los vasos sanguíneos principales, puso en marcha la energía y el torniquete se tensó de manera automática, ejerciendo la presión adecuada para cortar toda hemorragia.

-Abajo -ordenó Sam, a la vez que administraba al herido una inyección intravenosa de 0,02 miligramos de efinefrina, al objeto de contrarrestar en parte los efectos de la conmoción. El ascensor vibró un poco al descender. El hombre emitió un gemido y meneó la cabeza de un lado a otro. Sam observó la pierna destrozada: tenía muy mal aspecto. Pillada entre dos bordes metálicos, se vio hendida casi de parte a parte; el fémur estaba fracturado y el trozo inferior de la extremidad colgaba, sostenido únicamente por un poco de piel y los machacados residuos de los músculos recto y sartorio. Adoptó una rápida decisión. Extrajo un gran bisturí de la caja de instrumental, apresó firmemente la pierna, por debajo de la ensangrentada rodilla, con la mano libre, y, mediante un solo tajo, segó la escasa carne que mantenía unidas las

dos partes del miembro.

Con la pierna amputada envuelta en un lienzo esterilizador y el herido separado del borde, pidió que subieran el montacargas hasta el nivel de la calle. Killer aguardaba, con la camilla a punto, y ayudados por el policía, colocaron al hombre en las parihuelas. Killer tomó la manta con gesto profesional y tapó al herido hasta la barbilla; después empujó la cama portátil hasta la puerta de la ambulancia. Actuaron con suavidad, como un equipo experimentado en aquellos menesteres, y mientras Sam aseguraba la camilla a la pared del vehículo, Killer cerró la portezuela.

-¿Hay prisa, doctor? -preguntó, al tiempo que se acomodaba en el asiento del conductor.

-Tan rápido como puedas, sin virajes bruscos. Voy a darle plasma.

Mientras hablaba, Sam cogió un tubo del recipiente situado encima de su cabeza, rompió el sello y clavó la aguja esterilizada a través de la piel en la vena antecúbita del paciente.

-¿Cómo se encuentra, doctor? -se interesó Killer. Aceleraba sosegadamente a lo largo de la calle desierta.

-Todo lo bien que es posible esperar. -Sam aplicó la correa del indicador a la flácida muñeca. El aparato, además de proporcionar informes vitales con sus esferas, efectuaba un registro continuo de todo en un disco diminuto-. Pero vale más que llames por radio y avises para que tengan preparada la sala de operaciones.

Mientras Killer obedecía, Sam dirigió el foco de rayos ultravioleta sobre el pecho del herido, a fin de que quedase revelado el tatuaje invisible hecho allí: tipo y grupos sanguíneos, fecha de nacimiento y medicinas a las que su organismo era alérgico. Estaba copiando aquellos datos cuando carraspeó el altavoz.

-Aquí Perkins, en el quirófano de urgencia. Me estoy preparando. ¿Qué es lo que trae?

-Tengo una amputación para usted, Eddie -comunicó Saín por medio de su micrófono de solapa-. Pierna derecha cortada a unos diez centímetros por encima de la rótula. El paciente tiene sesenta y tres años, varón, sangre de tipo O...

-¿Qué le ocurrió a la pierna, Sam? ¿La trae consigo para que vuelva a coserla o empiezo a calentar una del almacén?

-Tengo la vieja aquí y servirá perfectamente, una vez se la recomponga un poco.

-Entendido. Transmítame el resto del informe y empezaré a ponerlo todo a punto.

Un grupo de enfermeros aguardaba en la plataforma de recepción, prestos a abrir la portezuela del vehículo y trasladar la camilla en la que iba el herido.

-También necesitarán esto -dijo Sam, y entregó el bulto precintado que contenía la pierna. Sólo quedaba un pequeño espacio por rellenar en el impreso del informe; anotó la hora de entrada y, cumplido todo el formulario, depositó la ficha en el receptáculo adosado a la parte lateral de la camilla, según pasaba ésta. Sólo entonces se percató del anormal bullicio que reinaba a su alrededor.

-Algo importante, doctor -aventuró Killer al ponerse a su altura. La nariz del conductor casi se retorció, mientras olfateaba en el aire la existencia de algo fuera de lo corriente-. Iré a averiguar qué sucede.

Se encaminó con paso rápido hacia un puñado de enfermeros, los cuales amontonaban cajas precintadas junto al borde de un andén.

Decididamente, algo estaba pasando, saltaba a la vista. En el otro extremo, cargaban una camioneta de suministros médicos y, un poco más allá, dos internos subían a una ambulancia.

-¿Doctor Bertolli? -inquirió una voz femenina a espaldas de Sam.

-Sí, yo soy -declaró, al tiempo que se volvía de cara a la muchacha. Era alta, sus ojos casi llegaban al mismo nivel que los del médico y tenían una tonalidad entre verde y gris. Le miraron con firmeza. El pelo era rojo natural, bordeando el color bermejo, y la amplia bata

blanca no conseguía ocultar del todo la opulencia del cuerpo de la joven. Sam había notado la presencia de aquella chica en el hospital -¿no fue en la cafetería?-, pero hasta entonces no habían hablado.

-Me llamo Nita Mendel y estoy en patología. Parece haber surgido cierta emergencia y el doctor Gaspard me pidió que saliera con usted.

No llevaba cofia, ni tampoco gorra, por lo que Sam tuvo la seguridad de que no se trataba de una simple enfermera.

-Desde luego, doctor, aquí está nuestra ambulancia. ¿Sabe lo que ha sucedido?

-Nita, por favor. No, no tengo la más remota idea. Sólo me llamaron fuera del laboratorio y me enviaron aquí.

Killer regresó apresuradamente, masticando con entusiasmo febril su pastilla de chicle.

-Allá vamos, doctor. Hola, doctora Mendel, debe tratarse de algo extraordinario cuando la han arrancado a usted del séptimo piso. -Killer conocía a todo el mundo en el Bellevue y en sus oídos entraban todos los rumores-. Se incuba una operación en gran escala, pero nadie sabe de qué se trata. Arriba. El Expreso de la Albóndiga partirá dentro de seis segundos.

-¿A dónde vamos? -preguntó Sam, a la vez que contemplaba la docena de cajas que habían dispuesto en el suelo de la ambulancia, las cuales llevaban sendas etiquetas, en las que rezaba: *Instrumental. Médico de Urgencia.*

-Al Aeropuerto Kennedy -gritó Killer por encima del zumbido de la turbina, hacia la boca del Túnel de la calle Vigesimotercera, bajo el East River.

Los dos médicos iban en la parte posterior del vehículo, sentados uno frente a otro, y Sam de ningún modo pudo evitar darse cuenta de que la falda de la bata de la muchacha era más bien corta, que le quedaba a Nita bastante por encima de las rodillas y que eso le permitía admirar un atractivo trozo de muslo moreno. Una pierna mucho más bonita que la que había llevado bajo el brazo momentos antes. Y prefería observar la que tenía delante. La profesión médica tiende a la austeridad, al orden y a la rigidez, así que cuando un poco de encanto femenino atravesaba aquella torva barrera, Sam no tenía inconveniente en desviarse un poco para asegurarse de que sabía apreciarlo.

-El aeropuerto -comentó la joven...- entonces debe ser un accidente. Espero que no se trate de un «Mach-5»... Llevan setecientos pasajeros...

-En seguida nos enteraremos, seguramente dirán algo por radio. -Se vislumbraba la claridad del sol en la boca del túnel, por delante de la ambulancia, y Sam dirigió su voz hacia la cabina-. Puede que estén transmitiendo noticias, Killer. Sintoniza la WNYC.

Cuando salían de nuevo al aire libre, brotaron del altavoz los sones del *Bolero,* de Ravel. Killer probó fortuna con otras emisoras, pero ninguna transmitía noticias, así que puso la oficial otra vez, suponiendo que era la que contaba con más probabilidades de comunicar antes que ninguna cualquier suceso importante. Rodaron vertiginosamente por la desierta avenida, envueltos en las notas del *Bolero.*

-Hasta ahora, nunca había viajado en una ambulancia.

-¿Es que no cumplió servicios de urgencia durante su internado, Nita?

-No, después de alcanzar el doctorado, permanecí en Columbia. Mi especialidad es la citología, el estudio de la célula... ¿Se ha dado cuenta de que la calzada está desprovista de tránsito?

-Es algo automático, se envía un aviso por radio a todos los vehículos que se encuentren a varios kilómetros por delante de nosotros, a fin de que dispongan de tiempo para apartarse de la circulación para cuando lleguemos.

-Pero... es que no hay coche alguno por ninguna parte, el camino está vacío por completo.

Librodot

-Tiene usted razón, debí haberlo notado. -Atisbó por una ventanilla lateral, en el momento en que se aventuraban por uno de los accesos-. Que yo sepa, esto no había sucedido antes: hay policías obstruyendo la entrada y no dejan pasar automóviles.

-¡Mire! -exclamó Nita, señalando con el dedo hacia delante.

La ambulancia se bamboleó al verse obligado Killer a desviarse por un sendero lateral para adelantar a un convoy, compuesto por siete camiones del ejército que marchaban a toda velocidad, traqueteando y balanceándose, tras un coche piloto.

-Esto no me gusta nada -afirmó Nita, desorbitados los ojos-. Me preocupa. ¿Cuál puede ser la causa? -De súbito, dejó de parecer un facultativo competente para adoptar el aspecto de una mujercita asustada: Sam tuvo que resistir el impulso de alargar sus manos para coger las de la muchacha y tranquilizarla.

-Pronto saldremos de dudas, una cosa tan importante como parece ser ésta no puede ocultarse durante mucho tiempo... -Se interrumpió al cesar la música en medio de un compás y oírse la voz de un locutor.

-Interrumpimos nuestro programa a fin de comunicarles una noticia de sumo interés que acaba de llegar a los servicios informativos de esta emisora. Hace dos horas, las estaciones de rastreamiento de satélites fueron alertadas por el radiotelescopio lunar, el cual detectó un objeto desconocido que se aproximaba a la Tierra siguiendo el plano de la eclíptica y al que se identificó en seguida como el «Pericles», ' vehículo espacial diseñado para llegar a la superficie del planeta Júpiter...

-¡Pero, eso fue hace años! -jadeó Nita.

-...y no respondió a los intentos realizados para entablar contacto por radio. Esos intentos continuaron después de que el «Pericles» entrase en órbita alrededor de la Tierra, efectuando seis revoluciones en total y ejecutando luego una maniobra que los servicios espaciales han considerado debida a un gobierno muy defectuoso de los cohetes, para acabar tomando tierra. A pesar de todas las advertencias hechas por radio y por sistemas visuales, el «Pericles» no intentó aterrizar en el Sahara ni en el aeropuerto espacial de Woomera, sino que descendió casi verticalmente sobre el aeropuerto Kennedy de Nueva York. Están interrumpidos los vuelos normales, se han producido cierta cantidad de daños en las instalaciones y se teme también la pérdida de algunas vidas humanas. Seguiremos informando, manténganse en nuestra sintonía...

-¿Puede... puede haber sido muy terrible? -preguntó Nita.

-Puede haber sido un auténtico infierno -respondió Sam, ceñudo-. Por lo menos deben tener lugar en ese campo dos mil despegues y aterrizajes diarios y, al parecer, la nave espacial descendió casi sin previo aviso. Todo depende del punto donde haya caído, si lejos, en las pistas...

-¡O en los edificios!

-No lo sabemos aún. Pero recuerdo que el «Pericles» era tan grande como un inmueble de apartamentos y estaba construido con los materiales más duros conocidos por el hombre. Sería muy difícil ocasionar daños a esa nave, pero compadezco a lo que haya podido recibir su impacto.

-¿Pero, por qué? ¡Parece una estupidez tan grande! ¿Es que no han sabido adoptar ninguna medida para evitarlo?

-Ya oyó la noticia, dijeron que el vehículo estaba mal gobernado. Ha estado deambulando por el espacio exterior más de dos años, nadie esperaba que regresase. No es posible pronosticar el estado de los tripulantes, caso de que hayan sobrevivido, y supongo que es una suerte para ellos el haber vuelto a la Tierra.

-¡Madre de Dios... miren eso! -exclamó Killer con los labios comprimidos, mientras señalaba a través del parabrisas.

La autopista se elevaba allí sobre pilares gigantescos, formando una breve espiral, cuya finalidad consistía en distribuir el tránsito y canalizarlo debidamente en el punto donde se enlazaban la carretera de la ciudad de Long Island y la del aeropuerto. Desde lo alto de aquel

puente arqueado, pudieron otear el aeropuerto, cuya amplia superficie se extendía por abajo, y ver una perspectiva de los edificios administrativos, las cocheras y los cobertizos. Una nueva estructura se había añadido al escenario, una masa oscura que se alzaba imponente, cinco veces más alta que la torre de control, un bulto de metal redondeado y cubierto de muescas, tan ancho como una manzana de casas. Flotaba una neblina humosa por encima de aquel cuadro... luego todo se desvaneció, al descender la ambulancia por la otra vertiente del viaducto.

-¿Pudo localizar su situación? -preguntó Nita.

-No lo vi muy claro... pero estoy seguro de que se hallaba a bastante distancia de la estación de pasajeros.

Agentes de policía -y miembros de la policía militar- les indicaron el camino agitando los brazos, guiándoles por el laberinto de carreteras de acceso, hasta un portón que conducía directamente al campo. Un policía levantó la mano, ordenándoles que se detuvieran, y luego se abalanzó hacia la abierta portezuela del conductor.

-¿Traen equipo médico del Bellevue?

-Sí, detrás -Killer agitó el pulgar por encima del hombro.

-Lo necesitan, junto al cobertizo de la S.A.S., les mostraré el camino. -El agente se puso junto a Killer y se agarró al marco de la puerta. Había manchas de grasa en su rostro y su uniforme estaba arrugado y polvoriento-. Ahí, donde está esa otra ambulancia, puede pararse detrás. ¡Qué catástrofe! Esa antorcha infernal cayó a plomo, abrasó un «D-95» que se disponía a despegar, destrozó otro aparato que se encontraba en el aire y se abatió justamente encima de un camión-cisterna lleno de combustible. Aún no sabemos por dónde andamos. Jamás vi cuerpos así...

El policía saltó cuando el vehículo se detuvo y llamó a algunos mecánicos para que descargasen las cajas. Sam estaba a punto de ayudar a Nita a apearse, cuando se presentó un capitán de policía con aire macilento.

-¿Son ustedes médicos? -interrogó.

-Sí -dijo Sam-. ¿Dónde hacemos falta?

-Mire, creo que ya contamos aquí con suficiente número de facultativos, hemos encontrado un grupo de doctores que se disponían a salir hacia una convención en un vuelo «charter»; lo que necesitamos en estos instantes son medicinas e instrumental. Sin embargo, la torre ha informado de que el reactor de una compañía fue visto en la pista, por última vez, cuando este maldito artefacto caía aquí. No he tenido tiempo de comprobar ese dato, había demasiado que hacer en este lugar. Si puede, vaya a echar un vistazo, el aparato debe encontrarse en alguna parte, al otro lado de la nave espacial. Se ha desviado todo el tráfico aéreo, así que puede cruzar por el campo.

-Naturalmente, iremos ahora mismo. ¿Oíste eso, Domínguez?

-Partimos, doctor... Vale más que se agarren -avisó Killer, al mismo tiempo que pisaba el acelerador y la pesada ambulancia daba un salto hacia delante, igual que hubiera hecho una liebre.

Sam adivinó lo que iba a ocurrir y su brazo se ciñó en torno a la cintura de Nita, antes de que la muchacha cayese. La ambulancia trazó un arco alrededor de la base del «Pericles», como una cucaracha que rodease un árbol, manteniéndose a cierta distancia de la parte abrasada del suelo, donde las curvadas planchas de hormigón todavía humeaban. Killer había accionado la palanca que cerraba la puerta posterior. -Ese artilugio es un verdadero monstruo -comentó. El vehículo espacial tenía la forma de un proyectil de artillería y estaba con la punta hacia arriba y las protuberancias de los tubos de sus cohetes sobresaliendo destrozados en el suelo. Estaba construido con un casco de metal de increíble espesor, cosa que pudieron apreciar por los agujeros de un metro de hondura que se veían en los lados de la nave y que no la habían traspasado. Todo aquel grueso fuselaje presentaba profundos surcos, estrías y muescas retorcidas, como un trozo de escoria de horno. No pudieron hacer más que observar en silencio aquella masa voluminosa, mientras la circundaban. -¡Ahí delante

está el aeroplano! -gritó Sam, y Killer aplicó los frenos.

A primera vista, se dieron cuenta de que era muy poco lo que podían hacer, aunque lo intentasen con todo su entusiasmo. El pequeño reactor había sido volcado, aplastado e incendiado. Yacía convertido en un montón de ruinas ennegrecidas y retorcidas. Sam se las arregló para abrir parcialmente la puerta lateral y tuvo bastante con la mirada que echó a los cuerpos carbonizados que había dentro.

-Vale más que regresemos -dijo-. Acaso necesitan nuestra ayuda.

Puso la mano bajo el brazo de Nita, de forma ostensible para sostenerla en aquel piso irregular, pero también porque había visto que el semblante de la muchacha se tornaba lívido.

-No... no sé si puedo ser de alguna ayuda -titubeó la joven-. Después de mi doctorado, no he ejercido en ningún caso, me dediqué a investigaciones en el laboratorio...

-Es lo mismo que en la facultad... lo hará estupendamente. A todos nos ocurre algo semejante la primera vez, pero pronto se dará cuenta de que sus manos responden automáticamente y llevan a cabo las cosas tal como aprendió en las clases. Y apuesto a que es un buen médico.

-Gracias -repuso Nita, y recuperó algo el color-. Sus palabras me animan. No pretendí hacer el ridículo.

-No ha hecho el ridículo, Nita. No tiene nada de vergonzoso el hecho de que no le guste a uno ver muertes repentinas, sobre todo cuando se trata de fallecimientos tan drásticos como...

-*¡Miren!* -exclamó Killer-. ¡Allá arriba!

Se produjo un chirrido en el costado de la aeronave, a unos seis metros por encima del suelo, y un puñado de pequeñas láminas metálicas descendió sobre ellos. Se dibujó un círculo en el casco del vehículo espacial y una porción de cosa de tres metros de diámetro empezó a revolverse como un tapón gigantesco.

-Es la escotilla -dijo Sam-. Van a salir.

CAPÍTULO II

DEL INTERIOR de la colosal aeronave surgió el lejano rumor de motores en marcha, un grito y el rechinar de maquinaria pesada, pero el enorme tamaño del vehículo empequeñecía los sonidos. Por otra parte, se había suspendido sobre el aeropuerto una quietud poco natural, un silencio opresivo; indudablemente, era la primera vez en muchos años que dejaba de oírse allí el chillido agudo de los motores a reacción y el rugido de los cohetes propulsores. Una bandada de estorninos se posó en la agostada tierra y empezó a picotear la vida insectil puesta al descubierto de forma tan repentina. Surcó los aires una gaviota, llegada del océano; planeó con las alas inmóviles, volviendo únicamente la cabeza, con gestos rápidos, para comprobar si los estorninos habían encontrado en efecto algo comestible. La gaviota trazó un círculo repentino, alarmada, y se alejó al chirriar el metal y abrirse la pesada puerta exterior de la escotilla.

-Descarga los equipos médicos y quirúrgicos, Killer -ordenó Sam-, después regresa al lugar donde se encuentran los policías y les cuentas lo que ha sucedido. ¡Aprisa!

El ruido de la ambulancia se difuminó en la distancia y se hizo audible el tenue zumbar de un motor eléctrico dentro de la aeronave. El zumbido aumentó de volumen cuando la maciza puerta, libre ya de sus tornillos, giró sobre su eje. En cuanto hubo resquicio suficiente, una escalerilla metálica articulada empezó a descender, desenrollándose a medida que bajaba y deteniéndose casi a sus pies. Un hombre apareció en el hueco de arriba y sus piernas pasaron por el borde inferior de la puerta, moviéndose en el aire, buscando los travesaños de la escala con la puntera de las botas. El astronauta emprendió luego un lento y penoso descenso.

-¿Ocurre algo malo? -le preguntó Sam a voz en cuello-. ¿Podemos auxiliarle? -No hubo respuesta, sólo un ademán vacilante en los brazos y las piernas del hombre-. Acaso sea mejor que suba a ayudarle...

-¡Se cae! -chilló Nita.

A tres metros del suelo, las manos del hombre del espacio parecieron perder su vigor, incapaces de seguir asiéndose a la escalerilla. El astronauta cayó, retorciéndose en el aire y chocando violentamente contra el suelo, de costado. Ambos médicos se le acercaron a todo correr.

-Calma -recomendó Sam-. Sáquele el brazo mientras le doy la vuelta y le pongo boca arriba. Con cuidado, me parece que se lo fracturó.

-¡Mire su rostro! ¿Qué es eso...?

La piel del hombre aparecía lívida y sembrada de nódulos rojos del tamaño de nueces, algunos de los cuales estaban reventados y supuraban. Diviesos idénticos se veían en el cuello, por encima del gris y escotado traje espacial, y en el dorso de las manos del hombre.

-Alguna especie de furunculosis -articuló Sam, despacio-. Aunque jamás vi nada parecido. ¿No cree usted...?

No terminó la frase, puesto que la cara que puso Nita constituyó remate suficiente. Al levantar la cabeza, Sam se encontró con los ojos desorbitados de la muchacha y vio reflejado en ellos el miedo que él debía de sentir.

-La paquiacria de Topholm -murmuró Nita en voz tan baja que Sam a duras penas pudo oírla.

-Tal vez se trate de algo así, pero no podemos estar seguros... No obstante, hay que tomar todas las precauciones.

Recordaba lo que sucedió entonces. La bacteria que había infectado al teniente Topholm en el curso de la primera expedición a Venus no produjo síntomas hasta después del regreso a la Tierra. No llegó a declararse una auténtica epidemia, pero fallecieron gran número de personas y aún quedaban testigos vivientes de la virulencia de la enfermedad, hombres cuyos pies y manos tuvieron que ser amputados. Desde

aquel caso, la cuarentena de las naves espaciales se cumplió con una rapidez más estricta, para evitar que se repitiera otra infección extraterrestre.

Sam se sintió impulsado a la repentina acción al oír el ruido de motores que se aproximaban; se puso en pie de un salto y echó a correr hacia la ambulancia, que regresaba seguida por dos automóviles de la policía.

-¡Alto! -gritó, colocándose en mitad del paso de los vehículos con los brazos alzados. Chirriaron los frenos, se detuvieron los coches y la policía empezó a apearse-. No... no se acerquen. Sería mejor que retrocediesen unos cincuenta metros por lo menos. Ha salido un hombre de la aeronave, y está enfermo. Va a ser puesto en cuarentena inmediatamente y sólo la doctora Mendel y yo permaneceremos junto a él.

-Ya han oído al doctor, den marcha atrás -ordenó el capitán de policía en tono ronco.

Los dos automóviles retrocedieron, pero la ambulancia no se movió de donde estaba.

-Puedo ayudarle, doctor -ofreció Killer en tono normal, aunque de su semblante había desaparecido el color.

-Gracias, Killer, pero la doctora Mendel y yo podemos encargarnos muy bien de esto. No expondremos a nadie más, hasta que se averigüe la naturaleza del mal que afecta al enfermo. Quiero que regrese junto a los demás. Llama después al hospital e informa de lo sucedido para que se pongan en contacto con el departamento de salud pública. Voy a llevar al hombre -a menos que ordenen otra cosa- y si no tengo otro remedio, le pondré en la sala de cuarentena. Después clausuraré su cabina y me aseguraré de que los circuitos quedan cerrados. Infórmame cuando sepas algo. ¡En marcha!

-Usted es el médico..., doctor -se las arregló para esbozar una sonrisa torcida y empezó a retroceder.

Nita ya tenía abiertas las cajas de instrumental y estaba aplicando un contador de registro a la muñeca del astronauta.

-Parece que tiene el radio fracturado -dijo al oír los pasos de Sam, sin levantar la cabeza-. Respiración tenue, temperatura sesenta. Continúa inconsciente.

Sam se arrodilló junto a la joven.

-Vale más que se retire y me deje al cargo de todo... No hace falta que nos expongamos los dos, Nita.

-No diga tonterías, a estas alturas me he expuesto ya tanto como es posible. Pero eso no importa... sigo siendo un médico.

-Gracias. -En el rostro preocupado de Sam apareció una breve sonrisa, que duró un segundo-. Me hará falta su ayuda...

Los ojos del enfermo estaban abiertos y emitió un ahogado gorgoteo desde lo más profundo de su garganta. Sam le separó las mandíbulas suavemente con un represor y examinó la parte interna de la boca.

-Tiene la lengua muy sucia -observó, mirando la característica sequedad callosa propia de la fiebre alta-. Y las membranas mucosas de la garganta parecen también muy hinchadas. -Las pupilas del hombre se clavaban en el rostro de Sam y las cuerdas vocales se contraían con esfuerzo-. No trate de hablar, no puede hacerlo con la garganta en ese estado...

-Sam... mire sus dedos, los mueve como si escribiese. ¡Quiere comunicarnos algo!

Sam puso en la mano del hombre una pesada pluma de marcar y sostuvo la libreta para que pudiese escribir. Los dedos se movieron con torpeza, dejando una señal temblorosa: el hombre usaba la izquierda probablemente no era zurdo, pero tenía roto el brazo derecho. Mediante un esfuerzo tremendo, trazó unas líneas retorcidas sobre el papel, pero se derrumbó, de nuevo sin sentido, antes de poder

terminar. Sam le dejó con cuidado en el suelo.

-Aquí dice «enfermo» -leyó Nita-. Luego, parece algo así como «sin»... no, es «en». Después, «nave». *Enfermo en nave...* ¿Es eso lo que pretendía escribir?

-Enfermo en nave... Enfermedad en la nave del espacio. Puede que haya intentado avisarnos de que dentro hay algo que puede contaminarnos... o decirnos que en el vehículo espacial quedan otros enfermos. Iré a ver.

Nita empezó a decir algo... pero luego se interrumpió y bajó la vista hacia el contador.

-Sus condiciones físicas no han variado, pero debería encontrarse en el hospital.

-No podemos trasladarle hasta recibir órdenes de los funcionarios de salud pública, así que acomódele lo mejor que pueda. No trate de entablillarle el brazo, en todo caso, póngaselo en cabestrillo. Voy a echar un vistazo al interior de la aeronave. Póngase guantes aislantes primero de volver a tocarle, eso disminuirá el peligro de una posible infección casual o accidental por parte de esos granos purulentos. Yo haré lo mismo, antes de subir por la escalerilla.

Los guantes, en realidad unas manoplas que llegaban hasta el codo, estaban fabricados a base de un plástico fino, pero muy resistente. Ambos médicos se pusieron un par cada uno y después se insertaron unos filtros en las fosas nasales. Sam se echó a la espalda la caja de instrumental médico, sosteniéndosela con la correa, y subió rápidamente por la escalera de mano. Cuando franqueó la entrada circular, se encontró en una cabina metálica, cúbica, en la que no había nada, salvo una puerta en la pared del fondo, flanqueada por una unidad telefónica. Evidentemente, se trataba de una cámara de seguridad y la puerta debía conducir al cuerpo interior del vehículo espacial. Había un cuadro de mandos y Sam oprimió el botón que rezaba: «Ciclo de acceso».

No ocurrió nada; los mecanismos estaban muertos y la puerta interior sellada. Sam probó todos los botones, sin obtener ninguna respuesta. Se volvió hacia el teléfono y encontró una lista de números sobre la pantalla. Se produjo el zumbido de un timbre cuando marcó el 211, que correspondía a la sala de mandos, y la pantalla cobró vida.

-Hola, ¿hay alguien ahí? Llamo desde la escotilla.

Casi llenó la pantalla un vacío sillón de gobierno y tras él, desenfocados, hileras de instrumentos. No recibió contestación alguna ni vislumbró ningún movimiento. Sam marcó a continuación el número de la sala de máquinas, con idéntico resultado negativo. Después, empezó por el primer número de la relación y los fue marcando todos, uno por uno. De compartimento en compartimento, no oyó más que el eco de su propia voz. Ni una sola respuesta. Todos estaban vacíos. El enfermo debía ser el único ocupante de aquella aeronave.

Cuando regresó a lo alto de la escalerilla, Sam observó que habían llegado más automóviles, aunque todos se mantenían a distancia. Se adelantó un policía desde uno de los vehículos y al mismo tiempo surcó el aire una voz amplificada.

-Doctor Bertolli, el hospital desea hablar con usted. Ese agente lleva un teléfono portátil; tenga la bondad de coger el audífono.

Sam agitó la mano, indicando que estaba enterado, descendió, depositó en el suelo la caja de equipo médico y se encaminó al sitio donde habían dejado el aparato telefónico, a medio camino entre la nave espacial y los automóviles.

-¿Cómo sigue el paciente? -preguntó a Nita, cuando regresó.

-Parece empeorar, el pulso es más débil, la respiración más trabajosa y la temperatura se mantiene alta. ¿No cree que deberíamos administrarle algún analgésico, o antibióticos...?

-Hablaré primero con el hospital:

Al accionar la palanca, apareció una imagen en la diminuta pantalla dividida en

dos para la conferencia. En un lado había un hombre robusto, de cabellos grises, al que no conocía, en el otro, el semblante preocupado del doctor Mackay, jefe del Departamento de Medicina Tropical y antiguo director del equipo que se encargó del tratamiento en el caso de la paquiacria de Topholm.

-Nos hemos enterado de lo del hombre que iba a bordo de la nave, doctor Bertolli -dijo Mackay-. Le presento al profesor Chabel, de Salud Mundial. ¿Podríamos ver al enfermo, por favor?

-Desde luego, doctor. -Sam colocó la cámara telefónica de forma que enfocase al inconsciente astronauta. A la vez, fue transmitiendo los datos registrados por el contador y describió lo que había encontrado en el vehículo espacial. Luego enseñó el mensaje garrapateado por el cosmonauta.

-¿Tiene la plena certeza de que no hay nadie más en la aeronave? -preguntó Chabel.

-No puedo estar seguro de ello, por la sencilla razón de que no entré. Pero llamé a todos los departamentos que disponían de teléfono; nadie respondió a mis llamadas y no vi a ninguna persona -viva o muerta- en ninguno de esos compartimentos.

-¿Dice que no le fue posible poner en funciones los mandos de la cabina de la escotilla?

-No había energía, me dio la impresión de estar todo desconectado, salvo el teléfono.

-Con eso me basta -manifestó Chabel, tomando una decisión-. Los mandos e instrumentos funcionaron cuando ese hombre salió, por lo tanto, debió ser él quien los desactivó. Eso, junto con el aviso de que hay virus de enfermedad en la astronave, constituye suficiente motivo para actuar. Pondré inmediatamente en cuarentena ese ingenio espacial, lo precintaremos y lo esterilizaremos por fuera. Lo dejaremos aislado y no permitiremos acercarse a nadie, hasta averiguar la naturaleza de la enfermedad.

-Traiga al astronauta al hospital -dijo el doctor Mackay-. Todos los pacientes de la sala de cuarentena han sido trasladados a otros centros clínicos.

-¿No se le debería administrar antes algún tratamiento?

-Sí, la experiencia nos ha enseñado que es recomendable aplicar una cura normal preventiva. Incluso si la enfermedad es extraña y desconocida, sólo puede afectar el organismo del paciente en una cantidad limitada de aspectos. Me permito sugerir antipirina acetilsalicílica para bajar la fiebre y un amplio antibiótico espectral.

-¿Megacilina?

-Estupendo.

-Partiremos en cuestión de minutos.

Nita ya estaba preparando las inyecciones mientras Sam colgaba. Ejecutaron la tarea rápidamente, al tiempo que la ambulancia retrocedía hacia ellos, con la puerta trasera abierta. Los primeros reactores de despegue y descenso vertical se presentaron cuando Sam hacía rodar la camilla. Sin duda estaban ya en camino durante la llamada telefónica y sólo aguardaban para bajar la indicación del departamento de Salud Mundial. Eran dos y dieron una vuelta, despacio, en torno a la aeronave, desvaneciéndose luego tras su enorme masa. Se oyó un rugido estruendoso y surgieron nubarrones de denso humo negro.

-¿Qué pasa? -preguntó Nita.

-Lanzallamas. Cubrirán con ellos hasta el último centímetro de la astronave y el piso circundante. Deben tomarse todas las precauciones posibles para evitar que la infección se propague.

Cuando accionaba el picaporte de la portezuela, Sam vio un estornino que arrastraba sus alas por el suelo, en círculo. Los seres humanos no eran las únicas criaturas que sufrieron los efectos del brusco aterrizaje del «Pericles»... el pájaro debió ser alcanzado por algún cascote metálico de los que cayeron. Otro estornino, herido también, yacía de costado, con el pico abierto.

CAPITULO III

KILLER se superó a sí mismo. Sabía que el enfermo estaba desesperadamente grave y cuanto antes se encontrara en el hospital, donde se pondrían a su disposición todas las complejas instalaciones y facilidades, mayores serían las probabilidades de salvarle... pero esa circunstancia no era más que el gatillo que le disparaba. Cuando la turbina de la ambulancia zumbó, aumentando la velocidad. Killer comprobó que la policía le había abierto un camino directo que desembocaba en la autopista, la cual estaba completamente limpia de circulación. Al llegar la aguja del cuentakilómetros a los ciento sesenta, inmovilizó el acelerador y mantuvo el pie sobre el piso del vehículo, conduciendo la pesada máquina por el centro de la calzada de hormigón. Helicópteros \er-des y blancos de la policía le flanqueaban por ambos lados y y otro autogiro descendió entre ellos: un rayo de sol se reflejó en la lente que asomaba por la ventanilla del aparato y Killer comprendió que la escena se tomaba en televisión para transmitirla al mundo. *Le* estaban contemplando. Apretó el volante con más fuerza al llegar a la curva de Flushing Meadows; la tomó sin reducir la velocidad, doblando bruscamente y dejando en el arco del arroyo largas señales negras de neumático, que resaltaron sobre la claridad blanca del piso. ¡Televisión!

En la parte trasera de la ambulancia, el hombre del espacio agonizaba. El antipirético regulaba su temperatura, pero le vacilaba el pulso, que cada vez era más débil. Sam proyectó el foco de rayos ultravioleta sobre el pecho del paciente, pero la forunculosis imposibilitaba la lectura del historial médico tatuado allí de modo invisible.

-¿No podemos hacer nada? -inquirió Nita, abatida.

-No... ya hemos hecho todo lo posible. Es necesario conocer más datos acerca del mecanismo de esta enfermedad. -Miró el rostro tenso de la muchacha y la forma en que retorcía los dedos: no estaba acostumbrada a la oscura presencia de la muerte inminente-. Espere, hay algo que sí podemos hacer... y usted lo llevará a cabo mucho mejor que yo. -Tiró de una de las cajas de equipo médico y abrió la tapa-. Su departamento de patología querrá muestras de sangre y de saliva. Incluso puede usted preparar algunas gotas de ese líquido que supuran los diviesos.

-Claro -dijo la muchacha, y se enderezó-. Puedo hacerlo ahora y ahorraré tiempo cuando estemos en el hospital. -A la vez que hablaba, fue extendiendo el equipo de instrumental con automática eficiencia. Sam no trató de ayudarla, puesto que la mejor terapia para que la joven recuperase la confianza en sí misma consistía en trabajar. Se echó hacia atrás en el banco, meciéndose según los movimientos de la veloz ambulancia. Los únicos ruidos del aislado compartimento eran la ronca respiración del enfermo y los leves rumores del aire al pasar por los filtros.

Cuando Nita concluyó de tomar sus muestras, Sam colocó la campana de oxígeno sobre la camilla, cerrándola y aplicando un filtro al orificio.

-Eso eliminará toda posibilidad de contaminación y la creciente presión del oxígeno aliviará la carga que pesa sobre su viscera cardíaca.

Los motores hidráulicos zumbaron brevemente y la puerta posterior se abrió del todo, dando paso al desierto y silencioso andén de recepción.

-Le echaré una mano con la camilla, doctor -se ofreció Killer, hablando- por medio del intercomunicador.

-No es necesario, Killer, la doctora Mendel y yo podemos arreglárnoslas perfectamente. Quiero que te quedes en la cabina hasta que la brigada de descontaminación haya terminado con la ambulancia. Y es una orden. -Siempre obedezco las órdenes del médico... Su voz se interrumpió al sonar el «clic» que abría el circuito.

Sam empujó la camilla hacia el montacargas, mientras Nita observaba al

Librodot

enfermo. Por el rabillo del ojo, Sam vio el grupo de técnicos que esperaban con sus trajes de plástico y sus depósitos pulverizadores a la espalda. Uno de aquellos hombres levantó la mano y Sam comprendió que el propio Mackay en persona dirigía el equipo. El jefe del Departamento de Medicina Tropical fumigando una ambulancia.

-El ascensor está en remoto -dijo alguien por el altavoz de la pared, cuando tuvieron dentro la camilla. La puerta se cerró a sus espaldas y volvió a abrirse en la planta número sesenta. El pasillo también se encontraba desierto y todas las puertas cerradas a cal y canto, a la espera de los hombres que subirían después. Frente a ellos, los batientes de vaivén que conducían a la sala de estricta cuarentena giraron para darles paso y volvieron a cerrarse en cuanto franquearon el umbral. Se abrió la puerta interior.

-Primero le pondremos en la cama, después mande esas muestras al laboratorio -manifestó Sam, dándose cuenta de que en su voz había un tono de alivio. El astronauta seguía siendo su paciente, pero los médicos del hospital asesorarían el caso y le aconsejarían. Comprendió, sintiéndose un poco culpable, que el alivio procedía del hecho de que iba a compartir con otros la responsabilidad: si el enfermo fallecía, la culpa no se iba a cargar toda sobre sus hombros.

Mientras Nita precintaba las muestras dentro de la cápsula destinada al laboratorio, Sam fue tomando uno por uno los instrumentos indicadores que estaban en la mesita de junto a la cama. El esfigmomanómetro y el termómetro se combinaban en un instrumento negro, no mayor que una ficha de póquer. Lo fijó a la muñeca del inconsciente enfermo con goma quirúrgica y el aparato empezó a transmitir en cuanto accionó la palanca térmica interior. Era de energía autónoma y el microemisor se comunicaba con un receptor aéreo situado en la cabecera de la cama; Sam comprobó la operación en la pantalla del monitor intercalado. Mal, muy grave. Conectar el electrocardiógrafo y el electroencefalógrafo era una tarea más exigente, pero lo hizo con rapidez, dedicándose luego al pH y al analizador de suero. Todos los informes, además de manifestarse en la pantalla del monitor, aparecían en la del televisor de la sala de consulta. Sam entrelazó las manos con fuerza, sin percatarse de ello, a la espera de noticias.

Silbó la señal y el semblante del doctor Gaspard quedó en imagen sobre la pantallita del aparato telefónico.

-No hay diagnóstico todavía, doctor Bertolli -declaró-, aparte la confirmación de que la enfermedad parece ser completamente desconocida. Sabemos una cosa: el paciente ha sido identificado por la Comisión Espacial y se trata del comandante Rand, segundo oficial del «Pericles». Su historial médico lo tendrá usted en la pantalla del monitor dentro de unos instantes, se halla en camino desde la correspondiente sección de registro.

-¿Alguna sugerencia en cuanto al tratamiento?

-Sólo medicinas de apoyo, como hasta ahora...

Se interrumpió al sonar la alarma en la pantalla del monitor, donde se encendió una luz roja intermitente, brillando sobre las indicaciones del ECG.

-¡Fibrilación! -exclamó Gaspard, pero Sam había abierto ya un cajón del armario y sacado el estimulante coronario. Debilitado por la enfermedad y la tensión, la viscera cardíaca de Rand latía irregularmente, al contraerse los músculos en espasmos desenfrenados, que ya no distribuían sangre, sino que se limitaban a estremecerse como un animal moribundo.

Una, dos veces, la fuerte corriente eléctrica llegó a los convulsos músculos del corazón y los temblores frenéticos se interrumpieron. Después, poco a poco, los latidos se reanudaron y Sam se volvió hacia el armario de instrumentos. Nita estaba ya allí, sacando el revitalizador cardíaco.

-Seguro que necesita esto -dijo la muchacha, y él asintió.

Mientras efectuaba la incisión en el pesado pecho de Rand, para conectar las terminales, la fibrilación empezó de nuevo. Esa vez no hizo esfuerzo alguno con vistas a reanimar el

debilitado corazón mediante un choque eléctrico, sino que se apresuró para realizar las conexiones y poner en funcionamiento el revitalizador cardíaco.

-¡Dé la corriente! -pidió, con la mirada fija en la cerosa piel del enfermo.

Tras él, la máquina que proporcionaba vida ronroneó tenuemente, enviando las cuidadosamente espaciadas micros-corrientes que duplicaban las señales nerviosas. El dañado corazón dejó de recibir impulsos negativos. Latió de nuevo, reanimado por el estímulo artificial, y la sangre volvió a circular una vez más por las arterias de Rand.

Fue el principio del fin; a partir de aquel momento, la existencia del hombre del espacio perdió toda esperanza y la vida se le escapó del cuerpo. No recuperó el conocimiento. Faltaban horas para que muriese -para que estuviera oficialmente muerto-, pero resultaba claro que no había probabilidad alguna de supervivencia para él. Sólo un milagro podía salvarle, y los expectantes médicos ni lo esperaban ni lo recibieron. Sam, con el auxilio de Nita, recurrió a todos los aparatos y a todas las medicinas disponibles, pero fue inútil. Los antibióticos no desarrollaban efecto alguno sobre los organismos causantes de la enfermedad, los cuales se extendieron por todo el sistema con aterradora rapidez. A juzgar por los síntomas, muchos -todos, en realidad- órganos del hombre estaban afectados y la necrosis y el fallo renal le acercaron paulatinamente a la invisible frontera. Sam no miraba la pantalla del monitor y se perdió el momento en que tuvo lugar el tránsito, del que no supo nada hasta que la voz cansina del doctor Gaspard captó su atención.

-Ya no hay datos en el ECG, doctor. Gracias, la doctora Mendel y usted han hecho todo lo posible. No creo -ahora es evidente- que se hubiera podido hacer gran cosa; desde el principio me lo pareció.

La pantalla se quedó sin imagen. Despacio, Sam fue dando la vuelta, uno por uno, a todos los conmutadores de la batería de máquinas cuyas piezas habían producido un simulacro de vida por medios heroicos, luego bajó la vista sobre el cadáver. Durante largos segundos permaneció así, dándose perfecta cuenta de lo que estaba haciendo, lo bastante consciente como para obligarse a sí mismo a pensar, a dar los siguientes pasos. El enfermo había muerto. Finís. Ahora tocaba seguir viviendo.

-Aquí no podemos hacer nada más -comunicó a Nita. La cogió de un brazo y la apartó de la cama.

La muchacha no separó los ojos del muerto, de su rostro, hasta que Sam extendió sobre él una sábana.

-A la cámara de desinfección, doctora -dijo Sam-. Todas nuestras prendas, incluidos los zapatos y la ropa interior, todo, ha de ir a la incineración. Después hay que someterse a una limpieza a fondo. Las señas están en la pared, por si no ha pasado antes por esto.

La joven anduvo hacia la puerta, quitándose despacio los guantes aisladores. Se detuvo antes de salir.

-No, usted ha llevado el peso de la tarea... Debería pasar antes que yo...

-Tengo cosas que hacer primero- repuso Sam, apremiándola.

La muchacha no insistió más.

Para cuando Nita volvió a salir de la cámara de desinfección, con una bata esterilizada y zapatillas de algodón, el cuarto había cambiado. La cama estaba levantada y hasta el colchón había sido quitado de su sitio. No se veía el menor rastro del cadáver y Sam indicó la cuadrada puerta de acero encajada en el muro.

-Órdenes... está ahí dentro. No se trata de un depósito normal, aunque si fuese necesario podríamos endurecerlo al frío por medio de nitrógeno líquido. La disección resultará más difícil, pero lo decidieron arriba. Claro que, naturalmente... usted trabaja en patología, debe estar enterada de todo lo referente al asunto. ¿Quiere hacerse cargo, por favor, mientras me aseo? La última noticia que recibí del consejo superior estribaba en el mandato de que continuásemos aquí hasta que llegasen ulteriores instrucciones.

Nita se derrumbó en una silla; sin la tensión hija de la responsabilidad, se percató

repentinamente de lo fatigada que estaba. Aún seguía sentada cuando Sam volvió a salir. El médico se dirigió al armario del equipo, fue abriendo cajones y por fin, encontró los contadores de registro.

-Debimos hacer esto antes, porque si vamos a contagiarnos de... algo... es mejor saberlo en seguida. -Mientras Nita se adosaba un indicador a la muñeca, Sam revisó el departamento farmacéutico, registrando los anaqueles-. Voy a extender una receta, doctora -manifestó, al tiempo que mantenía en alto una botella de líquido claro-. ¿Sabe qué es esto?

-C_2H_5OH.

-Alcohol etílico, exacto, veo que ambos fuimos al mismo colegio. Existen muchas fórmulas para preparar este disolvente universal, pero teniendo en cuenta las necesidades de los enfermos -de nosotros en este caso-, que exigen una medicación instantánea, voto por la más sencilla y más efectiva.

-¿Inyección subcraneal?

-No tan drástica.

Había sacado un recipiente de jugo de naranja del frigorífico de la cocina y estaba haciendo una mezcla con alcohol, al cincuenta por ciento de ambos líquidos: llenó después dos buenos vasos de aquel brebaje. Sonrieron y apuraron el contenido de los vasos, sin mirar ninguno de los dos a la reluciente puerta de la pared, aunque ambos tenían su cuadro grabado en el cerebro. Tomaron luego asiento junto a la ventana y sus miradas se desparramaron sobre los altos edificios de la ciudad: era la hora del crepúsculo y empezaban a encenderse luces, mientras más allá de las espirales de los inmuebles el cielo se veía inundado por oleadas de tonalidad rojiza, que hacia oriente se tornaban purpúreas.

-Hay algo que debí recordar -dijo Sam, con la vista fija en un firmamento cada vez más oscuro, aunque no lo veía.

-¿Qué quiere decir? No pudimos hacer más de lo que...

-No, no tiene nada que ver con el pobre Rand, al menos de forma directa. Se trata de algo que observé junto a la aeronave, poco antes de que nos marcháramos

-No me acuerdo de nada, estábamos solos, luego llegaron los vertirreactores, justo cuando nos poníamos en marcha

-¡Eso es, está relacionado con ellos! -Se volvió tan bruscamente que a punto estuvo de tirar el vaso contra el suelo, pero *no* se percato de ello- No, no me refiero a los helicópteros. Los pájaros, ¿no se acuerda de los pájaros' -Lo siento, pero

-Estaban en el suelo, cerca del vehículo espacial, los vi poco antes de cerrar la portezuela de la ambulancia. Algunos parecían haber sufrido daño físico, recuerdo que entonces se me ocurrió pensar que debieron resultar heridos cuando la astronave tomó tierra pero eso no es posible. No se encontraban allí cuando llegamos, ¿no lo recuerda? Se posaron después de que se detuviera la ambulancia

Había echado a correr hacia el teléfono y estaba poniéndolo en funciones mientras hablaba

El profesor Chabel celebraba en aquel momento una conferencia, pero la suspendió al instante para atender la llamada de Sam. Escuchó en silencio todo cuanto Sam le comunicó respecto a los pájaros y la hendidura formada entre sus cejas se hizo mas profunda

-No, doctor Bertolli. No he recibido informe alguno sobre esos pájaros. ¿Cree usted que existe alguna relación?

-Espero que no.

-La astronave ha sido acordonada y se monta una guardia rigurosa. Me encargaré de que algunos hombres, protegidos por trajes aislantes, vayan a allí, y si descubren algo Le proporcionaré un informe de lo que se averigüe. Entretanto ¿me disculpa unos segundos?

El profesor Chabel se apartó del teléfono y sostuvo una breve conversación con alguien que se hallaba fuera del alcance del aparato. Cuando volvió a aparecer su imagen en la pantalla, llevaba unas cuantas fotografías en las manos -Han salido del microscopio electrónico, tiene usted algunas copias en camino. Lo que parece ser el agente infeccioso ha sido aislado, un virus que en muchos aspectos se asemeja a la *Borrehota vanolae.*

-¡Viruelas! Pero, los síntomas.

-Nos damos cuenta, son distintos en todos los sentidos. Ya dijo que es una semejanza física En realidad, el virus es diferente a todo cuanto hemos visto hasta la fecha. A la luz de ello, me gustaría contar con la ayuda de usted y de la doctora Mendel.

Nita se había acercado silenciosamente; estaba detrás de Sam y lo escuchó todo. Respondió por ambos.

-No faltaba más, doctor Chabel, todo lo que esté en nuestra mano.

-Permanecerán ahí, en cuarentena, durante un período de tiempo ilimitado, hasta que sepamos algunas cosas más acerca de la naturaleza de la enfermedad. Y tienen en ese departamento el cadáver del comandante Rand...

-¿Quiere usted que le hagamos la autopsia? -se adelantó Sam-. Naturalmente, los riesgos serían menores; si el cuerpo se traslada de un lado a otro, quedarían expuestas más personas.

-Realmente, ese trabajo corresponde a Salud Mundial, pero dadas las circunstancias...

-Tendremos sumo gusto en hacerlo, profesor Chabel. Estando en cuarentena, pocos entretenimientos hay a nuestro alcance. ¿Quiere usted registrarlo?

-Sí, pondremos cámaras y micrófonos en remoto y grabaremos todo el proceso. Y me gustaría disponer de muestras de todos los tejidos para la biopsia.

Incluso con los instrumentos cortantes ultrasónicos, la disección del cuerpo congelado era difícil. Y deprimente. Desde el principio, resultó claro que la vida de Rand nunca podía ser salvada, ya que todo el cuerpo estaba sembrado de bolsas de infección; había grandes quistes en todos los órganos. Sam llevó a cabo la parte principal de la disección y Nita preparó muestras y cultivos para los técnicos que los esperaban. Los envió en recipientes precintados a través del sistema de evacuación, que contaba con su propio y automático medio esterilizador.

Hubo una sola interrupción, que se produjo cuando el profesor Chabel les informó de que los pájaros muertos -una bandada de estorninos y una gaviota- habían sido hallados por los alrededores de la astronave. Los cuerpos fueron trasladados a los laboratorios de Salud Mundial, para su examen. Hasta la medianoche no acabaron con la autopsia y la esterilización de todo el instrumental empleado. Nita salió de la cámara de descontaminación, envuelta en una toalla la todavía húmeda cabellera, para encontrarse a Sam sumido en la contemplación de una fotografía. Se la tendió a la muchacha.

-Acaba de llegar del laboratorio de Salud Mundial. Esos pájaros muertos están llenos de quistes...

-¡No!

-…y éste es el aspecto que presenta el virus. Parece ser idéntico al que mató a Rand.

Nita cogió el grabado y se dejó caer cansinamente en el sofá que había debajo de la ventana. La bata de fino algodón apenas le llegaba a las rodillas; la muchacha dobló las piernas junto al cuerpo y, con su semblante desprovisto por completo de afeites, resultaba una mujercita muy atractiva, con muy poco en su preciosa persona que recordara al médico.

-¿Eso significa...? -preguntó, aterrada, sin atreverse a concluir la frase.

-Aún no sabemos lo que significa. -Sam se encontraba exhausto y comprendía que el estado de la joven debía ser peor-. Hay aquí un rosario sin fin de preguntas, que necesitan ser contestadas. ¿Por qué permaneció tanto tiempo la astronave en Júpiter... y por qué volvió solo el comandante Rand? ¿Cómo contrajo la enfermedad... y qué relación tiene con los pájaros? Esa relación ha de existir, pero no acabo de dar con

ella. Si el mal es tan virulento -las aves fallecieron al cabo de unos minutos de contraerlo-, ¿cómo es que a nosotros todavía no nos ha afectado? -Lamentó aquellas palabras en el mismo instante de terminar de pronunciarlas, pero ya estaban en el aire.

Nita había bajado la cabeza, tenía los ojos cerrados y Sam comprendió también que llenos de lágrimas silenciosas, prestas a resbalar por su rostro. Sin que le impulsase ningún pensamiento razonado, Sam cogió la mano de la muchacha en la suya. Era una necesidad humana, frente al sombrío porvenir que le aguardaba, y Nita se agarró con fuerza. Se echó hacia atrás en el diván y la fotografía se le escapó de entre los dedos, cayendo al piso: Sam comprendió súbitamente que la doctora Mendel se había quedado dormida.

No faltaba ropa allí y Sam no hizo intento alguno de cambiar a la muchacha de sitio, pero colocó una almohada bajo su cabeza, para que pudiese descansar mejor, y la cubrió con una manta. También él estaba agotado, aunque no tenía sueño, así que apagó las luces del techo y se tendió en una de las camas, con otro vaso de la mezcla de alcohol etílico y jugo de naranja. ¿En qué consistía la plaga del espacio? Sus ideas se persiguieron unas a otras, trazando círculos por el interior de la cabeza, y debió dormitar, porque de lo que al final se dio cuenta fue de que los rayos solares se filtraban por la ventana, cayendo sobre el vacío sofá. Iba a ser otro día cálido. Echó un rápido vistazo al indicador adosado a su muñeca: registraba una normalidad absoluta.

-¿Va a pasarse la eternidad durmiendo? -preguntó Nita desde la cocina, donde armaba bastante ruido con los platos-. Ya son las seis y media.

Le llevó una taza de café y Sam se dio cuenta de que la muchacha se había peinado, recogiéndose la cabellera detrás, y que se había dado un toquecito de lápiz labial; su aspecto era tan luminoso como el del nuevo día.

-Iba a llamar al laboratorio de Salud Mundial, pero decidí esperar a que se despertase usted -comunicó Nita, y se dirigió hacia el teléfono.

Él la detuvo.

-Todavía no. Las noticias pueden esperar hasta después del desayuno... es decir, suponiendo que haya *desayuno...*

-Un desayuno delicioso, hogareño y guisado a mano, compuesto de embutidos de granja y de huevos frescos... se están descongelando en este preciso instante.

-¡Enséñeme dónde!

Hubo un tácito acuerdo entre ellos para mantener el mundo a raya durante un rato más, y degustaron el desayuno en medio de la claridad matinal que el sol enviaba a la estancia. Hasta que tocaran el teléfono, se encontrarían solos en aquellas habitaciones clausuradas, por encima de la ciudad, en un universo privado de su exclusiva pertenencia. Nita sirvió más café y lo sorbieron en silencio, observando la limpidez celeste y las aristas superiores de la extensión de rascacielos de Nueva York.

-¿Es usted de aquí, de la ciudad? -inquirió Nita.

El asintió.

-Nací, me crié y viví siempre en ella, salvo los nueve años que serví en el Ejército de las Naciones Unidas.

-¡Nueve años! Ya me parecía que usted era, bueno... un poco

Se interrumpió, insegura de sí, y Sam soltó una carcajada.

-¿Un poco viejo para ser interno? Bueno, tiene perfecto derecho a pensarlo.

-No quise...

-Nita, por favor... Si fuera puntilloso y me irritara el hecho de tener diez años más que todos los alumnos de mi curso en la facultad de medicina, hace tiempo que tendría concha. Pero ni soy susceptible ni me avergüenzo de la temporada que estuve en el ejército; deseaba hacer mi carrera y llegué a capitán, antes de tomar la decisión de

abandonar las armas.

-¿Hubo... un motivo particular para que tomase esa decisión?

-Uno, quizás, pero la idea se estuvo incubando durante algún tiempo. Mi mejor amigo, por aquel entonces, era Tom, nuestro oficial médico, y poco a poco fue creciendo en mí la impresión de que su tarea tenía más sentido que la mía. Nunca me hizo propaganda, pero respondía a todas mis preguntas estúpidas y me permitía rondar cerca de él cuando actuaba. Lo que me decidió por último fue lo que sucedió en aquella aldea del Tibet; habíamos aterrizado durante la noche para colocarnos entre los indios y los chinos. Nunca había visto tanta pobreza, miseria y enfermedad como las que reinaban allí y me pregunté por qué sólo se les llevaban armas a aquellas gentes...

Como una avispa, zumbó el aparato telefónico por encima de sus últimas palabras y Sam accionó la palanquita que comunicaba el auxiliar extendido hasta la cocina. Apareció en la pantalla la imagen del rostro del doctor Mackay. Su Departamento de Medicina Tropical debía haber trabajado durante toda la noche y las oscuras ojeras del hombre denotaban que estuvo a la cabeza de sus hombres. Se manifestó un poco brusco.

-¿Cómo se encuentran ustedes? ¿Han notado síntomas de alguna clase?

Sam revisó las esferas de su indicador y después hizo lo mismo con el de Nita.

-Todos los registros son normales y no hay síntomas. ¿Se han presentado otros casos?

-No, no ha surgido ninguno, sólo estaba preocupado por ustedes, ya que estuvieron expuestos al contagio. -Cerró los párpados durante un segundo y se frotó la ceñuda frente-. Hasta ahora no se ha presentado ningún caso más de lo que se conoce oficiosamente con el nombre de «enfermedad de Rand», al menos en lo que respecta a seres humanos.

-¿Los pájaros?

-Sí, brigadas de hombres se han pasado la noche explorando con luces y, desde el amanecer, hemos estado recibiendo informes: una plaga de pájaros, de pájaros muertos. Las divisiones de Sanidad están ya transmitiendo avisos radiados, recomendando que no se toquen las aves enfermas o muertas y que se notifique de inmediato a la policía la presencia de alguna.

-¿Ninguna otra clase de animales se ha visto afectada? -intervino Nita.

-No, nada hasta el momento, sólo los pájaros, de lo cual debemos dar gracias. Y ustedes dos no experimentan síntoma alguno, eso es muy esperanzador. Por ello, deben permanecer en contacto conmigo; si notan algo fuera de lo ordinario, infórmenme inmediatamente. Buena suerte.

Y colgó.

Nita sorbió un poco de café.

-Está frío... tendré que calentar un poco más. -Deslizó dos recipientes sellados en el horno de radar-. Todo lo relativo a esta enfermedad es extraño, no encaja con ninguna de las reglas.

-Bueno, ¿es que tiene que hacerlo, Nita? Al fin y al cabo, se trata de una enfermedad del espacio, procedente de otro mundo, así que lo lógico es esperar que nos resulte extraña.

-Nueva, pero no extraña. Cualquiera que sea la naturaleza de un organismo, sólo puede afectar el cuerpo en un número limitado de sentidos. Si la enfermedad fuese realmente extraña, forastera, no causaría efectos sobre los seres humanos... si fuera, por ejemplo, un hongo que sólo atacase la vida fundamentada en la silicona...

-O una bacteria que sólo resultase viable a veinte grados bajo cero.

-¡Exacto! La enfermedad con la que ha vuelto Rand es completamente nueva para nosotros, pero sus reacciones no. Fiebre, nefrosis, forunculosis y piemia. Hay que conceder que la infección se extendió por todo su cuerpo, pero existen otras

enfermedades que atacan simultáneamente cierto número de órganos, por lo tanto, lo que es nuevo es la combinación de estos factores.

Sam cogió el recipiente que Nita le ofrecía y se llenó la taza.

-Tal como lo presenta, parece que hay esperanzas. Tuve visiones de una inmensa plaga del espacio abatiéndose sobre el mundo. -Luego frunció el ceño, al recordar algo súbitamente-. ¿Qué me dice de los pájaros...? ¿Cómo encajan en el asunto?

-Aún no sabemos si tienen algo que ver. Puede que sufran la misma enfermedad... u otra semejante. Si padecen un mal relacionado con el otro, sería una gran ayuda el que alguno cayese con el virus que mató a Rand. Podríamos fabricar vacunas entonces, ya que no nos es posible sacar una droga curativa probada. Me gustaría ver cómo se desarrollan los trabajos en el laboratorio.

-A mí también... pero es mejor que nos resignemos a permanecer aquí una temporada. Usted es la especialista en patología, así que tendrá materia para entretenerse con esas muestras de tejido. Sin embargo, muy poco trabajo puede desempeñar un pobre interno del servicio de ambulancias. Creo que me dedicaré a llamar por teléfono a algunos amigos de los del hospital, para enterarme de cómo van las cosas por el mundo exterior.

Nita se pasó la mañana atareada en el pequeño, pero completo laboratorio que formaba parte integrante de la sala de incomunicados. Se percató vagamente de las conversaciones que sostuvo Sam por teléfono y del silbido que produjeron en los tubos de comunicación las cápsulas que llegaron. Cuando por último, cerca del mediodía, interrumpió la muchacha su trabajo, se encontró a Sam inclinado sobre un mapa que había extendido encima de la mesa.

-Venga aquí -Sam la llamó, haciéndole una seña con la mano-. Mire, esto es Long Island -el Aeropuerto Kennedy está aquí- y he pedido al departamento de Salud Mundial que me envíe copias de todos los informes relativos a los pájaros muertos. De acuerdo con los informes, he señalado la situación y el número de aves encontradas en cada punto. ¿No le sugiere nada?

Nita pasó el índice por los minúsculos numeritos rojos. -A primera vista, parece como si todos ellos hubiesen caído en el litoral de la parte sur, con mayor densidad en Cedarhurst, Lawrence y Long Beach.

-Sí, hasta el presente no se han encontrado más que por la costa sur; observe aquí, en el Reynold's Channel, junto a Long Beach, se han recogido dos mil patos muertos. ¿No se percató, por casualidad, de que la escotilla del «Pericles» estaba enfocada hacia allí cuando se abrió?

-No, no me fijé y no puedo estar segura.

-Yo tampoco lo estaba, así que lo consulté con el aeropuerto. La escotilla se encuentra encarada casi exactamente hacia el sudeste... así. -Cogió una regla de paralelas, la atravesó sobre la rosa de los vientos y luego la desvió para interceptar el sitio del aeropuerto donde había caído la nave espacial. Trazó una línea roja desde el aeropuerto, a través de Long Island y océano adentro. Cuando levantó la regla, Nita emitió un jadeo.

-Cruza Long Island y pasa por el centro de la mayoría de las cifras. Pero... *no es posible,* a menos que soplase el viento en esa dirección.

-Recuerde que ayer no soplaba viento, alguna que otra ráfaga de tres kilómetros por hora, pero sin dirección fija.

-¿Trata de insinuar que el virus que infectó a esos pájaros salió de la escotilla disparado como un... *proyector luminoso,* como el rayo de luz de un faro y que se extendió a través de la comarca, infectándolo todo a su paso?

-No insinúo, nada... usted parece sacar esa consecuencia, Nita. Me he limitado a transcribir los guarismos que me proporcionó la policía. Tal vez el virus se ha propagado como usted dice; podemos estar equivocados al pensar que un organismo extraño, venido

de otros mundos, se configure a nuestras reglas de conducta. Hasta el momento, nada de este asunto encaja en nuestras normas vitales.

Paseó por la estancia, golpeándose la palma de una mano con el puño de la otra, inconscientemente.

-Y mientras todo eso sucede, aquí estoy encerrado. Si la enfermedad de Rand sólo ataca a los pájaros, pueden retenernos aquí, bajo observación, durante el resto de nuestras vidas, sin estar jamás seguros de nada, esperando a que nos pongamos enfermos...

Le interrumpió la señal del teléfono.

Era Chabel, de Salud Mundial. Tenía expresión obsesionada y, cuando habló, lo hizo en tono bajo, casi inaudible.

-Hay un paciente en camino, doctor Bertolli, prepárese para recibirle, por favor.

-¿Quiere decir que...?

-Sí. Enfermedad de Rand. Un policía. Se trata de uno de los hombres a los que se asignó la tarea de recoger pájaros muertos.

CAPÍTULO IV

NITA preparó la cama, mientras Sam aguardaba con impaciencia a que se abriese la puerta interior. Parpadeó el indicador luminoso, informando de que la entrada exterior se cerraba. Se oyó después el sofocado rumor de motores ocultos, silbó el aire por los precintos que tenía ante sí y pronto se encontró suficientemente abierta la puerta interior para que pasase. El policía de la camilla rodante -vestido aún de uniforme- iba incorporado sobre los codos.

-No sé qué estoy haciendo aquí, doctor. No tengo esa enfermedad, sólo un poco de fiebre, un enfriamiento de verano, ya sabe, fruta del tiempo -manifestó calmosamente, como si quisiera tranquilizarse a sí mismo.

En su rostro se veían unas manchas rojizas que muy bien podían ser diviesos en embrión. Sam cogió el receptáculo con el historial. Francis Miles, treinta y ocho años de edad, agente de policía. Todo aparecía escrito a máquina, muy limpio y claro, pero en la parte inferior de la hoja rezaba en grandes caracteres: *Virus de la enfermedad de Rand. Positivo.*

-Bien, para eso ha venido usted aquí, Frank, para que podamos averiguarlo -dijo Sam, devolviendo luego el informe a su sitio, sin cambiar de expresión-. Ahora tiéndase boca arriba para no caerse y le pondremos en la cama.

Empujó la camilla hacia el interior de la sala de cuarentena y la maciza puerta giró a sus espaldas.

Nita se mostró jovial, ahuecó la almohada del policía, le entregó una carta de platos para que la examinara, al tiempo que decía que el hombre daba la impresión de tener apetito, y hasta encontró un botellín de cerveza que sin duda quedó olvidado en el fondo del refrigerador. Sam se dedicó presurosamente a fijar los contadores a la reseca y caliente piel del enfermo y tardó cerca de quince minutos en tenerlo todo colocado y dispuesto a su entera satisfacción. Para entonces, la fiebre del paciente había subido un grado. Los primeros granos empezaban a formarse ya, cuando cerró la puerta del despacho y marcó el número del doctor Mackay, tocando en consecuencia las cifras cóncavas del dial de inducción.

-Hemos estado ajustando sus aparatos de transmisión -dijo Mackay.

-¿Alguna recomendación en lo que se refiere a tratamiento?

-Se está hablando del asunto...

-Pero tendrá alguna sugerencia, ¿no? -Sam apretó los puños, dominando un arrebato de mal talante.

-Existen diferencias de criterio. El tratamiento de apoyo parece que no tuvo efecto alguno en el caso anterior, pero se ha sugerido que en combinación con interferona puede dar mejores resultados y un suministro de ésta se halla en camino. Sin embargo, la terapia de oxígeno hiperbárico ha sido eficaz en...

-Doctor Mackay -le interrumpió Sam-, no disponemos aquí de cámara hiperbárica, por lo que semejante tratamiento representaría tener que trasladar de nuevo al paciente. Debe usted comprenderlo, los instrumentos no le pueden decir a uno todo, y ese hombre se va a morir ante mis ojos. Jamás vi una enfermedad que progresase con la rapidez de ésta. ¿Y usted?

Mackay sacudió la cabeza negativa y cansinamente. Sam se acercó más al teléfono.

-¿Tengo su permiso para empezar un tratamiento de apoyo con interferona y antibióticos al objeto de detener cualquier posible infección secundaria? ¡He de hacer *algo!*

-Sí, naturalmente, doctor Bertolli, después de todo, es su paciente y respaldaré lo que usted decida. Notificaré lo que se ha hecho, informaré a la comisión.

Cuando Sam colgó, se dio cuenta de que Nita se encontraba de pie, tras él.

-¿Ha oído eso?

-preguntó a la muchacha. -Sí, procedió usted como debía. No es posible que ellos se hagan cargo de la situación sin ver al enfermo. He tenido que darle un poco de «Surital», seis centímetros, se estaba excitando demasiado, bordeaba el histerismo. ¿Le parece bien?

-Procedió usted correctamente porque cualquier cosa que administremos al enfermo estará obligada por sus necesidades. Veamos si ha llegado ya la interferona.

La cápsula esperaba ya en el cesto de recepción y Sam preparó rápidamente la inyección, mientras Nita limpiaba el brazo del paciente. El hombre estaba tendido de espaldas, apretados los cerrados párpados y respirando penosamente por la boca. Su piel aparecía moteada por los enconados puntos rojos de los diviesos. Sam le dio una prolongada inyección intravenosa; la corriente sanguínea llevaría la interferona a todos los puntos de su cuerpo. Luego inoculó una dosis pequeña en uno de los forúnculos.

-Nos servirá de referencia -explicó, después de trazar un círculo de yodo para señalar el sitio-. Aplicada de manera local, la interferona siempre es más efectiva. En combinación con el antipirético puede conseguir algún resultado positivo.

No se produjo ninguna mejora sensible, aunque la temperatura del policía descendió dos grados. Mackay y su grupo lo contemplaron todo por el monitor y sugirieron variaciones en el tratamiento. El corpulento agente policiaco era un paciente de Sam y a éste le molestó un poco la actitud de los facultativos, que consideraban a aquel hombre una especie de conejillo de indias gigante, pero no formuló protesta alguna. El policía *era* un conejillo de indias; si el tratamiento lograba curarle, serviría para otros.

Y hubo otros casos. Estaban ya en ruta hacia el hospital de Nueva York, donde se había habilitado un departamento especial, incomunicado, mucho más amplio que aquel experimental, y atendido por voluntarios. Resultaba difícil determinar cuántas personas ingresaron allí, puesto que los informes médicos oficiales se mostraron reticentes con los hechos y los boletines de las emisoras de radio y televisión procuraban a todas luces elevar la moral pública. Sam tenía un enfermo a su cuidado; de no ser así, se habría sentido abrumado por la frustración, al verse en la trampa de aquella sala de cuarentena, mientras una peste se extendía por la ciudad.

-¿Para qué es eso? -preguntó a Nita, al ver que sacaba una jaula de alambre con palomas de la cápsula del tubo. Se había percatado de que la muchacha pasó varias horas trabajando en el laboratorio, aunque no había hablado con ella

Nita se quitó de los ojos un mechón de pelo bermejo y señaló el escritorio.

-He estado leyendo todo el día los informes de los laboratorios que trabajan sobre el virus de Rand y hay un experimento que no han llevado a cabo todavía, que será más seguro ejecutar aquí, en rígida cuarentena, donde tenemos un paciente atacado de la enfermedad de Rand.

-¿Qué experimento es ése?

Nita rebuscó entre los papeles y levantó una hoja.

-Aquí tenemos el primer informe de patología. Han descubierto que es imposible infectar un tejido humano en vitro con células contaminadas del comandante Rand. Lo intentaron antes de que muriese anoche. También han comprobado que resulta igualmente imposible traspasar el virus a otros animales del laboratorio: monos, cobayas, conejos...

-Entonces... si eso no es posible, ¡usted y yo podemos abandonar la cuarentena! ¿Pero cómo resultó contaminado el policía?

-Aguarde un momento y lo comprenderá. El virus de Rand puede infectar a los pájaros, es lo que ha ocurrido hasta ahora con todas las especies expuestas. Y luego, aquí viene lo peor, las células enfermas de los pájaros pueden contaminar a las células humanas. Así fue como el pobre Frank lo cogió.

-¿Lo han intentado con algún ser humano voluntario?

-No, ¡claro que no! Sólo con tejidos en vitro y células HeLa.

Sam paseaba de un lado a otro, incapaz de estarse quieto.

-Es como el ciclo vital en esquistosomiasis, pero eso es mediante la sangre, contaminado de hombre a hombre, mas no existe caso alguno registrado de propagación por ese sistema. Nada parecido a esto de un hombre que infecta a unos pájaros y luego esos pájaros devolviendo la contaminación a otro ser humano. No es una infección que se transmite dentro de la misma especie... Un momento, ¿los pájaros pueden infectarse unos a otros?

-Sí, eso quedó demostrado.

-Entonces, naturalmente, queda el paso siguiente: por eso ha traído usted aquí esas aves. Quiere averiguar si el virus humano puede volver a infectar a los pájaros. Si ocurre así, se demostrará que Frank y Rand padecen el mismo mal. Y en tal caso, una vez rompamos la cadena de infecciones, podremos vencer la enfermedad y borrarla del mapa.

Nita tenía ya lista la aguja hipodérmica. Introdujo la mano en la jaula y apresó diestramente a una de las aves, inmovilizándola. El pájaro emitió unos quiebros y parpadearon sus ojos rosados cuando la aguja se deslizó bajo su piel. Nita la colocó luego en otra jaula, que puso en un compartimento sellado.

-Hay un detalle que se me ha escapado -dijo Sam-. ¿Podrá el virus del policía infectar otras células humanas? Es posible que haya cambiado su naturaleza al pasar por los pájaros.

-No, ya lo he comprobado. No lo hice aquí, claro, sino que envié muestras de biopiocultivo de los abscesos a la sexta planta; descubrieron que no infectaba el tejido humano.

Sam fue a echar un vistazo al paciente, el cual dormía tranquilamente. No se percibían cambios, la extensión de la enfermedad parecía estar dominada, de momento, al menos, aunque la fiebre no había bajado. Regresó al laboratorio y se sentó frente a Nita, en el otro lado del escritorio. La muchacha tomaba notas en una libreta.

-El laboratorio ha empezado a llamarlos Rand-alfa y Rand-beta -declaró-. Supongo que esos nombres se convertirán en oficiales.

-¿En qué se distinguen?

-Rand-alfa es el que tenía el comandante, un virus mortal que no puede transmitirse al hombre o a otros animales, salvo los pájaros. Rand-beta es el virus aparentemente idéntico, pero mata a los pájaros y puede transmitirse a los seres humanos.

-Y puede contaminar a otros pájaros.

-Sí, con suma facilidad. Por eso se propaga con tanta rapidez.

-Entonces, lo que hay que averiguar ahora es si el Rand-beta, cuando se transmite al hombre, se transforma en Rand-alfa. De ser así, nuestras preocupaciones concluirán. Significará la muerte para una cantidad enorme de aves, pero podremos detener la enfermedad en esa etapa e impedir que los seres humanos vuelvan a infectarse.

-En ello confío -articuló Nita, al tiempo que observaba los aparatos incorporados a la jaula-. Si el pájaro enferma, eso querrá decir que tiene Rand-beta, lo cual significará que su paciente tiene Rand-alfa... lo mismo que en el caso original. Demostrará que sólo hay dos formas de enfermedad, y que ésta sólo puede contraerse por conducto de los pájaros. Una vez eliminada su provisión de virus infecto, llegará el fin de la enfermedad.

Ambos contemplaron la paloma cuando, estirando un ala, cayó de costado.

-La temperatura de su cuerpo ha subido cuatro grados -dijo Níta.

Se formó el primer divieso y observaron que la enfermedad seguía su ya demasiado conocido curso.

-Tomaré una muestra de sangre para mandarla al laboratorio y que la comprueben por el microscopio electrónico -dijo Nita-. Pero no creo que haya duda alguna, ¿verdad? -En absoluto -repuso Sam, mientras cogía una aguja hipodérmica del autoclave-. No nos falta más que un factor de la serie, para demostrar si es cierta o errónea. -Se volvió hacia el enfermo tendido en la cama.

-¡No! ¡Usted no debe hacerlo! -gritó Nita, y corrió hacia Sam. Le agarró un brazo con tal energía que la aguja se le escapó a Sam de la mano y cayó al suelo. Se puso de cara a la muchacha, calmosamente, sin enojo.

-Sam, no debe hacerlo, están debatiendo el asunto en Salud Mundial; se formularon sugerencias para pedir voluntarios, pero decidieron esperar. Resulta demasiado peligrosa ahora, no hay necesidad...

-Sí la hay. Hasta que se demuestre que el Rand-alfa no puede transmitirse de una persona a otra, no podemos tener la certeza de que no se declarará una epidemia. Y mientras exista la duda sobre eso, usted y yo continuaremos atrapados en este departamento. El virus Rand-alfa del policía ha de inocularse a alguien. Dado que yo estuve expuesto a ese virus al atender al propio Rand, soy el voluntario más lógico. ¿Algo que oponer?

-Yo debería...

Sam sonrió.

-En este caso preciso, mi querida doctora, las mujeres y los niños después.

Nita guardó silencio largo rato. Luego se apartó y abrió el autoclave.

-No puedo discutir con usted -se resignó-. Acaso tenga razón, no lo sé. De cualquier modo, no puedo impedírselo. Pero yo soy aquí la especialista en células y no voy a permitir que ningún interno desmañado se produzca a sí mismo hepatitis, piemia o algo semejante. -Cogió una nueva aguja hipodérmica-. Me encargaré de prepararlo, ¿de acuerdo?

-Conforme -dijo Sam, y miró a su paciente mientras Nita preparaba el cultivo. Comprendía, sin necesidad de razonamientos, que la joven no intentaría engañarle, arreglando una inyección de agua esterilizada o de plasma neutro. El asunto era demasiado importante. Nita podía ser mujer y estar dotada de las emociones y sentimentalismos propios de su sexo femenino... pero también era médico.

-A punto -anunció la muchacha.

Sam se limpió el brazo y, en vista de que Nita vacilaba, tomó la aguja hipodérmica de entre sus dedos, la mantuvo vertical unos segundos, exprimió dos o tres gotas y luego la clavó tranquilamente a través de la piel.

CAPÍTULO V

-EL VIRUS Rand-alfa no se propagó en el tejido humano articuló Nita, con las manos entrelazadas y apretadas de tal forma que las yemas de los dedos estaban blancas-, así que casi no existe probabilidad alguna de que usted coja la enfermedad.

Intentaba tranquilizarse a sí misma, más que tranquilizarle a el. Sam se daba perfecta cuenta de eso. Había sido un cambio demasiado brusco para la muchacha. En un sólo día la apartaron de la quietud del laboratorio y, de pronto, se encontró en vibrante contacto con la muerte.

-Muy pocas probabilidades, por no decir ninguna -corroboró Sam-. ¿No sería mejor que informase usted a Mackay de lo que he hecho, mientras compruebo cómo sigue el paciente?

El policía continuaba durmiendo, pero..., ¿no era más ronca su respiración? Sam apretó el botón de la registradora y el ingenio zumbó levemente, al tiempo que repetía minuto a minuto todo lo relativo a la historia médica del enfermo, desde que fue acomodado en el lecho. Sonó un chasquido y la hoja de papel grabado cayó en la mano de Sam. Revisó las curvas impresas de los distintos instrumentos, observando que todos indicaban un empeoramiento constante, que se interrumpía a partir de la inyección de interferona. En ese punto -casi tres horas antes-, la gravedad cedió en su avance, e incluso se produjo una tenue mejoría cuando el medicamento antipirético hizo descender la fiebre. Pero la remisión había terminado, la temperatura volvía a subir, decrecía la presión sanguínea y el paciente se deslizaba de nuevo hacia los umbrales de la muerte. Sam preparó al instante otra inyección de interferona y la administró presurosamente. En apariencia, no surtió efecto.

-El doctor Mackay se ha puesto furioso -informó Nita-. Dijo que debe usted tomar nota exacta de cuanto le suceda, cree que se ha vuelto usted loco -conste que no hago más que repetir sus palabras-, pero le agradece el rasgo. ¿Nota... algún síntoma?

La muchacha dio media vuelta a la muñeca de Sam para ver las esferas del contador adosado allí.

-No, no se ha producido la menor reacción, compruébelo. No hay razón para que ocurra así, los cultivos de tejido humano son bastante sensibles. Si el Rand-alfa se pudiese transmitir al tejido humano, lo sabríamos ya.

De nuevo, un paciente del doctor Bertolli se moría ante sus ojos sin que el médico pudiera hacer nada para evitarlo. La interferona dio resultado al principio, retrasando unas horas la tendencia hacia el fatal desenlace, pero fallaba en el segundo intento. La fiebre era cada vez más alta y el antipirético ya no servía de nada. Se conectó la máquina corazón-pulmones y luego el riñón artificial, cuando parecía inminente el fallo renal. La última esperanza que albergó Sam para ayudar al enfermo en su lucha contra el virus invasor, consistió en apoyar la resistencia de sus órganos a base de transfusiones de sangre, renovándola toda, y combatir cualquier infección secundaria con el empleo de antibióticos. No dio resultado, aunque le costaba trabajo reconocerlo. Era una batalla que tenía que ganar, pero que le era imposible de todo punto. Sólo cuando Nita le tiró del brazo, se percató de que la muchacha estaba llorando y se volvió.

-Sam, ha muerto, por favor, ya no se puede hacer nada más.

El agotamiento se abatió entonces sobre él; ¿cuántas horas llevaba así? ¿Doce, o más? Consultó su reloj de pulsera y vio el indicador ceñido al brazo. Los registros eran normales, aunque el pulso se manifestaba deprimido a causa de la fatiga. ¡Se había olvidado de todo! Si hubiere estado predispuesto a contagiarse de la virulenta enfermedad de Rand, ya debía de sufrirla en aquel momento; la experiencia había servido, estaba a salvo. Le pareció una victoria pequeña, después de la tragedia de las últimas horas.

Librodot

-Siéntese, por favor -dijo Nita-, aquí tiene un poco de café cargado.

Sam tomó primero un pequeño sorbo y, después un trago bastante largo, con el que casi apuró el contenido de la taza, antes de depositarla.

-¿Qué ha estado pensando? -inquirió-. Son más de las dos de la madrugada.

-Nos han levantado la cuarentena, por decisión del doctor Mackay. Dijo que si a medianoche no se había declarado ningún síntoma, la cuarentena se daba por concluida... -Apoyó una mano en el brazo de Sam, cuando éste trató de levantarse-. No, espere, por favor, acabe el café y escuche el resto.

Sam titubeó unos segundos, dejándose caer luego pesadamente.

-El café es estupendo y tomaré otra taza. -Casi sonrió-. Lamento haberme comportado como un idiota, pero todo este sucio asunto ha sido una cuestión personal, desde el mismo instante en que Rand salió de la astronave y cayó prácticamente en nuestros brazos. Venga, siéntese aquí y tome también un poco de café.

Nita llenó las tazas y se echó en la suya unas cucharadas de nata y azúcar.

-Las cosas marchan malísimamente por la ciudad -manifestó Nita-. Resulta fácil sacar esa consecuencia, a la vista de los informes médicos. El virus Rand-beta se coge en seguida y es mortífero. Los pájaros dejan de existir casi inmediatamente después de infectarse, pero cuando fallecen, todo su cuerpo y todo su plumaje están contaminados del virus. Aparentemente, las bacterias se contagian por simple contacto con la piel, todas las personas que han contraído la enfermedad o tocaron un ave o rozaron el suelo donde el pájaro cayó. Eventualmente, el virus muere después de abandonar el organismo que lo albergó, pero no están seguros acerca del tiempo que transcurre hasta entonces.

-¿Cuántos casos ha habido?

La muchacha vaciló unos segundos, antes de responder. -Más de tres mil, según las últimas noticias que tengo.

-¡Tan rápido...! ¿Qué se ha hecho?

-Hasta ahora, sólo se tomaron medidas preventivas, pero se ha convocado una reunión en el auditorio número dos del Bellevue, a la que asistirán todas las autoridades médicas, el alcalde, la policía, cuantos personajes importantes hay en la ciudad. Esa reunión va a tener efecto en seguida. El profesor Chabel de Salud Mundial la presidirá y quiere que baje usted. Dejé esta noticia para lo último, porque el aspecto de usted me indicó que necesitaba primero la taza de café.

-No se equivocó -confirmó Sam. Se puso en pie y se estiró, dueño de sí mismo en mayor escala que antes. Nita se levantó también; estaba muy cerca de él y las manos de Sam se alzaron, casi por su propio impulso, y se apoyaron en los hombros de la joven. Sam empezó a decir algo, pero sólo estaba consciente de la presencia del cálido cuerpo de la muchacha, bajo la tenue bata de algodón. Atrajo a Nita hacia sí y los labios femeninos se'posaron sobre los suyos, vivos y firmes, con los fuertes brazos de la joven apretando el cuerpo de Sam contra el suyo.

-¡Bueno! -exclamó Sam, un poco más que sorprendido de sí mismo-. Realmente, no estoy seguro de por qué hice eso. Lo siento.

-¿De veras? -Nita sonreía-. Bien, pues, yo no. Me pareció algo estupendo. Aunque imagino que resultará mucho mejor después de que te hayas afeitado.

Cuando Sam se pasó los dedos por la cara, diose cuenta de que sus mejillas raspaban como papel de lija.

-No tenía idea... debo parecer un erizo y, desde luego, tengo la impresión de serlo. Antes de bajar a esa reunión, habré de desembarazarme de esto.

La banda luminosa que circundaba el espejo del cuarto de aseo producía reflejos cegadores en los azulejos satinados y en los pulimentados muebles metálicos. Sam entornó los párpados para observar sus facciones en medio de tanto resplandor. El calor irradiado por la maquinilla de afeitar supersónica se deslizó suavemente por su piel, segando la quebradiza barba. Pero resultaba irritantemente audible cuando se oprimía con demasiada fuerza sobre el

hueso. El sonido de la maquinilla era, desde luego, agudo en exceso para escucharlo directamente, pero hacía vibrar su osamenta y enviaba un zumbido monótono semejante al de una nube de minúsculos insectos. Tenía los ojos enrojecidos y hundidos en el centro de oscuros círculos. La aspirina se llevaría el dolor de cabeza y cinco miligramos de «Benzedrina» le permitirían aguantar la reunión, pero tendría que pasar antes por su cuarto para ponerse unos zapatos; la chaquetilla y los pantalones blancos no desentonarían demasiado, pero no podía presentarse con pantuflas de algodón.

-¿Me informarás de lo que suceda? -preguntó Nita, cuando Sam se disponía a marchar. Él asintió, mientras accionaba de nuevo, con impaciencia, el interruptor del mecanismo de la puerta, cosa que inició el ciclo de apertura.

-Sí, te llamaré por teléfono lo antes posible -repuso con aire distraído, pensando en la ciudad. Tendría que estar preparado para enfrentarse a cierto número de cambios.

Cuando por fin acabó de abrirse la puerta exterior, después del consabido proceso de esterilización, Sam franqueó el umbral y, lo primero que vio fue a Killer Domínguez, dormido encima de un banco, sobre el que se había echado. Killer abrió un ojo recelosamente, al percibir el rumor del mecanismo de la puerta, y luego se puso en pie de un salto.

-Bien venido otra vez a la civilización, doctor. Llegué a temer que hubiesen arrojado la llave al océano, pero por mi departamento de información particular circularon rumores en el sentido de que le habían levantado la cuarentena, así que me convertí en comité de recepción de un solo miembro y vine a ofrecerle mis felicitaciones.

-Gracias, Killer. ¿Te enteraste también, por medio de tus sistemas informativos oficiosos de que tengo que bajar ahora mismo a una reunión?

-Así es. Y Charley Stein, el del laboratorio de ginecología, dijo que probablemente iban a incinerar sus ropas. «¿Incluidos los zapatos?», le pregunté, y respondió que sí, que sin duda. -Killer alargó la mano bajo el banco y sacó un par de zapatos blancos, con suela de goma-. Así que me figuré que por lo menos debía usted contar con un par de zapatos, saqué éstos de su cuarto y supongo que hice bien, ¿verdad?

-Eres el amigo que uno necesita, Killer -aprobó Sam, quitándose las pantuflas y calzándose los zapatos-. Estuviste de servicio después de que me encerraran ahí, ¿no? ¿Cómo van las cosas por el exterior?

Por primera vez desde que le conocía, el rostro de Killer perdió su expresión neutra de urbanidad sofisticada para presentar una serie de arrugas, trazadas por el cansancio y la fatiga.

-Es duro, doctor... y lo va a ser todavía más. La gente se ha encerrado en sus casas a cal y canto, pero no tardará en escasearles la comida y supongo que entonces pensarán que lo mejor es ir a hacer una visita a los familiares que tengan en el campo, con lo que empezará el gran espectáculo. La Prensa y la televisión tratan de quitar importancia al asunto, pero uno puede leer entre líneas y además he visto cosas con mis propios ojos... un tumulto en el East Side, por ejemplo, del que nada dicen los periódicos.

-Creo que lo tendremos dominado pronto -manifestó Sam, camino ya del ascensor, deseando estar en condiciones de poner más sinceridad en su tono-. Una vez hayamos impedido la propagación de la enfermedad de Rand que efectúan los pájaros, el mal quedará vencido.

-Hay una barbaridad de pájaros en el mundo, doctor -dijo Killer. Mordisqueaba ociosamente un mondadientes y recuperó su acostumbrada expresión de firmeza.

El acceso al auditorio número dos estaba cerrado y vigilado por un policía, que se negó a permitir la entrada a Sam y mantuvo la mano sobre el cinto, junto a

la pistola, mientras hablaba. Cuando se convenció de que Sam tenía algo que hacer allí dentro, hizo una llamada por el aparato de radio de su casco y, minutos después, abrió la puerta Eddie Perkins, uno de los cirujanos residentes. Killer se retiró y Eddie acompañó a Sam al guardarropa.

-Tengo que aleccionarle antes de que entre -declaró Eddie-. Eso va a convertirse en una auténtica batalla.

-¿De qué lado está usted?

-Uno puede formular la misma pregunta. -Eddie sonrió pícaramente, sacó un paquete de cigarrillos y, en vista de que Sam declinó la invitación, encendió uno para sí-. Me han reclutado para formar parte del equipo del doctor Mackay. Le han nombrado director de la investigación médica y del tratamiento para la enfermedad de Rand; un cargo oficial, todo el mundo recuerda su actuación en el caso de la paquiacria de Topholm. Tiene cierta influencia con los miembros de salud pública, y un poco menos con la policía y el ejército y ninguna con los políticos ávidos de votos. Trata de persuadir al gobernador de que debe declararse la ley marcial para que vengan unidades militares -las necesitaremos tarde o temprano, así que cuanto antes se presenten, mejor- y de que hay que destruir todas las aves existentes en un radio de ciento sesenta kilómetros, tomando como eje la ciudad de Nueva York.

-Deben haber centenares de parques del estado y santuarios de caza en esa zona. ¡Imagine dónde van a poner el grito los conservadores!

-Ya han empezado a quejarse... y al gobernador que, como usted recordará, va a presentarse a la reelección el otoño próximo.

-¿Qué puedo hacer yo en todo eso?

-Mackay asegura que usted puede inclinar la votación del lado bueno; está manteniendo las cosas en suspenso hasta que usted aparezca. En cuanto irrumpa, todos los asistentes cerrarán la boca y escucharán lo que usted diga. Es el héroe del momento, el muchacho que primero vio a Rand, el que estuvo con él en cuarentena *y* el que se inoculó las bacterias para demostrar que el Rand-alfa no se transmite de una persona humana a otra. Una vez confirme la veracidad de todo ello, el pánico que impera decrecerá horrores, lo mismo que lo referente a evacuar la población. Y la gente dejará de preocuparse de los casos que hasta el presente tenemos en cuarentena. Al establecer la no comunicabilidad del

Rand-alfa, tendrá luego que decir, con voz potente y clara, que el único medio para detener el virus Rand-beta consiste en matar unos cuantos millones de pájaros. ¿Está de acuerdo?

-Pues..., sí, claro que sí. Parece una idea horrible, pero es lo único que podemos hacer, ya que no existe cura para la enfermedad. Si la detenemos ahora, antes de que se propague, la habremos detenido para siempre.

-Ese viejo espíritu combativo -alabó Perkins, y echó a andar hacia la puerta-. Convenza a los politicastros de eso y nos será posible continuar nuestra tarea. Déme una delantera de dos minutos, para que tenga tiempo de avisar a Mackay, e irrumpa después. Encamínese a la tribuna en línea recta, le estaremos aguardando.

Los dos minutos transcurrieron lentamente. Sam se estiró la blanca chaquetilla frente al espejo del vestuario, tratando de eliminar algunas de sus arrugas. Tenía la garganta seca, como acostumbraba a sucederle siempre que se disponía a a lanzarse a la lucha. ¡Políticos! Pero tenía que convencerlos en seguida. Cada minuto de retraso ensanchaba el círculo de la contaminación. Empujó la puerta y emprendió la marcha a lo largo del pasillo de la parcialmente llena sala, hacia el impresionante grupo de uniformes y trajes de hombres de negocios que había en torno a la mesa alargada de la tribuna. Muchas cabezas se volvieron para mirarle y el doctor Mackay interrumpió su disertación para saludarle.

-Y ahora, caballeros, podremos por fin enterarnos de los últimos detalles,

Librodot

hechos incontrovertibles y pruebas sobre las que basar una decisión lógica. Les presento al doctor Bertolli, al que creo que todos ustedes conocen de nombre.

Un murmullo ondeó a través de la sala y Sam se esforzó en ignorar las miradas expectantes que convergían sobre él mientras subía los cuatro peldaños que llevaban al tablado. Mackay le hizo una seña, indicándole que fuera a colocarse a su lado.

-En el presente momento, el doctor Bertolli es la primera autoridad clínica mundial en lo que se refiere a la enfermedad de Rand. Él fue quien recibió a Rand, cuando aterrizó la aeronave, y quien atendió su caso en cuarentena. Y también ha sido él quien ha asistido al oficial de policía Miles, segundo caso de la enfermedad. Además, es el hombre que ha dirigido los experimentos que desembocaron en el conocimiento demostrado de que la enfermedad de Rand sólo se puede coger de los pájaros, no de otra persona. Doctor Bertolli, ¿tendría usted la bondad de informarnos acerca de la naturaleza de esos experimentos?

Al pronunciar Mackay aquellas palabras, Sam comprendió que el hombre, además de médico, era un político astuto. Por el sistema de no revelar la naturaleza exacta de las pruebas de comunicabilidad, había dejado el paso franco a Sam, preparándole el terreno para una revelación dramática. Normalmente, a Sam no le hacían mucha gracia los médicos políticos, pero comprendió que, en aquel momento, debía actuar como si él mismo lo fuera. Tenía que convencer al auditorio. Hubo un silencio atento cuando se enfrentó a los espectadores.

-Las pruebas efectuadas en los laboratorios han demostrado que la enfermedad de Rand aparece en dos formas, llamada alfa y beta para identificarlas. El comandante Rand murió de Rand-alfa, pero le fue imposible infectar a cualquier otra criatura, aparte los miembros de la clase volátil, las aves, puesto que todo género de pájaros puede, aparentemente, ser contaminado por el hombre de esa enfermedad. Cuando las aves quedan infectadas, la enfermedad se transforma en Rand-beta, una forma virulenta que puede transmitirse a otros pájaros y a los seres humanos. Sin embargo, cuando el hombre la coge, vuelve a aparecer como Rand-alfa... de eso es de lo que falleció el oficial de policía Miles. Esta enfermedad no puede comunicarse a otras personas.

-¿Cómo lo sabe, doctor? -intervino Mackay.

-Porque me inyecté virus viviente del cuerpo de Miles.

Sam se interrumpió al recorrer la audiencia un jadeo entrecortado; los que estaban más cerca de él se inclinaron hacia atrás, inconscientemente. Mackay esbozó una fría sonrisa, al tiempo que apoyaba una mano en el brazo de Sam.

-No hay por qué alarmarse. Si el doctor Bertolli hubiese contraído la enfermedad, a estas horas tendría sobre sí evidentes síntomas de ello; se ha observado que todos los casos que se encuentran ahora sometidos a tratamiento, la enfermedad se desarrolló al cabo de una hora de exponerse el paciente al contagio. -Dejó caer el brazo y se sentó de nuevo en la silla, mirando directamente a Sam, que seguía en pie, de cara al silencioso auditorio-. ¿Tiene usted alguna sugerencia más que hacer, respecto al tratamiento de la enfermedad de Rand?

-Ninguna -repuso Sam, y el silencio se prolongó-. Hasta el momento presente, la enfermedad es incurable. Todo aquel que la contraiga, morirá. El único modo de prevenirla consiste en acabar con la infección almacenada, matar a todos los pájaros existentes en un radio de quince kilómetros de la ciudad de Nueva York, o de treinta kilómetros, o de cien, o de mil, la superficie que haga falta, para asegurarnos de que no escapa un solo volátil. Sé que es una idea espantosa, pero no hay alternativa. Para expresarlo con la mayor sencillez: se trata de los pájaros o nosotros.

Se alzó cierto número de gritos enfurecidos, de los que el doctor Mackay no hizo caso, casi volviéndose de espaldas para no ver el rostro rojo del gobernador del estado de Nueva York, que se había puesto en pie de un salto.

-Tenemos aquí una persona perfectamente calificada para decirnos lo que debe hacerse, el profesor Burger, conservador del Parque Zoológico de Nueva York.

Profesor Burger...

Burger era un hombre delgado, de cabeza rosada y casi vencida completamente por la calvicie, en la que había unos puñaditos de pelo blanco, dispuestos con todo cuidado. Hablaba con la cara baja y resultó difícil enterarse de lo que decía, hasta que la sala se aquietó.

-...forma de volar, pernoctación normal y conducta corriente de varias especies. He revisado el área máxima de posible infección, representada por un ave de la especie más libre y capacitada para recorrer largas distancias. Pero si ésta, enferma, cayese exhausta, podría contagiar el mal a otra. Por lo tanto, puede decirse que... -Examinó varios papeles de los que tenía delante, mientras un creciente murmullo se extendía por la audiencia-. Suplico me perdonen, caballeros -el hombre levantó la cabeza y se vio que sus ojos estaban húmedos y que algunas lágrimas habían dejado señales en sus mejillas-. Acabo de venir del zoológico, donde hemos matado, envenenado, a todas nuestras aves, a todas... Sí, aquí están las cifras. Partiendo de Manhattan, un radio de ciento sesenta kilómetros en todas direcciones, un poco más en la de Long Island, para llegar a Montauk Point, debería resultar satisfactorio. Aunque esa zona puede extenderse, ampliarse de acuerdo con los informes posteriores.

-¡Eso es imposible! -chilló alguien-. Supone un área de cerca de veinticinco mil kilómetros cuadrados, ¡se necesitaría un ejército!

-Se necesitará el Ejército -confirmó Burger-. Se debe pedir la ayuda del Ejército de las Naciones Unidas. Nos hará falta gas, veneno, cebos, escopetas, explosivos...

Poco a poco, sobre el estruendoso rugido que siguió, pudo oírse el repicar de la maza del profesor Chabel, que reclamaba atención. Continuó martilleando hasta que comprendió que su voz sería audible.

-Éste es un problema que compete a Salud Mundial y por eso me eligieron a mí como presidente de esta reunión. Creo que ya hemos oído lo imprescindible para adoptar una decisión y solicito se proceda al sufragio inmediato.

Se produjeron más quejas, las cuales tardaron un poco más en acallarse. Los votos, cuando se hizo el recuento final, no constituyeron un derrumbamiento, sino la aprobación de las medidas eficaces que debían tomarse. El Ejército tomaría cartas en el asunto y el exterminio se iniciaría al amanecer.

Librodot

CAPITULO VI

-VI EN la televisión la playa de Coney Island cubierta de cadáveres de gaviotas caídas durante la noche. Habían acordonado toda aquella playa para que nadie se rompiese el cuello al pasar por allí con ánimo de bañarse.

Killer hablaba con un mondadientes mordido en la boca, mientras conducía, llevando la enorme ambulancia por el centro de la desierta calle que atravesaba la ciudad. Todos los automóviles estaban aparcados y cerrados y no había peatones a la vista.

-Más despacio -dijo Sam-. Recuerda que estamos de patrulla, no en camino para atender un caso de apendicitis aguda. -Iba sentado a la derecha, mirando todas las puertas y accesos a edificios que pasaban. Hasta aquel momento, no había visto nada.

Se apretaban los tres en el asiento delantero del vehículo. El tercer viajero era un soldado de las Naciones Unidas, un danés alto y voluminoso, que abultaba como una acémila con su equipo completo de campaña y que se veía obligado a inclinarse hacia delante por culpa del lanzallamas que llevaba a la espalda.

-Ahí debajo... debajo del coche -habló el soldado de pronto, a la vez que señalaba con el dedo una camioneta de reparto-. Creo que vi algo allí.

Se agarraron mientras Killer aplicaba los frenos y la ambulancia se detenía con un chirrido.

Sam fue el primero en apearse. Se echó al hombro el maletín de urgencia. El contenido de aquel maletín era una de las medidas que se esbozaron en la reunión celebrada la noche anterior.

Finn tenía buena vista. La oscura sombra agazapada junto a una de las ruedas posteriores de la camioneta, resultó ser un joven, que se arrastró por el suelo, tratando de adentrarse más bajo el vehículo, mientras ellos se aproximaban. Sam se arrodilló y, aunque la luz era bastante deficiente, distinguió el tono sonrosado de la piel característico de la enfermedad de Rand y los incipientes diviesos. Sacó del maletín un par de largos guantes aisladores, de los que llegaban hasta el codo, y se los puso.

-Déjeme ayudarle a salir de ahí -dijo al enfermo, pero cuando alargó la mano el hombre se retiró aún más, con ojos rebosantes de miedo. Sam le cogió de una pierna, eludió el débil intento que hizo el individuo de arrearle un puntapié y tiró despacio de él, hasta sacarlo de debajo de la

camioneta. El hombre bregó un poco, después puso los ojos en blanco y quedó desmayado: eso facilitaría mucho las cosas, se le podría manejar mejor.

La máscara de gas era del tipo de cilindro respiratorio y había salido de los almacenes del servicio de incendios. Se la había modificado a toda prisa, revistiendo su parte interior con una capa de crema biócida. Cuando Sam la tuvo asentada firmemente en el rostro del enfermo, cogió el

recipiente a presión de antiséptico que llevaba en el maletín y empapó las ropas y la piel del hombre. Después le puso de costado para rociarle también la espalda. Solo entonces se quitó los guantes y comenzó el tratamiento, seguro de que el virus Rand-beta de la ropa o de la piel había sido eliminado. Levantó la máscara antigás y preparó una inyección de interferona, que seguía siendo el único medicamento que demostró ejercer algún efecto contra la enfermedad. El soldado de las Naciones Unidas regresó y se dedicó a contemplar las operaciones de Sam, mirando con el ceño fruncido y la mano en el asa de su lanzallamas.

-No hay pájaros por las cercanías, ninguno; he explorado los alrededores meticulosamente. ¿Le ha preguntado dónde pudo haber tocado un ave?

-Está inconsciente. No tuve ocasión.

Killer había acercado la ambulancia. Abrió la puerta trasera e hizo rodar la camilla. Inclinó la cabeza a un lado y a otro, enarcadas las cejas mientras observaba al hombre sin sentido.

-¿No le parece alguna especie de italiano, doctor?

-Es posible... ¿pero qué más da?

-Quizás no tenga importancia, pero ya sabe usted que en esta vecindad hay muchos entusiastas de las palomas, mensajeras y de las otras, y buen número de ellos son italianos. Tienen palomares en las azoteas.

Alzaron la vista automáticamente, justo a tiempo de ver un aleteo blanco sobre el borde superior de un parapeto, a bastante altura.

-No..., mis pájaros no. Mis pájaros no tienen nada que ver... -chilló el enfermo, al tiempo que intentaba ponerse en pie.

Sam rasgó el extremo de un cartucho contra trastornos -un cilindro hipodérmico de potente sedante, que actuaba de manera autónoma, gracias a una reserva de gas comprimido- y lo aplicó al brazo del hombre. Emitió un ligero silbido y el enfermo cayó hacia atrás, inconsciente.

-Colócale en la camilla y métele en la ambulancia. Finn y yo subiremos a ver qué hay en el tejado.

Killer protestó:

-Puedo serle útil allí...

-Tu utilidad me será más efectiva observando al paciente. Manos a la obra, Killer.

Subieron en el ascensor hasta el último piso y luego se encaminaron hacia la escalera que llevaba a la azotea. El soldado iba delante. Sonaron puertas a su paso y comprendieron que les espiaban ojos ocultos. En lo alto de la escalera estaba la puerta de la azotea, cerrada y asegurada con un fuerte candado.

-Deben observarse siempre los derechos de la propiedad particular -recitó Finn en tono hosco, haciendo sonar el candado-. Sin embargo, el párrafo decimocuarto de nuestra comisión de emergencia dice que... -el resto de sus palabras quedó sofocado bajo el estrépito originado por el violento patadón que asestó a la puerta con sus botazas claveteadas del cuarenta y tantos. Chirriaron tornillos, el candado y los cerrojos saltaron y la entrada quedó franca.

Delante de ellos apareció un gran palomar, pintado recientemente, sobrevolado en círculo por dos palomas. Visibles en el suelo, había media docena más de aves, tendidas de costado, algunas agitando débilmente las alas.

-¿De qué está construido el suelo? -preguntó el soldado, al tiempo que golpeaba el piso con la bota. Sam bajó la vista.

-El edificio es nuevo, por lo tanto deben haber empleado materiales mezclados con amianto.

-,"A prueba de incendios? -inquirió Finn, abriendo una válvula de su depósito.

-Sí, desde luego.

-Muy bien. -Levantó el lanzallamas y aguardó a que se posasen los pájaros que revoloteaban. Las palomas se sentían inquietas a causa de la presencia de extraños y por las aves enfermas que yacían en el suelo. El soldado mantuvo su vigilancia constante, el dedo en el gatillo y el arma apuntada, hasta que los pájaros descendieron a la vez. Entonces apretó el disparador.

Una rugiente llamarada salió proyectada contra el palomar, que dejó al instante de ser un cuerpo inerte de madera, para convertirse en una pira abrasadora. Uno de los pájaros fue alcanzado en el aire y se transformó en una diminuta bola de fuego, que chocó contra el piso de la azotea.

-¡Asesinos! -gritó una joven, al tiempo que franqueaba el umbral de la puerta, a sus espaldas.

Trató de agarrarse a Finn, pero Sam la cogió por los brazos y la retuvo inmóvil, hasta que la muchacha estalló en lágrimas y se apoyó en el cuerpo del médico. Sam la llevó hasta el peldaño superior de la escalera, la sentó allí y adosó a la

muñeca de la mujer un indicador. No, la joven no tenía la enfermedad de Rand, hasta el momento, no era más que una simple espectadora. Acaso el hombre que estaba en la ambulancia era su marido.

Se oyó un siseo burbujeante cuando Finn roció la azotea y el palomar en llamas con la mezcla química del extintor. Removió con el pie los restos humeantes, asegurándose de que las llamas se habían apagado del todo, habló luego a través de la radio del casco y, por último, se reunió con Sam.

-Ya transmití el informe y enviarán aquí un equipo de desinfección. Podemos irnos.

Sam se dio cuenta de que se esforzaba en no mirar a la muchacha sentada en el escalón. El soldado era joven.

Cuando salieron del edificio, Killer tenía la ambulancia estacionada a la entrada, con la portezuela abierta y la turbina zumbando.

-Hay una algarada -advirtió- por la parte superior de la boca del Queens Midtown Tunnel; está fuera de nuestra demarcación, pero necesitan toda la ayuda posible. El expedidor dice que subamos allí.

Como de costumbre, Killer hizo cuanto estuvo de su parte para conseguir que la pesada ambulancia se portase como un automóvil de carreras, avanzando con estrépito hacia el norte, a lo largo de Park Avenue, y torciendo luego por Twentieth Street. Marchaban con las ventanillas cerradas, tal como se les había ordenado, y el olor a combustible quemado era fuerte dentro de la cabina. Al pasar por Gramercy Park, vieron un equipo de descontaminación, con trajes aislantes de plástico, que se dedicaba a amontonar cadáveres de pájaros. Una escopeta detonó bajo los árboles y una pequeña esfera de plumas negras se desplomó hasta el suelo.

-Granos de veneno, eso es lo que están sembrando -dijo Killer, a la vez que se desviaba por la Third Avenue y apretaba a fondo el acelerador-. Eso acaba con ellos, y lo que no consigue el veneno lo rematan las escopetas. Es una auténtica hecatombe... ¡Eh, miren ahí delante!

Un agolpamiento de coches inmóviles llenaba la calle, la mayor parte de ellos vacíos: dos habían chocado entre sí y estaban incendiados. Un policía en motocicleta agitó la mano, indicándoles que se acercasen al bordillo, y se inclinó hacia la ventanilla, cuando descendió el cristal.

-Han sufrido algunas bajas en la plazoleta que hay junto a la entrada de la calle Treinta y Seis. ¿Saben dónde está? -Killer ensanchó las fosas nasales en silencioso desprecio hacia la duda-. Ahora todo está tranquilo, pero mantengan los ojos bien abiertos. -Señaló el lanzallamas del soldado e inquirió-: ¿Lleva algún arma más, aparte de eso?

-Voy completamente armado, agente. -Finn se revolvió en el asiento y apareció en su diestra una pistola de calibre 50, sin retroceso.

-Bien, pero no me encañone a mí, limítese a tenerla a mano. Ha habido jaleo allá abajo y es posible que haya más. Conduzcan este tanque por encima de la acera, hay sitio suficiente para pasar.

Era la clase de conducción que le gustaba a Killer. Hizo subir el vehículo por el bordillo y avanzó acera abajo, rumbo a la plaza. Se produjo delante ruido de gritos y motores en marcha, seguido por un tremendo alboroto de cristales hechos trizas. Un hombre dobló la esquina y corrió hacia ellos, con una carga de botellas de licor en los brazos. Al ver aproximarse la ambulancia, se desvió hacia la calzada, con intención de esquivarla.

-¡Un saqueador! -Killer curvó los labios con disgusto. -No cae bajo nuestra jurisdicción... -dijo Sam, pero se interrumpió al ver al hombre más de cerca-. ¡Aguarda, hay que detenerle!

Killer realizó la tarea con toda eficiencia, por el sistema de abrir bruscamente la portezuela en el preciso instante en que el individuo trataba de pasar junto a la ambulancia. Se oyó un golpe sordo y luego el tintinear de botellas rotas. La ambulancia frenó a

Librodot

continuación. Se hallaban tan cerca de la pared que Sam tuvo que pasar por encima de la capota, para dejarse caer junto al hombre, que estaba a gatas, en medio de los cristales rotos y el whisky esparcido. Sam se inclinó para echarle un vistazo a la cara y después retrocedió y se puso los guantes aisladores.

-Quédense en el vehículo -voceó-. Tiene el virus, un caso avanzado.

Sam estaba mirando dentro del maletín, para sacar un cartucho tranquilizador, y cuando levantó la cabeza la botella rota descendía hacia su rostro y Killer le avisaba con un grito desde la cabina. Actuó por reflejo, levantó el brazo para detener el golpe y su muñeca chocó con la del atacante. El hombre estaba débil -¿cómo era posible que anduviese por allí, cargado y con todos aquellos quistes en el cuerpo?- y sólo efectuó otra intentona, casi sin fuerzas. Sam agarró enérgicamente la muñeca del enfermo y le golpeó con el cartucho en la nuca. El individuo se dobló y Sam tuvo que arrastrarle fuera del punto donde estaban los cristales rotos, antes de depositarle en el suelo. Le administró la interferona con toda la rapidez que pudo, así como el tratamiento antiséptico prescrito. Killer bajó la camilla superior y Finn les ayudó a colocar allí el cuerpo inerte. Cuando reanudaron su avance, el soldado de la O. N.U. fue a pie, delante de la ambulancia. No pudieron llegar a la Segunda Avenida porque el taponamiento de vehículos apiñados invadía la acera y llegaba hasta los muros de los edificios. Sam descargó dos camillas de magnesio ligero y un maletín de urgencia, completamente equipado, y marchó tras el alerta soldado, hacia la plaza próxima a la entrada del túnel.

El tumulto estaba sofocado, pero tras él quedaba la secuela de heridos y muertos. Había llegado un equipo médico aéreo de las Naciones Unidas, con soldados ocupando un gran helicóptero de combate, el cual aterrizó en la calzada, delante de la boca del túnel. Un policía ensangrentado yacía en el suelo, junto a su coche patrulla y el goteo llegaba a su brazo desde la botella de plasma colgada sobre el espejo retrovisor del automóvil. Los soldados habían entrado en acción rápidamente y colaboraban con la policía en la tarea de copar a los escasos alborotadores que no lograron huir. A cierta distancia de los otros vehículos, un camión señalado por el fuego humeaba todavía. Un teniente de policía divisó la chaqueta blanca de Sam y le llamó agitando el brazo.

-¿Se podrá hacer algo por él, doctor? -indicó al hombre contraído sobre sí mismo en el asiento delantero del camión. La mano del hombre colgaba fuera de la ventanilla, manchada de sangre seca. Sam dejó en el suelo su cargamento y aplicó el contador a la muñeca. Temperatura veinticinco, no latía el pulso.

-Está muerto -dijo Sam, y volvió a guardar el aparato en su caja-. ¿Qué ha ocurrido?

-Al principio, no había más que un grupo. Tratamos de regular todo el tránsito de la Island, ya que la mayor parte de los casos de peste proceden de allí. Quisimos asegurarnos de que la gente que circulaba vivía allí o tenía negocios en la zona y, al mismo tiempo, intentamos impedir que sacasen cualquier clase de ave. Eso fue lo que provocó el estallido. Hubo un sinfín de gritos y de clarinazos, pero la cosa no pasó a mayores hasta que alguien vio en este camión el letrero de *«Tienda de Animales»* y abrió las puertas de par en par. Ese pobre hombre llevaba su vehículo lleno de pájaros de su establecimiento, Dios sabe lo que pensaba hacer con ellos. Alguien le disparó un tiro, después incendiaron el camión. Entonces, localizaron a un par de sujetos con la enfermedad y, a partir de ese momento, perdí la pista del asunto, hasta que llegó el ejército...

-¡Aquí .., doctor! -Finn agitaba la mano y Sam observó que señalaba a dos hombres caídos en un trozo de terreno libre de coches. Ambos tenían la enfermedad de Rand. Procedió a aplicarles la profilaxis y el tratamiento estipulados.

El máximo de capacidad de la ambulancia era de ocho pacientes y sólo tenían cuatro casos de enfermedad de Rand, pero todos los heridos y personas con quemaduras que estaban conscientes se negaron a viajar en aquel vehículo. No era

Librodot

cuestión de ponerse a discutir, así que cargaron el policía sin sentido, con su botella de plasma, y marcharon con tres plazas vacantes. Haciendo gala de su habilidad, Killer retrocedió calle arriba y, mientras la sirena ensordecía con su gemido, volvieron a toda velocidad hacia el Bellevue. Por el camino, recibieron un aviso por radio, que les informó de que las secciones de emergencia y las salas de operaciones estaban rebosantes: rodearon la entrada principal, donde sanitarios espontáneos de los departamentos administrativos aguardaban para trasladar pacientes a las recién evacuadas salas de maternidad. El hospital se llenaba rápidamente hasta el límite de su cabida.

Sam se encontraba reponiendo el equipo de su maletín de urgencia, en el departamento de suministros, cuando le abordó Tomo Miletich, otro interno.

-Firma aquí y aquí -pidió Tomo, presentándole un formulario del hospital-. Me llevo tu carro de la carne y te informo de que has de llamar por teléfono a la central, donde te espera un recado. ¿Tu conductor es Killer?

-Sí, está al volante. -Sam garrapateó sus iniciales-. ¿De qué se trata?

-Ni idea, sólo obedezco órdenes. Hasta la vista... si sobrevivo al paseíto con Killer.

Se echó al hombro el otra vez completo maletín y salió. Sam buscó un teléfono.

-Un momento, doctor Bertolli -atendió la telefonista, y examinó su relación de mensajes-. Sí, hay una visita que le espera en su cuarto. Después, hará el favor de ir a ver al profesor Chabel, que se encuentra con el doctor Mackay en la 3 911.

-¿Sabe usted quién es la persona que me aguarda en mi cuarto?

-No hay ninguna referencia sobre eso, doctor.

-Muy bien, gracias. -Colgó el aparato y se frotó la barbilla, intrigado. ¿A qué venía todo aquello? ¿Quién podía ser lo bastante importante como para separarle de una tarea urgente? ¿Y qué relación tenían con el asunto el profesor Chabel y el departamento de Salud Mundial? Se dispuso a telefonear primero; sin embargo, cambió de idea, decidiendo que lo mejor sería subir en seguida. Hizo una sola pausa, a fin de quitarse la suciedad de las manos y el rostro. Luego empujó la puerta de su aposento, que no estaba cerrada con llave.

Era un oficial del Ejército de las Naciones Unidas, un hombre gigantesco, que estaba vuelto de espaldas a la entrada, mirando por una ventana y con las manos cogidas detrás, en posición de descanso. La gorra de plato estaba encima de la mesa y brillaban en ella los áureos entorchados del oficial de campo. Los ojos de Sam saltaron de la gorra a la pistolera que el oficial llevaba al cinto, de la que sobresalía la culata cromada, con madera de teca, de una 75 sin retroceso. Cuando el hombre se volvió, los hombros de Sam se cuadraron automáticamente y le costó trabajo dominar el deseo de ejecutar un saludo militar.

-Hace lo menos diez años, ¿no, Sam? -preguntó el general Burke, levantando y alargando una mano morena y huesuda. Sam la estrechó y se acordó en el momento justo de que debía curvar los dedos con fuerza, so pena de verse con la mano destrozada.

-Sí, señor, por lo menos diez años -respondió Sam. No se le ocurrió nada más que decir.

Burke tenía el mismo aspecto, tal vez contaba con unas cuantas arrugas más en los extremos de aquellos ojos oscuros y abrasadores; quizás la enorme mandíbula había aumentado un poco su proyección hacia delante. ¿Pero qué estaría haciendo allí?

-Escuche, Sam, no le llamaré doctor, si usted no me llama señor o general. -Antes de soltar la mano de Sam, le asestó un último apretón-. Mis amigos me llaman «Cuchillo».

-Estaba presente cuando le bautizaron con ese apodo -convino Sam, y sonrió al decirlo. Fue durante las operaciones de evacuación de Formosa. Ocurrió en el

Librodot

curso de un ataque de los guerrilleros, una incursión nocturna que pilló a todos los oficiales en la tienda donde se servía el rancho. Por una vez en la vida, el general Burke iba desarmado. Pero al desencadenarse el asalto, cogió un cuchillo de carnicero en la cocina, lo enarboló y, chillando como un indio -a partir de aquel momento cobraron nueva fuerza los rumores de que era medio apache-, abrió una raja en la parte lateral de la tienda y cayó sobre los guerrilleros por su retaguardia. Resultó una noche difícil de olvidar... sobre todo para Sam, que entonces era el teniente más novato de la compañía.

-Por Cristo, me había olvidado de eso, usted era un barbilampiño, aunque aprendió de prisa.

Sam ya se esperaba la palmada en la espalda, así que se volvió un poco y no terminó con la paletilla fracturada.

«Cuchillo» Burke era hombre de boca grande, músculos de titán y, a veces, parecía la caricatura del perfecto tejano. Era también uno de los oficiales de campo más ladinos del Ejército y nunca hacía nada sin finalidad previa establecida.

-¿A qué ha venido usted, «Cuchillo»? No será para renovar unas viejas relaciones amistosas, ¿verdad?

-Ataque frontal como siempre, ¿eh, Sam? Sírvame un trago de algo y pondré los puntos sobre las íes.

En el armario había una botella de whisky irlandés empezada y Sam, que recordaba los gustos de «Cuchillo», cogió un vaso de agua y lo llenó hasta la mitad. Titubeó unos segundos, hasta que se acordó de que estaría cierto tiempo fuera de servicio y se sirvió una ración para sí.

-Por los irlandeses, sus ciénagas y su whisky -brindó el general Burke, alzando el vaso.

- *Visee beathadh.*

Burke casi apuró del todo su bebida de un solo trago, después miró el vaso con el ceño fruncido y lo dejó.

-Esta plaga del espacio es el problema mayor con el que usted o yo nos hayamos enfrentado, mucho más difícil que los que surgían en nuestros tiempos, Sam, y tiende a empeorar más que a mejorar. Necesito su ayuda.

-No puedo hacer gran cosa, «Cuchillo». Estoy al margen del Ejército y atareadísimo con mi profesión de médico.

-Lo sé, y le dejaré regresar a su tarea en cuanto hayamos concluido, pero me hace falta un poco de información. Usted se encontraba allí cuando Rand salió, usted habló con él, usted le vio escribir aquel mensaje. ¿Tiene idea de lo que quiso decir con él... o de por qué clausuró totalmente la aeronave al abandonarla?

-Sólo sé lo que puse en los informes. Le hice la autopsia y he estado reflexionando en el asunto desde entonces. De un modo u otro, uno no puede hacer mucho caso de lo que Rand escribió...

-¿Qué insinúa?

-Sin profundizar demasiado en cuestiones clínicas, permítame decir que su masa encefálica se vio afectada. Apenas conservaba el conocimiento, su fiebre era muy alta y la corriente sanguínea estaba cargada de toxinas. Lo que escribió acerca de la enfermedad en la astronave, lo mismo puede ser un mensaje terriblemente importante que desvaríos de un cerebro dañado.

El general Burke paseaba de un lado a otro del cuarto, con las anacrónicas espuelas tintineando a cada zancada. Dio media vuelta y sus ojos llamearon al mirar a Sam.

-Pero todo eso no son más que suposiciones, usted no sabe nada seguro al respecto. ¿Qué me dice del «Pericles»? Cuando efectuó la serie de llamadas telefónicas, ¿no vio nada anormal, alguna otra persona, cuerpos, señales de violencia? Algo.

-Únicamente lo que reseñé en el informe, «Cuchillo». Soy incapaz de distinguir una

Librodot

nave espacial auténtica de otra fabricada para aparecer en la televisión. Lo que vi me pareció corriente y no había ser alguno visible en cualquiera de los compartimentos. Pero no costará mucho comprobarlo; alguien puede subir a la escotilla provisto de una cámara tomavistas, marcar todos los números, como hice yo, y registrar la cuestión.

-Expresado así, parece muy sencillo. Pero resulta difícil tomar fotografías a través de un centímetro y medio de acero.

-*No* entiendo

-Quiero decir que el viejo Chabel de Salud Mundial tiene tanto miedo a la contaminación que ha colocado una plancha de acero tapando la escotilla y que ha prohibido quitarla. No permite que nadie se acerque allí a investigar o a tomar esas fotografías que ha mencionado usted.

-No puede reprochársele, teniendo en cuenta lo que sucedió cuando se abrió la escotilla. Eso y la advertencia de Rand. Hasta que sepamos más acerca de la enfermedad, lo sensato es dejar la nave del espacio en paz.

El cabello del general Burke casi chasqueó eléctricamente cuando se pasó por él la mano, con gesto furioso.

-Tal vez. Y acaso es posible que en ese vehículo espacial existan datos relativos al modo en que se contagiaron de la enfermedad y quizás sobre la manera de combatirla. Tiene que haber allí algo escrito, algo que nos serviría de ayuda.

-Y también es posible que hayan infecciones peores, motivo por el cual cerró los accesos Rand a su espalda. De existir datos de importancia, se los habría guardado en los bolsillos antes de aterrizar. Al fin y al cabo, estuvo lo bastante consciente como para conducir la nave a casa y tomar tierra de una pieza. Puede usted presentar la cuestión desde otro ángulo, «Cuchillo», y ambas respuestas tendrán idéntica cantidad de sentido común. Como último recurso, me mostraré acorde con usted si las cosas empeoran y abrir la escotilla no significa una catástrofe más grave. Pero estamos dominando la enfermedad de Rand. Sólo puede cogerse por conducto de los pájaros, como usted sabe, así que nos dedicamos a exterminar las aves. Una vez se haya eliminado esa fuente de infección, nos habremos desembarazado de la enfermedad de Rand.

-Estoy al cabo de la calle de todo lo referente a esos pájaros, por eso me encuentro aquí. Tengo el cuartel general en Fort Jay, pero mi división anda matando pájaros por Long Island, con escopetas, veneno y redes cazamariposas. Llevarán a cabo un buen trabajo, de eso me encargo yo, pero no es modo de realizar una guerra. Necesitamos inteligencia y necesitamos saber qué hay en esa aeronave. Solicito su auxilio, Sam. Después de lo que ha hecho, la gente le respeta y atenderá lo que diga. Si usted opina públicamente que conviene echar un rápido vistazo al interior del vehículo espacial, se ejercerá sobre el viejo Chabel la suficiente presión como para que dé su brazo a torcer. ¿Qué le parece, hijo?

Sam se quedó contemplando su vaso, dándole vueltas y revueltas al líquido ambarino que contenía.

-Lo lamento, «Cuchillo». Quisiera ayudarle, pero no puedo. Esta vez, no. La verdad es que comparto el criterio de Chabel.

-¿Esa es su última palabra, Sam? -Burke se puso en pie, cogiendo la gorra y colocándosela bajo el brazo. -Lo es, «Cuchillo».

-Bueno, pues se equivoca, hijo, y da muestras de terquedad, pero no me es posible reprochar a un hombre el que sea fiel a sus principios. Sin embargo, medite en el asunto y, cuando cambie de opinión, acuda inmediatamente a mí. Estrujó la diestra de Sam y se volvió hacia la puerta. -Reflexionaré en ello, «Cuchillo»... pero hasta que no surja alguna prueba, no cambiaré de idea.

La puerta se cerró de golpe y Sam sonrió torcidamente y sacudió los baldados dedos. El paso de aquellos diez años no había reblandecido a «Cuchillo» lo

Librodot

más mínimo. Acabó el whisky, sacó del cajón de la cómoda un traje blanco, limpio, y se lo puso. Tenía ya una idea bastante aproximada de por qué deseaba verle el profesor Chabel.

La secretaria del doctor Mackay hizo esperar un poco a Sam, antes de permitirle la entrada en el despacho. Cuando por fin le abrió la puerta, Sam penetró en silencio: Mackay se hallaba sentado tras su amplia mesa y el profesor Chabel fumaba su pipa en un rincón, sin hacer el menor ruido. Sam se dio cuenta de que habían estado hablando de él y comprendió que no tardaría mucho en enterarse de todo. -¿Me llamó, doctor Mackay?

-Sí, Sam, un servidor -y el profesor Chabel- quería charlar un poco con usted. Venga, acerque una silla y póngase cómodo.

Mackay armó cierto ruido con los papeles que tenía encima del escritorio. Daba la impresión de no sentirse muy feliz. Sam esbozó una sonrisa al ocupar la silla y la aguda mirada de Mackay la captó. El hombre era lo bastante perspicaz como para diagnosticar el significado correcto de la sonrisa.

-Está bien, Sam, no nos andaremos, pues, por las ramas. Arreglamos la entrevista para que ese buharro de Burke pudiese hablar con usted. Pensamos que sería mejor así, hacer las cosas a la descubierta. Quería que usted le ayudase en su idea, ¿no?

-Sí, eso quería.

La tensión se enseñoreó del cuarto y, de manera inconsciente, Chabel se balanceó hacia delante en la silla.

-¿Qué le contestó usted?

-Le dije que no podía ayudarle y le expliqué los motivos. Tal como se presentan las cosas, tengo el convencimiento de que su decisión, profesor Chabel, al cerrar la nave del espacio, fue correcta. No comprendo qué se puede ganar ahora abriendo la escotilla y, en cambio, me temo que acaso perdiéramos mucho.

-Me complace enormemente oír eso, doctor Bertolli -dijo Chabel, al tiempo que se recostaba de nuevo en la silla y apretaba el tabaco de la cazoleta de su pipa, después de haberla vaciado y vuelto a llenar-. Ya tenemos bastantes complicaciones con combatir la enfermedad de Rand, pero éstas se duplicarían si nos viésemos en la tesitura de plantar batalla también al general Burke. Es hombre tenaz, que ha hecho maravillas en los campos bélicos, pero que también desea echar su cuarto a espadas en cuestiones políticas. Es demasiado inteligente y sensato como para actuar sin apoyo y, de momento, no representa más que a un reducido grupo de extremistas, ávidos de penetrar en el «Pericles». Hasta ahora, sin embargo, las agencias de noticias han cooperado con nosotros y los puntos de vista de ese grupo no han salido en letras de molde. No obstante, la situación cambiaría si contasen con alguna figura popular en su bando... con alguien como usted. Si eso sucediera, no nos sería posible mantener esta lucha intramuros oculta bajo la mesa y, presiento que, dadas las circunstancias actuales, no podemos permitirnos el lujo de organizar un debate político ante el público. La situación es excesivamente desesperada para eso.

-¿Desesperada...? -preguntó Sam, sorprendido-. Tenía la impresión de que cogíamos ya las riendas del asunto.

-Provisionalmente, y sólo en la ciudad. Pero se nos están presentando inmensas dificultades, en lo que atañe a regular el movimiento de la población y en cuanto al exterminio de las aves. No existe agente seguro capaz de matar pájaros únicamente ni que sea efectivo en un ciento por ciento. Tenemos que rechazar ya nuestro círculo externo, a causa de las brechas por las que se filtra la infección. El elemento humano opone resistencia; los granjeros nos plantan cara, armados, cuando intentamos exterminar sus aves de corral. Les cuesta trabajo comprender que exista alguna relación entre sus saludables gallinas y una enfermedad humana cuyo foco se encuentra a ciento veinticinco kilómetros de distancia. Y luego queda el factor del miedo. Numerosas personas han visto casos de enfermedad de Rand y

Librodot

saben que el virus terrible está a su alrededor; resulta público y notorio, a estas alturas, que todo aquel que contrae el mal, fallece indefectiblemente. Mucha gente trata de abandonar la zona contaminada, por las buenas o por las malas, y hemos tenido que corresponder a la violencia con la violencia... no nos quedó más remedio. Esta *plaga* debe confinarse físicamente hasta que descubramos un tratamiento eficaz.

Tras la larga parrafada, miró automáticamente hacia el doctor Mackay, lo mismo que hizo Sam.

-¿Las investigaciones han dado algún fruto positivo? -inquirió Sam, en medio del silencio embarazado que siguió.

Mackay dijo que no con la cabeza y se cogió las manos sobre la superficie de la mesa, ante sí, apretándoselas porque temblaban. Sam comprendió súbitamente. A Mackay le correspondía una espantosa responsabilidad.

-Tenemos cierto número de equipos de científicos, que trabajan las veinticuatro horas del día, pero hasta el presente no se ha conseguido casi nada. Conocemos ya mejor el proceso de desarrollo de la enfermedad, sabemos que los primeros síntomas aparecen al cabo de treinta minutos de la exposición y hemos creado técnicas de apoyo que afectan al avance de la enfermedad, pero no logran más que retrasar sus efectos. No hemos vencido aún ningún caso. Y los casos aumentan de manera progresiva y continua.

-Así que ya lo ve, tal como están las cosas, no nos faltan problemas. El general Burke representa una dificultad más, a la que no estamos preparados para hacer frente.

-Me gustaría contar con su ayuda en otro sentido, Sam -terció Mackay.

-Lo que usted quiera, desde luego.

-Creo que será útil en mi equipo. Tratamos de dominar la enfermedad de Rand por todos los medios posibles y necesitamos cuanta ayuda logremos conseguir. Usted puede ser un buen elemento para nosotros, Sam.

Sam vaciló unos segundos y luego se esforzó en elegir bien las palabras, antes de expresarlas.

-No le envidio la tarea, doctor Mackay, ni siquiera con todos los asistentes de que dispone. Debe tener patólogos, variólogos, internos, citólogos, epidemiólogos... los mejores especialistas de cada campo trabajando a su lado. Yo, bueno, estaría desplazado entre tantas eminencias. Cuando Rand abandonó la astronave, me encontraba allí por casualidad y, posteriormente, fui el conejillo de indias que estaba más a mano para probar en él las consecuencias del virus Rand-alfa. Pero eso es todo. No he pasado de interno y confío en llegar algún día a convertirme en cirujano experto... pero, por ahora, opino que soy más útil en la parte trasera de una ambulancia. Le agradezco su petición, sin embargo, creo que, entre sus colaboradores... no sería más que un peso muerto.

Chabel dio una chupada a la pipa, sin pronunciar palabra, y Mackay sonrió torcidamente.

-Gracias, Sam, por manifestarse tan amable con un viejo. De veras me gustaría tenerle en mi equipo, aparte el evidente detalle político de que prefiero que se encuentre allí a que respalde al general Burke. Pero no voy a obligarle. Dios sabe que hay bastante trabajo y más por ahí fuera, para todos nosotros y para quien venga. -Zumbó el intercomunicador y accionó la palanquita-. Sí, naturalmente -dijo por el aparato-. Envíemela.

Estaban de pie, despidiéndose, cuando entró Nita Mendel, con un manojo de papeles. La muchacha se detuvo en el umbral.

-Si tiene algo que hacer, puedo aguardar, doctor Mackay -declaró.

-No, está bien, deje los documentos ahí. Los revisaré con el profesor Chabel.

Nita y Sam salieron juntos del despacho.

-¿Café... o mejor aún, un bocado? Me he perdido algunas comidas.

-Apuesto a que ese café no será tan bueno como el que nos tomamos en nuestros aposentos particulares, durante la cuarentena -repuso Nita.

Ambos sonrieron al recordarlo, nada más; no podían hacer otra cosa, allí y a aquella

hora. Sam reconoció los sentimientos que se albergaban en él... pero les volvió la espalda. El mundo estaba boca arriba y no le era posible permitirse considerar deseos personales. Entraron en el ascensor, rumbo a la cafetería del personal médico.

-Esta sopa es estupenda -alabó Nita, al tiempo que tomaba unas cucharaditas.

-Y barata, también, muy importante para matar de hambre a los internos. ¿Había algo nuevo en esos informes, Nita? Me refiero a algo que no se haya clasificado todavía.

-No, pero tampoco es cosa de hacerlos públicos. El hospital informa de que han surgido ocho mil casos, sólo en Manhattan, y veinticinco mil más en otros distritos y en la zona suburbana. El Ejército ha ocupado un montón de hoteles para usos de emergencia; no hay suficientes médicos ni suministros para atender a todos los afectados, aunque existen muchas ofertas de voluntarios.

Sam empujó su cuenco de sopa y se levantó.

-Volveré al trabajo... No tenía idea de que las cosas fueran tan graves...

Se interrumpió al captar su nombre entre el rosario de avisos que desgranaba el altavoz de encima de la mesa

-...para el doctor Bertolli. Que tenga la bondad de presentarse en el despacho del doctor Mackay. Es urgente. Doctor Bertolli...

Se encaminó hacia donde le llamaban, todo lo aprisa que pudo, aunque sin correr. Empujó la puerta del despacho y encontró a Mackay y a Chabel con la vista clavada en una tira de papel.

-Creo que hay algo que puede usted hacer, Sam -manifestó Mackay, con una sonrisa, mientras le tendía el papel-. Aquí tiene un informe, remitido por un doctor en medicina general del condado de Orange. Ha tratado un caso de enfermedad de Rand y afirma que efectuó una curación.

Librodot

CAPÍTULO VII

EL HELICÓPTERO de la policía aterrizó en el helipuerto del *piso* vigesimoquinto y la puerta permanecía de par en par, a la espera de que Sam saliera del ascensor. Un sargento de policía, un negro de piel tan oscura como su uniforme, un viejo neoyorquino, estaba en el umbral. Bajó de un salto, ayudó a Sam a cargar la caja con el equipo médico y cerró la puerta del aparato de golpe. Los cohetes instalados en los extremos de las largas aspas del helicóptero empezaron a silbar y el piso se estremeció con la aceleración, mientras la máquina se elevaba, trazaba un arco cerrado y se dirigía hacia el norte. Una vez en el aire, el sargento se acomodó y se dedicó a contemplar los tejados de Manhattan, que iban quedando atrás, Los inmuebles verticales del centro comercial de la urbe, dieron paso a las zonas residenciales, con sus prados, jardines y arboledas, y después apareció el tono azul del gran lago de Harlem Park, arrancado del corazón del viejo distrito arrabalero. A continuación del parque, las líneas plateadas del monorraíl del East y West End, se entrecruzaban. Cuando el helicóptero dibujó una amplia curva sobre el río Hudson, el sargento apartó la mirada de la ventanilla y miró a Sam.

-Usted es el doctor Bertolli -declaró- y mi propio jefe me ha ordenado que le lleve a cierto lugar del condado de Orange y le traiga sano y salvo. No me dijo por qué..., ¿sigue siendo alto secreto?

-No -respondió Sam-. Imagino que debía temer que los rumores comenzasen a circular antes de que averiguásemos la verdad. Pero se cree que hay allí un paciente y el médico de la localidad afirma que le ha curado de la enfermedad de Rand...

-¿La plaga del espacio? -se interesó el piloto, medio volviendo la cabeza para escuchar-. Uno la coge y es hombre muerto, en todos los casos, según he oído decir.

Sam intercambió una mirada con el sargento y el gigantesco policía sonrió y se encogió de hombros.

-Ese individuo que va a los mandos se llama Forson y además de tener unas orejas enormes y una bocaza así de grande, es un piloto miserable, pero tengo entendido que nació entre los terrones del sitio al que nos dirigimos, por lo que nesesitaremos su ayuda.

-Para ser un tipo listo, tienes mucho que aprender, sargento -replicó el piloto, en el instante en que levantaba el helicóptero para pasar por encima de las torres del puente de Jorge Washington-. No ha sido más que mi curiosidad de chico de pueblo lo que me indujo a escuchar vuestra conversación de alto nivel. Algún día seré sargento y echaré reprimendas por mi cuenta. ¿Es cierto, doctor, que hay un sujeto al que han sanado?

-Eso es lo que vamos a comprobar -Sam observó a los dos policías, que realizaban su trabajo con eficiencia, y decidió que lo más sensato era decirles la verdad-. Hasta el presente, no hay cura para la enfermedad de Rand; si alguien la contrae, muere. Así que pueden darse cuenta de la importancia que tiene este paseo. Tenemos que encontrar el sitio exacto y sacar de allí al paciente y al médico.

-Conozco la región como la palma de la mano -aseguró el piloto, inmóvil el rostro, invisibles los ojos, ocultos por las grandes gafas de sol-. Soy oriundo de Stony Point, el gran punto histórico donde derrotamos a los británicos y he recorrido todos los bosques que hay por allí. Descenderé en el mismo centro de Stonebridge.

-Descender, no: aterrizar -dijo el sargento fríamente.

-Una forma de expresión, sargento, eso es lo que era. Os dejaré en la ciudad y todo lo que tendréis que hacer luego es encontrar la casa.

En Haverstraw, se separaron del río y sobrevolaron laderas cubiertas de árboles y lagos para vacaciones, todo desierto en aquellos instantes.

-Vamos -dijo Forson-. Esa que hay abajo es la 17 A y el próximo desvío conduce a Stonebridge; la granja puede encontrarse en algún lugar, a lo largo de la carretera.

Descendiendo un poco más, el helicóptero siguió el curso de la estrecha carretera lateral, hacia un grupo de edificios visibles frente a ellos. No había automóviles en la calle e

Librodot

incluso las aceras, en la parte central de la población, estaban vacías. Pasaron sobre la villa y, cuando llegaron al extrarradio del otro lado, avistaron una columnita de humo que se elevaba, surgiendo allende un bosquecillo.

-Ahí puede ser -dijo el piloto, señalando con el dedo el mensaje mecanografiado que llevaba sobre el cuadro de instrumentos-. «Granja cercana a Stonebridge y una fogata encendida para que pueda ser localizada por el humo...»

Nada más dejar atrás el grupo de plateados abedules, tuvieron ante sí una clara perspectiva: los restos humeantes del edificio de una granja, con su correspondiente granero. Unas cuantas vacas y algunas gallinas corretearon frenéticamente, al aparecer el helicóptero, pero no se vio ninguna figura humana.

-No me gusta el aspecto de eso -comentó el sargento-. La casa no ha acabado de consumirse y no se ve a nadie por los alrededores. Me pregunto si será esa granja la que estamos buscando.

-No hay modo de averiguarlo desde aquí arriba -manifestó Forson, inclinando el aparato para dar una vuelta-, ¿Bajamos o damos antes un rodeo por la ciudad?

Los animales habían huido y el claro que circundaba la granja seguía desierto.

-Volvamos antes a la ciudad, no se ve ahí nada en movimiento, y siempre estaremos a tiempo de regresar. ¿Le parece bien, doctor?

-Naturalmente. No creo que podamos hacer cosa alguna y tampoco existe indicación que nos señale que ésa es la casa que andamos buscando.

-¡Ahí delante! ¡Más humo! -exclamó el piloto, cuando pasaban por el lado oeste de la alquería.

Siguieron por un camino de carros, hacia un claro, en el que se alzaba una casa blanca, de obra. Había un hombre en el patio, agitando los brazos para llamar su atención, y un hilillo de humo salía de la chimenea.

-Ese parece encajar mejor en las señas -opinó el sargento. Entornó los párpados contra el resplandor solar, mientras el vehículo giraba, y abrió la pistolera para que su 50 sin retroceso pudiese salir más fácilmente-. ¿Hay suficiente espacio para tomar tierra?

-Bastante para cinco de estos cacharros. Ahí vamos.

El hombre del patio se refugió en el umbral de la granja, mientras el helicóptero descendía, formando un remolino de polvo y hierbajos. Tocaron el suelo con suavidad y se balancearon sobre las ruedas. Sam alargó el brazo para empuñar el picaporte y abrir, pero el sargento le puso una mano en el hombro.

-Me parece que saldré yo primero, doctor. El pueblo me pareció excesivamente tranquilo y esa casa incendiada me da mala espina... Se olfatea el olor a conflicto por aquí. Quédate donde estás y mantén los ojos abiertos, Forson.

El piloto detuvo los reactores y asintió.

-No estás acostumbrado a la región, sargento. Siempre está así de tranquila. -Emitió un gruñido-. ¿Por qué te crees que emigré a la gran ciudad?

El sargento se apeó de un brinco y anduvo despacio en dirección al hombre, que había abandonado el umbral de la puerta de la granja y volvía a agitar los brazos. Era un individuo canoso, que llevaba unos tirantes pasados de moda sobre la blancura de la camisa.

■ -Venga -invitó-. Soy el doctor Stissing. El que hizo la llamada; el paciente está dentro.

El sargento le obsequió con una mirada rápida, al pasar junto a él, inclinó la cabeza y entró en la casa. Salió de nuevo, al cabo de unos segundos, y llamó a Sam, que continuaba en el helicóptero.

-Éste es el lugar, hay un hombre en la cama.

Sam aguardaba con el maletín negro preparado y saltó al suelo. Stissing parecía un poco confuso y se frotaba la blanca barba que cubría su mandíbula. Sam

calculó que andaría rondando los ochenta años. Le estrechó la mano.

-Soy el doctor Bertolli, del Hospital Bellevue. Me gustaría echar un vistazo a su paciente, si puedo.

-Sí, doctor, no faltaba más. Pase por aquí. Me alegro de verle, me alegro mucho, de veras; llevo dos días y una noche al pie del cañón y no estoy acostumbrado a tanto. Hadley me telefoneó, estaba aterrado y no le faltaban motivos, porque en cuanto entré, reconocí la enfermedad de Rand y él sabía que le aquejaba precisamente ese mal. Le he estado cuidando desde entonces, he derrotado a la fiebre y ahora está en franca mejoría...

-¿Le importa que abra la cortina de esa ventana? -preguntó Sam. La habitación estaba bastante oscura y el hombre tendido en el lecho no era más que una silueta borrosa.

-Claro que no, la penumbra sólo era para que descansase la vista de Hadley.

El sargento levantó la cortina y Sam permaneció junto a la cama, contemplando a un hombre de mediana edad, en cuyo rostro se veían los diviesos rojizos. Adosó el contador a la muñeca del enfermo.

-¿Cómo se encuentra, señor Hadley? -preguntó.

-Hadley es mi nombre de pila. Y ahora estoy mucho mejor, se lo aseguro. Hasta que llegó el doctor, me sentí muy mal.

Sam abrió la chaqueta del pijama de Hadley: había uno o dos granos esparcidos por el pecho del hombre. Luego palpó las axilas: los nodulos linfáticos estaban hinchados.

-Eso duele -dijo Hadley.

-No se preocupe, se pondrá bueno.

-Entonces está curado -intervino el doctor Stissing, dejando caer las palabras una sobre otra-. Lo sabía, se lo dije, esos nuevos antibióticos... La plaga, me refiero a la enfermedad de Rand...

-Hadley es hombre de suerte -le interrumpió Sam cansinamente-, nunca ha tenido la enfermedad de Rand. Esto es una forunculosis corriente, complicada con una infección linfática que los antibióticos han dominado.

-Pero la enfermedad de Rand, los síntomas, la fiebre, todo es igual. Llevo ejerciendo los años suficientes...

-¿Cuánto tiempo estuvo enfermo, Hadley? -preguntó Sam.

-Un par de días. La fiebre me atacó nada más aterrizar el cohete, como le dije al doctor. Tuve la impresión de que me moría.

-Eso forma parte de la fiebre... ¿pero cuánto tiempo ha tenido los diviesos?

-Me salieron al mismo tiempo. Naturalmente, los presentí unos días antes. Luego me sobrevino la fiebre y comprendí que tenía la plaga...

-No la plaga del espacio, Hadley -manifestó el doctor Stissing, al tiempo que se derrumbaba en una silla de cocina, a la cabecera del lecho-. Sólo un caso grave de diviesos. Granos y fiebre. Estoy... estoy desolado, doctor, por haberle hecho venir desde la ciudad...

De la parte exterior de la casa, de la fachada, llegó el estampido de un arma de fuego de pequeño calibre, dominado después por el estruendoso detonar de una pistola sin retroceso. El sargento atravesó la estancia corriendo, empuñando su pistola al mismo tiempo; Sam fue pisándole los talones.

-¡Quédese donde está! -gritó Sam por encima del hombro, dirigiéndose al boquiabierto doctor Stissing. Llegó a la sala en el preciso instante en que el sargento abría la puerta delantera. Una rociada de proyectiles arrancó astillas al marco de la puerta y sembró el suelo de orificios. Sam se había visto sometido al tiroteo enemigo con la suficiente frecuencia como para haber desarrollado todos los instintos oportunos; se tiró de cabeza al piso y rodó sobre sí mismo, apartándose de la línea de fuego representada por

Librodot

el hueco de la puerta. El sargento yacía en el umbral, doblado sobre sí mismo, con los dedos estirados hacia la pistola sin retroceso, caída en el porche. Unos cuantos proyectiles más repiquetearon alrededor de la puerta, mientras Sam agarraba al sargento por una pierna y tiraba de él, apartándole de la zona de peligro. Había un rosetón de sangre en la hombrera derecha del uniforme y Sam rasgó la tela: vio el agujero por el que penetró la bala de pequeño calibre. Debía ser de efecto líquido, ya que el impacto hidrostático hizo perder el conocimiento al policía. Sam dio media vuelta al cuerpo inconsciente, para examinar el orificio de salida, y observó que también sangraba un poco. El sargento abrió entonces los ojos e intentó sentarse. Sam le dio un empujoncito para que volviera a echarse.

-Tómeselo con calma... le han alcanzado.

-¡Al diablo! -El sargento apartó la mano de Sam y consiguió sentarse en el suelo, mediante un esfuerzo-. ¿Qué sucede ahí fuera?

Sam lanzó una rápida mirada por la ventana, levantando ligeramente la cortina protectora, y retiró la cabeza al instante, justo a tiempo de eludir los proyectiles que destrozaron el cristal. Pero tuvo ocasión de vislumbrar las oscuras formas de los individuos que corrían hacia el helicóptero y de ver el cuerpo del piloto, que colgaba inerte, medio fuera del aparato.

-¡No intenten nada! -advirtió una voz desde el exterior-. Si no disparan contra nosotros, tampoco lo haremos contra ustedes.

Sam alzó la cabeza por detrás de la cortina y el sargento logró ponerse en pie, a su lado. Los sujetos aquellos habían colocado el cuerpo del piloto en el suelo y estaban subiendo al aparato. Uno de ellos, el que había hablado, llevaba a una muchacha cogida por los brazos, a guisa de escudo. La joven tendría poco más de veinte años y el modo en que colgaba su cabeza y en que aparecían rasgadas sus ropas no dejaba duda alguna respecto a lo que le había sucedido.

-Si tratan de hacer algo, descerrajaré un tiro a la chica -gritó el hombre-. La mataré, aunque sea lo último que haga en este mundo. No queremos complicaciones, sólo deseamos alejarnos de la peste. Andy, mi compañero, aprendió en el ejército a conducir esos cacharros, así que cogeremos el helicóptero y nos largaremos. Sean listos y nadie resultará herido.

Anduvo de espaldas hasta la portezuela, arrastrando a la muchacha consigo. Los cohetes propulsores empezaron a silbar y las largas aspas se pusieron en movimiento, aumentando su velocidad. Cuando el helicóptero empezó a mecerse sobre su tren de aterrizaje, el individuo apartó a la chica de sí y subió apresuradamente al aparato. Sam y el sargento se retiraron presurosamente de la ventana, cuando una andanada de proyectiles atravesó el rectángulo donde antes hubo cristales. Los fugitivos se habían apoderado de la pistola calibre 50 del piloto y una astilla de treinta centímetros de anchura se desprendió violentamente del marco de la ventana.

Despacio, sin hacer caso de la lluvia de balas que agujereaban las tablas del porche, en torno a él, el sargento salió de la casa y se agachó para recoger del suelo su pistola. Las descargas se interrumpieron cuando el helicóptero comenzó a elevarse en vertical.

Con cuidado, sin prisas, el sargento abandonó la protección del porche, levantó la pistola, recto el brazo armado, y apuntó. Aguardó hasta que el autogiro a reacción se separó de la muchacha, que yacía boca abajo, en el patio, luego se aseguró de que el punto de mira enfocaba el blanco y oprimió el gatillo.

La 50 sin retroceso detonó tres veces, escupiendo sus pequeñas llamaradas tangentes, y los proyectiles de centímetro y medio, con su núcleo de acero, arrancaron trozos de aluminio al fuselaje del helicóptero. El silbido de los reactores se interrumpió y las aspas giraron a menor velocidad. Dos detonaciones más y el helicóptero se inclinó, fue a estrellarse en el bosquecillo de arces del otro lado de la casa y estalló en violentas llamas. Nadie salió del amasijo metálico de aquel siniestro.

Librodot

-Conque trataban de alejarse de la zona afectada por la plaga -articuló el sargento, mientras volvía a guardarse el arma en la funda de la cadera derecha, utilizando la mano izquierda-. No he tenido más remedio que derribar también el helicóptero. -Miró tristemente al policía muerto-. Y Forson era un buen chico. -Su expresión cambió repentinamente y esbozó una sonrisa carente de alegría, al tiempo que señalaba con el dedo una condecoración esmaltada y dorada que lucía sobre la insignia-. Número uno en las justas de tiro... disparos con *ambas* manos.

Empezó a doblarse sobre la cintura y Sam le sostuvo y le condujo luego hacia el porche.

-Siéntese y no hable, mientras le pongo algo en ese agujero.

Con las piernas extendidas frente a sí, el sargento permaneció sentado en silencio mientras Sam espolvoreaba sulfamidas por la herida, que después cubrió con vendas autoadhesivas. El doctor Stissing salió vacilante al porche.

-Termine la cura, ¿quiere, doctor? -pidió Sam, y se puso en pie-. Voy a echar un vistazo a los otros.

El piloto estaba muerto, con la parte posterior del cráneo deshecha por una bala de rifle. En aquel momento, estallaron los depósitos del helicóptero con sordas explosiones y nadie había emergido de entre las ruinas del aparato: no se podía hacer nada por los hombres que quedaron allí. Sam se inclinó sobre la muchacha, que continuaba boca abajo, sollozando lastimeramente.

-Soy médico... -aclaró, pero al tocar el hombro de la chica, ésta se estremeció, retirándose de él y sollozando aún con más violencia. Sam deseaba trasladarla al interior de la casa y examinarla, pero sin recurrir a la fuerza. Tal vez Stissing sirviera de ayuda.

-Doctor -llamó-, ¿conoce usted a esta muchacha?

Stissing, parpadeando y entornando los ojos a causa de su miopía, bajó del porche y se inclinó para observar el rostro femenino.

-Parece la joven Leslie... -Apartó las manos de la muchacha para poder verle el rostro-. Vamos, Katy, levántate y entremos en la casa; es una tontería que sigas ahí tendida.

Obedeciendo el suave apremio del médico, la chica se puso en pie y se ciñó el rasgado vestido de algodón en torno al cuerpo. Luego permitió que el doctor Stissing la ayudase a llegar al edificio. Pasaron por delante del sargento, sentado en los peldaños del porche y que miraba con el ceño fruncido los restos del helicóptero, y entraron en la sala, donde Katy se dejó caer en un sofá. Sam buscó unas mantas, mientras Stissing procedía a efectuar un examen.

-Nada serio, es decir, en cuanto a daños físicos -explicó Stissing posteriormente, lejos del alcance de los oídos de Katy-. Arañazos, contusiones, lo que puede esperarse de un asalto, seguido de violación. Esas heridas no me preocupan, ya he tenido otras parecidas. La chica vio cómo asesinaban a su padre; era viudo y ambos vivían solos. Esos individuos irrumpieron en la casa, saqueadores, dice ella que eran, procedentes de alguna parte de Jersey. Estaban medio borrachos y empezaron a tomarla con la muchacha. Entonces, el padre trató de intervenir. Le mataron, ante los ojos de Katy, y después prendieron fuego a la casa, probablemente ya está quemada. Jamás vi ni oí hablar de nada semejante por los alrededores...

-Vimos la casa cuando veníamos, consumida hasta los cimientos. Habrá que hacer algo con esos pacientes suyos.

-El teléfono queda descartado -dijo el sargento, y se dispuso a salir-. Tampoco podemos contar con el telégrafo, lo he comprobado. Será mejor que emprendamos la marcha.

-Usted no se encuentra en condiciones de ir a ninguna parte...

Librodot

-Se necesita algo más que un agujerito de bala para retenerme en los bosques.

-Pueden llevarse mi automóvil -ofreció Stissing-, está en- el granero. Permaneceré aquí, con Hadley y la muchacha, hasta que ustedes consigan algún auxilio del hospital del condado. Ellos pueden traer otra vez el coche.

-Lo siento, doctor -terció el sargento-. Esos tipejos averiaron el vehículo. La ignición no funciona. El único modo de salir de aquí es andando.

Sam meditó en ello durante unos segundos. -Es probable que tenga razón. No creo que merodeen por la zona muchas partidas de saqueadores; nos habríamos enterado. Así que existe poco peligro de que tropecemos con algunos canallas como los del helicóptero. Se encontrarán aquí bastante seguros, doctor Stissing, limítense a tener cerradas las puertas y las ventanas y le enviaremos ayuda tan pronto nos pongamos en contacto con la policía local. Espere que coja el maletín, sargento, y entonces podremos irnos.

-Una cosa, doctor... si no le importa. ¿No podría correrme el cinto, de forma que la pistolera quede en el lado izquierdo? Me será más fácil empuñar el arma y puede que nos resulte también útil.

Anduvieron por el centro del camino, de regreso hacia la población. La primera casa por delante de la cual pasaron, tenía las persianas bajadas y estaba cerrada por completo; nadie salió a la puerta, ni siquiera cuando llamaron sonoramente. En la granja siguiente, un edificio de ladrillo rojo, alzado a cierta distancia de la carretera, recibieron contestación antes de llamar: el cañón de un arma de fuego sobresalía por la parcialmente abierta ventana del porche.

-Quédense donde están -ordenó el hombre que empuñaba el arma y al que no veían.

-Soy agente de policía -manifestó el sargento en tono de fría cólera-. Aparte ese arma, antes de verse metido en un jaleo serio.

-¿Cómo sé que es policía? Lleva uniforme de agente metropolitano, pero nunca le he visto hasta ahora. Lo mismo pudo haber robado. Vamos... no quiero tener más complicaciones.

-Sólo deseamos llamar por teléfono, nada más -pidió Sam.

-El teléfono está estropeado, algo pasa en la central.

-Tendrá un automóvil...

-Tengo un automóvil y continuará aquí, por si acaso lo necesito... Y ahora, ¡en marcha! Por lo que sé, lo mismo pueden estar contagiados de la plaga del espacio, y no estoy dispuesto a seguir hablando... ¡Lárguense!

Subió y bajó el cañón del arma.

-Se impone la retirada estratégica -comentó Sam, y cogió de un brazo al enfurecido sargento, tirando de él-. No merece la pena provocar un tiroteo.

-¡Labriegos patanes! -rezongó el sargento.

La villa de Stonebridge estaba tan cerrada como las granjas y no había vehículos a la vista. La atravesaron, rumbo a la autopista, situada a kilómetro y medio del camino. Oyeron el ruido al mismo tiempo, procedente de algún punto por delante de ellos. Se detuvieron y el sargento llevó la mano a la culata de su pistola.

-He practicado lo suficiente la caza de patos como para reconocer eso... es una escopeta.

-Dos escopetas... parece una guerra particular.

-Si no tiene inconveniente, doctor, yo iré delante, puesto que soy el único que tiene arma.

Avanzaron a lo largo de la cuneta, cerca de los árboles y tan silenciosamente como les fue posible. Había otra granja enfrente, medio entrevista más allá de los troncos de los robles. Se vislumbraban figuras humanas corriendo. El sargento alzó la pistola y una sonrisa fría decoró su rostro al deslizarse hacia delante.

-Parece que esta vez llegamos cuando el jaleo está en sus principios...

Se dispuso a abrir fuego.

Librodot

Había un camión estacionado al borde del camino y su silueta, vista a través de la enramada, le pareció familiar a Sam. Echó a correr y obligó al sargento a bajar el brazo armado.

-¿Qué hace? Son saqueadores...

-No lo creo... Eso que se ve ahí, ¿no es una camioneta militar?

Una vez doblaron la curva, pudieron ver claramente el color aceitunado del toldo del vehículo, con la rama de hojas que circundaba en parte el globo terráqueo, insignia de las Naciones Unidas, pintada en la carrocería metálica. Rodearon el camión y llegaron al patio de la granja, donde los chillidos habían degenerado en una serie de sollozos jadeantes. Un cabo corpulento sujetaba a una mujer por los hombros, mientras ella lloriqueaba, tapándose la cara con un delantal. Un teniente supervisaba la acción de dos soldados, los cuales esparcían maíz envenenado frente a las gallinas y pollos que correteaban por delante de la casa o huían hacia la parte posterior. A continuación, había un cercado de alambre con el portillo abierto y, por el suelo, los cuerpos diseminados de varios pavos. En la rama de un roble, de la que colgaban cuerdas atadas por los chiquillos, se veía otro pavo. Un soldado apuntó hacia él su escopeta de repetición, disparó y la nube de perdigones abatió al ave de su percha. El eco de la detonación se alejó a través del silencio de los árboles, hasta que los ahogados sollozos de la mujer fueron el único sonido audible. El oficial se volvió al oír acercarse a Sam y al sargento. Como los otros soldados, llevaban al hombro un llamativo equipo neozelandés. Sus ojos saltaron rápidamente del vendado sargento a la vestimenta blanca de Sam y a su negro maletín.

-Si es usted médico, me atrevo a decir que su llegada es oportuna. La señora de la granja... -El teniente señaló con el índice a la mujer, que seguía sin poder dominar sus sollozos.

-¿Está herida? -preguntó Sam.

-Físicamente, no, pero sufre un ataque de histerismo, una crisis nerviosa o como quiera usted llamarlo. Nos ha ocurrido lo mismo a lo largo de toda la ruta, esta gente rural se toma muy a pecho eso de exterminar sus pertenencias avícolas y oponen resistencia. La señora echó a correr y dio suelta a los pavos; después intentó detener a mis hombres. Por lo menos, el granjero se comportó de forma razonable; algunos probaron a mantenernos a raya a tiro limpio, pero este hombre está en la casa, con los niños.

Sam miró a la mujer y, mientras el soldado la sostenía limpió el hombro femenino y administró una inyección intramuscular de «Denilin», el sedante de efectos rápidos. Para cuando la condujo a la casa, la mujer ya se tambaleaba y, con la ayuda del granjero, cuyo semblante era torvo, Sam la puso en la cama.

-Dormirá un mínimo de doce horas -manifestó-. Si continúa sintiéndose mal cuando se despierte, le da una de esas píldoras, que la mantendrán calmada durante otras veinticuatro horas.

Puso un frasquito de tabletas psicotrópicas cerca de la cama.

-Están matando a todos nuestros pavos y gallinas, doctor, no tiene ningún derecho a hacerlo.

-No se trata de derecho... es cuestión de necesidad. Esas aves llevan la enfermedad y pueden ocasionar la muerte de toda su familia. Y le entregarán a usted un recibo; le pagarán o le repondrán las aves, cuando haya terminado la emergencia.

-Un trozo de papel -murmuró el granjero.

Sam empezó a decir algo, pero luego lo pensó mejor y se calló. Al salir de la casa, vio al sargento de policía y al oficial del ejército conversando inclinados sobre un mapa.

-El sargento me ha contado sus aventuras -dijo el teniente-. Quisiera estar en condiciones de proporcionarles un medio de transporte para que pudiesen volver a la ciudad, pero no me es posible, cuento sólo con un vehículo. Pero existe una posibilidad de arreglo. Las

granjas están tan próximas unas a otras, que puedo llevar a mis hombres a pie hasta las dos siguientes, mientras mi conductor les traslada a este punto. -Lo señaló en el mapa-. Su ruta de abastecimiento pasa por aquí, en Southfields, y encontrarán algún convoy de los que marchan hacia el sur. Pueden parar alguna camioneta. ¿Le parece bien?

-Sí, será estupendo. Otra cosa, quisiera enviar un mensaje al hospital, y estoy seguro de que también el sargento desea ponerse en contacto con su unidad, pero los teléfonos no funcionan. ¿No tiene aparato de radio en su camión?

-Lo tenemos, pero sólo puede enviar y recibir comunicaciones a través de las frecuencias asignadas al ejército. No podrán hablar directamente, claro que los recados pueden retransmitirse.

-Por mí, vale -terció el sargento, al tiempo que sacaba su libreta de notas. Arrancó una página y se la tendió a Sam, Luego comenzó a redactar algo con la mano izquierda.

Sam pensó un momento; aquello lo leería un montón de gente y no deseaba manifestarse demasiado específico acerca de los motivos del informe. Escribió:

Al doctor Mackay del Hospital Bellevue de Nueva York. -Resultado negativo. Caso de furunculosis vulgar. BERTOLLI.

Anochecía cuando llegaron a la ruta de suministros y el cabo de las Naciones Unidas utilizó su faro de señales para llamar la atención de un convoy de alimentos. Se detuvo un comando motorizado, con las armas a punto, dado que habían surgido intentos de pillaje... Transportaron a Sam y al sargento a la ciudad. Eran más de las nueve cuando Sam llegó al hospital y registró su entrada.

-Hay un recado para usted, doctor --anunció la recepcionista, y rebuscó velozmente en un archivador, hasta dar con un sobre dirigido a Sam. El médico lo rasgó y extrajo una cuartilla que había dentro, escrita a mano con lápiz de marcar.

«Llámame en seguida. 782 98 Nita.»

Se apreciaba un aire de urgencia en la caligrafía. Era una nota de aviso apremiante. Se encaminó a una de las cabinas del vestíbulo y marcó al instante el número indicado.

-Hola -dijo en cuanto se aclaró la imagen-. Tengo tu recado...

-¿Estás solo, Sam? -preguntó Nita, y él no pudo por menos de observar que los ojos de la muchacha aparecían más abiertos que de ordinario y que en sus palabras había un trémolo agudo.

-¿Puedes venir aquí ahora mismo? Es el laboratorio 1242.

-Me pongo en marcha ¿Pero, qué sucede?

-No... no puedo decírtelo por teléfono, ¡es demasiado horrible!

Nita cortó la comunicación y sus facciones aletearon, se fundieron y acabaron por desaparecer de la pantalla.

Librodot

CAPITULO VIII

NITA estaba aguardándole en el umbral de la puerta del laboratorio, cuando Sam salió del ascensor. Le franqueó el paso, sin pronunciar palabra, y luego cerró y echó el cerrojo a la puerta.

-Te has vuelto muy reservada... ¿Puedes explicarme ya qué es lo que pasa?

-Te lo enseñaré, Sam, todo lo que he estado haciendo y los resultados que obtuve; después decides por ti mismo.

-Dijiste por teléfono que se trataba de algo terrible... ¿Qué quisiste dar a entender?

-Por favor -rogó la muchacha, y Sam observó que, al unir los labios, los apretaba con tal fuerza que se ponían blancos-. Echa una mirada y luego hazte una composición de lugar, sin formularme más preguntas. -Indicó la hilera de tubos de ensayo y especímenes-. He estado realizando una serie de pruebas graduadas para determinar la resistencia del virus de Rand, con la exclusiva finalidad de conseguir resultados empíricos para registrarlos en las computadoras y que sirvan de utilidad a los otros investigadores. Pero tuve un poco de tiempo libre y efectué pruebas por mi cuenta, aislamientos consecutivos y transferencias repetidas a diversos tejidos.

-Debe haber otros equipos de científicos dedicados a lo mismo, ¿no?

-Los hay. Pero no me importó duplicar el trabajo de alguna otra persona, puesto que lo hacía fuera de las pruebas asignadas. Supongo que lo que en realidad esperaba era que, al cabo de cierto número de transferencias repetidas, el virus pudiese debilitarse o cambiar, de forma que nos fuera posible atacarle con éxito. Pero continúa tan mortífero como siempre. Y lo malo es que he descubierto otra cosa...

-¿Qué?

-Comprueba primero los resultados.

Comprimidos los labios, Nita le tendió una carpeta y aguardó pacientemente, mientras Sam revisaba las hojas de papel.

-Todo parece en orden, como has dicho... Un momento, esta es una serie interesante. ¿Alternaste los tejidos, primero de pájaro, después humano?

-Sí, recurrí a los pájaros del laboratorio, palomas, y cultivos de tejido humano Detroit-6, primero uno y después otro. Realicé siete transferencias en total y todo terminó con un virus Rand-beta, tan mortífero como de costumbre, sólo que tenía un factor cambiado, algo con lo que no había contado y que descubrí por casualidad. Ahí dentro...

Nita señaló una jaula aislada y Sam levantó el trapo que la cubría y echó un vistazo al interior. Sobre el piso de la jaula yacía un perro, de costado y jadeando penosamente. A través del tenue pelaje de su vientre se divisaban pequeñas protuberancias rojizas. Sam volvió a dejar caer la tela y miró a Nita, desprovisto de color el semblante.

-¿Hiciste las pruebas...? -Ella asintió-. Entonces, ese perro, tiene la enfermedad de Rand.

-Sí, Rand-gamma, supongo que debemos llamarla, algo nuevo. Ningún otro germen de Rand, ni el alfa ni el beta, infectaban a los animales caninos, ni siquiera después de seis transferencias de humano a pájaro. Pero al llegar a la transferencia número siete, surge algo nuevo. Algo increíble...

-¡Jamás supe de nada semejante! -Sam paseaba de un lado a otro, furioso, quemado por la frustración que significaba aquel último desarrollo del virus. La enfermedad de Rand era una plaga de otro mundo, inhumana... ¿Es que no existía medio para vencerla?

-¿Trataste de encontrar la susceptibilidad de otro organismo al virus Rand-gamma? ¿Sabe Mackay lo que has descubierto?

Nita sacudió la cabeza.

Librodot

-No, sólo llegué hasta aquí... y entonces me aterroricé. Te dejé recado; si no hubieses vuelto tan pronto, habría llamado al doctor Mackay. ¿Qué vamos a hacer, Sam?

-Ver a Mackay lo antes posible, comunicarle lo que has hecho. No le va a gustar... ¿Te haces cargo de lo que significa esto?

-Sí. -La muchacha pronunció el monosílabo de un modo tan débil que Sam apenas pudo oírla. Nita se derrumbó en una silla.

-Si interrumpimos la propagación de la enfermedad a base de aves, deberemos tenerla dominada... ¿Pero y si no lo logramos antes de que el virus se transforme en Rand-gamma? Entonces les tocará a los perros, y después, ¿qué? Estas mutaciones y cambios son algo inverosímil, distintas a todo lo habido hasta la fecha..., no siguen ninguno de los procesos normales en la vida terrestre. ¿Pero es posible que se configuren a algún patrón extraterráqueo? Si pudiéramos averiguarlo, si descubriésemos sus normas, entonces podríamos poner coto al mal.

-Pero la enfermedad no es de otro mundo, Sam... afecta a los hombres, a la vida de la tierra, es terrestre o como te parezca denominarla.

-Ahora lo es, pero vino en la aeronave de Júpiter, debe ser una enfermedad de ese planeta...

-No, eso ha sido ya determinado. -Nita rebuscó entre un montón de duplicados de informes, hasta que encontró uno, el cual ofreció a Sam-. Puedes verlo con tus propios ojos; se trata de un informe preliminar, pero es indicativo. No consiguieron que el virus viviese en condiciones semejantes a las que imperan en Júpiter. Cuando la temperatura baja y la presión se eleva, el virus deja de existir... mucho antes de que se llegue al grado atmosférico de Júpiter.

-¡Eso es imposible!

-Todo lo relativo a este virus es imposible... pero ahí está. No podemos eludir ese hecho. ¿Qué podemos hacer, Sam? A cada nuevo giro del asunto, me siento más derrotada...

-No podemos hacer gran cosa nosotros solos... pero para eso está el equipo de Mackay. Descubrirán el significado de esos cambios. -Cogió las manos de Nita para ayudarla a ponerse en pie y se percató de lo frías que estaban. El semblante de la muchacha se notaba pálido bajo los afeites y tenía los ojos enrojecidos a causa de la fatiga-. Le entregaremos los resultados a Mackay y luego descansarás un poco. ¿Cuánto tiempo hace que no duermes?

-Dormité aquí, en el sofá, es suficiente... -Nita contempló su imagen en el espejo y se mordió el labio inferior. Después se echó a reír y buscó un peine en el bolso-. Tienes razón... no basta. Parezco una refugiada salida de una película de horror. Concédeme unos segundos para reparar todos estos estragos y luego iremos a ver a Mackay.

-Llamaré para comprobar si está en su despacho. Hubo dificultades para ponerse en comunicación con el número de Mackay y Sam colgó el aparato y probó suerte de nuevo. Al cabo de dos o tres intentonas, durante las cuales el teléfono de Mackay comunicaba, logró pasar. Zumbó la señal repetidamente, hasta que contestó la secretaria.

-Lo lamento, es imposible hablar con el doctor Mackay, tengo orden de no molestarle... -Cortó la comunicación antes de que Sam tuviese oportunidad de pronunciar una sola palabra. Parecía tensa y al borde de las lágrimas.

-Me pregunto qué nuevo problema habrá surgido... -silabeó Sam, con la vista fija en la oscura pantalla-. Parecía alteradísima por algo.

-Tendremos que ir a averiguarlo -dijo Nita, mientras guardaba sus notas en una carpeta-. Aunque no me extraña que la muchacha se resienta un poco. La tensión aquí ha sido sencillamente terrible y no presenta síntomas de que vaya a amainar.

El ascensor les condujo, con silencioso impulso, hasta el piso número treinta y nueve, pero cuando las puertas se abrieron, un murmullo de voces lo inundó todo, algo nuevo en aquel hospital donde nunca se originaban ruidos; o casi nunca. Salieron a tiempo de

Librodot

ver el paso de una camilla, en la que iba una figura tapada por una sábana blanca, rodando hacia el montacargas del fondo del pasillo. Un grupo de personas se congregaban delante de la abierta entrada al despacho de Mackay y Sam reconoció a una de las enfermeras, con las que había compartido en ocasiones el turno del servicio de urgencia. Le tocó en el hombro.

-¿Qué ha ocurrido, Ann?

-Es el doctor Mackay -la chica parecía preocupada... además de exhausta, como todo el mundo en aquel hospital gigantesco-. Trabajó demasiado, ya sabe... fue tan repentino, creen que se trata de una trombosis coronaria, cayó redondo.

Sam se abrió paso entre los reunidos, hacia la puerta, y Nita le siguió. Dentro había pocas personas y la secretaria no se veía por ninguna parte. La puerta que daba acceso al despacho particular del doctor Mackay estaba entreabierta y Sam distinguió a Eddie Perkins en el interior, hablando por teléfono. Llamó suavemente y Perkins levantó la cabeza y le hizo señas para que entrase y cerrase luego la puerta.

-Sí, claro -dijo Perkins por el auricular-, le cuidaremos aquí y le mantendré informado de las condiciones del doctor Mackay. Muy bien, pues; adiós. -Desconectó el aparato y sacó un cigarrillo del paquete que'había encima de la mesa que tenía delante-. Es un barullo enorme, Sam. La gente se comporta como si el hecho de que Mackay quede fuera de combate representara el fin del mundo; creen que iba a derrotar a la enfermedad de Rand él solito y que todo su equipo de científicos no es más que un coro griego, cuya exclusiva misión consistía en animarle. -El teléfono dejó oír un zumbido y Perkins lo miró con disgusto, al tiempo que se quitaba el cigarrillo de la boca.

Era el gobernador del estado de Nueva York y Eddie le dedicó tres minutos de frases tranquilizadoras, antes de alegar que tenía una enorme cantidad de trabajo y colgar el audífono.

-¿Ve lo que le decía? -preguntó, y encendió otra vez el cigarrillo.

-No se les puede reprochar -contestó Sam-. Al fin y a la postre, Mackay encontró la solución al problema de la paquiacria de Topholm y confían en que repita el numerito. ¿Quién va a sustituirle?

-Su conjetura es tan buena como la mía. En el curso de los últimos días, he actuado de ayudante del doctor Mackay, así que continuaré con los hilos en la mano, hasta que se decida algo. Chabel y el equipo de directores estarán aquí dentro de una hora, para celebrar una reunión.

-Bueno, hasta que decidan algo, usted es el encargado supremo, Eddie.

-Sí -convino Perkins pensativamente, mientras por sus fosas nasales salía una doble línea de humo-. Imagino que sí. En cuyo caso ¿qué puedo hacer en su favor?

Nita abrió la carpeta y pasó los papeles por encima de la mesa, al tiempo que esbozaba brevemente lo que había descubierto. Perkins observó los documentos mientras la muchacha hablaba y levantó agudamente la cabeza cuando Nita mencionó el detalle de que el perro se vio afectado.

-Eso parece muy grave, Nita. -Cerró la carpeta y la apartó de sí-. Por la mañana, diré a uno de los patólogos que eche un vistazo a esto, ya nos enteraremos de lo que le parece. Entretanto, gracias por el trabajo extraordinario, veremos si nos resulta de utilidad.

-Eddie, no parece conceder demasiada importancia a esto -dijo Sam, y sonrió como colofón a sus palabras-. Si la enfermedad de Rand puede traspasarse a los perros, nos encontraremos en un apuro serio. Como agentes de contagio, los pájaros ya nos ponen las cosas bastante difíciles...

-Le he dicho que me cuidaría de ello, ahora relájese.

La voz de Perkins sonó ya un poco afilada.

-No hay nada que induzca a la relajación; los perros pueden contaminarse de la enfermedad y, para evitarlo, es hora de adoptar las medidas pertinentes.

-Por ejemplo, iniciar una carnicería perruna... ¿Es que el exterminio de pájaros no basta? ¿Sabe la cantidad de quebraderos de cabeza que nos proporcionó y nos

Librodot

proporciona eso?

-Carecen de importancia los quebraderos de cabeza. Si tenemos que matar a los perros, los mataremos... Y vale más hacerlo antes de que contraigan la enfermedad.

-Doctor Bertolli, no olvide un detalle -la voz de Perkins estaba desprovista de tono, su rostro alargado tenso y frío-. Usted es un interno de este hospital y no la persona que toma decisiones. Nos cuidaremos de esto...

-Vamos, Eddie, cuando ambos éramos estudiantes...

-*¡Basta* ya! -La mano de Perkins se abatió sonoramente contra la superficie de la mesa.

Sam respiró hondo y dejó escapar el aire de sus pulmones despacio, dominando su arrebato. Luego se puso en pie.

-Vámonos, Nita -dijo.

-Un segundo -contuvo Perkins. También se había levantado, tenía los puños plantados encima del escritorio y se inclinaba hacia delante, sobre los brazos-. No saben todo lo que está pasando. Existen dos factores que ustedes ignoran, sin duda. En primer lugar, hemos tenido hoy cierto éxito con una vacuna que puede que haya detenido el proceso de la enfermedad de Rand en algunos casos incipientes; en segundo, no vamos a permitir que el mal realice siete etapas de paso, a través de distintos huéspedes, como ha hecho la doctora Mendel. Ése es un ejercicio de laboratorio y trabajamos con un mundo real. Estamos poniendo coto a la propagación de la enfermedad y exterminando a los agentes que la difunden. Si los acontecimientos se desarrollan como hasta ahora -incluso aunque fallezcan todas las personas contaminadas-, seguiremos firmes en la tarea de destruir todas las reservas de infección. Así que no balancee el bote.

-¿Eso es todo, doctor Perkins? -preguntó Sam, sin dar la menor muestra de la cólera que sentía.

-Eso es todo. Siga desempeñando su trabajo y yo continuaré con el mío.

Sonó el teléfono y Perkins se sentó para atender la llamada. Nita y Sam se marcharon.

Ninguno de los dos pronunció palabra hasta encontrarse frente a la puerta del ascensor, después de haber recorrido el pasillo. Nita observó con ojos preocupados las apretadas mandíbulas de Sam y, cuando apoyó una mano en el brazo del hombre, notó la tensión de los músculos.

-Sam... por favor, no permitas que eso te atormente así. Los otros verán...

-¡Los demás no verán nada si no les enseña el informe! Vuelve a jugar a la política, ¿no te das cuenta? No balancee el maldito bote... ¡qué modo más estupendo de ejercer la medicina!

-En cierto sentido, no le falta razón, en tanto las cosas se desarrollen de manera tranquila por el exterior. Y dice que están reprimiendo el virus en los casos actuales...

-Pero las cosas no se desarrollan de modo tranquilo por ahí fuera, he visto lo suficiente como para comprender eso. Aparte de que tal no es la cuestión. Con tranquilidad o sin ella, debemos adoptar las medidas oportunas o la plaga se extenderá hasta el último rincón del mundo.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, su altavoz cobró vida y sus palabras fueron repetidas por otros del pasillo.

-Doctor Rousell, doctor Christensen, doctor Bertolli, doctor Invar. Tengan la bondad de presentarse en la Sala de Emergencia. Doctor Roussell, doctor Christensen...

-¿Qué pasará ahora? -se extrañó Nita, mirando a Sam con pupilas inquietas.

-Más conflictos. El bote se balancea a pesar del doctor Edward Perkins. Mira, Nita, no esperes a que Perkins haga algo... Envía una copia de tu descubrimiento al profesor Chabel, de Salud Mundial.

Librodot

-No puedo, ¡sería pasar por encima de su autoridad!

-No te esfuerces en ser dulce y civilizada, es un lujo del que hay que prescindir durante una temporada. Informa a Chabel.

Sam entró en el ascensor cuando las puertas se cerraban y quedó inmediatamente fuera de la vista de Nita.

«Sam Bertolli, no sé qué voy a hacer contigo», se dijo la muchacha, mientras corría hacia el ascensor de al lado. Era un mundo civilizado y ordenado, en el que, a veces, Sam no parecía encajar. Cuando llegó el ascensor, Nita vio que había manchas de sangre en las blancas paredes y gotas en el piso grisáceo. Tal vez el mundo no era tan civilizado ni estaba tan ordenado como suponía.

-Otro tumulto, eso és cuanto sé -manifestó Roussell-. Aparta tus enormes y sucios, Christ... es el último par de pantalones blancos que me queda.

El doctor Christensen, que iba tendido de espaldas, ocupando la mayor parte del espacio de una camilla, se limitó a emitir un ronquido gutural por respuesta. Los otros tres internos le miraban con envidia, bamboleándose atrás y adelante mientras la ambulancia corría veloz por las desiertas calles.

Llevaban de continuo servicio más tiempo del que se molestaban en recordar.

-¿Qué aspecto tiene ahora la ciudad? -inquirió Sam-. Estuve todo el día en el campo, investigando una supuesta curación de la enfermedad de Rand.

-¿No hubo curación? -se interesó Invar. -Lo que no hubo fue enfermedad de Rand. Diviesos. El médico era anciano, entusiasta, corto de vista y debían de haberle dado la jubilación hace treinta años.

-En la ciudad todo marcha manga por hombro -dijo Russell-. La gente cree que mentimos cuando les aseguramos que la enfermedad de Rand no se puede contagiar de una persona a otra, sino que sólo la pueden coger de los pájaros. Así que todo está guardado bajo llave. Alborotos, violencia, allanamientos, violaciones, excesos, borracheras, reuniones religiosas. Es encantador. ¿Alguien tiene simpatina? Esto tiene todo el aspecto de una noche en blanco.

-Es el miedo -tomó Invar la palabra-. A la gente le asusta abandonar su casa, así que la existencia normal de la población se ha roto. El ejército se encarga de mantener en funciones los servicios esenciales, como la electricidad y el teléfono, y tienen asignado también el abastecimiento alimenticio, pero no podrán seguir así eternamente... No en una ciudad de las proporciones de ésta. La tensión es cada vez mayor y los casos de enfermedad se declaran constantemente -el público lo ve y su sistema nervioso lo acusa-, no es extraño que se repitan los tumultos. Hay buen sentido epidemiológico, pero a la gente de la calle le parece que se va a ver atrapada en la peña y que morirá allí irremisiblemente.

-Puede que esté en lo cierto -articuló Sam, pensando en el experimento de Nita con el perro.

-¡Nada de ideas deprimentes, doctor! -regañó Roussell, a la vez que enarcaba las cejas-. Debemos ser valerosos, aseados, reverentes...

-Eso reza para los muchachos exploradores, no para los médicos. Ni lluvia, ni granizo, ni negruras nocturnas...

-Y eso reza para los carteros -murmuró Christensen, dándose media vuelta en la camilla-. Y ahora, hatajos de viejas, tened la bondad de cerrar el pico y dejarme dormir un poco.

Les adelantó un automóvil de la policía, cuya sirena ululaba aguda, y, a lo lejos, oyeron el campanilleo apresurado de un coche de bomberos. Como música de fondo, un rugido semejante al de distantes roturadoras, que cada vez era más alto y ominoso.

-¿Qué rayos será eso?

-Una turbamulta, doctor, los ciudadanos de este hermoso estado, manifestando su resentimiento hacia la autoridad constituida.

Librodot

-Parecen animales.

-Lo son -dijo Christensen, abriendo los ojos y soltando un gemido-. Todos nosotros lo somos. La bestia se agita con ojos enrojecidos debajo de la superficie. Así que vamos a la lucha, doctores. ¿Qué fue lo que dijo el viejo Shakespeare? «Una vez más en la brecha, queridos amigos».

La ambulancia se detuvo bruscamente y cuando Sam abrió la puerta posterior, el áspero rugido de una multitud de voces invadió el vehículo. La charla jovial, el bienhumorado intento de prescindir del mundo exterior, había terminado. Al cambiar sus expresiones, tornándose firmes y serias, volvieron a ser médicos. Se apearon y el conductor rodeó la ambulancia presuroso y se dispuso a ayudarles a descargar las camillas.

Era una escena alucinante. La ambulancia se había detenido bajo uno de los arcos colgantes de un acceso al puente de Wagner, en la calle Vigesimotercera. El puente se elevaba sobre ellos, con sus tres amplias calzadas a distinto nivel, todas iluminadas brillantemente, pero desiertas de tránsito, estirándose a través del río Hudson, hacia Nueva Jersey. Alrededor del laberinto de entradas y salidas, se había congregado una oscura muchedumbre, que vociferaba con el tono uniforme del odio y los rostros de cuyos miembros tenían la tonalidad azulada de las lámparas de vapor de mercurio o la rojiza de las antorchas que enarbolaban. A espaldas de la multitud, llameaba el incendio de una hilera de almacenes de depósitos. Silbaban por encima de las cabezas humanas los proyectiles disparados por la coalición de fuerzas policíacas y militares, mientras se oía el chapoteo del agua de las mangueras. Grupos de defensores uniformados podían distinguirse a la claridad de los faroles de campaña, apostados tras las barreras formadas por camiones y cilindros metálicos que obstruían el arroyo. Allí estaba el puesto médico, el dispensario de urgencia, el botiquín móvil, instalado un poco en retaguardia y apenas iluminado por las lámparas de campaña. Entre la penumbra de blanco y negro, de grises y sombras, se apreciaban las formas acurrucadas de los heridos que esperaban ser atendidos; más allá, estaban aquellos para quienes el tratamiento curativo jamás llegaría, los que acababan de morir.

-¡Doctor...! ¿Puede ayudarme...? ¡Doctor!

Sam percibió claramente las palabras por encima del estrépito general y volvió la cabeza para ver a un sanitario, que le hacía señas con la mano, indicándole que se aproximara: se echó al hombro una bolsa de emergencia y *se* encaminó hacia él por entre los cuerpos tendidos en el suelo.

-Acaban de traerla, doctor, no sé qué hacer...

El sanitario era joven, apenas habría cumplido la veintena, y nunca se había encontrado en una situación como aquella. Su ejercicio de la medicina probablemente se habría reducido a curar algún balazo o algunas heridas incisas... pero jamás debió verse frente a una mujer con la pierna carbonizada y todo un costado en las mismas condiciones, negro, con la carne y la ropa formando una masa abrasada. El pequeño depósito de espuma extintora se agotó antes de que Sam terminase de rociar la pierna de la mujer, a la altura de la rodilla, y el médico se quedó contemplando la boca abierta y los ojos de mirada fija de la víctima. Siguió apretando inútilmente el botón del depósito.

-Yo atenderé este caso -dijo Sam-. Cuídese del policía que hay allí, vendaje a presión para herida de bala.

Cuando el sanitario se alejó, Sam adosó el contador a la muñeca de la mujer, aunque sabía de antemano el resultado. Quemaduras de cuarto grado, conmoción y, por último, muerte. Cubrió el cadáver con una manta y se dirigió al siguiente caso.

Desgarraduras, balazos, huesos rotos, cráneos fracturados. La mayoría de los heridos eran soldados o policías, o los pocos paisanos eran los que se habían visto atropellados y aplastados durante el ataque. Los amotinados utilizaban todas las armas que podían empuñar, en sus intentonas histéricas de huir de la ciudad.

Librodot

Sam acabó de vendar el brazo de un policía, envió al hombre a la ambulancia y, al volverse, vio a un recién llegado, que se apoyaba en uno de los pilares, tapándose la cara con las manos. Estaba entre las sombras y cuando Sam tiró suavemente de él, atrayéndole hacia la luz, observó que el soldado llevaba turbante a la cabeza y los galones de sargento; se trataba de un miembro de la brigada paquistaní que desembarcó a primera hora de aquella mañana. Las manos se apretaban con fuerza contra el semblante, pero se deslizaba la sangre entre los dedos, goteando continuamente sobre el suelo.

-Por aquí -dijo Sam, y guió al hombre hasta una camilla libre, en la que le ayudó a tenderse-. Si aparta las manos, sargento, le curaré eso.

El soldado abrió un ojo que no estaba cubierto por las manos.

-No me atrevo, doctor -manifestó con voz tensa-. Si lo hago, se me caerá la cara.

-Deje que sea yo quien se preocupe de eso, es mi trabajo. -Sam tiró con suavidad de las manos del paquistaní, las cuales se retiraron de mala gana. Brotó más sangre y vio la curvada, casi circular laceración cuyo corte atravesaba la mejilla hasta el hueso y había segado una de las fosas nasales. Trocitos de cristal seguían hundidos en la carne.

-¿Una botella rota? -preguntó Sam, al tiempo que preparaba una inyección con una cápsula de morfina.

-Sí, doctor, cayó sobre mí repentinamente y me la clavó en el rostro antes de que pudiera impedírselo. Luego -me temo que contravine las órdenes- le asesté un culatazo en la boca del estómago, con todas mis fuerzas, se derrumbó y me acerqué aquí.

-Yo hubiera hecho lo mismo.

Sam extrajo la última esquirla de cristal visible -si había más ya las encontrarían en el hospital-, dejó las pinzas y ajustó las medidas de ancho y profundidad de la cosedora del suturador. Unió los bordes de la herida, los mantuvo así con los dedos de la mano izquierda y aplicó la pequeña máquina al corte. Cada vez que el aparato tocaba la carne, aseguraba los bordes del corte con una rápida sutura, cosiéndolos, dejándolos ligados y limpios en una fracción de segundo. Continuó con unos largos embastes que asegurarían la herida hasta que los cirujanos pudiesen atenderla. Ninguna vena importante había sido lastimada y la hemorragia casi se había interrumpido del todo.

Cuando el paquistaní fue despachado a la ambulancia, junto a otros casos que requerían atención inmediata, Sam encontró a dos soldados esperándole. El sargento saludó.

-Tenemos unos cuantos heridos en el puente superior... ¿Podría auxiliarnos, doctor?

-¿Cuántos son... y en qué estado se hallan?

-De momento, sólo dos... un par de hombres alcanzados por proyectiles de metal, pero nos tememos que pronto habrá más. Hemos establecido una segunda barrera ahí, porque no disponemos de efectivos humanos suficientes para obstruir todas las entradas. Los otros retrocederán pronto y entonces tendrá usted trabajo de sobras.

Sam no titubeó; se echó al hombro la bolsa de emergencia e indicó las dos cajas de equipo médico que habían sido descargadas de la ambulancia.

-En marcha, pues, y lleven eso consigo.

Un gigantesco helicóptero de combate, de doble aspa, les aguardaba con los reactores silbando rumorosamente. Una vez todos a bordo, el aparato ascendió en vertical y emitiendo un aullido ensordecedor, llegó a la calzada superior del puente y aterrizó suavemente, detrás de un parapeto formado por turismos y camiones volcados. Tropas de aspecto nervioso montaban una guardia expectante tras la barricada... Desde allí no podía verse a la muchedumbre, pero el rabioso estruendo de sus gritos llenaba el aire. Sam observó la descarga de las cajas de equipo médico y luego proyectó su atención sobre las dos bajas. Un hombre padecía conmoción cerebral y era harto probable que perdiese la vista; el otro sólo sufría una herida, que ya se encargó de vendar un sanitario. Sonaron algunos alaridos cuando los soldados enchufaron las mangueras a los depósitos de agua del otro lado del puente y las desenrollaron hasta la barrera. Se oyeron rápidos pasos sobre el hormigón de la parte opuesta de la barricada y más

Librodot

soldados, muchos con los uniformes rasgados y heridas vendadas, empezaron a franquear el parapeto.

-¡Preparaos! -gritó un capitán-. Han pasado las primeras barricadas. Desplegaos en línea, poned los morteros a punto.

Sam se subió al guardabarros del coche de mando, tras el oficial, y tuvo ante sí una clara perspectiva de toda la extención de la calzada. Estaba vacía, con la excepción de un grupo de soldados que corrían hacia ellos, pero a las tropas les perseguía un rugido victorioso en volumen creciente, el cual fue aumentando hasta convertirse en algo semejante al aullido de un animal gigantesco. Luego, de pronto, la calzada dejó de estar desierta. Llegaron por las rampas y por las escaleras, una masa de humanidad negra y aterradora, una multitud sin cabecillas ni planes, impulsada sólo por el miedo y el instinto de conservación. Se acercaron rápidamente y en las líneas de vanguardia empezaron a distinguirse los individuos que empuñaban garrotes de madera y barras de metal. Personas con la boca abierta y gritando a pleno pulmón, aunque el sonido de sus voces quedaba apagado, inmerso en el rugido de la masa que marchaba detrás.

A espaldas de Sam resonó un silbido agudo, que tuvo su continuación instantánea en el seco estampido de los morteros: las piezas se habían sincronizado a la perfección y las granadas trazaron una línea de través, a toda la anchura de la carretera, estallando en nubarrones de gas grisáceo. La muchedumbre hizo un alto estremecido, ante la polvareda química y en el aullido general pudo captarse cierta nota de desencanto.

-¿Cree que el gas les detendrá? -inquirió Sam.

-No lo hizo antes -repuso el capitán, en tono cansado.

Se dispararon nuevas granadas de gas, que densificaron la nube anterior, pero entonces se levantó una fuerte brisa del río, la cual limpió la atmósfera en buena parte. Algunas personas atravesaban ya la polvareda, tambaleándose y cayendo, con las manos en los enrojecidos ojos. El número fue incrementándose más y más, y, de nuevo, volvió a formarse una sólida turbamulta, que pronto estuvo sobre la línea de contención.

-¡Mangueras! -reclamó una voz ronca, y surgieron columnas de agua a presión, que se lanzaron contra los sediciosos, derribándoles y haciéndoles rodar por el suelo. El inmenso alarido sin palabras volvió a elevarse, mientras los amotinados retrocedían ante aquellas aguas que les golpeaban como mazas.

-¡Cuidado! -avisó Sam, pero en medio de aquel fragor su grito no llegó a metro y medio de distancia.

Un hombre había trepado por uno de los soportes, desde el puente inferior, y estaba franqueando la baranda. Llevaba un enorme cuchillo entre los dientes, al estilo pirata, y el filo del arma le había cortado la comisura de la boca, por lo que goteaba sangre barbilla abajo. Un soldado le vio y se dirigió hacia él, en el momento en que el alborotador empuñaba el cuchillo y saltaba; rodaron juntos por el suelo. El atacante se levantó solo, oscurecida por la sangre la hoja del cuchillo, pero antes de que pudiera dar un paso, otro soldado le asestó un trastazo en la parte lateral de la cabeza con el canto de la mano. Un mortífero golpe de judo volvió a alcanzar al amotinado, que se desplomó en redondo. El soldado apartó el cuchillo de un puntapié. El asaltante se revolvió por el piso, cogiéndose la garganta con las manos, y Sam echó a correr hacia allí, mientras el soldado herido por el arma blanca se ponía de rodillas y contemplaba su brazo ensangrentado, sin comprender del todo lo sucedido.

-Siéntese -dijo Sam, y le ayudó a acomodarse en el arroyo. Luego le abrió la camisa. Había una cuchillada profunda en la parte superior del brazo, más dolorosa que grave, y Sam colocó una venda antiséptica de presión.

El mugido de aquel hormiguero humano continuaba repercutiendo en su cabeza, pero tuvo la impresión de que había cambiado, al menos, de tono: ¿no era más excitado, con una nota de júbilo? Y como fondo, un nuevo ruido agudo y machacón, que parecía aumentar de volumen. Todo ello se vio atravesado por un silbido penetrante.

Librodot

Sam alzó la cabeza y vio al capitán que, desde el automóvil de mando, agitaba los brazos frenéticamente y metía prisa al personal civil que retiraba a los soldados caídos de la barricada. El oficial se apeó luego del vehículo y corrió hacia la barandilla exterior, próxima a Sam, mientras el sordo estrépito se transformaba en rugido vibrante.

El colosal camión debía ir, lo menos, a una velocidad de cien kilómetros por hora, cuando chocó con la barrera, apartándola a un lado. Era un camión de remolque y cuando una de las ruedas delanteras estalló, el vehículo se inclinó, ladeándose y cruzándose por la calzada. El bulto negro del remolque se lanzó sobre la cabina del tractor, mientras los dieciséis neumáticos chirriaban agónicamente, los frenos trataban de cumplir su misión y trozos de goma abrasada salían disparados. El vehículo se estrelló contra la barandilla del otro lado de la carretera, se detuvo con un estremecimiento, la cabina quedó columpiándose en el aire, con una rueda dando vueltas en el vacío.

Eso fue todo cuanto vio Sam, antes de que la muchedumbre se arrojara a través de la grieta, irrefrenable y triunfal. Hicieron caso omiso de los soldados, incluso de los dos que habían sido atropellados y aplastados por el camión, y continuaron su carrera frenética puente abajo. El pánico les empujaba y delante vislumbraban la libertad.

-Jamás lograrán pasar -comentó el capitán, con los labios levantados por encima de la dentadura en expresión de pena-. La policía de Nueva Jersey ha puesto trincheras, obstruyendo el otro extremo del puente sólidamente, y les están esperando. Mataron a mis hombres... ¡y me gustaría que *pudiesen* pasar!

-¿Qué es lo que quiere decir? -preguntó Sam.

-Quiero decir que nosotros no tenemos órdenes de disparar ni de defendernos, como las tiene la policía de Nueva Jersey. Pero hay trazado un círculo más allá, no sé a qué distancia, y están decididos a mantener la plaga dentro de él. Han evacuado edificios, han dejado limpia la circunferencia y han tendido una alambrada en torno. -Apartó la mirada de sus hombres muertos, dominó su furor con un suspiro tembloroso y, cuando volvió a hablar, lo hizo con fatigada melancolía-. Y han recibido órdenes, lo vi... Cualquiera que invada ese círculo e intente franquear la alambrada ha de ser blanco de los disparos. Y tirarán a matar.

La muchedumbre originaba ya poco ruido; no se oía más que el rumor de sus pies, mientras pasaban corriendo por la grieta abierta en la barricada. Había mil seiscientos metros de distancia hasta la otra punta del puente y necesitaban resuello. Por encima del rumor de sus zapatos resonó la vibración sibilante de un helicóptero y, al levantar Sam la cabeza, divisó las luces de situación del aparato, que se acercaba a ellos. El piloto debía haber visto al helicóptero militar de detrás de la barricada, porque dibujó un amplio círculo y empezó a descender; luego volvió a remontarse en el aire, cuando vio a la gente fluir por la calzada, y bajó de nuevo, al darse cuenta de que la corriente humana se alejaba. Cuando el helicóptero penetró en el resplandor de las luces del puente, Sam observó que llevaba en un lado la insignia de la Caballería del Estado de Connecticut.

Seguían pasando amotinados por la brecha, aunque ya no era la masa compacta del principio. El capitán se abrió paso rabiosamente por entre ellos y Sam le siguió: no había heridos en el otro lado de la barricada. Al pasar junto al helicóptero, las hélices del aparato aún se movían, aunque despacio. El piloto abrió la ventanilla y les llamó.

-Escuchen, acabo de llegar de Waterbury y no conozco esta ciudad... ¿Pueden ayudarme?

-Soy de Karachi y sé menos que usted sobre eso -respondió el capitán, y continuó su camino.

-¿A dónde quiere ir? -interrogó Sam, al tiempo que lanzaba un vistazo en derredor, para comprobar si había bajas.

-Al Hospital Bellevue... ¿Sabe hacia dónde cae?

Librodot

-Sí, pertenezco a ese hospital. ¿Qué va a hacer allí?

Sin ninguna razón que lo justificase, Sam tuvo un presentimiento, una sensación gélida que le heló la espina dorsal.

-He de efectuar una entrega. ¿Puede indicarme la ruta hacia su helipuerto? Llevo ahí detrás un perro, un perro muerto, envuelto en plástico.

La sensación gélida dejó de recorrer el espinazo de Sam para encogerle el ánimo del todo, mientras levantaba el trozo de lona que cubría al animal y proyectaba la luz de una linterna sobre el cuerpo inmóvil, apenas visible en la penumbra bajo su envoltorio de varias capas de politeno precintado.

Pero no estaba lo bastante oculto como para impedir que distinguiese las feas y enconadas protuberancias rojas de los diviesos que tachonaban la piel del perro.

Librodot

CAPÍTULO IX

LA OSCURIDAD inundaba el laboratorio, rasgada solo por la tenue claridad verdosa y azulada que despedía la pantalla del televisor encendido sobre el banco de trabajo. El aparato proyectaba su fantasmal iluminación sobre el rostro de Sam, acentuando todavía más las arrugas del cansancio y las negras sombras de la parte inferior de los ojos. Miró la imagen reflejada en la pantalla y la odió. Los mezclados y temerosamente retorcidos ejemplares del virus de Rand, se estiraban al otro lado de la cara del tubo, retransmitidos desde el laboratorio principal de virología, repitiendo su imagen de una habitación a otra por todo el inmenso hospital, como un icono demoníaco y duplicado. Sam bostezó y se obligó a sí mismo a apartar los ojos de allí: debería dormir, desde luego, estaba cansado, pero el sueño no llegaría. Desde la parte exterior de la ventana comenzó a filtrarse un principio de claridad gris, a través de la lluvia que había estado cayendo durante casi toda la noche. Tenía que dormir. Nita había inclinado la cabeza hacia delante, apoyándola en el brazo y, mientras hablaban, el sueño pudo con ella. Sobre la mesa se esparcía la hermosura de su cabellera. Respiraba acompasadamente, con el precioso semblante medio vuelto.

Silbó el anuncio de una señal y la escena de la pantalla se fundió y cambió, aunque no desapareció. Sobre la carta de ajuste continuaron estirándose los gérmenes de un lado a otro. La voz del locutor manifestó:

-La identificación es positiva, los forúnculos del espécimen, del perro, enviados desde Connecticut, contienen virus de la enfermedad de Rand: ahora están en la pantalla. Hasta que se hayan realizado más pruebas sobre la viabilidad de este virus en otros medios y anfitriones, le asignaremos de momento el título de Rand-gamma...

Nita alzó la cabeza y se echó hacia atrás en la silla, alisándose el pelo mientras escuchaba atentamente la voz. Parpadeó un poco, con los ojos llenos de sueño, al tiempo que miraba la pantalla.

-Se presentó demasiado pronto -dijo Sam, apretando los puños con rabia impotente-. Debió transcurrir más tiempo antes de que el cambio tuviese efecto, antes de que la enfermedad pasara por siete anfitriones distintos. Hace menos de una semana.

-Sin embargo, ha sucedido, no podemos escapar a ese hecho ..

-Hay un sinfín de hechos a los que no podemos escapar, aquí mismo, en la ciudad. -Sam se puso en pie y comenzó a recorrer la estancia de un extremo a otro, cansado, pero excesivamente enfurecido para poder estarse quieto-. Toda la zona afectada por la plaga se está destrozando a sí misma, deslizándose hacia el salvajismo; he contemplado lo que pasa. Hasta ahora, no comprendí lo delgada que es la capa de civilización que nos barniza... hemos necesitado siglos para desarrollarla, pero nuestra pretendida civilización se viene abajo en unos días.

-¿No estás siendo injusto, Sam? La gente no tiene más que miedo.

-Claro, ya sé que tiene miedo. Yo también estoy asustado, y mi pánico es mayor porque sé que la enfermedad se propaga con una rapidez vertiginosa y porque sé que nos vemos impotentes frente a ella. Pero también sé lo que ellos parecen haber olvidado: que nuestra fortaleza, nuestra *única* esperanza reside en nuestros cerebros, en nuestra capacidad para pensar antes de actuar. Sin embargo, el prójimo, ese prójimo, actúa irreflexivamente y, al proceder así, se condenan a sí mismos a una muerte segura y arrastran con ellos al resto del mundo. Organizan algaradas y mueren en ellas. Ignoran los consejos sensatos que se les dan y ocultan sus miserables gallinas y periquitos. ¡Espera a que intentemos matar a sus perros! ¡No, mi viejo *Rex,* no, mi amigo fiel de toda su vida!... Cuando *Rex* se ha transformado en un auténtico enemigo, susceptible de coger una enfermedad que acabará con él y con el imbécil de su amo. Pero antes de morir, tienen que dar rienda suelta a su pánico. He estado observándole y te aseguro que es una visión desagradable, porque no son personas participando en una muchedumbre, son simplemente animales. Les he visto violar, matar e intentar la huida,

Librodot

y lo lamentable es que alguno escapa, ya que no podemos impedirlo. Alguien romperá el cerco de la zona de cuarentena, o pasará un perro infectado, y la enfermedad seguirá extendiéndose. ¡Gente!

Mientras Sam daba rienda suelta a su estallido, la voz de Nita guardó silencio. Cuando habló, lo hizo en tono tranquilo.

-No puedes reprochar a la gente el tener emociones, Sam... eso es sencillamente humano...

-Soy tan humano como el que más -afirmó Sam, y se detuvo frente a Nita- y tengo las mismas emociones. Me hago cargo de lo que experimentan las personas de ahí fuera, porque en mi corazón oigo el mismo alarido de simio perdido. No obstante, ¿para qué estamos dotados de inteligencia si no es para utilizarla en el dominio y en la guía de nuestras emociones?

-Como un hombre que habla de dirigir las emociones mientras pasea de un lado a otro del piso, con zancadas rabiosas.

Sam abrió la boca para responder y luego se detuvo y sonrió.

-Tienes razón, naturalmente. Por mucho que me enoje, no conseguiré nada. Supongo que son los tiempos que corren, uno se enerva y llega a perder el dominio de sí. No te darás cuenta y te estaré diciendo lo bonita que apareces sentada ahí, al resplandor azulado del virus de Rand, con la luminosa cabellera revuelta.

-¿No tengo un aspecto horrible? -preguntó Nita, y se dispuso a arreglarse el pelo.

-No, déjalo tal como está -pidió Sam. Alargó el brazo para apartar la mano de Nita.

Cuando su piel entró en contacto con la de la muchacha, algo cambió, Nita levantó rápidamente la vista hacia él, y Sam vio una repetición de sus propios sentimientos reflejada en las pupilas de la joven.

Cuando tiró de la mano femenina, para que Nita se levantara, resultó que ella se ponía ya en pie.

Y cuando Sam bajó la cara, se encontró con que los labios de Nita estaban aguardando los suyos.

Un beso es un contacto, una unión, un intercambio. Es algo desconocido para ciertas razas y tribus, mientras que otras tienen noticia de él, pero lo consideran un gesto desagradable. No saben lo que se pierden. Un beso puede ser una fórmula fría, una muestra de afecto familiar o el preludio de un acto amoroso. Puede ser también una revelación, manifestada sin palabras, en un lenguaje secreto de sentimientos que los vocablos nunca han sabido expresar.

Nita apoyó luego el rostro en el pecho de Sam y él supo que la muchacha sonreía porque, mientras hablaba, las yemas de sus dedos recorrían el contorno de los labios de la muchacha.

-Supongo que... todas nuestras emociones están ahora tan a flor de piel que decimos y hacemos las cosas siguiendo exclusivamente los dictados sentimentales. Tendré que reírme de mí mismo...

-¡No, Sam, por favor!

-... Bueno, pues debería hacerlo. Si supieras lo estúpidas que me han parecido siempre las expresiones almibaradas de los actores que representan en la televisión esas escenas de amor a primera vista, segundos antes de que la joven pareja protagonista se abrace... Siempre he creído que, al simular aquellos arrebatos pasionales, envilecían algo inenarrablemente precioso. Me gustaría ser capaz de decirte que te quiero, Nita, pero de una forma que te hiciese comprender que se trata de un cariño vitalmente distinto e importante.

-Yo también te quiero, así que me hago cargo de lo que sientes. Temo que sea terrible decirlo, pero casi le estoy agradecida a la enfermedad de Rand por lo que me ha proporcionado. Las mujeres somos egoístas, cariño. Tengo la impresión de que, si no hubiera surgido esta tirantez ambiental, habrías seguido siendo uno de esos hombres silenciosos y atareados, que emplean sus vidas en asuntos trascendentales y nunca tienen unos segundos para dedicarlos a la insignificante frivolidad de las mujeres. -¡

Librodot

Insignificante!

El cuerpo de Nita era algo vivo y estimulante bajo sus manos.

La señal del teléfono rasgó la penumbra de la estancia. -¡Maldición! -exclamó Sam, indignado, y Nita se echó a reír y le apartó suavemente de sí.

-Sé lo que sientes -dijo-, pero no me queda más remedio que contestar.

Sam sonrió de mala gana y la soltó. Nita encendió la luz y se dirigió al aparato telefónico. La lluvia había amainado un poco, pero alguna que otra ráfaga de viento arrojaba gotas contra los cristales. Sam contempló la grisácea humedad que saturaba la ciudad. Una ciudad que daba la impresión de estar completamente desprovista de vida. Desde la altura de aquel piso decimosegundo, divisó la Primera avenida, por la que no se movía nada, salvo un automóvil blanco de la policía: el vehículo torció por una calle lateral y se perdió de vista. Hubo un murmullo de voces a espaldas de Sam, y se interrumpió al colgar Nita el audífono. Al volver la cabeza, la' muchacha estaba erguida, estirándose, y presentaba una imagen estupenda, que le animó mucho.

-Voy a asearme un poco, me cambiaré de ropa y luego saldré a la caza del desayuno -dijo Nita-. Se ha convocado una reunión para dentro de una hora, probablemente, uno de esos consejos de guerra, al que asistirá, inclusive, el profesor Chabel, según ha dicho ella.

-¿Ella?

-La secretaria del doctor Mackay, aunque me parece que ahora es la secretaria de Perkins.

-¿Me mencionó? El localizador sabe que estoy aquí.

-No, sólo me dijo que fuera... pero se da por supuesto que tendrás que estar presente.

-¿De veras? No soy más que un interno cualquiera... ¿No es eso lo que me llamó Eddie Perkins?... En una reunión política...

-¡Pero debes estar allí, Sam!

Sam sonrió, un poco torcidamente.

-Oh, claro que estaré, no faltaba más.

Era una amplia sala de actos, mucho más espaciosa de lo que requería la escasa asistencia de personas, unas treinta en total. Sam conocía a la mayor parte de los presentes, jefes de departamento, investigadores científicos a los que se había incluido en los equipos de trabajo, hasta dos agentes uniformados del servicio de Salud Pública. Al franquear la entrada, le asaltó la súbita sensación de estar allí de más, pero Nita debió adivinarlo porque le oprimió la mano entre las suyas cuando la ayudaba a sentarse y se esforzó en mantener la imaginación de Sam desviada hacia otras cosas, mientras se desarrollaban los preliminares, hasta que estuvieron bien acomodados. Entonces era ya demasiado tarde para que se retirase, y tampoco fue necesario. Las personas que le conocían y con las que se cruzó su mirada, le saludaron con una inclinación de cabeza o levantando la mano, mientras que los demás ni siquiera se fijaron en él.

-¿Es usted el doctor Bertolli? -preguntó una voz rumorosa y con acento extranjero, sonando a su espalda. Sam se levantó presuroso. El hombre de ceño fruncido, barba negra y nariz partida que le miraba, tenía cierto aire familiar para Sam, aunque nunca le había visto frente a frente.

-Sí, el mismo, doctor Hattyár, ¿qué puedo...?

-¿Cómo se encuentra? -Hattyár se inclinó hacia delante, hasta que su rostro estuvo a escasos centímetros del de Sam. En alguna otra persona, podía resultar fastidioso, pero Sam había oído las historias que circulaban por el hospital, relativas al inmunólogo húngaro; en términos generales, todo el mundo convenía en que era un genio: su diferenciador radioactivo había reemplazado ya en los procedimientos de laboratorio a la técnica de precipitación de soluciones coloidales semisólidas de Ouchterlony. Sin embargo, su fama tenía una base muy sólida en la vanidad y en la acentuada miopía que le aquejaba. Le hacían falta, muchísima falta, lentes correctivas,

Librodot

pero se negaba a reconocerlo y a llevar gafas. Su cortedad visual era una desventaja de menor cuantía en el laboratorio, pero dificultaba enormemente su vida social-. ¿Cómo se encuentra? -repitió, mirando a Sam atentamente.

-Sólo fatigado, doctor, he perdido muchas horas de sueño... pero nada más. Ningún síntoma de la enfermedad de Rand.

-No es tan bueno, una fiebre ligera hubiese ayudado. ¿Está seguro de que no ha habido fiebre ligera...?

-Me temo que sí, que estoy seguro.

-Sin embargo, aún queda una pequeña esperanza. Me gustaría disponer de un poco de su suero. Tengo bastante suero, demasiado, pero siempre extraído a alguien que después falleció. Tal vez con el suyo pueda aislar antígenos...

-Doctor Sam... creí que estaba en el servicio de ambulancias...

Las palabras que interrumpieron al doctor Hattyár sonaron frías y normales, pero Sam percibió la enemistad que había tras ellas. Se trataba de Eddie Perkins. Sam mantuvo el tono de su voz igualmente tranquilo, mientras volvía la cabeza.

-Sí, continúo en ambulancias. Mi último turno duró casi veinte horas. Las cosas no marchan nada mejor en la ciudad.

-Comprendo. Sí. ¿Le han convocado?

Se hallaban frente a frente y el único síntoma de los verdaderos sentimientos de Perkins era la gélida rabia de sus ojos.

-No -confesó Sam, y se percató de la fugaz sonrisa de victoria que matizó la expresión de Eddie.

-Bien, entonces lo siento, Sam, me temo que tendrá que...

-¿Quién diablos es usted? -estalló Hattyár, al tiempo que se inclinaba y fruncía las cejas concentrándose para distinguir el semblante del intruso.

-Soy Perkins, doctor Hattyár, el ayudante del doctor Mackay, le he revelado en tanto...

-Entonces, vaya a sus asuntos, por favor... Estamos ocupados.

Hattyár envolvió con su enorme manaza el brazo de Sam y tiró de él, apartándole del repentinamente enrojecido Perkins. Sam experimentó una pasajera sensación de triunfo, sustituida al instante por el convencimiento de que aquello ampliaría las posibilidades de choque con Perkins.

El profesor Chabel martilleó con la maza y los grupitos de personas que estaban de pie se dispersaron, al ir sus componentes a tomar asiento a la mesa alargada. El profesor Chabel se sentó también, miró los papeles que tenía delante, formó con ellos un montoncito y empezó a hablar con voz pesada, plomiza a causa de la fatiga que abrumaba a todos.

-En primer lugar, quiero hacerles saber que ésta es una reunión convocada por el departamento de Salud Mundial. He pedido al doctor Perkins, que reemplazara provisionalmente al doctor Mackay, que les llamase a todos ustedes para que me den un informe breve de la situación, hasta el presente. Recibí sus notas y debo darles las gracias por mantenerme tan bien informado. En Salud Mundial nos hemos estado ocupando principalmente de reprimir la acción de los agentes propagadores y de establecer una zona de cuarentena. La cuestión del tratamiento la hemos dejado en manos de las autoridades hospitalarias locales, ayudadas por algunos contingentes del ejército. Pero hemos llegado a un punto en el que no queda más remedio que adoptar decisiones políticas importantes y, antes de hacerlo queremos saber cuál es exactamente nuestra situación, los trabajos que llevan ustedes a cabo y las esperanzas que tenemos de dominar esta enfermedad... Todo.

Cuando terminó de hablar, la sala en peso guardó silencio. Por último, Eddie Perkins se aclaró la garganta y miró en torno.

-Tal vez sea mejor efectuar un resumen hasta el estado actual de nuestros conocimientos. Sin ningún tratamiento curativo contra ella, la enfermedad de Rand ocasiona la muerte, tras un período de infección virulenta que dura de diez a doce horas, en el ciento

por ciento de los casos. Que sepamos, hasta el momento actual no se ha descubierto una sola excepción. Sin embargo, mediante un tratamiento de apoyo, el mencionado período puede prolongarse casi hasta un límite de cuarenta y ocho horas. Lo cual resulta esperanzador.

-Ni esperanzador ni nada -le interrumpió la tonante y furibunda voz de Hattyár-. Eso no es cura ni tratamiento, sólo aplaza el instante de la muerte.

A Perkins le costó bastante trabajo dominar su furor.

-Puede que eso sea cierto, doctor Hattyár, pero se trata de un resumen aproximado. Tal vez sea este el momento oportuno para que nos informe acerca de los progresos realizados por su equipo de inmunología.

-Resultado, cero.

-No nos aclara usted gran cosa.

-No hay mucho que explicar. Hasta que no consiga aislar un anticuerpo, no puedo hacer nada. La enfermedad de Rand es muy simple: alfa, beta, gama, todos virus sencillos en sus reacciones. El organismo se infecta o no se infecta. Si se infecta, muere. La enfermedad no tiene formas moderadas y aparentemente ninguno de los organismos afectados es capaz de hacer algo para combatir los antígenos. Lo único que hace es morir.

-¿Podría decirme, doctor -preguntó Chabel-, qué posibilidades cree usted que tiene o, mejor, cuáles son las perspectivas de encontrar el anticuerpo que necesita?

-Cero. So pena de que se introduzca algún factor completamente nuevo, no podemos hacer nada.

Esa vez, el silencio fue todavía más prolongado y la solicitud general de ulteriores informes no obtuvo respuesta; Perkins se vio obligado a ir llamando por su nombre a los jefes de departamento. Muchos de ellos no se mostraron tan sinceros como Hattyár -o acaso no podían permitírselo-, pero sus palabras conducían a la misma conclusión.

-Si se me permite resumir -dijo el profesor Chabel, y en su voz hubo un trémolo, originado ya por algo más que la fatiga-, confesaré que no nos encontramos en situación halagüeña. Sabemos de dónde procede la enfermedad de Rand, conocemos la manera en que se propaga. Conocemos los primeros síntomas y sabemos cuál es el resultado final... que sólo puede aplazarse unas horas, en el mejor de los casos. Sabemos que ninguno de los organismos afectados consigue generar anticuerpos para combatir el virus; los antibióticos no lo detienen, la interferona sólo ejerce limitados efectos y no contamos con agentes químicos capaces de destruir la enfermedad durante su curso, sin lastimar fatalmente al organismo que la ha contraído. Sabemos también, y éste es el techo más extraño de todos, que la enfermedad de Rand puede infectar a determinados animales, quienes se ponen en condiciones de contaminar a los de su misma especie y de volver a infectar a los seres humanos. Es una terrible relación de factores, un maldito proceso, y el único detalle a nuestro favor estriba en que no podemos contagiarnos unos a otros.

-No podemos... todavía... -terció Nita, e inmediatamente se llevó la mano a la boca, como arrepentida de haber hablado en voz alta. Sus palabras resonaron en la sala, claramente audibles en medio del silencio que siguió a la intervención del profesor Chabel, y chirriaron algunas sillas cuando muchos se volvieron hacia la muchacha.

-¿Tiene la bondad de explicarse, doctora Mendel? -pidió el profesor Chabel, con el ceño fruncido.

-Lo siento, no quise intervenir... y no dispongo de medio alguno para demostrar nada. Si lo desea, puede denominarlo sospecha injustificada, pero se me ocurrió al pasar virus Rand-beta a través de siete anfitriones y descubrir que se transformaba en Rand-gamma e infectaba a los animales caninos...

-Perdone... -dijo el profesor Chabel, y revisó a toda prisa los papeles que tenía delante-, no encuentro ningún informe relativo a esos experimentos.

-No fueron experimentos oficiales, profesor, ni formaban parte de ningún plan

investigador; los hice por mi cuenta y estoy redactando ahora mis notas.

-Extraoficiales o no..., debió informarme en seguida, ¡nada más obtener sus resultados!

-Quise hacerlo ...-Nita levantó la cabeza y apartó la vista rápidamente de Eddie Perkins, que se inclinaba hacia delante en la silla, tenso y pálido el rostro-, pero es que todo eso sucedió anoche. Cuando fui a ver al doctor Mackay, acababa de sufrir su ataque y reinaba una gran confusión. Poco después, apareció ese perro infectado de Conecticut y se supo el peligro.

-Tanto si había confusión como si no la había, el informe debió existir. Dispénseme, doctora, no trato de criticarla, me hago cargo, tan bien como usted, de que la situación es complicadísima. Deseo, no obstante, rogarle que, si vuelve a descubrir *algo* -por trivial que pueda parecerle- relacionado con la enfermedad de Rand, me informe inmediatamente de ello. Y ahora, continúe, por favor. Parece presentir que, eventualmente, la enfermedad de Rand puede convertirse en un virus contagioso entre los seres humanos, ¿no?

-Temo no poder respaldar la idea con hechos, profesor. La enfermedad es extraña, todos debemos reconocerlo, y su proceso corresponde sin duda a unas leyes ajenas a la tierra, desconocidas por nosotros. Se desarrolla un aumento o un cambio al pasar por varios organismos sucesivamente, se contagia del hombre a las aves y después otra vez al hombre, va de uno a otro, hasta que, de repente, consigue una nueva capacidad e infecta a los perros. Después de pasar del perro al hombre... ¿qué? Tengo el presentimiento de que entonces surgirá otro cambio; no es posible, sobre todo si consideramos lo ocurrido con anterioridad, lo probable es que se contagie a otras especies de seres vivos. O acaso la mutación definitiva se contagie de unos a otros de acuerdo con un proceso que nos parezca normal... lo que es anormal en la situación presente: un ser humano que albergue el virus, no puede infectar a otro.

-Podría suceder -convino Chabel, asintiendo-. Aunque rezo para que no ocurra. Sin embargo, tanto en un caso como en otro, debemos tener en cuenta el peligro y sugiero que se instituya de inmediato un programa de investigación conforme a tal posibilidad. Doctor Perkins, ¿qué medidas propone usted?

Se produjo el rumor de un intercambio de palabras cuando la tarea fue encargada, repartida, a varios equipos científicos.

Sam se inclinó hacia Nita y le preguntó en voz baja:

-¿Por qué dejaste a Perkins libre de responsabilidad?

-Tenía que hacerlo, Sam. Makay está fuera de combate, Perkins está llevando a cabo el trabajo de dos hombres y no se le puede sacrificar porque haya cometido un error. Una no puede balancear el bote.

-No hay que balancear el bote -según las propias palabras de Perkins-, pero a mí me gustaría echárselo encima. Cometió un error grave al no informar a Chabel, cosa que debería hacerse pública para que cargase con la culpa. No es éste el momento adecuado para equivocarse.

-¿No te estás dejando llevar por el deseo de venganza personal?

-¡No, claro que no! Aunque confieso que disfrutaría mucho viéndole caer... No, es algo más que eso. Opino que no es la persona adecuada para el cargo, lo ha demostrado, y mientras ocupe el puesto de Mackay, vamos a tener disgustos...

Le interrumpió el repiqueteo de la maza. El profesor Chabel tomó la palabra.

-Gracias por sus informes. Ahora quisiera explicarles los motivos que me indujeron a pedírselos. El Consejo de Emergencia de 'las Naciones Unidas ha estado reunido en constante sesión, con el presidente norteamericano y sus jefes de departamento, como ustedes saben. Se ha tomado una decisión. Dentro de pocas horas, va a emprenderse lo que el ejército ha bautizado con el dramático título de Operación Limpieza a Fondo, un esfuerzo conjunto y combinado para detener de inmediato la expansión de la enfermedad de Rand. La Zona Roja, aproximadamente el espacio circular donde el mal está confinado ahora, será evacuada por completo. Ya estamos empezando a trasladar a sus habitantes a una serie de campamentos de cuarentena. En cuanto se hayan separado los casos de enfermedad de Rand y el período de

Librodot

incubación se haya cumplido, esas personas quedarán fuera de la Zona Roja. Ya estamos ampliando la Zona Azul, que es una franja de tierra de nadie que circunda la Zona Roja, un área muerta. Se realizan allí trabajos de movimiento de tierras y allanamiento, utilizando explosivos y lanzallamas donde es necesario, y se siembran cebos envenenados. La Zona Azul tiene ahora una anchura media de doscientos metros y cuando hayamos terminado, su amplitud será por lo menos de ochocientos. Si no sucede nada que altere el programa, la Zona Azul quedará ultimada al mismo tiempo que se concluya la evacuación de la Zona Roja.

»A continuación, sembraremos desde el aire elementos radioactivos cuyos efectos se ejercerán durante un promedio de dos meses.

Un silencio aturdido sucedió a las palabras del profesor Chabel, mientras los presentes trataban de comprender la magnitud de todo aquello. Más de dieciocho mil kilómetros cuadrados del área metropolitana más densa del mundo quedarían muertos y despoblados. Nueva York City, Newark, Filadelfia se convertirían en ciudades fantasmas de las que el hombre habría huido y en las que todos los pájaros, insectos y animales, hasta la vida microscópica del suelo estarían muertos.

La voz de Chabel prosiguió, hosca y carente de tono:

-Esto se realizará en seguida, dado que el mundo está presa del miedo. Mientras la enfermedad continúe localizada y sólo la transmitan animales, seguirá la Operación Limpieza a Fondo. -Descendió el volumen de su voz, hasta el punto que costaba trabajo percibirla-. Este programa, como pueden comprender, es realmente un compromiso. Los habitantes del mundo viven aterrorizados y tienen derecho a ello. La única alternativa aceptable consistía en soltar una bomba de hidrógeno inmediatamente sobre la Zona Roja...

No pudo seguir, a la vista de las expresiones horrorizadas que aparecieron en todos los semblantes; bajó la cabeza, era un anciano que se veía obligado a actuar como portavoz del pánico de otras personas... y a causa de sus amenazas.

-Doctor Chabel -intervino Sam, poniéndose en pie, un poco sorprendido de su propia audacia, pero empujado por la ardiente necesidad de decir lo que debía decirse-. La Operación Limpieza a Fondo es la solución lógica a este problema, dado que no puede resolverse por medio de la medicina, al menos, de momento, no hay más remedio que reconocerlo. Y sobre la base de una escala mundial, puede resultar razonable decir que debe lanzarse aquí una bomba H, aunque vislumbrando la perspectiva de los cadáveres carbonizados, mi opinión sobre la sugerencia no es muy alta. Como tampoco me parece demasiado bien esa amenaza velada que se oculta detrás del asunto; me refiero al hecho de que se ha decidido que el mejor sistema es el de lanzar una bomba y que los cohetes están esperando la orden para despegar. Hay un detalle insignificante -en realidad, lo que tiene importancia es la desesperanza que se adivina detrás de la decisión- y es el de que no existe solución médica al problema. Así que lo mejor es limpiar la tierra de infecciones a toda costa. Todo eso está muy bien, pero antes de recurrir a tan extrema medida convendría investigar una pieza médica que, al parecer, se ha pasado por alto o se ha olvidado.

Se interrumpió para recobrar el aliento y se percató de que todos le escuchaban con angustiada atención. Se encontraban más abajo del fondo de un problema que ya había dejado de ser médico... era cuestión de supervivencia.

-¿De qué investigación está hablando? -preguntó Hattyár, impaciente.

-Debemos entrar en el vehículo espacial «Pericles» y buscar datos referentes a la enfermedad, algún registro o algunas notas. Sin duda existe algún motivo para que el comandante Rand escribiese «en nave»; después de todo, él sobrevivió al viaje desde Júpiter. Si se van a poner en práctica esas heroicas medidas atómicas, no se suscitarán quejas de haber soltado sobre la tierra otra plaga que...

El rápido martilleo de la maza del profesor Chabel le interrumpió:

-Doctor Bertolli, no podemos hacer nada en lo que atañe al «Pericles». Parte de la decisión adoptada por el Consejo de Emergencia señala que la astronave ha de

Librodot

dejarse tal como está. La etapa final de la Operación Limpieza a Fondo, después de evacuar y neutralizar radioactivamente la zona, consistirá en destruir el «Pericles» mediante un arma atómica táctica. No puede correrse ningún riesgo de que la enfermedad de Rand, o cualquier otra peste del espacio, deje la tierra despoblada. Lo siento. La decisión ha sido tomada y, como quiera que es irrevocable, resultará inútil discutirla ahora; nadie atenderá las razones que podamos alegar. El asunto queda fuera de nuestras manos. Lo único que podría alterar dicha decisión es el descubrimiento curativo de la enfermedad de Rand. Si eso sucediera, tal vez se suspendiese la Operación Limpieza a Fondo. Sin un sistema de curación, nos vemos impotentes para hacer variar el curso de los acontecimientos proyectados.

Poco más quedaba por decir. Hubo algunas protestas -incluida una bastante colérica que pronunció el doctor Hat-tyár-, pero el tono de las mismas no se elevó demasiado, ya que todos sabían que la decisión fue adoptada en las altas esferas y sin que se les consultase. El profesor Chabel las escuchó cuidadosamente, contestó a ellas cuando le fue posible hacerlo y, en cuanto tuvo ocasión, dio por concluida la asamblea. Las protestas terminaron. Nita y Sam volvieron' juntos al laboratorio, sumidos en un silencio tangible. Pasaron por delante de una de las salas, al otro lado de cuyas puertas cristaleras rebosaban los casos de pacientes con la enfermedad de Rand. Nita desvió la mirada.

-Estoy asustadísima, Sam. Todo parece encontrarse... lejos de nuestras posibilidades. Se habla de bombas y de radiactividad, abandonando prácticamente el programa de investigación científica. Lo cual significa que todos esos enfermos, y cuantas personas se contagien de la plaga, valdrán tanto como muertos.

-Son muertos en vida. Esa decisión nos convierte en guardianes de cementerio... ya no somos médicos. Pero mira el asunto desde fuera, desde el punto de vista del resto del mundo. Los habitantes del planeta están aterrorizados y van a realizar aquí un sacrificio para salvarse ellos; dejarán morir a una parte minúscula de la población del globo para salvar a los demás. Tiene sentido común... a menos que uno se halle incluido en esa minúscula parte. No es la decisión lo que pongo en tela de juicio, sino la absurda medida de conservar al «Pericles» precintado y eliminarle del asunto. Es un acto de terror, ni más ni menos. La solución a los problemas que representa esta plaga puede encontrarse en la aeronave y, en tal caso, podrían salvarse inclusive los que sufren ya la enfermedad.

-No podemos hacer nada, cariño, ya oíste lo que dijo Chabel. Está prohibido entrar en el ingenio espacial, por lo tanto, hay que dar con la solución aquí, en los laboratorios.

No había nadie cerca, así que la muchacha cogió la mano de Sam y la oprimió con lo que quiso ser un toque de tranquilidad. Luego, rápidamente, la retiró. Nita no se dio cuenta de la repentina sorpresa que apareció en los ojos desorbitados de Sam.

-¿Tienes que entrar de servicio, Sam? -preguntó la joven, al tiempo que abría la puerta del laboratorio.

-Dentro de una hora o así -repuso él, con voz firme, mientras se dirigía al armario de instrumental.

-No tenemos que atormentarnos, sólo seguir adelante... ¿Para qué es eso?

Miraba el contador que Sam había cogido.

-Probablemente es una tontería, la temperatura de mi piel habrá descendido como consecuencia de la falta de sueño, y por eso tu mano está más caliente que la mía...

Aplicó el indicador a la muñeca de Nita. La aguja del termómetro subió inmediatamente a los treinta y nueve grados.

-Sin duda has debido coger la gripe o algo así -comentó Sam, pero no pudo impedir que su voz sonara tensa.

Aunque no existía cura para la enfermedad de Rand, las pruebas para determinar su presencia se habían desarrollado mucho y resultaba sencillo y rápido diagnosticarla.

Al cabo de cinco minutos, estuvieron enterados de que la plaga del espacio tenía una víctima más.

Librodot

Librodot

CAPÍTULO X

UN MÉDICO enfermo sólo es un paciente más, nada distinto a cualquier otro y sin ningún privilegio especial. Todo lo que pudo hacer Sam fue encargarse de que a Nita le asignaran un cuarto semiprivado, en el que acababa de quedar libre una cama; no era necesario preguntar qué había sido del último ocupante de aquel lecho. Administró a la muchacha las inyecciones oportunas, incluido un fuerte sedante y, cuando se marchó, Nita ya estaba dormida. La puerta se cerró silenciosa y automáticamente tras él y Sam comprendió que la chica estaba sentenciada, tan muerta como si la hubiesen descerrajado un balazo. No había cura para la enfermedad de Rand... ¿Qué podía hacerse?

Una sola cosa.

En el puesto de enfermeras había un teléfono. Marcó el número del localizador y pidió que le pusiera en comunicación con el profesor Chabel, caso de que el hombre anduviera aún por el hospital. La pantalla continuó oscura, con las ondas de la señal de marcar expandiéndose desde su centro. Sam miró por encima del hombro de la enfermera de guardia los televisores de circuito cerrado que permitían vigilar las salas. Los enfermos dormían y las luces de los cuartos estaban apagadas, pero la iluminación infrarroja de los receptores y la sensibilidad de las cámaras, también dotadas de rayos infrarrojos, permitían a la enfermera observarlo todo con claridad. No hubo respuesta a la llamada telefónica. Alargando la mano, Sam marcó el número del aparato conectado con el tomavistas de la cama de Nita y apareció en la pantalla correspondiente un primer plano de la muchacha, con los registros de los indicadores. Nita se debilitaba...

-Tengo al profesor Chabel, doctor.

Apagó la pantalla y se volvió al teléfono.

-Profesor Chabel, quisiera verle en seguida; es urgente.

-Me disponía a salir del hospital...

-Acabaremos rápidamente, sólo es un momento, si no tiene inconveniente.

Chabel le escudriñó desde la minúscula pantalla, como si tratase de adivinar los pensamientos de su interlocutor.

-Si insiste tanto -accedió-. Pero tendrá que venir al instante. Me encuentro en la 3.911.

Camino del ascensor, Sam recordó que aquel número era el de la oficina de Mackay, lo cual significaba que Eddie Perkins estaría también allí. No podía hacer nada al respecto, el asunto era demasiado urgente. La secretaria le introdujo en seguida; Chabel se hallaba detrás de la mesa, guardando unos papeles en su cartera de mano, y Perkins, junto a la ventana, daba profundas chupadas a un cigarrillo.

-¿Qué desea? -preguntó Chabel, yendo al grano sin preámbulos y en tono extrañamente cortante.

-Quiero entrar en el vehículo del espacio, en el «Pericles». Debe investigarse el interior de la astronave.

-Imposible, usted lo sabe, oyó la decisión adoptada.

-¡Al diablo la decisión! Estamos aquí y el problema es nuestro, los actos que llevemos a cabo no pueden dictárnoslos en una asamblea celebrada en Estocolmo. Se preocupan por un posible peligro, pero podemos arreglar las cosas de forma que ese peligro se conjure. Iré solo a la escotilla, recuerde que ya estuve allí y que no me ocurrió nada. No tocaré nada hasta que esa plancha que ha colocado usted vuelva a cerrarse a mis espaldas, instalando únicamente una conexión telefónica para que pueda informar. ¿No se da cuenta? No existe peligro alguno... Permaneceré en la aeronave después de haber enviado mi informe, me quedaré allí todo el tiempo que haga falta...

-¿Va a resolver los problemas del mundo usted solo? -inquirió Perkins fríamente.

-Eso queda fuera de toda discusión -dijo Chabel-. No hay nada que hacer, la

Librodot

decisión ha sido tomada.

-No podemos adherirnos a esa decisión, esto es demasiado importante...

-Empieza a hablar de un modo histérico -comentó Perkins-. Ya ve lo que le dije, profesor Chabel, no es posible confiar en este hombre.

-¿No merezco confianza? -replicó Sam, indignado-. Una frase muy extraña, pronunciada por usted, Eddie. Dista mucho de tener la categoría de Mackay, el puesto le viene muy ancho y, en beneficio de todos, le aconsejo que dimita. ¿Ha informado ya al profesor Chabel de que se negó a tomar en consideración los datos que le proporcionó Nita Mendel acerca del Rand-gamma y los perros...?

-Basta ya, doctor -le interrumpió Chabel, colérico.

-Temí que pudiera suceder esto -dijo Perkins, sin mirar a Sam-. Por eso se lo advertí. Pronunció tales acusaciones en privado y las pasé por alto, pero ahora las ha repetido en público y opino que debe tomarse alguna medida.

-Algo ha de hacerse con usted, Eddie... no conmigo -repuso Sam, y sólo gracias a un enorme esfuerzo consiguió dominar la ira abrasadora que le consumía-. Ha cometido errores y ha mentido para disimularlos. Es posible que sea un buen médico, pero como administrador da pena.

Ninguno de los dos le prestó atención; Chabel se volvió al intercomunicador y apretó el botón:

-¿Quieren mandarme un agente de la autoridad ahora mismo?

Los acontecimientos se precipitaron y Sam no comprendió lo que sucedía hasta que se abrió la puerta del despacho, dando paso a un teniente de policía.

-No me gusta tener que recurrir a esto -se excusó Chabel-, pero las cosas... los hechos no me dejan otra alternativa. Lo siento, Sam, y espero que lo entienda así. El teniente no le arresta, sólo es una detención preventiva. Nos ha obligado a proceder de esta forma. Hay personas que podrían escucharle y, si se llevase a cabo un intento de penetrar en la aeronave, podrían originarse graves daños.

Sam dejó de escuchar. Dio media vuelta y anduvo hacia la puerta, con la cabeza baja y arrastrando los pies, confiando en que hubiesen olvidado un detalle. Se detuvo en el umbral y el teniente le agarró por un brazo. Lo *habían* olvidado. En la antesala del despacho no se veía a nadie, salvo la secretaria. El teniente, hombre de más de cuarenta años y ligeramente calvo, había ido solo para efectuar el arresto de un médico cuyas opiniones eran distintas a las de los otros doctores; se trataba de una acusación de tipo político que acaso se dilucidara bajo la ley marcial. Sam se volvió de cara a la estancia.

-Gracias, Eddie -articuló, y continuó girando sobre sus talones.

Se habían olvidado de que, durante casi diez años, perteneció al cuerpo de infantería de choque. Ni por asomo se le había ocurrido al teniente la posibilidad de tener que enfrentarse con dificultades; se encontraba desprevenido y en postura inestable. Sam levantó bruscamente el brazo del policía y le retorció la muñeca con doloroso y experto movimiento, que lastimó al hombre y le hizo perder el equilibrio. El teniente dio media vuelta y Sam se agachó y hundió el hombro en mitad de la espalda del policía. Sam lo levantó en peso y lo arrojó por el despacho. Chocó con el lívido Eddie Perkins... Sam los vio caer juntos, una fracción de segundo antes de cerrar la puerta y pasar por delante de la asustada secretaria para salir al pasillo.

¿De cuánto tiempo disponía? No había nadie en el corredor y, mientras avanzaba por él, Sam se esforzó en pensar qué le convenía hacer a continuación. No tenía tiempo para dedicarlo al pánico, sólo para correr. Se generalizaría la persecución en cosa de segundos. No tenía tiempo para esperar que llegase un ascensor... Empujó la puerta que conducía a la escalera de incendios y bajó los peldaños de cinco en cinco. *¡Tampoco disponía de tiempo para romperse una pierna!* Se obligó a refrenar la velocidad y, dos pisos más abajo, abrió la puerta que comunicaba con el pasillo. Circulaban personas por aquella planta y caminó despacio entre la gente. Atravesó las puertas de

Librodot

vaivén y entró en un ala antigua del edificio, donde había otra serie de ascensores.

¿Qué podía hacer? El policía sin duda se precipitó al pasillo, con ánimo de alcanzarle. Luego, al comprobar que Sam había desaparecido de la vista, debió volver al despacho. Ni Perkins ni Chabel poseían suficiente presencia de ánimo como para hacer algo mientras el policía estuviera ausente. En aquel momento, estarían ya telefoneando; probablemente a los funcionarios policíacos que montaban guardia en la entrada principal. El teniente se habría hecho cargo de la situación. Después avisarían a todas las demás puertas y, por último, darían la alarma a todo el hospital. La policía le estaría aguardando también en su cuarto; no podría cambiarse de ropa y, aunque lograra salir del edificio, ¿le sería posible ir muy lejos con aquella vestimenta blanca?

Se deslizaron ante él las puertas del ascensor y Sam penetró en la cabina.

-¿Qué has estado haciendo, Sam? ¿Trataste de batir la plusmarca de los mil quinientos metros? ¡Cómo sudas!

El doctor Con Roussell entró tras él en el ascensor.

-Deberías saberlo, Con, íbamos juntos en el carro de la carne.

-Te perdí la pista cuando llegamos al puente. ¡Qué noche! ¿Ha ocurrido algo?

Las puertas se cerraron y Roussell apretó un botón. Sam observó que era el de la planta número veintitrés, el piso residencial que estaba encima del suyo.

-Han ocurrido un sinfín de cosas. Por ejemplo, Nita... la doctora Nita Mendel tiene la enfermedad de Rand.

-¡Al diablo! ¿Te refieres a esa chica pelirroja que te acompañaba cuando fuiste al «Pericles»?

Salieron del ascensor y caminaron uno junto al otro.

-Sí, la misma. No sale nada a derechas, ni se vislumbra el fin de todo esto. ¿Tienes «Surital»? Voy a probar a dormir unas horas.

-Claro, en mi habitación hay... ¿No te queda nada en la bolsa?

-Está vacía. Y no tengo fuerzas ni ganas para ir trotando ahora a la farmacia a buscar más.

Sam cerró la puerta del cuarto, mientras Roussell abría un armario, sacaba su maletín y rebuscaba en su interior.

-¿Estás seguro de que no quieres «Noctec» o algo semejante? -preguntó, acercándose a Sam con la aguja hipodérmica preparada.

-Eso me lo bebo como si fuera leche -declinó Sam, y se hizo cargo de la inyección-. Unos cuantos centímetros de esto y dormiré como un niño.

-Toma más de seis y te pasarás veinticuatro horas roncando -dijo Roussell.

En cuanto se dio la vuelta, Sam le incrustó en el brazo la aguja hipodérmica, a través de la camisa, y vació el contenido de la inyección.

-Lo siento, Con -pidió perdón, reteniendo a Roussell hasta que dejó de forcejear y cayó de rodillas-. Así no tendrás disgustos por ayudar y convertirte en cómplice de un proscrito... y disfrutarás de una noche de sueño, que buena falta te hace.

Acomodó rápidamente al interno en la cama y luego cerró la puerta con llave. Se daba la feliz coincidencia de que ambos tenían casi las mismas medidas y las ropas de Roussel le vendrían bastante bien a Sam. Se mudó, poniéndose un traje azul de una pieza y una corbata de cuero, prendas muy populares por aquellas fechas. Seguía lloviendo, así que introdujo un impermeable en el maletín, antes de cogerlo y salir del cuarto.

Había estado meditando mientras se vestía, determinando cuál sería la mejor manera de abandonar el edificio sin llamar la atención. Desde que agredió al policía, habían transcurrido más de veinte minutos, espacio de tiempo suficiente para que en todas las entradas hubiese centinelas ojo avizor. Al menos en las entradas principales. Claro que quedaban otras, las de las clínicas y cocinas, que normalmente no se cerraban con llave ni se vigilaban. ¿Pero cuál quedaría libre? En aquellos momentos habrían llegado más agentes, a los que sin duda se les asignó servicio en los diversos accesos al gigantesco hospital, designándolos con el plano del

Librodot

inmueble en la mano. Eso significaba que no le iba a ser posible utilizar ninguna entrada con absoluta garantía, sino que debía de encontrar algún medio para salir, algún sistema en el que la policía no pensase hasta después de haber clausurado todas las puertas principales.

Supo entonces por dónde ir, tuvo la certeza de que le era factible escapar por allí. Sólo le podrían coger en el caso de que tropezase con alguien que, además, de conocerle de vista, estuviese enterado de que las autoridades andaban tras él. Para reducir los riesgos al mínimo, atravesó el nuevo departamento de rayos X, aún no abierto al público, y descendió por una escalera posterior de la parte más antigua del edificio. No había nadie a la vista cuando llegó al pasillo de la planta baja. Se puso el impermeable y se deslizó hacia una ventana que, días antes, unos chiquillos habían abierto desde fuera, apalancándola para colarse en el hospital. Cuando fueron sorprendidos, confesaron por dónde habían entrado. La ventana se abría a un callejón y no estaba a mucha altura del suelo. Nadie vio a Sam mientras pasaba las piernas por encima del antepecho, cerraba los batientes a su espalda y se dejaba caer a la calle.

Ya se encontraba fuera del hospital..., ¿pero qué debía hacer? Sus planes previos no comprendieron nada que se extendiese más allá de aquel momento; y hasta entonces había actuado casi instintivamente. Intentaron capturarle y él se resistió a ello, sabiendo que estaban en un error y que *debía* hacerse una investigación en la aeronave. El «Pericles» continuaba siendo el factor más importante. Y entonces se acordó de la existencia de un hombre que podía ayudarle.

El general Burke, del Ejército de las Naciones Unidas.

La lluvia continuaba cayendo como una densa cortina y en los rincones ventosos formaba remolinos. Se sintió agradecido por ello, puesto que le proporcionaba cierto escudo y hacía que las calles estuvieran casi desiertas. Apretó el paso por la calle Treinta y Cuatro -el diluvio constituía también una buena excusa para su prisa- y entró en el primer bar que halló abierto. Era un local nuevo, automático, y aunque estaba vacío de clientes, no lo habían cerrado. La puerta se abrió mecánicamente ante él y Sam se encaminó en línea recta hacia el teléfono, cuya cabina se encontraba en la parte posterior del establecimiento.

-Buenos días, señor. Un poco húmedo está el tiempo, ¿verdad?

El robot situado detrás del mostrador inclinó la cabeza ante Sam, mientras secaba un vaso con eficiencia. Era la perfecta imagen del mozo de mejillas sonrosadas y cabeza calva, aunque si uno se inclinaba un poco por encima de la superficie del mostrador podía observar que su cuerpo acababa en el torso, a la altura del talle. Los estudios habían demostrado que la clientela de los bares, particularmente los parroquianos ebrios, preferían la imitación del hombre a la máquina de semblante plano.

-Un whisky escocés doble -pidió Sam, al tiempo que se detenía ante la barra.

Una vez concluida la tensión de la fuga, volvía a sentirse fatigado. No se acordaba de la última vez que durmió: el alcohol le permitiría resistir un poco más, le despabilaría algo.

-Aquí lo tiene, señor, un whisky doble, eso es.

El robot llenó el vaso hasta el borde, pero, por lo menos, las máquinas no derramaban el licor. Sam le tendió un billete.

-Quisiera un poco de cambio suelto para el teléfono.

-Cambio, sí, señor. El cliente siempre tiene razón.

Sam apuró la consumición y luego se encerró en la cabina telefónica. Burke había dicho que su cuartel general se hallaba en Fort Jay... ¿Quedaba eso en el Bronx? No, claro que no, estaba en la isla de los Gobernadores; debía encontrarse cansadísimo, si no lo habría recordado. Llamó a información y el computador le facilitó el número. Cuando lo marcó, en vez de Fort Jay apareció la telefonista local.

-Lo siento, pero el número con el que trata de ponerse en comunicación pertenece a una zona militar restringida. ¿Tiene prioridad?

-No, se trata de una llamada personal. ¿No puedo hacerla sin tener prioridad?

-Existe un medio: póngase en contacto con la jefatura de policía, en Centre Street, les explica...

-No, gracias. . No es tan importante.

Colgó inmediatamente y entonces se dio cuenta de que estaba sudando. O los números de Fort Jay llevaban algún tiempo necesitando prioridad... o alguien había reaccionado con enorme rapidez mental y había actuado aún con mayor celeridad. No importaba, ya que el resultado era el mismo: significaba que no iba a ser fácil ponerse en contacto con el general. El tiempo volaba... y la vida de Nita se escapaba por momentos.

Existía otra posibilidad... Acaso hubieran localizado la llamada y las autoridades policíacas se encontrasen ya camino del bar. Sam se apresuró a salir y, bajo la impetuosa lluvia, torció hacia el oeste y se aventuró por la calle Vigesimocuarta; había más transeúntes por allí, no muchos, pero sí los suficientes como para que su presencia pudiera disimularse un poco. ¿Cómo llegar hasta Burke? Acercándose a la isla de los Gobernadores, no había otro camino. Desde luego, el túnel estaría vigilado, pero ya se preocuparía de eso cuando estuviese en la Batería, donde se encontraba la entrada del túnel. El problema más inmediato residía en llegar allí. Había unos cinco kilómetros de distancia y no le costaba mucho trabajo caminar, pero un peatón solitario podía ser localizado y detenido por la policía. No se divisaban taxis y el ferrocarril metropolitano sólo funcionaba a base de un tren por hora. ¿Robar un coche? No sabía cómo hacerlo. Cuando llegó a la Avenida de Lexington se detuvo bajo el monorraíl, al observar un conato de movimiento hacia la parte alta de la ciudad... ¡Se acercaba un tren! Inmediatamente estuvo corriendo en dirección a la escalera móvil y ascendió por los peldaños con toda la rapidez que pudo desarrollar. Si cogía aquel tren antes de que nadie comprendiese que había escapado del hospital, podría mantener la delantera.

Mientras llegaba a la estación, el vehículo se había detenido y sus puertas se abrieron; introdujo las monedas necesarias en la ranura de la taquilla, se precipitó por la entrada... Pero ya era demasiado tarde..., las puertas empezaban a cerrarse. Completamente automatizado, sin conductor ni jefe de tren, cuando los mandos recibieron la señal indicadora de que no había pasajero alguno a punto de subir, las unidades se dispusieron a partir.

-¡Aguarda! -gritó Sam, irritado, de manera irrazonable, al tiempo que atravesaba el andén a todo correr. No llegaría a tiempo.

En el vagón había una muchacha delgada, único pasajero del vehículo, la cual levantó la cabeza al oír el grito y alargó la mano, metiéndola entre las casi cerradas puertas. Se volvieron a abrir y, antes de que se cerrasen otra vez, Sam ya se encontraba dentro.

-Gracias -articuló, sin resuello, mientras se dejaba caer en un asiento.

-De nada, cualquier día hará usted lo mismo por mí.

La muchacha continuó de pie. Después se alejó hasta el otro extremo del vagón y se sentó allí, con la vista apartada de Sam. A la gente no le gustaba estar cerca de sus congéneres por aquellas fechas.

Los edificios se deslizaban raudos por el silencioso exterior; la lluvia fustigaba los cristales de las ventanillas. Sam se abrió el cuello de la camisa y dejó que se evaporase un poco el sudor de su cuerpo. Echó un vistazo al interior del maletín negro y luego lo cerró, sin sacar nada. Estaba cansado, pero no hasta ese extremo. Si tenía que tomar algún estimulante químico, era mejor aguardar hasta que fuese realmente imprescindible. El tubo plateado y articulado del mo-norraíl prosiguió su marcha celérica por la ciudad.

Hizo una parada en Wall Street y Sam se apeó allí, bajo la mirada impasible de la joven. Nadie más bajó del tren y se encontró solo en el andén, contemplando las cañadas estrechas y desiertas de las calles trazadas abajo. El corazón mercantil de Nueva York, el centro financiero de América del Norte, vacío y abandonado en pleno día. Encorvó los hombros para resistir mejor los embates del diluvio y anduvo hacia el sur.

Divisó policías por los alrededores de la entrada del túnel, un coche patrulla estacionado en una calle lateral y varios agentes en la pequeña estación de la que partían hacia la isla los autobuses dirigidos a distancia. Sam se agazapó en lo más profundo de un portal, a una manzana de la boca del túnel, y se dedicó a examinar el terreno. ¿La policía se apostaba allí siempre... o sólo desplegaban aquella vigilancia en beneficio suyo? En este caso, lo mejor que

Librodot

podía hacer era mantenerse en continuo movimiento; las proximidades del túnel no era lugar seguro para él. Salió un camión del túnel y continuó su marcha sin detenerse; un policía agitó la mano al paso del vehículo, eso fue lo único que hicieron. Después apareció un automóvil militar, camino de la isla, y a aquél sí que le echaron el alto. No se le acercaron más que dos agentes, pero varios se quedaron vigilándolo atentamente y la barrera siguió bajada. Hasta que la identidad del conductor no estuvo comprobada, no se permitió al coche reanudar el viaje. Sam se disponía a dar media vuelta y alejarse, cuando vio emerger del túnel a otro vehículo, un «jeep». Reconoció de inmediato la alta carrocería y la esbelta silueta. Era lógico, puesto que había viajado en ellos con bastante frecuencia; se trataba de unos automóviles de campaña dotados de una potencia extraordinaria y con un peso ligerísimo -fabricados a base de magnesio, duraluminio y neumáticos de espuma-; ir en ellos representaba una experiencia inolvidable, que no se parecía a nada de este mundo. Sólo los utilizaba el Ejército de las Naciones Unidas.

Sam salió del portal y en cuanto se encontró fuera de la vista de la boca del túnel, echó a correr. ¿Adonde iría el «jeep»? Probablemente hacia el norte, rumbo a la parte alta de la ciudad... ¿Pero al East, al West Side o a qué calle local? Tenía que alcanzarlo antes de que llegase al primer desvío... Corrió con todas sus fuerzas, con la garganta lastimada por el aire de la respiración.

Cuando dobló la esquina, el «jeep» ya había pasado... pero estaba detenido un poco más allá, ante un semáforo. El conductor apretaba el embrague y mantenía el motor en marcha. Por una vez, Sam agradeció la disciplina. Las calles se encontraban desiertas, pero el hombre frenó al llegar al disco rojo. Junto al conductor iba sentado un oficial.

-¡Aguarden! ¡Aquí! -voceó Sam en el instante en que cambiaba la luz del semáforo y el vehículo daba un salto hacia adelante.

Al oír el grito, el conductor aplicó automáticamente el freno y el oficial se volvió y apuntó a Sam con su metralleta del 75.

-¡Soy médico! -avisó Sam, agitando el maletín negro. Tal vez pueda servir de algo. El oficial pronunció unas frases por la comisura de la boca y el vehículo dio media vuelta y se aproximó a Sam. El cañón de la metralleta sin retroceso continuaba apuntándole.

-¿Qué es lo que quiere? -preguntó el oficial, un teniente flaco y duro de aspecto, aunque todavía joven.

Sam miró la hombrera del teniente, en la que estaba bordada la insignia familiar de la paloma con el ramo de olivo en el pico y la muleta asomando bajo el ala. No pudo por menos de sonreír.

-Usted pertenece al Quinto del Aire, así que debe conocer a «Cuchillo» Burke...

-¿Se refiere al general Burke? Dése prisa, ¿qué desea?

El teniente adelantó un poco más su metralleta en dirección a Sam. Estaba cansado y nervioso. Sam comprendió que tenía que convencerle en seguida; en cualquier momento podía aparecer un automóvil policíaco y, desde luego, se detendría para comprobar qué estaban haciendo allí parados, tan cerca del túnel. Sam se inclinó hacia el teniente y, entreabriendo apenas los labios, habló con semblante inexpresivo.

-El general Burke es «Cuchillo» para los amigos, teniente... Pero *sólo* para los amigos íntimos. ¿Lo entiende bien? Quiero que le lleve un recado mío.

Sam abrió el maletín y sacó un bloque de recetas, sin hacer caso del arma que le encañonaba, siguiendo todos sus movimientos.

-¿Por qué tengo que transmitirle recaditos de usted...?

-Porque se lo pido, y porque «Cuchillo» aguarda ese mensaje... ¿Se le ha ocurrido pensar en lo que sucedería si «Cuchillo» no lo recibiese?

Sam escribió velozmente, sin alzar la cabeza; el silencio se hizo tenso.

«Cuchillo»: He cambiado de idea. Vamos a entrar. Hay y habrá jaleo. Envíe un bote a recogerme. Estaré en el extremo del muelle quince de East River.

Librodot

CAPITÁN GREEN

-No regresaré a la isla hasta dentro de una hora por lo menos, señor -dijo el teniente, y Sam comprendió que había ganado. El tono del oficial seguía siendo el mismo, pero el vocablo «señor» constituía toda una diferencia.

-Eso será perfecto. -Sam dobló la nota y se la tendió-. Por su propio bien, teniente, le aconsejo que no lea este mensaje ni se lo enseñe a nadie que no sea el general Burke. Eso será lo mejor para todos.

El oficial se guardó el papel en el bolsillo de la pechera, sin pronunciar palabra, y el «jeep» se alejó zumbando. Aunque el muchacho leyese la nota, poco sacaría en claro..., pero «Cuchillo» comprendería lo que significaba. La firma era ininteligible, pero la graduación era la antigua y el teniente describiría su persona. Si el recado llegaba a manos de «Cuchillo», irían a buscarle de inmediato.

Eran las diez en aquel momento y resultaba físicamente imposible que el bote se presentase antes de las once en el punto señalado. Sam echó a andar despacio, rumbo al norte y observando de reojo los automóviles que circulaban. Pasaron dos coches patrulla, pero en ambas ocasiones los vio con anticipación. En uno de los portales donde se refugió había un cubo de la basura y allí escondió el maletín negro. La alarma se habría extendido ya y todo lo que pudiera identificarle como médico tenía que quedarse de lado. En Maiden Lañe, a la vista de las grisáceas aguas del East River, un «robot-bar» hacía bastante negocio; se necesitaba algo más que una peste para conseguir que los marineros permaneciesen fuera de las tabernas. El local estaba medio lleno. Había carne congelada y Sam pidió un bocadillo de ternera asada y una botella de cerveza al mozo mecánico -disfrazado de pirata antiguo, con un pañuelo al cuello y un parche en el ojo- y comió lentamente. A las once, Sam caminaba a lo largo del puerto, buscando un sitio seguro donde agazaparse y esperar. Divisó unas cuantas cestas de gran tamaño a continuación del almacén número quince, al pie de la calle Fletcher y, agachándose entre ellas, quedó fuera de la vista por la parte de tierra. Era un lugar incómodo y reinaba la humedad, pero se le ofrecía una buena perspectiva del desembarco, a pesar de que el extremo del muelle quedaba medio oculto por la niebla y la lluvia que caía.

Flotó por el aire el rumor de motores potentes, al pasar por delante un barco, el cual, sin embargo, se hallaba lo bastante lejos como para que Sam no pudiese distinguirlo a través de la neblina. Una vez, el tableteo de una lancha de la policía captó su atención y Sam se acurrucó más entre los bultos, mientras el vehículo se deslizaba frente al muelle, aunque sin acercarse al embarcadero. A mediodía, Sam estaba calado hasta los huesos y con el ánimo rebosante de amargura y, a la una, ya había imaginado las ochenta cosas distintas que le gustaría hacer al cabeza de chorlito del teniente, en el caso de volverle a ver.

A la una y trece minutos, exactamente, la silenciosa forma de un bote de reconocimiento se aproximó al embarcadero y costeó hacia el punto ocupado por Sam. Los reactores hidráulicos sumergidos apenas producían un ligero rumor burbujeante. En la proa, de pie, iba el teniente. Sam se irguió, entumecido y helado, y la barca continuó deslizándose en su dirección.

-Si supiese lo que he estado pensando de usted... -saludó el médico, y sonrió.

-No se lo reprocho, señor -repuso el teniente, a la vez que se mordía nerviosamente el labio inferior y alargaba la mano para ayudar a Sam a bajar de la escalerilla-. Llegué al túnel, de regreso, hace poco menos de una hora, pero la policía estaba de armas tomar y armaron bastante follón. Tardé media hora en conseguir franquear la barrera y entonces llevé la nota al general. Tenía usted razón, señor -probó a sonreír-. Jamás le vi comportarse de esa forma, ni siquiera en combate. Estalló como una bomba atómica, sacó este bote de alguna parte, lo echó al agua y nos puso a bordo al contramaestre y a mí. Todo en menos de diez minutos.

-Allá vamos -advirtió el contramaestre, apretando el acelerador y trazando una curva cerrada.

Sam y el teniente fueron en busca de la protección del parabrisas y, en aquel mismo momento, avistaron la proa de una lancha de la policía, que dobló por el extremo del muelle y

Librodot

avanzó hacia ellos.

-¡Abajo! -ordenó el teniente, pero Sam se había dejado caer ya sobre la cubierta, dispuesto a protegerse con los bajos costados-. Tápese con esa lona.

El contramaestre del «T 15» dio un puntapié a una lona embreada que había en popa. Trató de dirigirla hacia Sam, pero lo hizo sin mirar y la tela se quedó enganchada en unas cajas de municiones del combés. Sam se deslizó hacia allí e intentó desembarazar la zona de lo que la retenía, sin levantarse lo suficiente para ser visto: oía el rumor de la lancha policíaca, cada vez más cerca. El rígido lienzo se resistía y, desesperado, Sam introdujo los pies con fuerza entre los pliegues sueltos y se metió debajo. Con las rodillas junto al pecho, encogido, se cubrió con la parte desenrollada de la lona. Lo último que vio fue al teniente, que desviaba el rostro hacia la policía, mientras los dedos, como por casualidad, se apoyaban en la guarda del gatillo de su metralleta prestos a actuar.

-¡Paren el motor...! ¿Qué hacen por aquí? -la voz amplificada surcó la estrecha separación de agua.

-Manténgalo en movimiento, todo lo despacio que pueda -ordenó el teniente, en tono apenas lo bastante alto como para que le oyera el contramaestre.

Sam sudaba bajo la lona embreada, incapaz de moverse y sin poder ver cómo se aproximaba la lancha.

-Asunto oficial -gritó el teniente a través del agua.

-¿Qué significa eso? -La lancha estaba ya tan cerca que ya no utilizaban las bocinas-. Agarre esta maroma, vamos a revisar el bote.

"Sam dominó un movimiento involuntario cuando la cuerda cayó encima de la lona que le cubría. El teniente alargó un pie y tiró la maroma al agua.

-Lo siento -dijo-. Esta unidad se encuentra en servicio activo y nuestras órdenes fueron las de desembarcar cierto equipo en tierra firme y volver de inmediato a la base.

La lancha se había detenido. Todos los agentes de policía de su cubierta estaban armados: una torre blindada con su correspondiente pieza cuádruple de cañones bajos. El bote militar, bogando despacio, había sobrepasado ya la popa de la otra embarcación. El sargento de policía miró al teniente con expresión indignada.

-Deténgase... es una orden. O...

-Ésta es una zona militar y usted no tiene atribuciones para ordenarme nada. -El teniente levantó su metralleta y apuntó a la lancha. Se dirigió en voz baja al contramaestre-: Dele todo el gas en cuanto pronuncie la palabra «adiós». -Alzó el tono-: Si intentan retenernos, abriré fuego. Estoy seguro de que no desea verse envuelto en un incidente de esta clase, ¿verdad? Por lo tanto, permita que le diga adiós.

Sonó un gorgoteo bajo la quilla y el bote salió disparado; el teniente se afirmó en el suelo para equilibrar el repentino impulso y continuó con el cañón del arma enfocado sobre la lancha.

-¡Alto ahí! ¡Alto! -amplificó la bocina, mientras la lancha iniciaba el viraje.

Pero no se disparó un solo tiro. Antes de que la policía hubiese terminado la maniobra, el bote de reconocimiento había dejado atrás el embarcadero y se deslizaba veloz corriente abajo. El teniente se sentó, mientras la embarcación iba de la cresta de una ola a la cresta de otra.

-¿Podemos dejarles atrás? -inquirió Sam, apartando la lona que le cubría.

-Con un reactor averiado -afirmó el teniente, a la vez que sacaba un paquete de cigarrillos. Sonreía con jovialidad, pero en su frente había gotitas que no eran de lluvia, sino de sudor-. Ésta es una de esas naves de nuevo cuño, sin coraza, sin proyectiles de largo alcance... pero capaz de vencer a cualquier cacharro que flote.

Sam cogió un cigarrillo y volvió la cabeza. El puerto se había desvanecido entre la niebla y la lancha no se veía por parte alguna.

-Gracias, teniente...

-Haber, Dennis Haber. Los compañeros me llaman Dan.

-Gracias, Dan. La operación no resultó fácil.

-*Fue* fácil, se lo garantizo. El general me dijo que regresara con usted, o que me las arreglara para que usted llegase solo, pero que si volvía sin usted... Bueno, ya conoce al general. Preferiría, con mucho, liarme a tiro limpio con los polizontes, antes que enfrentarme al general.

-Creo que no le falta razón.

Estiraron los brazos para agarrarse al asidero, cuando el bote trazó una curva a fin de esquivar una boya. Luego enderezó el rumbo otra vez, hacia la isla de los Gobernadores. La oscura silueta del fuerte se divisaba ya frente a ellos y el contramaestre quitó gas, dirigiéndose hacia un estrecho malecón, tendido en paralelo a la orilla. Un «jeep» les estaba esperando y, al verles acercarse, el conductor puso el motor en marcha. «Cuchillo» Burke se apeó del vehículo y ayudó a Sam a desembarcar del bote, agarrándole la mano con sus dedos como tenazas.

-Me alegro de que haya cambiado de idea, Sam... Ya es hora de que se haga algo respecto a esa nave del espacio. Ahora, con la propaganda adecuada, conseguiremos la suficiente aprobación pública para abrir ese vehículo.

El teniente Haber se acomodó en la parte delantera del «jeep», mientras Sam y Burke subían por el bajo estribo al departamento posterior.

-Es demasiado tarde para publicidad, «Cuchillo». Ha variado mucho el asunto y yo..., en fin, ya se lo explicaré cuando nos encontremos a solas.

-¿A solas? -El general unió la densidad de sus cejas, formando el conocidísimo fruncimiento que siempre significaba disgustos para alguien-. ¿No sabe dónde está? Ésta es *mi* unidad, ese muchacho es *mi* conductor... y Dan es uno de *mis* oficiales. Suelte el pico, joven. ¿A qué viene toda esa tontería de andarse por las ramas?

-La policía me persigue.

-¿Eso es todo? Aquí no van a arrestarle, ¡ja! ¿Es secreto el motivo por el cual le persiguen?

-No quieren que me ponga en contacto con usted.

-Vaya, pues no parece que hayan procedido con mucha habilidad. -Miró a Sam por el rabillo del ojo-. ¿Y qué catástrofe puede sobrevenir del hecho de que usted se ponga en contacto conmigo?

-Eso debería serle evidente, «Cuchillo»... Temen que surjan complicaciones y no desean ninguna interferencia en lo que se refiere a la Operación Limpieza a Fondo.

-Tal vez tenga la cabeza un poco espesa hoy, Sam. ¿Qué podemos hacer, usted o yo, en cuanto a posibilidades de interferir la Operación Limpieza a Fondo?

-Usted se encuentra en buena postura para poner inconvenientes a la decisión del Consejo de Emergencia de lanzar una bomba atómica sobre el «Pericles».

-¿No es interesante? -ironizó un poco «Cuchillo», y su voz se tornó súbitamente fría-. Es la primera noticia que tengo acerca de eso.

El «jeep» frenó bruscamente, delante del edificio del cuartel general.

-Venga a mi despacho -pidió «Cuchillo» a Sam. Después se volvió al teniente y al conductor-: Hagan correr la voz: ningún paisano ha llegado hoy a la isla y nadie ha oído hablar aquí de un tal doctor Bertolli.

-Sí, señor -repuso el teniente Haber, y saludó-. ¿Estará solo en su despacho, general, a partir de este momento?

-Capta las ideas rápidamente, muchacho. Vale más que se quede por la sala de ordenanzas y atienda durante un rato a mis posibles visitantes y llamadas. El cabo puede llevar el mensaje hasta el embarcadero.

Una vez dentro, con la puerta cerrada, «Cuchillo» dio rienda suelta a un poco de su mal genio.

-¡Políticos! -bufó, recorriendo la estancia de un lado a otro con sonoras zancadas-. ¡Cabezas de serrín! Sentaditos en sus mullidos sillones y tomando decisiones que son producto del miedo. Ni por asomo se me había ocurrido que la solución para los problemas

Librodot

internacionales a base de bomba atómica, esa vieja filosofía, continuase aún meciéndose entre las telarañas de los oscuros rincones mentales de los políticos. ¡Cretinos! Hablan de guerra a la enfermedad, sin darse cuenta de que es verdaderamente una guerra lo que llevan entre manos, sobre todo ahora, y que tiene que desarrollarse como una guerra. Necesitamos datos secretos y desconocidos, y el único sitio donde podemos encontrarlos es en el interior de esa astronave. Operan impulsados por el miedo... Si uno no puede alejarse de lo desconocido, ¡pues a volarlo!

-También parecen tenerle miedo a usted, «Cuchillo»... incluso a pesar de que se encuentre bajo el mando de las Naciones Unidas. ¿Qué otra cosa puede significar el que no le hayan informado de la decisión de destruir el «Pericles»?

El general abrió un archivador y sacó de él una gigantesca botella de dos litros de whisky.

-Saque los vasos que hay en el cajón de esa mesa -dijo, y procedió a llenar hasta el borde el par de grandes vasos de agua-. ¿De veras les asusta la idea de que yo pueda irrumpir en el interior de la nave espacial?

-Así parece.

-Bien..., ¿debo hacerlo? ¿Por qué razón quiere *usted* examinar la astronave? ¿Qué supone que podemos encontrar?

Sam tenía el vaso a la altura de los labios, cuando se inmovilizó de súbito; petrificado; después volvió a bajar la bebida, despacio, sin probarla, y depositó el vaso encima de la mesa.

Supo lo que encontrarían en la aeronave.

No se trataba de una conclusión lógica, pero surgió de las tinieblas del subconsciente como consecuencia de la unión de cierto número de pistas que habían ido manifestándose desde el momento en que el ingenio del espacio tomó tierra. Era una sola respuesta, capaz de explicar cuanto había sucedido. Sin embargo, resultaba tan inverosímil que no podía atreverse a pronunciarla en voz alta, si quería que «Cuchillo» le ayudase a entrar en el «Pericles». No le era posible expresar aquello, por lo tanto, tenía que volver sobre los argumentos del propio general Burke.

-Ignoramos con exactitud qué puede hallarse dentro de ese vehículo, «Cuchillo», aunque sin duda serán registros y datos de alguna clase. Lo importante es que no nos es posible desdeñar por completo la probabilidad de descubrir algo susceptible de ayudarnos. Y hay... bueno... alguna otra cosa.

-¿Qué?

-No lo sé, sólo se trata de un presentimiento, una sospecha increíble, algo tan anormal que no quiero hablar de ello. Pero sé que *debemos* penetrar en esa aeronave.

-No contamos con muchos argumentos para seguir adelante, Sam. Lo comprende, ¿no? Hubiera sido suficiente algún tiempo atrás, cuando estábamos en condiciones de armar un poco de jaleo político y lograr que se ejerciera un poco de presión pública en el sentido de aconsejar a las autoridades la entrada en el «Pericles»...

Se interrumpió y, durante unos segundos, dio vueltas y vueltas al licor de su vaso, antes de apurar su contenido de un largo trago.

-Se lo diré en dos palabras, aunque usted no quiera hacerlo, «Cuchillo». Tenemos que irrumpir en ese cohete por fuerza... a pesar de la guardia montada a su alrededor.

Cuando, por último, el general respondió, su voz sonó lisa y carente de tono y emoción:

-Está hablando de traición, muchacho..., ¿se da cuenta? Soy oficial del Ejército en activo, un militar que sirve en época de peligro internacional. Si hiciese lo que está usted sugiriendo, podrían fusilarme.

-Y si no lo hace, morirán personas a millares, a decenas de millares..., porque puedo garantizarle que ni por asomo nos aproximamos al descubrimiento de un sistema curativo para la enfermedad de Rand. Estamos lo mismo que el primer día.

Formulé el mismo juramento de fidelidad que usted, «Cuchillo», pero faltaría a él en el mismo instante en que comprendiese que las altas esferas habían tomado una decisión equivocada frente a un peligro tan grande como éste. Y *han* adoptado una decisión equivocada...

-Sé que es así..., ¡pero lo que pide es demasiado, Sam! Estoy de acuerdo en que se debe entrar en la nave, pero no me atrevo a hacerlo en la forma que usted propone... Sólo podemos basarnos en evidencias ligerísimas, suposiciones, sospechas y presentimientos...

Una leve llamada a la puerta le interrumpió y Burke la abrió con gesto irritado.

-¿Qué demonios quiere? -preguntó al teniente Haber, que apareció al otro lado del umbral, sintiéndose muy incómodo.

-Lo lamento, señor, he estado rechazando todas las llamadas y despidiendo a todas las personas que solicitaban entrevistarse con usted... pero le llaman ahora por la línea de emergencia, no tengo atribuciones para eso.

El general Burke titubeó un segundo nada más:

-Muy bien, Haber. Páseme la comunicación.

Volvió a cerrar la puerta y se sentó de nuevo tras la amplia mesa, sobre la cual había tres aparatos telefónicos, uno de color rojo brillante.

-Línea directa y secretísima -explicó, al tiempo que levantaba el audífono-. Manténgase fuera del campo de la cámara.

La conversación fue breve, casi un monólogo, puesto que Burke no dijo más que sí o no. Luego colgó. Parecía haber envejecido un poco y apoyó las manos sobre la superficie del escritorio como si estuviese agotado.

-Ha ocurrido -declaró por último-. Más víctimas de la plaga, la gente se cae por las calles. Sus laboratorios del Bellevue han confirmado el cambio.

-Quiere decir que...

-Sí. Las personas se contagian ya unas de otras, no se necesitan pájaros ni perros. Veo a los miembros del Consejo de Emergencia echando mano a sus bombas en cuanto se enteren de la noticia. Tan seguro como que los huevos que van a arrasar toda la zona donde se localiza la peste, exterminando de paso a unos pocos millones de seres humanos que se encuentren allí. Entre los cuales, probablemente, estaremos incluidos usted y yo.

Se levantó y se ajustó el cinturón.

-Vamos a fracturar la entrada de ese vehículo espacial «Pericles», muchacho. Es la única esperanza que nos queda en este infierno.

CAPÍTULO XI

EL GENERAL Burke se contempló las yemas de los dedos mientras determinaba las medidas que iban a tomarse.

-Primero -dijo, levantando el pulgar-, necesitamos el planteamiento de una operación militar, que me va a permitir que organice yo. Una pequeña fuerza ligera será lo mejor; la acaudillaré personalmente...

-Usted no debe complicarse de un modo directo -opuso Sam.

-¡No me diga! Soy el director de este espectáculo y tan culpable si doy las órdenes en el frente como si las transmito desde la retaguardia. Por otra parte, no hay que olvidar que estoy harto de verme encerrado en un despacho, que los nervios no dejan de fastidiarme y que no hago más que buscar excusas para lanzarme al campo de batalla. Así que está decidido. Segundo: nos hace falta una persona entendida en medicina, ya que lo que buscamos son datos médicos; esta persona será usted. Tercero: debemos contar con alguien que posea cierta especialización en vehículos espaciales, sobre todo en lo que respecta al «Pericles», para que nos aleccione un poco mientras andamos por allí. Para esa tarea, existe una persona que constituye la elección natural.

-¿Stanley Yasumura?

-Exacto, En cuanto el «Pericles» aterrizó, vino volando de California y desde entonces no ha cesado de incordiar a todo el mundo -incluido un servidor- para que se le permitiera entrar en la nave. Fue uno de los diseñadores principales del «Pericles» y parece sentirse personalmente responsable de lo que ha sucedido. Creo que nos acompañará encantado, pero hablaré antes con él y le sondearé previamente, sin proporcionarle detalles en principio.

-No puede utilizar el teléfono, pueden oírle, tener la línea conectada.

-Estamos en el ejército y no desprovistos de recursos, muchacho. Enviaré a Haber al hotel de Yasumura con un aparato de radio de esos nuevos, cuyas recepciones y transmisiones no pueden interferirse ni ser escuchadas fuera de la onda secreta. Me puedo encargar perfectamente de esta parte de la operación... ¿Necesitará algún equipo médico especial?

-No, no se me ocurre nada.

-Bueno. Entonces, su misión consiste ahora en dormir un poco, al objeto de encontrarse bien preparado cuando llegue la noche.

-¡No podemos esperar hasta entonces!

Mientras hablaba, Sam vio ante sí el rostro de Nita, débil, enferma, silenciosa, inmóvil. Durante la marea de acontecimientos, la había tenido apartada de la imaginación: pero la imagen volvió, con un impacto duplicado. Nita se moría minuto a minuto y no había tiempo que perder.

-*Tenemos* que esperar, Sam, porque, aparte el detalle de que tiene usted todo el aspecto de un individuo que lleva diez días borracho y ha adoptado la mala costumbre de intentar prescindir del sueño, lo que hemos de hacer se tiene que emprender amparados en la oscuridad. No nos es posible acercarnos tranquilamente a la astronave y entrar en ella como si tal cosa. El ingenio está acordonado por la policía metropolitana, cuyos agentes tienen órdenes que les obligan a disparar contra cualquiera que atraviese la alambrada. Luego está la plancha que cubre la escotilla y la entrada interior del ingenio... ¿Qué probabilidades cree usted que tendríamos si lo intentamos a plena luz del día? Por otra parte, hace falta un poco de tiempo para planearlo todo. En resumen: lo que ha de hacer usted ahora es pasar al cuarto contiguo, donde tengo un camastro que acostumbro a utilizar cuando el trabajo me obliga a permanecer aquí. Descanse; no duerma si no quiere hacerlo y, si le place, dedíquese a escuchar lo que decimos en el despacho. No iremos a ninguna parte si se empeña en meter baza destructivamente en todo, incluso antes de que demos principio a la operación.

Sam no consiguió encontrar pegas a aquel argumento y la vista de la colchoneta le recordó lo cansado que estaba.

-Me tenderé ahí -convino-, descansaré un rato. Pero no voy a dormir.

Alguien le había tapado con una manta y a través de la puerta que comunicaba con el despacho de al lado le llegó un murmullo de voces. Sam se despertó de golpe y se sentó en el camastro: la habitación estaba casi a oscuras y el cielo que se vislumbraba por el cristal de la ventana, mojado por la lluvia, tenía un tono gris, tirando a opaco. No había querido dormir, pero se alegraba de haberlo hecho, le esperaba una noche muy larga. Cuando abrió la puerta, los oficiales congregados en torno al escritorio levantaron la cabeza. El general Burke dejó la impresión heliográfica que tenía en las manos y se volvió.

-Llega a tiempo, Sam, ahora me disponía a despertarle. Nos encontramos en las etapas finales y ha oscurecido lo suficiente. Dentro de una hora nos pondremos en marcha. ¿Conoce al doctor Yasumura?

El círculo de soldados se abrió y la menguada y esférica figura del ingeniero se adelantó, ataviada con un conjunto de fajina que le caía bastante grande.

-Hola, Sam, he oído hablar mucho de usted. -Estrechó la mano del médico y la zarandeó con entusiasmo-. Desde que llegué a la ciudad, he intentado verle, pero nunca estaba usted disponible.

-Ninguna de sus llamadas llegó a mis oídos, doctor Yas...

-Stanley, mi nombre es Stanley, y el doctor de este grupo es usted, Sam. El general me ha contado lo referente a esa confabulación para dejarnos al margen. Envió un guardia armado a mi hotel, con un aparato de radio muy extraño, y luego me transmitió por él lo que estaba pasando... He firmado en el banderín de enganche para todo el tiempo que dure esto. Sus muchachos me entregaron este uniforme, de medida equivocada, como es de rigor, y hasta tengo una tarjeta de identificación militar, así que no tropecé con inconveniente alguno para llegar aquí. Ahora dígame, ¿cuándo entró en la escotilla...?

-Aguarde un momento, Yasumura -le interrumpió el general Burke-. Presentemos la operación por partes, por sus pasos contados. No perderemos nada explicándola una vez más y hay que instruir a Sam. Al final, puede darle el consejo técnico que usted desea.

-Sólo quería saber...

-Luego, luego. Tome asiento, Sam, eche un trago y mire este mapa. Observe nuestra posición en Governors Island, justamente en lo alto de Upper Bay. Desde aquí, hemos de cruzar hasta el extremo de Long Island, un trayecto saturado de ciudadanos y de agentes de policía, para alcanzar el aeropuerto Kennedy, ¿exacto? -Sam asintió-. Bien, existe un camino más sencillo y con menos público... por vía acuática.

Trazó la ruta con el índice.

-Saldremos por los estrechos y Lower Bay, después torceremos al este, y pasaremos por delante de Coney Island y a través de Rockway Inlet. Atravesaremos Jamaica Bay y tocaremos tierra en el extremo del aeropuerto, donde la pista alcanza el agua.

-Sólo hay una pega -dijo Sam, tamborileando en el mapa-. El recorrido señalado supone más de cincuenta kilómetros; nos pasaremos toda la noche en un pequeño bote, bogando por entre calas y marismas.

-Nada de bote, vamos a usar un hidrodeslizador. Con todo el equipo, sólo iremos cuatro, pero es suficiente puesto que Haber, usted y yo podemos solventar cualquier jaleo que se nos presente. Está bien, en marcha hacia el aeropuerto. Haber lo sobrevoló hoy, hace unas horas, en un helicóptero. Tomó fotografías y mantuvo los ojos abiertos... Imaginamos una excusa. Haber...

El teniente indicó con el dedo el punto donde las aguas de la bahía tocaban el borde del aeropuerto.

-Aquí no hay apostados ninguna clase de centinelas, pero las impresiones químicas han revelado la existencia de sistemas de alarma ultravioletas y detectores infrarrojos. Atravesarlos

Librodot

no constituye problema. Las dificultades empezarán aquí, en torno al «*Pericles»;* más detectores, una cerca de alambre espinoso... y centinelas armados. La verdadera complicación consiste en pasar junto a esos policías sin provocar la alarma. Presumo que se querrá que..., bueno, que tendremos que comportarnos con cierta discreción en lo que se refiere a lastimarlos...

Miró al general Burke, y se apresuró a desviar la vista.

Se produjo un silencio prolongado, mientras el general contemplaba impasible el mapa. El zapato de alguien chirrió un poco al arrastrar su dueño el pie por el suelo y hubo una tosecita ahogada.

-Por fin hemos llegado a eso, ¿no? -dijo quedamente el general Burke-. Con la excepción de usted, doctor Yasumura todos hemos combatido en un montón de batallas, desarrolladas en los puntos más recónditos del planeta. El Quinto del Aire es una división americana y, por lo tanto, de acuerdo con la política de las Naciones Unidas, hasta ahora nunca estuvimos en servicio activo sobre territorio de Norteamérica. Matamos cuando tuvimos que hacerlo, cuando matar representaba el único medio para imponer la paz, y aunque tal ves lamentemos tener que hacer esto, sabemos que, como en muchas otras ocasiones, no nos queda más alternativa que la de llevarlo a cabo, caiga el que caiga. Ahora estamos sirviendo a nuestro propio país, y el enemigo es un puñado de polizontes, que obedecen órdenes y cumplen un aburrido turno de guardia. Empiezo a apreciar esa norma de las Naciones Unidas que prohibe a las tropas luchar en el país donde se las ha reclutado. Pongan el seguro a sus armas de fuego, recurran a las cachiporras, pero si tienen que elegir entre ustedes y otra persona, quiero que sean ustedes. Exponemos demasiado en este asunto. ¿Comprendido?

-Puede que no lleguemos a tales extremos -dijo Sam-. Llevaré «Denilin»; es un sedante de efectos rápidos que deja a un hombre inconsciente en cuestión de segundos.

-Cargue con su aguja hipodérmica, Sam, y le proporcionaremos oportunidades para que la utilice. Confiemos en que todas nuestras dificultades se puedan arreglar así, pero en caso contrario, no quiero que olviden lo que tienen que hacer. Supongamos que hemos dejado atrás los centinelas, franqueado la alambrada y llegado a la nave espacial... Entonces, ¿qué? ¿Cómo entramos, doctor Yasumura?

-Por la escotilla, no hay otro camino. Esa astronave fue construida para resistir la atmósfera y la gravedad de Júpiter y pocas cosas, aparte una bomba atómica, pueden ocasionar un arañazo a su casco. -Cogió la fotografía del «Pericles» tomada por la mañana-. Cuando colocaron la plancha en la entrada, los policías quitaron la escalerilla... ¿Se me permite oír sugerencias acerca de cómo nos remontaremos desde el suelo hasta la escotilla?

Había media docena de oficiales en la estancia, hombres pertenecientes al estado mayor del general Burke, los cuales consideraban seriamente el problema de la ilegalidad de penetrar en la aeronave. Sam comprendió que ninguno de ellos iba a oponerse a la decisión del general en el «Pericles» por la fuerza; seguirían las órdenes que se les diesen, impulsados por una lealtad que se concedía a contadísimos oficiales. Acaso no se tirarían por un precipicio si el general se lo exigiera, pero desde luego le seguirían si él se lanzase el primero.

-¿De qué está hecho el casco? -preguntó un canoso capitán de ingenieros.

-De una aleación de titanio, fundida especialmente; no contiene hierro.

-El imán queda descartado. Y nuestra escalerilla plegable más larga sólo alcanza cinco metros...

-Entonces habrá que adosarle una extensión en la punta -terció el general Burke-. Disponemos de muy poco tiempo, sigamos con esto. Nos encontramos ya en lo alto de la escalerilla, frente a la plancha que han puesto para tapar la entrada... ¿Cómo la atravesaremos?

-No hay problema, general -afirmó el ingeniero-. Pueden llevar uno de esos sopletes portátiles que se emplean para cortar metales pesados en campaña. Tengo entendido que la

Librodot

plancha en cuestión es de acero blando, el soplete la cortará como si se tratara de mantequilla.

-Necesitaré herramientas, un multiplicador, esfera de actividad portátil y algunas cosas así. Ya he hablado del asunto con sus ingenieros y me proporcionarán cuanto me haga falta. Sólo existen uno o dos modos de desconectar los mandos e impedir que la puerta interior se abra, y en cuanto fracture la caja de instrumentos descubriré cuál utilizó el comandante Rand y dejaré franco el paso a la aeronave. Una vez atravesemos el umbral de la puerta interior, recorreremos el vehículo espacial de proa a popa, hasta averiguar qué nos quiso dar a entender Rand cuando escribió: *enfermo en nave*. Y encontraré el diario de navegación, me enteraré de la manera en que el ingenio fue gobernado durante el aterrizaje, las ecuaciones...

-Trate de dominar su entusiasmo técnico hasta que se encuentre allí, Yasumura, aún no hemos llegado a la astronave. Le sugiero que vaya a recoger los instrumentos que necesite; pídaselos a los ingenieros y téngalos a punto para cuando haya que cargarlos en el hidrodeslizador. Teniente Haber, acompáñele y hágase cargo de las unidades antidetectoras. El sargento Bennett nos traerá unos bocadillos y un poco de café. Se levanta la sesión.

El primer inconveniente surgió quince minutos después.

-Lo siento, señor, pero no podemos cargar todo el equipo en el hidrodeslizador -informó Haber.

-Teniente, es usted un idiota. Apriételo, muchacho...

-Sí, señor. Lo que quiero decir es que, con todo el material y el peso de cuatro pasajeros, el vehículo no se levanta del suelo. No tiene potencia suficiente.

-Nos llevaremos dos vehículos, pues, y, si es posible, nos acompañará otro hombre para ayudarnos a trasladar los aparatos.

-Ese hombre seré yo, señor -se ofreció el sargento Bennett.

-De acuerdo. Póngase un traje de campaña para la noche y coja una lata de maquillaje negro.

Las luces de vapor de sodio rasgaron las tinieblas del patio, iluminando la cortina de lluvia con su resplandor azulado y proyectando las negras sombras de los hidrodeslizadores en forma de cajas de puros, los cuales silbaron ruidosamente mientras flotaban a un metro por encima del suelo, sostenidos por el colchón de aire disparado hacia abajo por sus ventiladores.

-¡Desciendan! -gritó el general Burke.

Como todos los demás integrantes de la partida, llevaba un traje negro, de una pieza, botas oscuras y boina, también negra, calada sobre el pelo. Todos tenían el rostro, las manos y la piel que quedaba visible de color de hollín, cubierta por la crema de maquillaje negra.

-Motores calientes, depósitos llenos, radio y radar probados, señor -anunció el conductor del primer vehículo, cortando el encendido y apeándose-. Se alzará bien, flotará y avanzará a toda velocidad con la carga que transporta.

-En marcha, pues. Yo conduciré el primer hidrodeslizador. Sam y Yasumura vendrán conmigo. Haber, encárguese del segundo y el sargento le servirá de escopetero. Manténgase cerca de mí y esté preparado para torcer hacia el sudoeste tan pronto avistemos los muelles de la orilla de Brooklyn. Vamos a salir de aquí, emprendiendo un rumbo este, así que no quite ojo a la brújula; yo usaré el radar, pero usted debe conformarse con la brújula y la vista de mi popa, lo que equivale a recomendarle que no se separe mucho. En el caso de que la policía recurra también al radar, va a ser todo un espectáculo. Nos escoltarán cinco helicópteros, los cuales volarán todo lo bajo que les sea posible, mientras nosotros marcharemos al máximo de altura, para que las señales se mezclen. Cuando lleguemos a la sombra de las instalaciones de radar de la orilla, nosotros descenderemos y los helicópteros revolotearán un poco por allí, para despistarles. ¿Alguna pregunta? Perfectamente, entonces, allá vamos.

El zumbido de los ventiladores quedó ahogado por el estrépito de los helicópteros, que pasaron por encima de ellos, en vuelo rasante. El general hizo una

Librodot

indicación y las luces se apagaron automáticamente; una oscuridad acuosa inundó el patio y los hidrodeslizadores avanzaron, llegando a la rampa y escurriéndose por ella hasta el agua. Las luces de situación de los helicópteros se desvanecieron, ocultas por la lluvia, mientras los invisibles compañeros de los pilotos se deslizaban bajo los aparatos.

-El litoral se encuentra a doscientos metros por delante -informó Sam, inclinado sobre la tapada pantalla del radar.

-No distingo absolutamente nada -murmuró el general-. No, me equivoco, ahí está. -Tocó la palanquita del micrófono-. Accionen los silenciadores, listos para doblar... *¡Ahora!*

Al conectar los silenciadores, la velocidad disminuyó un tercio y los helicópteros se alejaron en la oscuridad. Cuando los hidrodeslizadores torcieron hacia el océano, su paso fue notado únicamente por las aguas sobre las que flotaban. Apenas se oía el susurrante silbido de sus ventiladores. Silenciosos propulsores de aire los empujaron hacia adelante, por Upper Bay, bajo las fugazmente entrevistas luces del Puente de los Estrechos, a través de Lower Bay y sobre las olas, más altas, del Atlántico. Una vez lejos de la orilla, desconectaron los silenciadores y surcaron la oscuridad con la rapidez de un automóvil de carreras. Amainaba la lluvia y a través de algunos claros de la niebla pudieron avistar una hilera de luces a su izquierda.

-¿Qué es eso? -preguntó el general Burke.

-Coney Island, los focos de la calle y de la acera que bordea el litoral -informó Sam, observando el radar con los párpados entornados.

-¡Rayos! -exclamó Burke-. Precisamente cuando nos sería útil un poco de neblina, tiene que aclarar... ¿Qué es lo que tengo delante?

-Rochaway Inlet, da paso a Jamaica Bay. Manténgase en este rumbo, nos encontramos en medio del canal y hemos de pasar bajo el puente que lo cruza.

No circulaba tránsito sobre el puente, al menos no lo vieron; el puente parecía estar suspendido en el aire y luego se desvaneció, cuando lo dejaron atrás, pasando por su arco con los ventiladores silenciosos. Frente a ellos estaba la soledad de los bancos de fango, canales, ciénagas y espadañas que constituían el corazón de Jamaica Bay. Flotaron sobre todc ello, sin hacer caso de los tramos navegables, las zonas señaladas como peligrosas a causa de los tocones y las barras de arena y barro. Se deslizaban con igual facilidad por cualquier clase de terreno. La bahía quedó luego a sus espaldas y tuvieron enfrente la tierra verdaderamente firme y las luces que señalaban el extremo de la pista del Aeropuerto Kennedy. Disminuyendo la velocidad, se aproximaron a la orilla.

-El sistema de alarma empieza donde están las luces, se ñor -susurró la voz de Haber por el auricular del general Burke.

-Entonces nos detendremos y continuaremos a pie. -Junto a la misma costa, se apearon de los hidrodeslizadores, como sombras silenciosas, y descargaron el equipo-. Sargento, usted es el que tiene más experiencia con estos aparatitos; esperaremos aquí mientras usted se encarga de la tarea.

El sargento Bennett se echó al hombro la pesada carga de material y comenzó a arrastrarse por el barro, con la antena del detector alargada frente a sí. No les era posible observar su avance y Sam dominó su impaciencia y trató de apartar de su mente la imagen de Nita, muriéndose poco a poco en la cama del hospital. Deseó que le hubiesen encargado de manejar los aparatos falseadores, aunque comprendió en seguida que debían de haber cambiado bastante en los diez años transcurridos desde la última vez que operó con ellos. Mientras se esforzaba en imaginar lo que Bennett estaba haciendo, su cerebro se mantenía apartado de la cama del hospital. La antena trazaba un arco regular sobre el suelo; luego se imprimía un giro a la aguja de la esfera luminosa. Desconectando los detectores infrarrojos, la tarea no resultaba difícil, siempre y cuando no se tropezase con la cubierta aisladora, tocándola con el extremo de la antena. Las alarmas de ultravioleta eran bastante engañosas, primero había que determinar su fuerza y dirección, sin interferir el rayo proyectado, al objeto de ajustar la lámpara falseadora. Después venía el uniforme y continuo movimiento que tanto había practicado, meneando el

Librodot

minúsculo generador de rayos ultravioletas delante del asimilador para que no se produjese cambio alguno en el nivel de la radiación recibida. Una vez adaptado el generador, uno podía interrumpir el rayo original que llegaba a la célula fotoeléctrica, ya que la luz falseadora se introducía en ella desde unos centímetros de distancia. Nita, Nita. Los minutos se prolongaron, el aire se aclaró y, por encima de sus cabezas, fulguraron las estrellas. Y menos mal que no había luna.

Una figura silenciosa se destacó frente a ellos y la mano de Sam encontró automáticamente la culata de su pistola. Era el sargento Bennett.

-Todo colocado, señor, camino expedito, costó poco abrirlo. Si marchan detrás de mí, en fila india, les llevaré a través de la brecha.

Avanzaron cuidadosamente, uno en pos de otro, caminando con toda la ligereza que les permitía la carga de los pesados bultos y la escalera de mano. Los detectores infrarrojos ignoraron su paso, ya que el calor de los cuerpos no alcanzaba a los asimiladores debido a las cubiertas aislantes, y aunque atravesaron el rayo invisible de la luz ultravioleta no se produjo la alarma, puesto que el aparato falseador alimentaba la célula fotoeléctrica con su propia radiación y era como si

la corriente UV no se interrumpiese.

-Ése fue el último -dijo Haber-. Ahora ya no hay nada entre nosotros y los centinelas que rodean la astronave.

-Ni tampoco tenemos protección alguna -comentó el general Burke-. Y la lluvia ha cesado. Nos mantendremos por la hierba y avanzaremos paralelamente a la pista. Sigan agachados y en silencio.

La hilera de luces extendida frente a ellos, a lo ancho de la pista, terminaba bruscamente en la oscura masa de la nave espacial, que bloqueaba la amplia cinta de hormigón. Unos cuantos puntos luminosos en el suelo, cerca del gigantesco ingenio, señalaban la vigilada cerca de alambre espinoso que circundaba la aeronave. Pero entre una y otra luz había espacios oscuros. El general les condujo hacia uno de esos trechos tenebrosos, el más próximo, llevándoles al centro equidistante entre dos luces. Recorrieron los últimos cien metros cuerpo a tierra, reptando. Interrumpieron su avance, quedándose inmóviles sobre el barro, cuando un policía de andar lento y pesado apareció en el círculo iluminado más cercano. El hombre apoyaba en el hueco del brazo una metralleta calibre 75, sin retroceso. Nadie se movió mientras el centinela pasaba de largo junto a ellos: una figura borrosa, cuya silueta envuelta en sombras apenas se distinguía contra el telón de fondo del cielo. Sólo cuando el policía hubo dejado atrás el siguiente círculo de luz, el general Burke susurró sus siguientes instrucciones:

-Bennett... elimine los detectores tan pronto como estemos en disposición de cortar la alambrada y pasar. Sam y Haber marcharán hacia esa luz y se aprestarán a quitar de en medio a cualquier agente que venga en esta dirección. Yasumura permanecerá quieto donde está y calladito. Vamos.

A Stanley Yasumura le correspondió la peor parte: aguardar inmóvil, sin poder hacer nada mientras transcurrían los minutos. La imponente masa del «Pericles», como un farallón, se erguía sobre él, y Yasumura trató de examinarla, pero poco podía ver. El general y el sargento trabajaron en equipo, inutilizando los distintos sistemas de alarma. Los otros dos parecían haberse desvanecido en la oscuridad y todo lo que el ingeniero estaba en condiciones de hacer era seguir allí tendido, pegado al barro y calado hasta la piel, esforzándose en no oír los latidos vertiginosos de su corazón. Brotó un conato de movimiento en la parte opuesta de la luz más cercana y apareció otro agente de policía, que caminó firmemente hacia el sitio donde estaba Yasumura, aproximándose con pasos medidos y lentos. A Yasumura le resultó increíble que aquel hombre no le viera, ni que se apercibiese del rumor que producían los otros dos durante su obra de abrirse camino por el alambre espinoso. ¿Y dónde se encontraban los demás centinelas que debían complementar la guardia?

La respuesta a su pregunta se la proporcionaron, sin palabras, las dos sombras que surgieron detrás del policía y se abalanzaron sobre él silenciosamente. Haber rodeó con su

Librodot

brazo el cuello del agente y convirtió en jadeo sofocado el incipiente grito del hombre, mientras Sam agitaba la mano en el aire y la retorcía de forma que la palma se alzase y la punta de la aguja hipodérmica de presión se adosara a la piel desnuda. Hubo un leve silbido al atravesar las gotas de sedante la epidermis e introducirse en el tejido subcutáneo. Durante unos segundos continuó el forcejeo insonoro de Sam y Haber con el policía, al que inmovilizaron para que no pudiese dar la alarma ni oprimir el gatillo de su metralleta. Después, el hombre se quedó sin vigor y le depositaron suavemente en el suelo.

-Estupendo -alabó el general Burke, surgiendo de la oscuridad-. Déjenle ahí y apodérense de su arma; todo está a punto para franquear la alambrada. Cojan la escalerilla y el resto del equipo y síganme.

-El segundo alambre, contando desde el suelo, lleva corriente -advirtió el sargento Bennett, y señaló con el índice la estaca a la que estaba enganchado el cable: el alambre había sido levantado unos tres metros por encima del nivel del suelo-. Lo he alzado con un cable aislante para poder pasar, pero no toquen los extremos.

Chasquearon los alicates estruendosamente en medio del silencio nocturno y los alambres fueron retirados.

-Ya hay suficiente... vamos -dijo Burke, una vez estuvo la alambrada a tres metros del piso.

Se arrastraron por debajo, pasando de uno en uno y empujando los bultos por delante. A continuación, se encontraron rodeando la base de la gigantesca y negra mole del vehículo espacial, como si anduvieran en torno a una ballena colosal. A la claridad de los distantes cobertizos, vieron la puerta exterior de la escotilla, que aún permanecía abierta.

-¡La escala! -susurró el general, y Haber se irguió bajo la puerta y se encargó de prepararla. Los dos pequeños motores de la escalerilla, con su potencia autónoma, instalados en las patas inferiores, comenzaron a zumbar; las secciones de la escala fueron extendiéndose, hasta que el extremo superior tocó la parte baja de la escotilla. Sam se echó al hombro las pesadas baterías y la unidad transformadora que proporcionaban energía al soplete que llevaba Yasumura y, mientras los demás aguantaban la escala, siguió al ingeniero hacia la escotilla.

-Enchufe esto -murmuró Yasumura, y tendió a Sam el extremo del cable.

El soplete era un tubo del tamaño de una botella de leche, con una boca llameante, en forma de campana, que regulaba de manera automática las lentes disparadoras, disponiéndolas a la distancia correcta, a la vez que protegía la vista del que accionaba el aparato, amparando sus ojos de la brillante luminosidad. Yasumura dirigió la boca del soplete a la plancha de centímetro y medio de espesor de acero que cubría la entrada al interior de la escotilla y puso en marcha el aparato. Zumbó ruidosamente, demasiado ruidosamente en medio de la quietud de la noche, y cuando la mano del ingeniero se deslizó frente a la plancha, despacio, una línea negra apareció en la hoja de acero: en el aire pudo percibirse el acre olor del metal abrasado.

El soplete cortó con firmeza y seguridad, dibujando un círculo de un metro de diámetro sobre la plancha. Yasumura no completó la circunferencia; cuando casi la había terminado, hizo un ajuste en el soplete y lo aplicó de nuevo a los últimos centímetros que quedaban en la parte baja. En esa ocasión, el intenso rayo de luz monocromática no atravesó el acero, sino que se limitó a quemarlo hasta ponerlo al rojo vivo. Yasumura apagó el soplete y adosó el hombro a la plancha. La escalera de mano se balanceó y Sam levantó los brazos y se agarró a las piernas del ingeniero. Yasumura probó de nuevo y, poco a poco, el recalentado gozne fue cediendo y el disco metálico se inclinó hacia dentro; el ingeniero subió un peldaño y aplicó todo su peso, hasta que la plancha quedó paralela al piso del interior de la escotilla. Pisó con cuidado el borde, todavía ardiente, y se desvaneció dentro de la nave del espacio.

-Vamos arriba -manifestó el general Burke, y Haber emprendió el ascenso por la escala, subiendo despacio bajo el peso del equipo que llevaba a cuestas.

-Si le parece, señor -propuso el sargento Bennett-, creo que aquí, en tierra, puedo ser más útil. En el caso de que se presente algún policía, me será posible aquietarle... el doctor me dio

su hipodérmica. Y ustedes necesitan el máximo de tiempo que puedan conseguir.

Burke titubeó sólo una décima de segundo.

-Tiene usted razón, Bennett. Vigile la retaguardia y cúidese, no corra riesgos innecesarios.

-Sí, señor.

El sargento saludó y se retiró hacia la abertura de la alambrada.

Cuando el general subió hasta el agujero practicado en la plancha, tuvo que apartar los gruesos paños negros que los otros habían colocado. Una vez estuvo dentro, los cortinajes fueron precintados y se encendió la lámpara de campaña. Parpadearon ante la súbita claridad y Yasumura se apresuró en dirigir sus pasos al cuadro de mandos, frotándose las manos alegremente. Los instrumentos de la escotilla carecían de vida, lo mismo que cuando Sam trató de ponerlos en funciones, así que el ingeniero quitó el panel que los cubría.

-¿Ése es el teléfono que utilizó usted? -preguntó el general.

-El mismo -repuso Sam, y empezó a marcar números. Conectó un compartimiento tras otro, hallándolos tan vacíos como antes.

-No hay el menor rastro de nadie, ni ninguna clase de interferencia -dijo Burke, frotándose la ennegrecida mandíbula-. Pruebe de nuevo con la sala de mando. Nada tampoco. Esto es un rompecabezas, Sam.

Se produjo un ahogado sonido metálico y volvieron la cabeza, para ver que Yasumura y Haber habían bajado al suelo la pesada tapa, dejando a la vista el interior de la caja de empalmes. El ingeniero tanteó con un probador de circuitos, por dos veces. Recortó dos terminales con unas tenazas y la arruga de su frente se hizo más profunda.

-Es muy extraño -confesó-. No parece haber el menor asomo de energía en esta caja. No lo entiendo. Acaso Rand preparó alguna clase de mecanismo, dentro de la nave, para que cortase todo paso de corriente por la puerta interior, una vez hubiese abierto la escotilla. Algún aparato de relojería, quizá.

-¿Pretende decir que no puede abrir esa puerta? -saltó Burke.

-No he dicho tal cosa, sólo que va a resultar difícil...

-¿Qué hay del generador que produce la energía para el soplete? ¿No le proporcionaría la corriente eléctrica que necesita?

-¡Pues claro! ¡Soy ocho veces idiota! ¡Mira que olvidarme de eso! Más de la que necesitamos, naturalmente. La verdad es que debí cortar el...

Su voz disminuyó hasta convertirse en un murmullo ininteligible, mientras abría el generador y cambiaba rápidamente las conexiones. Después llevó dos cables desde la caja productora de energía hasta la de empalmes existentes en la pared.

-¡Ahí va! -anunció, al tiempo que apretaba un relai con un destornillador aislado.

No sucedió nada.

La voz del general Burke chasqueó como un latigazo:

-Bueno, ¿en qué quedamos...? ¿Puede abrirla o no puede abrirla?

-Debería estar abierta ya..., pero no lo está. Dentro de la nave hay algo desconectado.

-Entonces, olvídese de la electricidad. ¿No existe otro medio para atravesar esa puerta...? ¿Acaso por la pared?

-Tiene que hacerse cargo de cómo está construida esta aeronave, general. Puesto que la escotilla fue diseñada con vistas a ser abierta en la atmósfera de Júpiter, es tan fuerte como el resto del casco. La cerradura de la puerta interior es tan gruesa como la de la caja de caudales de un banco y el doble de dura.

-No estará insinuando que, después de todo lo que hemos tenido que hacer para llegar hasta aquí, ahora no puede usted franquearnos el paso al interior de este maldito vehículo, ¿verdad?

De alguna parte, afuera, llegó el súbito tableteo de una metralleta y el repicar metálico de proyectiles estrellándose contra el casco del «Pericles». Y aún no habían vuelto del todo la cabeza, cuando un foco se proyectó sobre la abertura que habían hecho en el metal de la

Librodot

escotilla; el rayo de luz era lo bastante poderoso como para filtrarse a través del denso tejido del negro paño con que habían tapado el hueco.

Librodot

CAPÍTULO XII

LA LUZ estuvo allí sólo una fracción de segundo, luego desapareció y fue sustituida por una andanada de disparos, procedentes del pie de la astronave.

-Eso se deshace -dijo Burke-. Saben que estamos aquí y el tiempo de que disponíamos ha quedado reducido a nada. Bennett no podrá mantenerlos a raya durante mucho rato. Introdúzcanos en la nave, Yasumura...

Otra luz enfocó la abertura y, en el mismo instante, una línea de agujeros se dibujó en la tela y la muerte chirrió y rebotó dentro del compartimiento, cuando una serie de proyectiles de centímetro y medio, capaces de atravesar una armadura, chocaron contra el metal impenetrable de las paredes y salieron despedidos en todas direcciones. Hubo una pausa de menos de un segundo, más tiroteo fuera y la luz se apagó. La oscuridad se enseñoreó de la escotilla, puesto que la lámpara de campaña había quedado destrozada al recibir el impacto de un balazo. En el repentino silencio que sucedió a los disparos, se alzó un gemido sofocado.

Un minúsculo cono de luz brotó de la linterna que llevaba Yasumura, iluminando la figura del teniente Haber, que yacía en- el suelo, con la pernera del pantalón ensangrentada. Sam se apresuró a rasgar la tela y empezó a curar la herida con el botiquín de urgencia.

-¿Hay alguien más herido? -preguntó.

-Yo estoy ileso -saltó el general-. Yasumura..., ¿y usted?

-A mí no me pasa nada... Escuchen, podemos cerrar la puerta de la escotilla, ¿no nos serviría de ayuda?

-Impedirá a los policías matarnos a tiros -rezongó Burke- y ganaremos algún tiempo... Ahora empieza usted a pensar.

-La puerta exterior no representa problema alguno -murmuró el ingeniero. Se puso la linterna entre los dientes y cambió rápidamente las conexiones de la caja de empalmes-. El motor que mueve la puerta está aquí y los cables también, así que...

Chisporroteó un relai y se oyó el agudo zumbido del motor de la pared.

-...la escotilla se cerrará...

Sus palabras fueron interrumpidas por otra descarga cerrada, que atravesó el cortinaje negro, iluminado por un nuevo foco. En aquella ocasión ya no hubo respuesta abajo y la luz continuó entrando en la escotilla. Echaron cuerpo a tierra y contemplaron el movimiento de la puerta exterior, que giraba despacio hacia ellos. Sonaron más detonaciones, un fuego graneado y continuo, pero las armas apuntaban a la puerta y no al interior de la escotilla. Rugían estridentes las balas al chocar contra el metal y salir rebotadas, con vibrantes chirridos; sin embargo, la puerta siguió deslizándose, hasta que tropezó con la plancha de acero colocada en el umbral. La plancha crujió al romperse y el zumbido del motor eléctrico que accionaba la puerta de la escotilla aumentó de volumen en la pared; luego, de pronto, se paró. La plancha había quedado retorcida, aplastada en la junta, dejando un resquicio de pocos centímetros.

-Los plomos del circuito se han fundido a causa de la sobrecarga -dijo Yasumura.

-Ya está bien. -El general Burke se incorporó-. Y ahora, ¿cómo abriremos esa puerta interior? ¿No es posible atravesarla con el soplete?

-Podría hacerse..., pero no conseguiríamos gran cosa. Esta puerta está clausurada como la caja fuerte de un Banco. Un motor eléctrico, dentro de ella, acciona los mecanismos que mueven las barras de ocho centímetros de diámetro, introduciéndolas en los agujeros correspondientes de la pared. No podemos cortarlas una por una.

-La dificultad, entonces -dijo Sam-, estriba en que hay algo, dentro, que impide que la corriente llegue al motor de la puerta, ¿no?

-Sí...

-Bueno, ¿y no podría usted abrir una brecha en la puerta, lo bastante amplia como para conectar el motor a la planta generadora portátil que llevamos? En ese caso, la puerta se movería

Librodot

como lo hizo la de la escotilla...

-¡Sam, se ha perdido en la medicina! -gritó Yasumura, entusiasmado-. Eso es precisamente lo que vamos a hacer. -Empezó a trazar señales sobre la cerrada puerta con un lápiz de grasa-. Aquí están las barras, aquí la caja de piñones... y el motor debe encontrarse por aquí. Si agujereamos en este punto, no tocaremos el motor, sino que saldremos a la cavidad central, donde nos será posible conectar los cables.

Dejó el lápiz y comenzó a sacar los alambres del generador y a volverlos a conectar. Sonaron más tiros en el exterior, pero ninguna bala pasó por el resquicio del umbral. Zumbó el soplete y Yasumura lo aplicó a la puerta, por el sitio previamente marcado.

Era un trabajo lento. El metal de la puerta tenía bastante densidad y resistencia. El soplete sólo podía cortar a razón de dos centímetros y medio cada vez, mientras realizaba un lento círculo del tamaño de un platillo de café. Terminado el círculo, se repetía la operación, profundizando más. El metal abrasaba y apestaba. El general Burke se llegó a la puerta y se protegió los ojos de la luz del foco, que se filtraba por la grieta de la escotilla. Luego se echó el arma a la cara y disparó una ráfaga. Agachó la cabeza cuando contestaron a su fuego y la puerta de la escotilla tintineó como una campana, bajo el impacto de los proyectiles que se estrellaron contra su metal macizo.

-Traen una bomba de incendios con una torre. Los he dispersado un poco. Pero volverán a la carga y a alguien se le ocurrirá dirigir hacia aquí una manguera a toda presión y nos expulsarán a copia de agua. ¿Cómo va eso?

-Ya debería haberlo atravesado -jadeó Yasumura, inclinándose sobre el soplete-, pero este metal...

Se oyó un chasquido y el trozo metálico quedó separado del núcleo de la puerta.

-¡Ábrala ya! -saltó Burke, y disparó otra ráfaga por el resquicio de la escotilla.

Extraer el tarugo de metal del agujero resultó una labor penosa, pero por fin se pudo meter la mano por allí. Sam estaba preparado y sacó el caliente cilindro con toda la rapidez que pudo, arrojándolo al otro extremo del compartimiento. Sin prestar atención a la manga de la camisa, que se le abrasaba, Yasumura metió la linterna e iluminó el agujero.

-¡Ahí está! -exclamó-. ¡Adelante! Páseme el destornillador largo y los cables conectados al generador.

Unir los alambres en el fondo del profundo agujero fue una tarea de exactitud, llevada a cabo con más dificultades a causa del ardiente metal, que quemaba la carne del ingeniero. Sam pudo ver las enconadas ampollas rojas y el modo en que el hombre se mordía los labios, mientras brotaba copioso sudor en su rostro.

-Hecho... -articuló por último, y sacó el destornillador-. Dé la corriente, el motor está conectado.

Sonó un ronroneo furioso dentro del agujero, que se mantuvo durante casi un minuto y, cuando aumentó su frecuencia, Yasumura cortó el paso de la corriente eléctrica. Escudriñó por la abertura, utilizando la luz de su linterna.

-Las barras se han retirado, así que vamos a ver si somos capaces de abrir esta puerta a empujones.

Arrimaron todos el hombro a la voluminosa puerta, plantaron los pies en el suelo y recurrieron a todas sus fuerzas físicas, hasta que los músculos crujieron. La puerta no se movió.

-Otra vez... -jadeó Burke-, y en esta ocasión démoslo todo.

Con los labios separados de los apretados dientes, volvieron a aplicar su impulso a la maciza mole. Hasta Haber atravesó el compartimiento, cojeando, y añadió su peso al esfuerzo conjunto.

Lentamente, como de mala gana, la puerta empezó a moverse hacia adentro.

-Sostengamos la presión... -silabeó el general, mientras la grieta se ensanchaba

centímetro a centímetro.

Por fin, la abertura fue lo bastante grande como para permitirles el paso.

-¡Ya hay suficiente...!

Sam ayudó al teniente a sentarse otra vez en el suelo, y Burke se deslizó cautelosamente por el boquete, con el arma lista frente a sí. Luego la bajó y se echó a reír de súbito.

-No creo que consiguiera gran cosa disparando contra los gérmenes. Vamos, entren todos y traigan el equipo.

Pasaron el material y después Sam ayudó a Haber a levantarse y le llevó hasta el otro lado de la puerta, donde lo cogió Burke.

-¡Miren eso! -dijo Yasumura, señalando una abertura irregular y ennegrecida que había en la pared del pasillo-. Ahí es donde estaba la caja de empalmes de los mandos de la puerta del compartimiento por el que hemos pasado. Acabó con ella, sin duda, una carga de explosivos... A Rand le debió resultar fácil colocar una mecha para que estallase al cabo de cierto tiempo. ¿Pero, por qué...?

-Precisamente estamos aquí para averiguarlo -le interrumpió Burke-. Haber, usted no puede moverse con la misma facilidad que nosotros, por lo tanto, quédese aquí, cuidando de la retaguardia, y encárguese de que nadie entre a molestarnos. -Sí, señor.

-Doctor Yasumura, supongo que la sala de mandos será el mejor sitio para ir a buscar algo... ¿Quiere indicarnos el camino?

-Al fondo de este pasillo hay un ascensor que conduce directamente a ella.

Encabezó la marcha y el ruido de sus pasos resonó estruendosamente en la vacía astronave. Caminaron cautelosamente, mirando todas las puertas que hallaban a su paso, recelosos, aunque ignoraban por qué.

-¡Alto! -dijo Yasumura, y todos se detuvieron instantáneamente, levantando las armas, dispuestos a apretar el gatillo. El ingeniero señaló un grueso cable aislado que atravesaba el suelo del corredor, delante de ellos, saliendo por un tosco agujero de una pared y desapareciendo por otro, en el muro opuesto-. Este cable no estaba ahí cuando el vehículo abandonó la Tierra.

Sam se arrodilló y lo contempló atentamente: -Parece bastante normal, supongo que pertenecerá al material de la nave. El «Pericles» estuvo en Júpiter durante casi dos años; sin duda debieron efectuar alguna modificación.

-Sigue sin gustarme -manifestó el ingeniero, y continuó mirando con fijeza el grueso cable-. Hay sistemas alámbricos entre los puentes, este cable debía pasar por alguno de ellos. Será mejor que no lo toquen, más tarde le echaré un vistazo a fondo.

La destruida caja de empalmes de la puerta interior de la escotilla parecía ser el único daño ocasionado a la astronave: la pila atómica todavía funcionaba, la corriente eléctrica no se había interrumpido y el aire era fresco, aunque se percibía el olor del ciclo repetido de la renovación. Cuando apretaron el botón del ascensor, la puerta de éste se abrió de inmediato.

-La sala de mandos está en lo alto, en la proa de la nave -informó Yasumura, y oprimió el botón correspondiente.

Mientras el ascensor zumbaba, elevándose, la tensión fue aumentando a cada instante, como un muelle que se aprieta, que se comprime más y más. Cuando la puerta de corredera se abrió, tanto Sam como el general Burke tenían las metralletas alzadas; una reacción inconsciente. Salieron. Parte de la tensión anterior se desvaneció al comprobar que la cámara, con techo en forma de cúpula, aparecía desprovista de vida -o de muerte-, tal como estaba cuando Sam la vio por primera vez en la pantalla telefónica de la escotilla.

-¿Qué diablos es eso? -preguntó Yasumura. Señalaba con el índice una caja metálica, de unos treinta centímetros, soldada al suelo y adosada a la pared del fondo-. Otra nueva instalación desde que el «Pericles» despegó... Me gustaría saber para qué sirve...

Librodot

Se trataba de un tosco cubo, hecho a base de planchas metálicas con bordes irregulares y unidas entre sí por una soldadura ancha y desigual. Surgían pequeños cables por los agujeros de los lados, y uno mayor, grueso como la muñeca, salía por la parte superior de la caja y se perdía de vista a través de una grieta practicada en la pared. Siguieron los cables pequeños y descubrieron que llegaban a los cuadros de instrumentos, la mayoría de ellos al equipo de comunicaciones. Sam se inmovilizó delante de los sillones de mando, frente a la sala.

-Eso resulta interesante -declaró-. No creí haber visto esos cables, ni la caja, cuando utilicé el teléfono para echar un vistazo aquí... Y no los vi. Puede que sea una casualidad, pero nada de eso resulta visible desde donde estoy ahora .. justamente delante de la cámara del teléfono.

-Hay algo más interesante todavía -añadió Yasumura, señalando con el dedo-. Los comunicadores, los de onda larga, los de frecuencia modulada, todos..., están en marcha.

El general Burke se volvió despacio, siguiendo con la mirada los cables que convergían en la caja, el cable grueso que ascendía hasta la grieta de la pared y desaparecía por ella.

-Creo que será mejor comprobar adonde conduce ese cable -determinó.

-¿Qué hay del diario de navegación del vehículo? -preguntó Sam-. Debe haber allí algo referente a la enfermedad, o acaso algún dato o registro.

-Esperarán un poco -dijo el general, y echó a andar hacia la puerta-. Quiero enterarme antes qué pasa con todos esos cables y conexiones. Vamos.

El compartimiento contiguo almacenaba instrumentos de navegación y el cable se retorcía por el suelo, como una serpiente muerta, y se perdía de vista a través de una abertura hecha en el panel de plástico de la pared del otro lado. Lo rastrearon por otros dos compartimientos, antes de que se metiese por una pequeña puerta y descendiese por los peldaños en espiral del túnel existente más allá. Otro cable bajaba del techo y se unía al primero; ambos se desvanecían en las profundidades.

-Ésta es una escalera de emergencia -explicó Yasumura-. Recorre toda la longitud de la nave.

Sólo unos tubos minúsculos iluminaban los peldaños mientras bajaban, hundiéndose cada vez más en las entrañas del vehículo. Otros cables iban apareciendo por los huecos de las puertas abiertas o por agujeros practicados en las paredes metálicas, hasta que hubo más de una docena serpenteando escaleras abajo. Luego llegó el fin, repentinamente, cuando, en un descansillo, los cables se juntaban y pasaban por el umbral de otra puerta.

-¿Qué hay ahí? -inquirió el general-. A este nivel.

Yasumura enarcó las cejas, miró con el ceño fruncido el número pintado en la pared, contó con los dedos y pareció sorprenderse:

-Pues, no hay nada... estamos en los niveles de combustible. Ahí dentro no debe haber nada, sólo depósitos, depósitos vacíos, el combustible se tuvo que utilizar durante el vuelo.

Franquearon la puerta, caminando con cuidado sobre el laberinto de cables. Contemplaron luego la blanca pared en la que se hundían los cables.

-¡Eso no debería estar ahí! -exclamó el ingeniero.

La atmósfera resultaba bastante fría y Sam se inclinó y corrió el cañón de su arma a lo largo de la pared, lo que provocó una rociada de finos cristales de hielo. Toscas vigas macizas iban desde la pared hasta la estructura de la astronave. Había un teléfono con televisión corriente adosado a la pared, encima del punto por donde entraban los cables. Yasumura lo señaló con el índice:

-¡Ese teléfono tampoco debería encontrarse ahí! ¡No hay estación telefónica en este lugar! Y el número no figura...

Sam pasó junto al ingeniero y accionó la palanca del teléfono, pero la pantalla continuó oscura.

-Vas a hablar conmigo, quieras que no •-afirmó. Después indicó a los demás que

permaneciesen rezagados. Antes de que nadie pudiera impedírselo y ni siquiera comprender sus intenciones, se echó el arma a la cara y disparó una ráfaga, apuntando al manojo de cables. Silbaron los proyectiles y dos cables aislados, del borde exterior, se estremecieron y quedaron cortados.

Zumbó el teléfono y la pantalla cobró vida.

El joviano les observó desde el aparato.

* * *

A través de los violentos torrentes de la atmósfera, la voluminosa forma del «Pericles» descendía, oponiendo su masa y el impulso de los estruendosos reactores a la atracción de la fuerza de gravedad de Júpiter y al peso agresivo de la densa atmósfera. Vientos ululantes le azotaban, tratando de apartar al vehículo de su curso previsto, pero los sensibles instrumentos detectaban cualquier desvío, incluso antes de que se iniciara, e informaban al computador: llameaba el dedo incandescente de un chorro atómico, luego otro, ejecutando los equilibrios y compensaciones necesarias para evitar que la astronave perdiera su gobierno. Chasqueaban relámpagos, surcando aquella atmósfera espesa como sopa y comprimida por una gravedad tres veces superior a la de la Tierra, mientras la lluvia de metano y amoníaco martilleaba la piel metálica del cohete.

Ningún eco de la tempestad desencadenada fuera penetraba hasta la sala de mandos, donde la ordenada calma sólo se veía turbada por el distante rumor de los ventiladores y algún que otro roce, cuando uno de los tres hombres acomodados en los mullidos sillones se revolvía o pronunciaba varias palabras en voz baja. Las gruesas paredes aislantes impedían ver u oír lo que pasaba en el exterior y las minúsculas y escasas lumbreras estaban tapadas y clausuradas. Sólo una pantalla ofrecía la panorámica televisada del torbellino tempestuoso externo, una masa oscura y agitada de nubes sin interés. La muestra de las otras pantallas era mucho más importante, el rumbo trazado, la altitud, la velocidad, las señales del radar. La aeronave caía.

-Hasta el momento, no se señala ningún desvío en el curso de nuestro rumbo -dijo el segundo oficial, el comandante Rand-. Vamos a posarnos en mitad de ese témpano.

Era un muchacho rubio, de expresión amable, y parecía demasiado joven para la graduación naval de comandante, inclusive a pesar de los misterios del cálculo electrónico. Había programado aquel aterrizaje en Júpiter de manera precisa y completa, así que todo lo que tenía que hacer en aquel momento era permanecer sentado y contemplar su desarrollo.

-Quisiera que no aludieses al Arrecife llamándole témpano de hielo -declaró Weeke, el primer oficial, con su despacioso acento holandés-. No es hielo como el que conocemos en la Tierra, sino otro más compacto y de dureza increíble. Los tanteadores de radio nos lo han demostrado y todos los informes indican que es un objeto sólido por demás, sobre el que podemos posarnos con absoluta impunidad...

-La velocidad del viento es inferior a los ciento sesenta kilómetros por hora. ¿Cuál es la temperatura del aire? -preguntó el capitán Bramley.

Sesenta y cinco grados bajo cero -dijo Rand-. Unos

cuantos grados más baja que la del Arrecife. Estamos a punto de tomar contacto.

Observaron los indicadores, en silencio, alertas para cualquier emergencia; pero no se produjo ninguna y en su trayectoria de un cuadro de instrumentos a otro, los ojos fueron demorándose cada vez más sobre la pantalla que reflejaba la burbuja colorada de su posición, deslizándose por la línea blanca del curso elegido, hacia la elevada prominencia del Arrecife.

Así lo habían denominado desde el principio: el Arrecife. Podían existir otros arrecifes perdidos en el mar, extenso como un planeta, frígido y licuado, pero no los buscaron porque disponían de un número restringido de tanteadores de radio y no estaban en disposición de derrocharlos. Aquel arrecife, el Arrecife, había sido descubierto por uno de los primeros

Librodot

cohetes de radar y su situación fue delineada con exactitud. Hubo algunas especulaciones acerca de si era o no un témpano suelto, flotando en aquel estupendo océano, pero cuando se cumplió la rotación de Júpiter, continuaba localizado en el mismo sitio. Una vez supieron dónde tenían que mirar y qué debían buscar, se mantuvo una vigilancia constante sobre el Arrecife, desde el punto que ocupaban en su órbita, y cuando la observación efectuada por radar demostró que estaba unido inflexivamente a la superficie del planeta, todos los tanteadores fueron dirigidos hacia él.

Ahora iban a posársele encima. Cohetes exhaustos despedían sus chorros, frenando al «Pericles» hasta casi inmovilizarlo, apretando a los hombres contra sus lechos de aceleración, mientras ondas de radar exploraban la superficie determinando cuál era el lugar óptimo para el aterrizaje. Se encendieron los cohetes laterales, facilitando aún más el descenso, de manera que el vehículo pudiese entrar en contacto y reposar sobre la superficie más lisa. El calor de los reactores se clavó en el hielo y provocó nubes de vapor, que se congelaban instantáneamente y eran zarandeadas de un lado por el viento incesante. Por último, la masa gigantesca de la aeronave quedó suspendida encima de la superficie, casi quieta del todo, descendiendo unos cuantos centímetros porsegundo. A pesar de todo, el ingenio espacial se estremeció y rechinó al tocar el suelo. Sus reactores se apagaron y el «Pericles» fue cogido por la triple fuerza de gravedad de Júpiter. La estructura de la astronave gimió al asentarse. Habían terminado de bajar.

-Parece como si todavía estuviésemos disminuyendo aceleración -dijo Rand, y se inclinó trabajosamente hacia adelante en el sillón.

El capitán Bramley no contestó hasta después de haber llevado a cabo una comprobación visual de todas las estaciones y de intercambiar unas palabras con los hombres que se encargaban de ellas. Le costó eso menos de tres minutos, dado que el complemento total del «Pericles» se reducía a cuarenta y un tripulantes, de los que sólo un tercio participaban en la operación, y aun de un modo indirecto, de la astronave automatizada.

-Estamos abajo, llegamos en una pieza y no hay un solo herido -manifestó el capitán recostándose luego en el asiento-. Va a resultar difícil convivir con estos «3 G».

-No tendremos que soportarlos más que una semana -repuso Rand, en el preciso instante en que el tablero de instrumentos se volvía loco.

Era algo sin precedentes e inadmisible, no previsto en ninguna de las instrucciones que había recibido el computador, el cual, después de buscar todas las posibles soluciones en su banco de memoria, en cuestión de décimas de segundo, y no hallar respuesta, fue encendiendo luces rojas en los tableros. Los oficiales de la aeronave metieron baza entonces, probando y aclarando circuitos, forcejeando con los instrumentos para descubrir la causa de aquello y solventar la dificultad antes de verse destruidos. Poco a poco, cuando los mensajes urgentes informaron de que el casco continuaba indemne y de que ninguna atmósfera extraña se filtraba al interior, recuperaron parte de su compostura e iniciaron la serie de comprobaciones cruzadas. Les resultó sencillo averiguar que no existía avería alguna y que sólo se trataba de que los propios instrumentos actuaban de forma demente, presentando observaciones imposibles. Interrumpieron su proceso, uno tras otro, y fue Weeke, el primer oficial, quien, por último, localizó la complicación.

-Es un campo magnético, un campo magnético tremendo, cuya potencia debe alcanzar los diez mil kilogausios para ocasionar ese alboroto. Está inmediatamente debajo de la nave, cerca del piso, cerca del hielo, me atrevería a decir, puesto que no hay piso, y afecta a todos los instrumentos existentes dentro de su campo de acción. Se ha producido de repente, es un fenómeno extraordinario.

Lo extraordinario que era lo descubrieron dos horas después, cuando eliminaron del circuito los instrumentos afectados y se tomó la medida del campo de interferencia.

-Muy sencillo -dijo el capitán Bramley, con la vista fija en la cuartilla de papel que acababa de salir del ordenador electrónico-. Se trata de un campo magnético de inverosímil potencia y llevamos en la popa de nuestro vehículo suficiente acero como para que ejerza bien su

atracción sobre la aeronave. La fuerza de atracción de ese campo equivale al máximo de impulso de nuestros reactores. -¿Insinúa usted que...?

-Exactamente. Ese campo magnético nos retiene aquí y, si tratásemos de despegar, estallaríamos. De momento, por lo menos, estamos atrapados en Júpiter de manera efectiva.

-Es un fenómeno imposible -protestó Weeke-. Incluso aunque este planeta *onaangenaam* sea un laboratorio cirógeno natural, capaz de crear campos magnéticos de esta potencia. -Acaso ese campo magnético no sea natural -sugirió el capitán Bramley calmosamente, en el momento en que se encendían luces de señales, indicando que algo se movía hacia la parte inferior del casco.

Había luces de situación, protegidas, fuera de la estructura del «Pericles» y más de media docena de ellas sobrevivieron al aterrizaje. El capitán pasó los dedos rápidamente por los circuitos de ensayo, desechó las unidades averiadas y luego conectó en seguida las luces que todavía funcionaban. Afuera reinaba una noche eterna, ya que los rayos solares no podían atravesar los espesos bancos de nubes ni los trescientos veinticinco mil kilómetros de atmósfera comprimida que envolvía a Júpiter, donde sólo algún relámpago ocasional rasgaba las negruras. Pero en aquel instante había luz, una claridad bastante intensa, que revelaba todos los detalles del paisaje de hielo y permitía ver claramente a los jovianos.

-No son precisamente lo que yo llamaría guapos -comentó Weeke.

Puede que exista una ley natural de selección, que dictamine que una criatura inteligente debe tener los órganos visuales situados en la parte alta del cuerpo para mayor efectividad, los órganos de locomoción bajos para moverse mejor y los órganos de manipulación en la punta de extremidades flexibles para disponer de más destreza. Ésta era una tosca descripción del hombre, aunque resultaba mucho más exacta aplicada al ser joviano. Parecían caricaturas de *homo sapiens*. Eran individuos de piel de elefante, extremidades inferiores aplastadas en la punta, membranosas, piernas como ramas de árbol y cabezas arrugadas, de saurio.

-La luz no parece molestarles, señor -observó Rand-. Uno podía creer que los deslumbraría.

-Pudiera ser... en el caso de que esos pliegues que hay en lo alto de sus cabeza» sin cuello cubrieran los ojos, pero no lo sabemos. No sabemos nada respecto a esas criaturas, salvo que parecen poseer suficiente cantidad de inteligencia como para generar un campo magnético susceptible de retenernos aquí. Hemos de encontrar algún sistema para comunicarnos con ellos.

-Quizás pretenden lo mismo -terció Weeke, y señaló la pantalla, en la que se veía a un grupo de jovianos cerca del casco de la aeronave-. Parecen estar haciendo algo ahí fuera. No consigo ver de qué se trata, puesto que queda fuera del campo de la cámara, pero da la impresión de proceder de la zona donde los registros indican movimiento contra el casco.

-Ésa es la chapa de la sala de máquinas de babor -dijo el capitán, y marcó el número del teléfono de aquel compartimento. Acababa de efectuar la conexión, cuando la pared del fondo de la sala de máquinas empezó a repicar como un tambor-. Demos la vuelta a la cámara... veamos esa pared -ordenó el capitán; en la pantalla se produjo un aleteo y la imagen quedó fija después, mostrando el panel gris, desprovisto de rasgos.

Tras un «clang» retumbante como el que hubiera sonado en la fragua de un monstruo, la pared se combó hacia adentro y en el punto central de la turgencia emergió una varilla, entre rojiza y verde, no más gruesa que un dedo pulgar y terminada en punta. Penetró en la sala unos treinta centímetros y aunque estaba hecha a base de un material lo bastante duro como para atravesar las distintas capas metálicas de la pared, especialmente construida para resistirlo todo, la varilla despidió humo y cambió de color al entrar en contacto con la atmósfera de oxígeno.

La varilla empezó a moverse, doblándose y retorciéndose como un reptil.

-¡Evacúen ese compartimento! -ordenó el capitán, al tiempo que oprimía el botón de alarma y un timbrazo ensordecedor y prolongado se extendía por toda la astronave y las puertas

Librodot

de emergencia empezaban a cerrarse.

Era algo vivo, saltaba a la vista -carne extraña perteneciente a alguna criatura de Júpiter y más dura que el más duro acero-, algo sensible y dotado de conocimiento. Se abrasaba en el aire mientras lo contemplaban por la pantalla, humeando y desmenuzándose, pero sin dejar de moverse despacio, como si buscara algo, como si tanteara el vacío. Después empezó a retirarse por el agujero y el rugido de aviso del capitán quedó sofocado por el estruendo de la presionada y frígida atmósfera de Júpiter, al colarse por la abertura.

Dos hombres no tuvieron tiempo de escapar del compartimento, antes de que la creciente presión sellase la puerta. La aeronave se salvó por pura casualidad. Si el agujereado hubiese sido cualquier otro compartimento, los débiles tabiques interiores se habrían desmoronado, el vapor ponzoñoso se habría extendido por todo el sistema de ventilación y todos habrían muerto. Pero las salas de máquinas habían sido provistas de muros espesos, puertas pesadas y precintos automáticos para los ventiladores, al objeto de resistir la presión de las cámaras de combustión. Aguantaron. El metal crujió y se tensó cuando las presiones aumentaron por allí, pero nada cedió.

Durante nueve jornadas más, días contados según el patrón del tiempo vigente en la astronave, los jovianos les dejaron en paz. De vez en cuando, alguno pasaba por delante del vehículo espacial, pero lo ignoraban, hacían como si no estuviese allí. Trabajando velozmente con los mandos teledirigidos de la sala de máquinas -antes de que se congelasen totalmente y resultara imposible operar con ellos-, se las arreglaron para poner un parche en el agujero y dejarlo pegado allí. Se le adosaron fuertes puntales, a la espera de que la presión bajase y permitiera la entrada de un voluntario con traje espacial, el cual pondría un parche más fuerte. Una vez completada la tarea, el aire fue limpiándose poco a poco de las contaminaciones que entraron por el agujero y la sala de máquinas se encontró de nuevo en condiciones de funcionar como tal. No es que pudiera hacerse gran cosa con ella, puesto que el poderoso campo magnético seguía manteniendo inmóvil a la astronave.

Trataron de comunicarse con los jovianos. A copia de esfuerzos, manufacturaron un receptor-transmisor de televisión, sólido y de frecuencia fija. No tenía partes movibles y la pantalla y orticón eran del tipo Portini. Cuando el aparato estuvo terminado, se le llenó de plástico aislado y se le empotró en un gran cubo del mismo material, lo que le capacitó para soportar cualquier clase de cambio de presión. Se «aplicaron los manipuladores externos y se sacó el aparato, colocándolo en un sitio donde podía ser visto fácilmente por el primer joviano que pasase. La voz amplificada del capitán Bramley brotó de él y su imagen era claramente visible en la pantalla, pero no le hicieron el menor caso. Por último, un joviano tropezó accidentalmente con el televisor y lo inutilizó.

-Parece que no tienen ningún interés en conferenciar con nosotros -comentó Rand, pero nadie sonrió.

El día número nueve, los jovianos comenzaron a reunirse en torno al vehículo del espacio y, como medida de precaución, el capitán ordenó que todos los tripulantes se trasladasen a los niveles altos y clausuró todas las puertas de seguridad. Buena cantidad de equipo de comunicación se había instalado en la sala de máquinas de babor y se realizaron las reparaciones necesarias, de forma que pudiese disfrutarse de una vista clara de lo que ocurriría a continuación.

-Están horadando otra vez el casco por el mismo sitio -dijo alguien.

No era exactamente el mismo punto, pero estaba muy cerca.

En aquella ocasión, el agujero fue mucho más reducido y lo que lo practicó se retiró instantáneamente. El tenue chorro de hidrógeno-helio de la frígida atmósfera quedó interrumpido cuando otra cosa pasó por la abertura, un filamento que se proyectó por la sala cosa de noventa centímetros, antes de empezar a combarse. Cesó de alargarse cuando tocó el suelo, pero el extremo comenzó entonces a hincharse como si el filamento fuera un tubo capaz de inflarse solo. Nadie habló mientras contemplaban la expansión de aquella cosa, que adoptó la forma y el tamaño de un barril, cubierto por una capa brillante y transparente. La parte

Librodot

superior del objeto serpenteó y se cubrió con una serie de nódulos. Luego se quedó inmóvil.

-¿Qué... qué puede ser eso? -preguntó el comandante Rand, expresando la interrogación que todos albergaban en el cerebro.

El capitán observó reconcentrado aquella forma.

-Es algo fuera de nuestro entendimiento, podría tratarse de cualquier cosa..., pero confío que sea alguna especie de aparato de comunicación. -Accionó la palanca del teléfono de la sala de máquinas-. Hola... hola... ¿Pueden oírme desde ahí afuera?

Una grieta se abrió en lo alto del barril, en mitad de los nódulos, y un sonido estridente burbujeó por allí.

-Ja-rrr-uuuu... -chirrió la vil imitación de la voz humana-. Jarrouuu...

Trabajaron con aquello durante las siguientes semanas y llegaron a acostumbrarse y a aceptarlo. Los hombres se hubieran dejado dominar por el pánico y se habrían amotinado, de no ser por la fuerza de gravedad que los mantenía allí y convertía sus vidas en una continua tortura. Se pasaban la mayor parte del tiempo en los lechos flotantes, donde sus cuerpos desplazaban el agua y la atracción de la gravedad se aliviaba, por lo menos durante cierto tiempo. El capitán y los oficiales de la astronave enseñaban inglés, por turnos, al comunicador biológico; suponía que era eso aquel extraño objeto, aunque lo llamaban «el barril». Parecía no poseer inteligencia propia, sin embargo, constituía algo vivo debajo del duro revestimiento que lo protegía de la atmósfera de oxígeno. Al principio, se comunicaban con él por medio de un altavoz, pero en vista de que no daba muestras de emoción ni de agresividad, llegaron al compartimento y le hablaron directamente, aunque sin apartarse mucho de la puerta, por si acaso. El barril se negaba a responder cualquier clase de pregunta que no estuviese relacionada con las lecciones del idioma y, al cabo de unas jornadas, dejaron de intentar sonsacarle. La instrucción lingüística terminaría tarde o temprano y entonces averiguarían lo que deseaban saber. Entretanto, las lecciones eran de una importancia vital; tenían que aprender a comunicarse con los jovianos, antes de encontrar el medio de convencerles para que trasladaran el campo magnético que los tenía atrapados.

En medio de una clase, cuando finalizaba el día decimoséptimo, el barril dejó bruscamente de emitir sonidos y retiró el único ojo que había desarrollado para mirar la pizarra usada en el curso de las demostraciones por escrito. Rand, que se encargaba en aquel momento de la lección, echó a correr hacia la puerta y la precintó a su espalda, inmediatamente después de salir. Observó desde la sala de mandos, con los demás, y cuando el ojo volvió a surgir, al cabo de pocos minutos, había cambiado de color y parecía disponer de cierto brillo de inteligencia que no tuvo antes.

-¿Qué cosa son ustedes...? -preguntó el barril.

Había empezado la conversación entre dos formas distintas de vida.

Las palabras y la mecánica sencilla de la comunicación resultaba bastante fácil para los jovianos y la aprendieron en seguida; daba la impresión de que su memoria era invencible y no olvidaban ningún vocablo, una vez explicado lo que significaba. Pero los complementos ya eran otra cosa. Nombres de objetos que podían indicarse, como *silla, vaso, cuchillo,* etcétera, les resultaban sencillos de aprender, lo mismo que los verbos de fácil demostración: *andar, correr y escribir.* Pero cuando se llegaban a las abstracciones, el significado de muchas palabras se hacía penoso de asimilar por aquellos seres y había amplias zonas de equívocos.

-¿Ustedes vienen de dónde...? -preguntó el joviano, y cuando le informaron que procedían de la Tierra, el tercer planeta del sistema solar, según la distancia del Sol, los de Júpiter interrogaron-: ¿Qué son tierras? ¿Qué son planetas? ¿Qué son soles?

Enterrados allí, en el fondo de centenares de kilómetros de atmósfera casi líquida y cubiertos por sólidas capas de nubes, nunca habían visto las estrellas ni vislumbrado ningún conocimiento sobre la posibilidad de que existiesen otros mundos, aparte del suyo. No obstante, cuando se les explicaban las cosas, parecían entenderlas, aunque su interés se desvanecía pronto y abandonaban cualquier tema rápidamente, para pasar a otro. Aquella era la norma que parecían seguir... si es que podía decirse que seguían alguna norma. Elegían una materia,

formulaban unas cuantas preguntas sobre ella y luego la abandonaban. Ellos (o él, puesto que los hombres de la aeronave ignoraban si estaban hablando con un joviano o con varios) parecían carecer de los conocimientos más sencillos en cuestión de ciencias mecánicas, aunque, en apariencia, asimilaban las explicaciones con sorprendente rapidez. Si había una cosa que retuviera su atención, siempre volvían a ella: Nunca parecían sentirse satisfechos del todo con las respuestas. -¿Qué cosa son ustedes...?

Fue el capitán quien primero comprendió algo respecto a los jovianos.

-Las ciencias biológicas -dijo-, la química cuando es bioquímica, neurofísica y todo lo demás. Y la electricidad..., ¡naturalmente! Bioelectricidad.

-¿Señor...? -preguntó el comandante Rand. -Esos jovianos de ahí fuera. Trate de imaginar el mundo en que viven, desde su punto de vista. Que hayamos visto, no tienen máquinas ni artefactos, sin embargo, poseen inteligencia y han instalado un aparato con el que comunicarse con nosotros... inclusive aunque no reconocieron nuestro receptor-transmisor. Deben trabajar sólo con materia viva y parecen tener un dominio increíble sobre ella; piense en la celeridad con que construyeron el barril y lo introdujeron aquí.

-Eso es cierto, señor, y explica un sinfín de cosas . ¿Pero que me dice del campo magnético que nos mantiene aquí? Deben disponer de máquinas de alguna clase para generar eso.

-¿Deben tenerlas? La bioelectricidad es algo conocidísimo en la Tierra, mire la anguila eléctrica. Pero será mejor que se lo preguntemos para averiguarlo. Creo que hemos establecido un nivel de comunicación lo bastante aceptable como para tratar cuestiones importantes.

-Hay un campo magnético en la base de este vehículo -dijo-, ¿lo saben?

-Procedente de campos de fuerza eléctrica, sí

El barril contestó con claridad y precisión, como siempre, y su único ojo se volvió hacia el capitán, que estaba de pie en el otro extremo de la sala de máquinas.

-Nuestra aeronave no puede marcharse mientras ese campo ejerza su influencia, ¿lo sabe'

-Sí

-¿Quitarán de ahí ese campo magnético para que podamos despegar?

-Los campos de energía ya no estarán después del parlamento

Era una respuesta bastante clara, salvo por el hecho de que encontraban bastante difícil el determinar con exactitud lo que era el *parlamento* en cuestión. Evidentemente, significaba algo mas que simple conversación, ¿pero cuánto mas? Mediante sugerencias y rodeos, el capitán averiguó por último que lo que deseaban era saber cosas relativas a la biología humana, querían examinar células humanas vivas.

-Por *parlamento* parecen dar a entender *conocimiento acerca de*. Eso nos da una idea sobre su forma de pensar. aunque no nos sirve de gran ayuda.

Pidió una aguja hipodérmica y, frente al extraño ojo que no parpadeaba, se extrajo un poco de sangre.

-Aquí -pronunció la voz sin inflexiones, y se abrió una pequeña -grieta en la parte superior del barril, al lado del ojo.

Cuando el capitán Bramley anduvo unos pasos, acercándose, pudo percibir el acentuado olor de amoniaco quemado: vació el contenido de la aguja hipodérmica dentro de la oscura grieta, que se cerró instantáneamente

-Hay un parlamento que debemos hacer -la voz habló mientras el capitán se retiraba- Un parlamento de usted.

-Le enseñaré radiografías de seres humanos, hay también libros de texto.

-El parlamento ha de hacerse con el ojo... -El exótico órgano oftalmológico tembló un poco en lo alto de su tallo, mientras el capitán avanzaba de nuevo.

-No se acerque demasiado, señor -aconsejó Rand-. Todavía no estamos seguros de lo que quiere decir con la palabra «parlamento».

-Esta vez parece que significa mirar. -El capitán se detuvo-. Después de haber parlamentado conmigo, utilizando su ojo, dejará marchar la astronave.

-El campo de energía ya no continuará después del parlamento...

-¡No me gusta, capitán!

-Ni a mí, pero parece bastante claro... mejor dicho, tan claro como son capaces de manifestarlo. Alguien tiene que dejarse examinar por esta criatura, o no podremos irnos de aquí jamás. Y no me es posible pedir a alguien que se ofrezca voluntario para esto.

El capitán reanudó su avance y el ojo se estiró cuando su tallo se hizo más delgado y se prolongó. Durante un segundo, permaneció estremeciéndose ante el rostro del capitán; luego se abalanzó sobre el pecho del hombre, clavándosele y rasgando hacia abajo, en toda la longitud del cuerpo. Abrió una herida espantosa, que mató al capitán instantáneamente.

Librodot

CAPÍTULO XIII

DESDE la pantalla, la imagen del joviano, inmóvil e impasible, contempló a los tres terrícolas.

Yasumura abrió la boca y retrocedió medio paso, inconscientemente.

-En nombre de Satanás, ¿qué es eso? -preguntó el general.

-Mírelo con sus propios ojos -respondió Sam, al tiempo que señalaba la pared cubierta de escarcha-. Pesados soportes, muros espesos, un recipiente de presión muy fría y del tamaño suficiente como para llenar la mitad de este compartimiento...

-¡Un joviano! -exclamó Yasumura-. Trajeron un ser de Júpiter vivo, y feo de veras. Ignoraba que hubiese alguna clase de vida en Júpiter...

-Evidentemente, la hay -expresó Sam-. ¿Pero no cree que ha invertido la cuestión... acerca de quién trajo a quién? Todos los cables de la astronave conducen aquí... y ese ser está vivo todavía, mientras que todos los miembros de la expedición parecen haber muerto...

-¿Puede hablar? -preguntó el general.

-Reparen el alambre... -el tono estridente del joviano y su voz sin matices resonaron en el altavoz-. El parlamento resulta deficiente...

-Habla muy bien -dijo Burke-. Díganos qué está haciendo aquí y cómo... -se interrumpió en medio de la frase y se volvió hacia Sam-: ¡Esto no es casual! ¿Cree usted que esta criatura tiene algo que ver con la plaga?

-Me parece que tiene toda la culpa de la enfermedad de Rand. Albergaba una idea así en la mente cuando le pedí a usted que viniésemos a la nave. ¿Pero me hubiera ayudado en la empresa si le llego a sugerir que íbamos a encontrar algo como *eso?*

-No, habría pensado que le faltaba un tornillo.

-Por lo tanto, comprendí que no podía explicárselo. Pero vea usted... tenía que tratarse de algo semejante. Todo lo concerniente a la enfermedad de Rand parece *planeada,* las mutaciones regulares, los diferentes albergues vivos, la incurabilidad. Si uno contempla las cosas desde ese punto de vista, la enfermedad deja de ser algo exótico, para convertirse en...

-¡Artificial!

-Exacto. Y opino que esa criatura tiene algo que ver con el proceso. Pretendo averiguarlo ahora mismo.

-Reparen el alambre..., el parlamento resulta insuficiente... -repitió el joviano.

-¡Empalmaremos los cables cuando haya contestado a unas

cuantas preguntas! -Sam se percató de que había alzado la

voz hasta gritar; bajó el tono-: ¿Es responsable de la enfermedad de Rand, del mal que sufren muchos habitantes de la

ciudad?

-Eso no tiene sentido...

-Un problema de comunicación -intervino Yasumura-. Este joviano ha aprendido inglés, indudablemente se lo enseñaron los tripulantes de la astronave, pero relaciona las palabras a las cosas que le rodean nada más, lo que le imposibilita para identificar el significado de muchos vocablos y frases. Exprese las preguntas de manera sencilla y clara, Sam... Trate de establecer fundamentos básicos y construya la conversación partiendo de ellos.

Sam asintió:

-Yo soy una criatura viviente, usted es una criatura viviente, ¿me comprende?

-Yo soy una criatura viviente...

-Cuando criaturas vivientes diminutas viven dentro de otra criatura mayor y la lastiman, se llama enfermedad. ¿Enten-dido?

Librodot

-¿Qué cosa es lastiman?

-Lastimar no es ninguna cosa, sino la consecuencia de... No, olvídese momentáneamente del verbo lastimar. Una en-fermedad es lo que sucede cuando una criatura pequeña vence a una criatura grande. La inmoviliza. Éste es mi brazo, véalo, si una criatura pequeña provoca en él la enfermedad, mi brazo cae inerte. Si mi brazo cae inerte, estoy lastimado. Existen otros sistemas para que las criaturas pequeñas lastimen mi cuerpo. Eso es enfermedad. ¿Trajo usted la enfermedad que lastima ahora a muchas personas?

-Ya sé lo que es enfermedad... Repare el alambre, el parlamento resulta deficiente...

-Esta criatura se muestra evasiva, no nos dirá la verdad -manifestó el general Burke.

Sam sacudió la cabeza negativamente:

-No estamos seguros de ello. Sus últimas palabras parecen indicar que está dispuesto a hacer un trato: hablará a cambio de que le arreglemos los cables. ¿No se pueden empalmar los que rompí a balazos? Siempre podemos volver a cortarlos.

-Aguarde un segundo -dijo el ingeniero. Tocó uno con otro los extremos de los alambres seccionados y luego los aplicó al metal del suelo, para comprobar si conducían alta tensión-. No se produce ningún chispazo, así que no deben ser mortales..., ¡espero! »

Empalmó rápidamente los cables.

-¿Trajo usted esa enfermedad que hace daño a mi pueblo? -volvió a preguntar Sam.

El joviano alargó un ojo, sobre el extremo de una antena extensible, y miró algo que estaba a un lado, no visible en la pantalla. El tallo visual se retiró luego al interior de la cabeza.

-Sí -respondió el joviano, estólido.

-Pero, ¿por qué? -chilló Yasumura-. ¿Por qué hizo una cosa tan sucia como esa?

-Ha de realizarse un parlamento... ¿Qué es cosa sucia?

-Conténgase durante un momento, Stanley, por favor -pidió Sam, y apartó al ingeniero de delante de la pantalla-. Sé que está furioso y no se lo reprocho, pero la cólera no nos servirá de nada. Esta criatura no parece tener emociones, así que vale más dominar las nuestras. -Se volvió de nuevo de cara al joviano-: Si usted provocó esa enfermedad, debe saber también cómo eliminarla. Díganos qué hay que hacer para ello.

-El parlamento no es completo...

-No sé qué es lo que quiere decir con *parlamento,* pero tampoco me importa. -El odio que le inspiraba aquel ser y que Sam había estado reprimiendo surgió por último y el muchacho alzó el arma que empuñaba-. Ya vio lo que es capaz de hacer esta metralleta, el modo en que serró los alambres, puede hacer lo mismo con usted: destrozarle, romper ese depósito que le cobija, deshacerle a usted...

-¡Basta, Sam! -saltó el general, y apartó la mano del médico del gatillo del arma. El joviano les miraba fijamente, inmóvil, al menos en las partes de su cuerpo que podían ver-. No conseguirá asustar a esa criatura; como usted mismo ha señalado, carece de emociones en el sentido que nosotros las conocemos; acaso ni siquiera le asuste morir. Tiene que haber otro sistema para...

-¡Lo hay! -exclamó Sam, soltándose de la mano del general-. Ya hemos averiguado algo que no le gusta: que se corten los cables. Así que todo lo que corresponde hacer es romper unos cuantos.

El general se abalanzó hacia adelante, pero Sam fue más rápido. Giró sobre sus talones y el arma despidió un torrente de proyectiles, que salieron aullando, rebotaron en el suelo y agujerearon las paredes, seccionando el manojo de cables: chisporroteó la electricidad y los tiros resonaron ensordecedoramente en aquel espacio cerrado. Burke arrancó la metralleta de las

manos de Sam, cuando éste separaba ya los dedos del gatillo.

-¡Eso ha alterado a la bestia! -indicó Yasumura la pantalla.

El joviano se contorsionaba, retrocediendo y avanzando, mientras los tallos de sus ojos se agitaban de un lado a otro.

-El parlamento no es completo... Los muchos alambres no están completos...

-Los muchos alambres, el maldito parlamento y todo lo demás no van a completarse hasta que nos proporcione lo que deseamos. -Sam se inclinó hacia adelante, hasta que su rostro casi tocó la pantalla-. Dénos lo que nos hace falta para interrumpir el proceso de su enfermedad y curarla.

-El parlamento no es completo...

-Sam, déjeme empalmar los alambres, puede matar a esa cosa...

-No, no la matará... No parece demasiado incómoda, sólo un poco desdichada. Todos los cables que hemos seguido proceden de los emisores de radio y televisión; proporcionan al joviano informes de alguna clase, eso es lo que debe entender por parlamento. Y el parlamento no va a ser completo hasta que nos ayude. ¿Lo ha oído? -gritó en dirección a la pantalla-. El parlamento no es completo. Entrégueme lo que quiero y empalmaremos los cables. Démelo ahora mismo.

El joviano dejó de moverse y los tallos de los ojos se retiraron hasta que la cabeza no dejó ver más que los pliegues entreabiertos anteriores.

-Tendrá... tendrá... que completar los alambres...

-*Después* de conseguir lo que nos hace falta.

-Complete...

-*¡Después!*

El grito despertó ecos en el compartimiento metálico y fue seguido por el silencio. Se miraron mutuamente, hombre y extraño ser, mejor dicho, extraño ser y ser extraño, puesto que eso eran el uno para el otro. Extraño significa distinto, extraño significa desconocido. Se contemplaron recíprocamente, en muda comunicación; cada uno de ellos había elegido su postura irrevocable y no podían decirse más, hasta que uno de los dos decidiese actuar.

-Sam... -Yasumura avanzó un paso, pero los dedos del general Burke se cerraron en torno al brazo del ingeniero y le obligaron a retroceder.

-Déjele -murmuró el general-. Ha expuesto las cosas de una manera clara y sencilla, y me alegro de que haya procedido así, puesto que no sé si yo hubiese tenido agallas suficientes para hacer lo mismo.

-*¡Después!* -gritó Sam de nuevo, y levantó la mano hacia los cables, la mitad de los cuales habían sido cortados por la última rociada de balas.

El joviano se deslizó lateralmente y desapareció de la pantalla.

-¿Qué intentará ahora? -preguntó Yasumura, al tiempo que se secaba el sudor que goteaba en sus ojos.

-Lo ignoro -repuso Sam hoscamente-, pero voy a apresurar los acontecimientos.

Alargó la diestra hacia el general, quien le devolvió el arma, de mala gana. Sam disparó una ráfaga, que cortó dos cables eléctricos más. Un instante después se produjo un enorme estrépito, que sacudió la pared por encima de la pantalla del teléfono.

-¡Atrás! -gritó Burke, y empujó a Yasumura con el hombro, lanzándole a un lado.

Con un chirrido desgarrador, algo atravesó la solidez metálica del muro y cayó en el suelo. Un ulular agudo, de presión suelta, les destrozó los tímpanos y por el agujero brotó un chorro de gas frígido, que saturó el espacio, a su alrededor, de nubes de vapor ardiente. Mientras se retiraban, el chorro rugiente se interrumpió y el vapor se disipó en el aire, tras unos cuantos remolinos. Bajaron la vista hacia el cilindro de unos treinta centímetros de longitud, que se había abierto al tocar el piso de metal, dejando ver en su interior otro cilindro, hecho de una substancia purpúrea y moteada. Éste se desintegró también, esparciendo un intenso olor a amoníaco que les obligó a retirarse todavía

más. Había una capa de color amarillo limón dentro, y luego surgió otra... todo licuándose y goteando bajo el ataque corrosivo de la atmósfera terrestre.

Aquel proceso de ebullición duró casi tres minutos y en cierto momento, en el curso del mismo, el joviano reapareció en la pantalla, aunque nadie se dio cuenta. Cuando el charquito de extraño líquido cesó de burbujear en el suelo, quedó allí un tubo translúcido, de color de cera, como un trozo de mango de escoba de quince centímetros de longitud. Sam utilizó e*l* cañón de la metralleta para apartarlo rodando del charquito y se inclinó para examinarlo más de cerca. Al moverlo, observó que era hueco, que parecía estar lleno de líquido y que el recipiente tenía paredes finísimas.

-El parlamento será completo... Reparen los alambres...

Librodot

CAPÍTULO XIV

-¿ES... UN remedio para curar la plaga? -preguntó el general Burke, con la vista clavada en la cápsula de líquido-. Puede tratarse de alguna trampa...

-Reparen los alambres... -insistió la voz llana por el altavoz.

-Me encargaré de ello -manifestó Yasumura, sacando su cuchillo-. Qué embrollo... es una suerte que dispongan de una clave de colores.

Sam se quitó la boina y cogió con ella el tubo ceroso.

-Espero que sea el remedio que necesitamos... aunque no lo sabré hasta que lo hayamos probado. -Bajó la cabeza, sorprendido-. ¡No está frío! Teniendo en cuenta la temperatura que impera ahí dentro, debería tener la solidez del hielo. ¡Esto puede ser, «Cuchillo»!

-Entonces llevémoslo adonde pueda resultar útil. Quiero un teléfono y quiero saber dónde está el ascensor... por ese orden.

-Sí, señor, general -articuló el ingeniero, retorciendo juntos los extremos de un cable cortado y alargando la mano hacia otro-. Encontrará ambas cosas ahí abajo. Siga el mamparo, salga y llegue a la primera puerta; están en el pasillo exterior. Envíe a alguien para que me informe de lo que pase. Empalmaré los alambres para que se alegre un poco este joviano tan pesado y luego trataré de sonsacarle algo más.

El general Burke llamó al teléfono situado en el puente próximo a la escotilla y tamborileó impaciente, durante treinta segundos, hasta que la pantalla se iluminó, al responder el teniente Haber.

-Informe -ordenó el general, brusco.

-Ahora reina la calma, señor. El tiroteo cesó hace un rato, pero los focos continúan proyectados sobre la entrada y deben estar vigilando con algún telescopio. Unos minutos atrás intenté echar un vistazo y casi me volaron la *cabeza*. Sin embargo, hasta el momento no han tratado de irrumpir en la nave.

-Siga ahí, Haber, a cubierto. Me pondré en contacto con ellos, a ver si nos permiten abandonar el vehículo. Parece que hemos encontrado un remedio contra la plaga, pero hemos de llevarlo a un hospital para demostrarlo. -Cortó la comunicación, antes de que el sorprendido oficial tuviese tiempo de responder-. Voy a subir a la sala de mandos, Sam. Diga a Yasumura que se reúna con Haber en la escotilla, tan pronto como haya terminado con los cables; déle a entender que es importante. Luego, suba usted también a la sala de mandos.

Para cuando Sam hubo transmitido el recado -y convencido al ingeniero de que no era el momento oportuno para conversar con el joviano-, el general Burke había encontrado el camino de la sala de mandos y estaba hablando por el radiófono. Se había limpiado del rostro la mayor parte de la crema de maquillaje negra y no cabía duda alguna respecto a su identidad. Al entrar Sam, le indicó el teléfono con la mano:

-Usted conoce a Chabel, de Salud Mundial, háblele. No cree una palabra de lo que le estoy diciendo.

El profesor Chabel les miró desde la pantalla, tembloroso y pálido:

-¿Cómo voy a creer lo que usted dice, general Burke, o lo que me diga el doctor Bertolli, después de lo que ha ocurrido? El Consejo de Emergencia se halla en este instante celebrando una sesión... ¿Saben ustedes lo que están tratando...? No me atrevo a decirlo por un circuito abierto...

-Sé lo que están tratando -manifestó Sam, esforzándose en dominar su voz en lo posible-. Quieren empezar en seguida a tirar bombas de hidrógeno y atomizar la Zona Roja... Nueva York City y toda su área, en un radio de ciento sesenta kilómetros. Pero ya no tienen por qué hacerlo, existe la posibilidad de vencer a los virus de la enfermedad de Rand. -Levantó la cápsula-. Creo que esto contiene el remedio y sólo hay una manera de confirmarlo: ir al Bellevue con toda la rapidez que pueda.

-¡No! -denegó Chabel, estremecida la voz-. Si no abandona la nave, existe alguna

Librodot

probabilidad de que el Consejo de Emergencia no adopte medidas desesperadas. Quédense donde están.

-Me gustaría hablar con el doctor Mackay, puedo explicarle lo que hemos encontrado.

-Imposible. El doctor Mackay todavía no se ha recuperado de su ataque al corazón, en ningún caso le permitiré que hable con él...

Sam alargó el brazo e interrumpió el circuito. Marcó luego la señal adecuada y pidió a la telefonista que le pusiese en comunicación con el número del doctor Mackay.

-¡Maldita vieja asustada! -imprecó rabiosamente el general-. ¡Histérico! ¡Pensar que *yo* estaba mintiendo!

Zumbó la señal, pero fue Eddie Perkins, y no Mackay, quien apareció en la pantalla.

-*¡Usted!* -exclamó, tenso a causa de la ira-. ¿No ha ocasionado ya bastantes disgustos? Me he enterado de sus hazañas en el aeropuerto, debe haberse vuelto loco...

-¡Eddie! -le interrumpió Sam-. ¡Cállese! No voy a discutir más con usted. Ésta es la última oportunidad que le queda de hacer tabla rasa y compensar todas las equivocaciones que ha cometido. Ayúdeme ahora y el asunto terminará. Debo hablar con el doctor Mackay. El general Burke, que está a mi lado, le explicará la razón. El general Burke, del Ejército de las Naciones Unidas, usted le conoce y puede dar crédito a lo que le diga.

-Es muy sencillo, doctor Perkins. Nos encontramos ahora a bordo del «Pericles» y hemos descubierto la causa de la enfermedad de Rand. El doctor Bertolli tiene un suero capaz de curarla. Hemos de salir cuanto antes de la astronave y dirigirnos en seguida al Hospital Bellevue. Se nos impide hacerlo y el doctor Mackay es la única persona que puede ayudarnos. Ahora, si usted nos pone en contacto con él...

Lo dijo con voz normal, simplificando la situación y empleando los matices crispados del hombre acostumbrado a mandar y que no admite réplica. Sam contempló a Eddie Perkins, que permanecía sentado en silencio, mordiéndose el labio inferior, presa de la angustia. Por primera vez, Sam comprendió que Perkins no albergaba maldad, sólo se había encontrado en una situación de excesiva trascendencia para su capacidad. Era un hombre que no reunía las condiciones imprescindibles para el cargo y que no se atrevía a reconocer que hacía mal las cosas.

-Pase en seguida la comunicación, Eddie -pidió Sam en voz baja.

-Mackay está enfermo.

-No tardará en estar muerto, lo mismo que todos nosotros, si no se pone coto a la enfermedad de Rand. Pase la llamada, Eddie...

Perkins ejecutó un movimiento convulso hacia la" palanca y su imagen desapareció de la pantalla. Aguardaron rígidos, sin mirarse el uno al otro, mientras ondeaban en el aparato los círculos sin fin de la señal de llamada. Cuando, por fin, apareció la imagen de Mackay en la pantalla, Sam dejó escapar el aire contenido en sus pulmones: no se había dado cuenta de que retenía la respiración.

-¿Qué ocurre, Sam? -preguntó Mackay, sentado en una cama del hospital. Parecía tenso y enflaquecido, pero aún se mantenía alerta. Escuchó con interés la versión de Sam, acerca de lo que habían descubierto en la aeronave y, cuando el relato hubo concluido, inclinó la cabeza, dando su aquiescencia:

-Le creo, por la sencilla razón de que nunca me inspiró confianza alguna la enfermedad de Rand. Desde el principio, se manifestó de una manera imposible. Ahora se comprende todo: era una enfermedad diseñada y prefabricada. Pero, ¿por qué? Bueno, no, eso ya no importa. ¿Qué desea que haga?

-Queremos llevar de inmediato este líquido al Bellevue, pero estamos prisioneros en la aeronave, órdenes del profesor Chabel.

-¡Tonterías! Puedo ponerme en contacto con una o dos personas que harán algo respecto

a esas órdenes. Me pusieron al mando del equipo encargado de descubrir un tratamiento contra la enfermedad de Rand, y si usted lo tiene, quiero que me lo traiga *ahora mismo.*

Colgó.

-Buen jugador -alabó el general-. Confío en que su corazón resista hasta que haya hecho algo con esos políticos con cabeza llena de serrín. Vamos, Sam, echemos un vistazo por la escotilla y veamos si los polizontes necios nos permiten salir.

El teniente Haber y Stanley Yasumura descansaban apoyados en el tabique del pasillo, a bastante distancia de la línea de fuego y de la entreabierta puerta.

-Quédese donde está -dijo el general, cuando Haber trató de ponerse derecho-. ¿Alguna novedad?

-No, señor, la situación sigue invariable desde la última vez que le hablé.

-Queremos que se abra la puerta exterior otra vez, para salir de aquí sin perder tiempo, en cuanto nos sea posible. ¿La caja de empalmes se encuentra en la línea de fuego?

-No lo creo, señor. Me parece que, si uno está de pie, pueden verle desde fuera, pero no ocurre así cuando uno permanece cuerpo a tierra.

-Dígame qué ha de hacerse, ¿quiere, Stanley? -pidió Sam-. Me encargaré de eso.

-Me gustaría decírselo -contestó el ingeniero, apretando los dientes para interrumpir su inclinación al castañeteo-, pero llevaría demasiado tiempo y usted tardaría mucho en realizar las conexiones... Seré yo quien lo haga; déjeme, antes de que me fallen los nervios. Limítese a alargarme el alambre cuando se lo pida. Y deséeme suerte.

Se tendió boca abajo en el mismo umbral de la puerta interior, titubeó unos segundos y luego reptó por el piso del compartimiento de la escotilla. No sucedió nada mientras se deslizó por la pared hasta la caja de empalmes, ni llamó la atención de los policías cuando tuvo que incorporarse para conectar los cables. Pero debieron verle durante el regreso, porque las balas empezaron a repicar contra la puerta exterior y el casco de la astronave. Algunos proyectiles se colaron por el resquicio y rebotaron dentro, surcando el aire de la escotilla. Yasumura se arrojó de cabeza por el hueco de la puerta interior y permaneció inmóvil en el suelo, exhausto, pero ileso.

-Buen trabajo -aplaudió el general-. Abramos ahora la puerta exterior y comprobemos cómo reaccionan esos policías deseosos de darle al gatillo.

Tan pronto fue capaz de levantarse, el ingeniero conectó los cables al generador y cerró el circuito. Los interruptores se habían enfriado y volvieron a funcionar, zumbó el motor y la puerta de la escotilla comenzó a abrirse despacio.

La primera reacción consistió en una lluvia de balas, pero los de la nave se encontraban lejos de la línea de fuego.

-Les gusta disparar y están nerviosos -comentó el general desdeñosamente-. Me pregunto si tendrán idea de lo que esperan conseguir con ese ametrallamiento.

Otras personas debían compartir esa opinión, puesto que el tiroteo cesó bruscamente, sustituido por un silencio en el que pronto se desvaneció el eco de los disparos anteriores. Transcurrieron cerca de cinco minutos, antes de que alguien gritase desde fuera:

-General Burke, ¿me oye?

-Le oigo perfectamente -respondió el general a pleno pulmón-, pero no le veo. En el caso de que salga a la escotilla, ¿van a acribillarme esos inquietos polizontes?

-No, señor... hemos recibido la orden de no hacerlo.

Si el general sentía alguna preocupación, no lo demostró de ninguna forma. Se enderezó la boina, sacudió un poco de barro seco de sus pantalones y anduvo hacia el borde de la escotilla, permaneciendo inmóvil y erguido frente a la luminosidad de los focos proyectados sobre su figura.

-¿A qué viene esto ahora? -preguntó-. ¿Quieren apagar esas luces... o es que tratan de cegarme?

Hubo unas cuantas órdenes sofocadas y se apagaron dos focos.

-Se nos ha ordenado que les permitamos abandonar la aeronave.

El que hablaba se adelantó, un canoso capitán de policía.

-Necesito un medio de transporte. Un helicóptero.

-Tenemos uno aquí...

-Que vayan calentando el motor. ¿Qué le ha ocurrido a mi sargento?

-Si se refiere al francotirador que disparaba contra nosotros, ha muerto.

Sin pronunciar palabra, el general dio media vuelta y regresó hacia el interior del vehículo:

-Vayámonos antes de que cambien de idea.

Tenía la expresión fija y desdichada del soldado que ha visto morir a demasiados amigos.

-Ya no me necesita más -dijo Yasumura-. Así que, si no le importa, me quedaré aquí y echaré un vistazo al diario de navegación. Aprovecharé también para charlar un rato con ese superpesado pasajero.

-Sí, claro -articuló el general-. Gracias por su ayuda.

-Invierta los términos, general, soy yo el que debe estarle agradecido por permitirme volver a la astronave.

Una carretilla elevadora se acercó al «Pericles» en marcha atrás y su plataforma subió hasta el nivel de la escotilla. Salieron del vehículo espacial, llevando entre los dos al herido teniente, y el conductor de la carretilla hizo girar la pluma de la plataforma y los depositó en el suelo; a escasos metros del aparato, las hélices del helicóptero se movían lentamente. No prestaron la menor atención a los policías de torvos rostros, armados hasta los dientes, que contemplaron su paso. Sam sostenía en una mano la cápsula, mientras utilizaba la otra para ayudar a Haber a subir al helicóptero. Dejaron al teniente acomodado en los asientos posteriores, tendido de través sobre ellos.

-Al Hospital Bellevue, con toda la rapidez que pueda sacar al aparato. -Sam se dejó caer en el sillón de junto al piloto, que no dijo nada, limitándose a dar gas a la máquina, la cual salió disparada hacia arriba.

Delante de ellos, el horizonte sembrado de lucecitas de Manhattan fue ensanchándose, y frente a los ojos de Sam, con el mismo realismo de los edificios, apareció la imagen de Nita, hinchada y enferma. Habían transcurrido horas desde la última vez que la vio y no ignoraba que debía estar peor, mucho peor... o quizá... Se negó a aceptar la idea. No podía haber muerto, ya no, con la salvación tan próxima. ¿O no llevaba la salvación? Bajó la mirada hacia el cilindro color de cera, sostenido en el regazo; la cápsula era blanda y cedió al apretarla. ¿Contendría realmente un remedio? El recuerdo de las horas pasadas le tranquilizó. ¿Qué podía ganar el joviano entregándoles una substancia errónea? O, ¿por qué iba a molestarse en darles algo efectivo contra la plaga? Ambas preguntas carecían de significado, puesto que no tenía ni la más remota idea acerca de las instrucciones y motivos del ser de Júpiter. El helicóptero dio una vuelta en torno al macizo inmueble del hospital, cerró sobre el faro de control y se dispuso a aterrizar. Dos auxiliares echaron a correr hacia él.

-Cuiden del paciente que hay ahí -ordenó Sam, al tiempo que se apeaba y se disponía a pasar entre los enfermeros, empujándolos cuando no se movieron con suficiente rapidez. Antes de que Sam alcanzase la entrada, ya estaba corriendo y, al llegar al ascensor, oprimió la pared con la mano libre, hasta que la puerta se abrió. El general Burke saltó dentro del ascensor, tras él.

-Calma, muchacho -recomendó-, llegará a tiempo.

La habitación estaba a oscuras y Sam encendió todas las luces del techo. Brotó un gemido en la cama más próxima a la puerta, donde una mujer desconocida se protegió los ojos del súbito resplandor. Sam dio media vuelta, hacia la otra cama.

«¡Dios mío, qué grave parece estar!»

Librodot

-Nita...

-¿Qué está haciendo aquí? ¿Quién es usted? ¡Salga inmediatamente!

Un médico, al que nunca había visto, tiraba de su brazo y Sam comprendió que su aspecto debía ser espantoso, con la piel ennegrecida y la ropa cubierta de barro seco.

-Lo siento, doctor, pero soy Sam Bertolli. Si tiene una aguja hipodérmica a mano...

Se interrumpió al ver el autoclave adosado a la pared del fondo. Caminó presuroso hasta el mueble y oprimió el pedal del suelo para abrir la portezuela.

El contenido todavía estaba caliente y le quemó los dedos mientras preparaba una aguja hipodérmica, pero no lo notó, como tampoco se dio cuenta de la presencia del general, que se había llevado al otro médico a un lado y le estaba dando explicaciones en voz baja.

La cápsula. Limpió el extremo con alcohol y adosó allí la aguja: atravesó fácilmente el envoltorio del líquido. ¿Era un tratamiento contra la enfermedad de Rand... o un veneno? ¿Cómo iba a saberlo? Invirtió la cápsula y fue retirando el émbolo, hasta que el tubo quedó medio lleno de líquido pajizo. Sacó la aguja y tendió la cápsula al general Burke, que se había colocado junto a él.

-Mantenga esta punta hacia arriba -recomendó.

Extrajo suavemente el brazo de Nita de debajo de la ropa, trabajando con una sola mano, y limpió con alcohol la parte interior del codo. La epidermis de la muchacha estaba reseca, caliente hasta abrasar, moteada por nódulos y rojeces. ¡Nita! Trató de no contemplarla como una persona, debía mirarla como a un paciente, a su paciente. Frotó la vena con el pulgar, hasta que se expandió, y luego clavó la aguja. ¿Cuánto? Cinco centímetros, de momento; después, si era necesario, más.

El indicador de temperatura señalaba cuarenta grados y en su conjunción con los registros de la presión sanguínea y el pulso demostraba que la joven se estaba muriendo. La trabajosa, profunda y ronca respiración de Nita rompió de pronto y su espalda se arqueó bajo la ropa: exhaló un gemido entrecortado. Sam alargó la mano y la tocó, empavorecido: ¿Qué había hecho? ¿La había matado?

Pero cuando desvió la vista hacia el indicador, observó que la temperatura había descendido unas décimas.

El desarrollo del proceso era anormal y completamente imposible. Todo lo referente a la enfermedad de Rand lo era. Mientras contemplaba a Nita, en cuestión de unos minutos, el mal quedó destruido. Al cabo de cinco minutos, la temperatura era normal y, en un cuarto de hora, los bultos habían cambiado de color y empezaban a disminuir de tamaño. La respiración de Nita se hizo uniforme, regular y honda.

Cuando abrió los ojos, les miró y esbozó una sonrisa:

-Sam, cariño..., ¿qué haces con la cara pintada de esa forma?

CAPÍTULO XV

-ME ENVÍA el doctor Mackay -declaró Eddie Perkins, al dar Sam media vuelta. Le sorprendió ver que había por lo menos una docena de personas en el cuarto, con él.

-Tome -dijo Sam, y le tendió la aguja hipodérmica-. Coja esto y la cápsula que sostiene el general. Sin volcarla, llévela en seguida al equipo de investigación. Dígales que se trata del remedio para la enfermedad de Rand. Tenga cuidado, ignoro qué es y no podemos hacernos con más, al menos por ahora. Microanálisis... ellos saben lo que debe hacerse. Llamaré al doctor Mackay y le informaré de lo sucedido.

-Se encuentra ahora bajo los efectos de un sedante, tendrá que esperar hasta mañana por la mañana. Temimos que la tensión que... Bueno, se esforzó mucho para conseguir que les permitiesen abandonar la astronave. -Perkins se dispuso a marchar con la aguja hipodérmica y la cápsula en el hueco de las manos, pero se detuvo al llegar a la puerta y volvió la cabeza-: Escuche, Sam... gracias...

Apretó el paso.

Nita dormía profundamente y Sam se estaba quitando la crema negra de las manos y del rostro cuando reapareció el general.

-Dispone usted de cinco minutos -anunció-. He recibido una llamada del doctor Yasumura, desde el «Pericles», y quiere que vayamos allí en seguida. Ya he visto bastantes policías por hoy, gracias a Dios, así que pedí mi propio medio de transporte y se halla en camino, desde el fuerte. ¿Va a servirnos, Sam?

-No lo sé -confesó el médico, secándose con una toalla-. El joviano nos proporcionó el remedio, desde luego; ya vio cómo resultó con Nita, pero en esa cápsula no hay bastante medicina para tratar a cincuenta personas, y a estas alturas debe haber cincuenta mil casos, por lo menos. Todo depende ahora de lo que salga del laboratorio. Si consiguen analizarlo, descomponerlo y volverlo a componer, la plaga habrá dejado prácticamente de existir. Ciertamente, espero que lo consigan.

-¿Qué probabilidades hay?

-Ninguna en absoluto... o una entre un billón. Lo único que podemos hacer es esperar, a ver qué ocurre. Y volver al «Pericles» para probar de extraer algún sentido a la conversación del joviano. ¿Dijo Stanley lo que quería?

-No hablé con él. Sólo recibí el recado: que vayamos allí de inmediato.

Cuando salieron al helipuerto, Sam observó, un poco asombrado, que ya había claridades diurnas; las últimas estrellas se desvanecían por el oeste y el cielo presentaba ese aspecto de universo recién lavado que tiene después de la lluvia. Un rumor de motores potentes llegó desde el sur, transformándose pronto en rugido, cuando los pesados «VTO» atronaron el aire por encima de sus cabezas. Los aparatos trazaron círculos en las alturas, mientras uno de ellos descendía hacia la plataforma del hospital, donde aguardaban los dos hombres.

-Cuando usted habló de transporte, pensé que se refería a un helicóptero -gritó Sam, por encima del estruendo de los propulsores-. Esos aparatos de aterrizaje y despegue vertical no están autorizados para descender aquí.

-Ya lo sé, pero alcanzar el grado de general tiene sus compensaciones. Y no estoy lo que se dice encariñado con esos policías del aeropuerto, así que supuse que si blandía un grueso garrote y se lo enseñaba, acaso se aquietasen un poco...

Sus palabras quedaron ahogadas por el aullido de la máquina. El aeroplano tocó la plataforma ligeramente y se asentó sobre el tren de aterrizaje. El sonido bajó hasta convertirse en murmullo y el piloto levantó la cubierta de la carlinga y se inclinó hacia fuera.

-Me dijeron que usted quería esto, señor -manifestó, y ofreció al general el cinturón y la pistolera, con el arma cromada, de largo cañón y empuñadura de teca.

-Ahora me sentiré más cómodo -afirmó el general Burke, y se puso el cinto, antes de subir al avión.

Sam le siguió. Iban bastante apretados los tres en la carlinga, y tan pronto bajó la

Librodot

capota, el aeroplano salió disparado hacia las alturas. Los otros «VTO» cerraron en torno a él mientras continuaba elevándose y la formación adoptó luego el vuelo horizontal y, con hábil maniobra, torcieron rumbo al Aeropuerto Kennedy. Llegaron a él desde bastante altura y efectuaron un veloz círculo alrededor de la gigantesca aeronave espacial, para después posarse junto a ella, descendiendo despacio. La roma popa pasó junto al arañado casco del «Pericles», recorriéndolo en toda su longitud y tomando tierra junto a la base. En aquella ocasión, las miradas de los policías no fueron tan amenazadoras como la primera vez, cuando atravesaron el boquete abierto en la alambrada. Caminaron hacia la rampa que conducía a la escotilla.

-¿Ha entrado alguien en la aeronave? -preguntó bruscamente el general a los dos policías que montaban guardia al pie del «Pericles».

-No, señor. Se nos ordenó que no lo hiciéramos... Y...

-Estupendo. Nadie tiene por qué entrar.

Reanudó la marcha sin esperar a enterarse de lo que el policía deseaba decir. Subió los peldaños metálicos, con Sam pisándole los talones. Franquearon la escotilla y penetraron en el ascensor.

Stanley Yasumura ocupaba el sillón del capitán de la nave, en el puente de mando, y, al verles entrar, les indicó que se acercaran.

-Todo está en el registro sonoro -informó-. Llevaron el diario de navegación hasta el fin; los hombres que tripulaban este vehículo tenían agallas, pero de verdad.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Sam.

-El «Pericles» quedó atrapado inmediatamente después del aterrizaje, algo relativo a un campo magnético que generaban los jovianos. Presté poca atención a la primera parte, pero pueden volver la cinta al principio y escucharla. Los nativos se pusieron después en contacto con la dotación, aprendieron inglés y mataron al capitán... así como suena, le abrieron en canal y llamaron *parlamento* a esa operación.

-Es la misma palabra que el joviano de aquí ha venido usando a menudo..., ¿qué puede significar?

-También a mí me gustaría averiguarlo... He probado a ponerme al habla con nuestro espécimen, pero no contesta al teléfono. De cualquier modo, parece que los hombres de Júpiter le dan el significado de total entendimiento o de comprensión absoluta... O quizás el conocimiento de los procesos básicos de la vida. Aparentemente, los jovianos no poseen máquinas ni han desarrollado una cultura mecánica... lo que sí tienen es biocultura. Parecen ser capaces de hacer lo que desean con células vivientes. Cuando la astronave se posó en su planeta, llevándoles una forma distinta de vida, se comportaron como chiquillos con un juguete nuevo; querían diseccionarlos para comprobar qué órganos latían en su interior. Y lo hicieron; uno por uno, fueron cogiendo a los miembros de la tripulación y los anatomizaron...

-El infierno es frío, tal como escribió Dante -comentó el general Burke, y acarició la culata de su pistola-. Son demonios salidos del Antiguo Testamento. Vamos a poner otra nueva tripulación en esta aeronave y la volveremos a enviar a Júpiter con un cargamento de bombas de hidrógeno...

-No, «Cuchillo», se equivoca usted -contradijo Sam-. Se trata de seres con un sistema de vida distinto y, evidentemente, piensan y sienten, si pueden sentir, de forma distinta a la nuestra. No preguntaron a los tripulantes del «Pericles» si querían ser diseccionados y examinados, ¿pero hacemos nosotros esa pregunta a las ratas de nuestros laboratorios? ¿Damos a elegir a los polluelos entre crecer y desarrollarse o quedar convertidos en viles enfermedades mientras están aún dentro del huevo?

-¡Tonterías! No es posible formular preguntas a las ratas y a los huevos, ni hacer lo que nos plazca...

-Tiene usted razón. Así que tal vez los jovianos no podían formular las preguntas adecuadas... o quizá no deseaban hacerlo. Acaso entre ellos se destrozan de la misma forma, sin

pedir permiso; por lo tanto, ¿iban a pedir permiso a los hombres de la Tierra?

-Eso es lo que pensaron algunos miembros de la dotación del «Pericles» -intervino Yasumura-. El primer oficial, Weeke, siempre hablaba como un holandés impasible, pero tenía verdadera imaginación, teorías físicas. Grabó en el diario de navegación su teoría: los individuos jovianos no eran realmente individuos, sino que tenían una sola masa encefálica, un cerebro común. Si eso es cierto, morir como individuos no les importaría lo más mínimo, del mismo modo que a una uña no le importa ser cortada. Y si esa es la única clase de existencia que conocen, darían por supuesto, automáticamente, que a los invasores les sucedía lo mismo... Así que empezaron a descuartizarlos alegremente.

-Eso no es más que una teoría -tronó el general Burke.

-Pero explica un montón de cosas. O todos los jovianos son genios extraordinarios o hay un solo cerebro lo bastante grande como para hacerse cargo de casi todo. Él, o ellos, aprendió inglés al mismo ritmo que se les explicaba cada término. Y nunca habían visto ni imaginado máquinas de ninguna clase; sin embargo, aprendieron en cuestión de días y casi desdeñosamente, toda una tecnología mecánica. La necesitaron para trabajar dentro del medio ambiente, extraño a sus ojos, de la nave espacial, para construir ese depósito de presión que hay abajo, para gobernar el vehículo... Y asimilaron todo lo que tenían que hacer.

-¿No se les ofreció resistencia?

-Mucha, pero ineficaz. -Yasumura se volvió hacia el registro del diario de navegación y empezó a buscar la entrada que quería-. Tal vez al principio, antes de que los jovianos se estableciesen en la aeronave, pudo hacerse algo, pero resulta difícil imaginar qué. Recuerde que no podían despegar y, aparte de eso, poco más estaban en condiciones de emprender. Sea como fuere, la cuestión es que las cosas terminaron así... Ésta es la última entrada que efectuó el comandante Rand.

Apretó el botón del magnetófono.

«... Veinticuatro de mayo, de acuerdo con el reloj del puente de mando, aunque hemos perdido la noción del tiempo. No debería pluralizar... acabaron con Anderson hace un rato y era el último que quedaba, aparte de mí. Esos filamentos son capaces de atravesar cualquier clase de metal, están ahora por toda la aeronave y no hay forma de impedirlo. Uno los toca y se queda automáticamente paralizado, lo cual representa el fin. Vi lo que le hicieron también a Anderson. Está ahora abajo, en el puente C, en uno de esos depósitos, junto a otros dos. A todos ellos les hacen enfermar, después los curan, aunque ya no recuperan el mismo aspecto anterior, y, finalmente, mueren. Jamás vi nada semejante... Deben crear mutaciones susceptibles de provocar enfermedades con los gérmenes que encuentran en nuestros cuerpos, o no sé qué...»

Se oyó un tintineo y después el chasquido de un vaso al romperse. A continuación, Rand habló de nuevo y su voz se notaba más espesa:

-Si parece que he estado bebiendo, así es; he bebido porque resulta un poco difícil de soportar, ¿saben?, cuando todos mis compañeros... -Se interrumpió y, al reanudar la alocución, el tono era mucho mejor-: He roto la botella; borracho no podría hacer lo que tengo que hacer. Escuche, quienquiera que sea, confío en que nunca oiga esto. Espero poder llegar hasta la sala de máquinas y hacer lo que debo. Voy a quitar todos los sistemas de seguridad y a forzar la pila hasta que estalle. Se tratará sólo de un suicidio, dado que todos están muertos o deben estarlo. Estas cosas de ahí fuera son seres listos y van a aprender todo lo referente a nosotros y a la forma de pilotar esta astronave. No sé lo que pretenden hacer después. Pero quiero impedírselo. Aquí el comandante Rand, cerrando el diario de a bordo. Hoy es el veinticuatro de mayo y, de un modo' u otro, no se producirán más grabaciones en este cuaderno sonoro de bitácora.

El altavoz susurró algunos ruidos de fondo, pero no se oyeron más palabras,

Yasumura alargó la mano y desconectó el aparato. Transcurrió un buen rato, antes de que se rompiera el silencio.

Librodot

-Rand estaba en lo cierto -manifestó el general Burke-. Nos trajeron su enfermedad de todos los infiernos e intentaron destruirnos a todos.

-No, no hicieron eso -contestó Sam-. Lo que han instalado aquí tiene más aspecto de laboratorio que de otra cosa y lo que han llevado a cabo parece más un experimento que una intentona deliberada de borrarnos de la faz de la Tierra. La manera en que han confeccionado la enfermedad para que encaje en las condiciones de vida terrestre, para que ataque a animales que nunca vieron, para que se modifique bajo dichas condiciones..., todo ello significa que poseen un conocimiento perfecto o casi perfecto de la bioquímica, y que dominan a cualquier nivel. Aún no tenemos la más remota idea acerca de cómo propagaron el virus desde la aeronave, en-viándolo a través de Long Island y casi en línea recta... algo que resulta físicamente imposible para el estado de nuestros conocimientos. Si hubiesen querido soltar una plaga que se extendiese alrededor del planeta y exterminase a la raza humana del mundo, lo habrían podido hacer en un día. Pero no lo hicieron.

-Entonces, ¿qué es lo que *trataban* de lograr con...? -empezó a decir el general, pero Stanley Yasumura le interrumpió:

-¡Mire cómo saltan esas agujas...! ¡Están introduciendo electricidad en el equipo de alta potencia, en la radio de ultrafrecuencia!

Zumbó el radiófono y Yasumura lo conectó para responder a la llamada: en la pantalla apareció un hombre uniformado.

-Aquí, la torre, ¿qué están retransmitiendo? Sufrimos interferencias en las ondas de navegación...

-Nosotros no transmitimos nada, pero hay algo en un depósito, abajo, que se ha introducido en todos los circuitos. ¿Cómo suena la señal?

-Un momento, la conectaré a ese circuito. Y vean si les es posible hacer algo para interrumpirla; tiene unos tonos que saturan de parásitos casi todas nuestras frecuencias.

Cesó la voz y, al cabo de un momento, fue sustituida por un gemido discordante, agudo y chillón, que les puso los nervios de punta. Era algo semejante al chirrido de una uña arañando el cristal, pero de un tono increíble. El ingeniero bajó el volumen, hasta dejarlo transformado en un murmullo siniestro.

-¿Qué cosa terrestre puede ser eso? -preguntó Burke.

-Vale más que diga «qué cosa jupiteriana». En cierto modo, suena como la posible voz de un joviano. Stanley, ¿cree que esa señal puede llegar hasta Júpiter y ser entendida allí?

-No veo por qué no... si existe en ese planeta un buen receptor; la frecuencia deberá atravesar la pesada capa atmosférica y ser detectable allí. Sólo necesitaría poseer la suficiente potencia que la empujase. Pero, ¿no insinuará...?

-No insinúo nada, sólo apunto cábalas... Mire, esos contadores han descendido a cero. ¿Qué ocurre?

Yasumura los comprobó; después revisó otros instrumentos de la sala.

-Ya no se extrae energía alguna. Me pregunto qué se traerá entre manos nuestro amiguito del depósito.

-Vayamos a verlo -propuso Sam, y echó a andar hacia la puerta.

Lo primero que notaron al salir del ascensor fue el intenso olor a amoníaco que las aspas de los ventiladores se esforzaban en eliminar del aire; iniciaron la carrera. El suelo, junto a la pared reforzada del depósito de presión, estaba húmedo, lo mismo que la pared del propio depósito. La capa de escarcha se había desvanecido.

-¡El depósito se calienta...!

-Y la atmósfera presionada ha salido también de su interior, supongo -dijo Sam, con la mirada puesta en la oscura pantalla del teléfono.

-Entonces, ese ser está muerto... Se ha suicidado -añadió el general-. Pero, ¿por qué?

Sam meneó la cabeza.

-Me pregunto si debemos llamarlo suicidio. Probablemente, ese joviano nunca tuvo la

intención, ni el deseo, de regresar a su planeta. Vino aquí para realizar un trabajo... o tal vez para llevar a cabo un experimento, que puede resultar una descripción mejor. Nuestro mundo era su laboratorio y nosotros los conejillos de indias. Terminado el experimento envió su informe .

-¡La señal radiada!

-...cuando todo estuvo hecho. Así que murió, se desconectó o como quieran llamarlo. Misión cumplida. De un modo tan insensible como una célula epitelial de su piel; protege su cuerpo, muere y se desprende.

-Nos queda un consuelo -el general Burke propinó un puntapié al manojo de cables-. Al menos, tuvo que informar de que su misión, o su experimento, fracasó.

-¿Fracasó? -dijo Sam-. Acaso se trataba de un experimento social, no de un experimento médico. No cabe duda de que sabían de antemano cómo afectarían nuestros cuerpos la enfermedad; por lo tanto, tal vez lo que les interesara fuese nuestra ciencia o nuestras reacciones como grupo social. La forma en que combatíamos la enfermedad, lo que haríamos cuando descubriésemos que la habían provocado ellos. Al fin y al cabo, no intentaron ocultar el hecho de que la habían traído: el diario de navegación sigue en su sitio y una vez abierta la entrada, la presencia del joviano era evidente. Y no olvide que tenía la cápsula del remedio preparada. En cuanto comprendió que iba en serio la amenaza de cortarle toda comunicación, se apresuró a entregárnosla...

Se oyó el rumor de pasos a la carrera y, al volverse, vieron a Eddie Perkins en el umbral.

-Intenté ponerme en comunicación con usted por medio del radiófono, pero no pude conseguirlo -jadeó y abrió la boca para recobrar el aliento.

-¿Qué sucede?

-La enfermedad .. La enfermedad de Rand. El remedio. Podemos multiplicar la substancia de la cápsula. La pesadilla ha terminado. Hemos vencido.

Librodot

CAPÍTULO XVI

UNA ráfaga de viento arrojó contra el cristal de la ventana una rociada de copos de nieve, los cuales permanecieron largos segundos pegados al vidrio, hasta que el calor de la estancia los fundió. Convertidos en agua, se deslizaron hasta la parte inferior del marco.

Sentado a horcajadas en la silla, con los brazos apoyados en el respaldo, Killer Domínguez dirigió hacia la ventana una bocanada de humo de cigarrillo.

-Vaya día de perros, mire eso. Si no tuviese ya mi buena artritis, la cogería hoy. Lamento que se vaya, doctor.

-Pues yo no lamento marcharme, Killer -respondió Sam, al tiempo que sacaba un puñado de calcetines blancos de un cajón de la cómoda y los ponía dentro de la maleta abierta encima de la cama-. Este es un cuarto magnífico para albergar a un interno, se encuentra a dos pasos del tajo y resulta soportable porque uno no ve gran cosa. Pero no deja de ser un poquillo demasiado espartano... me recuerda al ejército más de la cuenta.

-Y tampoco es un aposento conveniente para un hombre casado, ¿verdad, doctor?

-Eso también es verdad -sonrió Sam-. No consigo imaginarme llevando a Nita en brazos y franqueando el umbral. Casi por lo único que siento marchar es porque me perderé la ambulancia. Echaré de menos tu forma de conducir, Killer.

-No, no la echará de menos, doctor. Lejos del carro de la carne, la viscera cardíaca latirá más tranquila. Le necesitarán en ese nuevo laboratorio del programa 30, con todo lo que sabe usted respecto a los jovianos y tal. He oído que fueron ellos los que sugirieron la idea.

-En cierto modo.-Sam cerró el cajón y se acercó al armario empotrado-. El remedio que los jovianos nos proporcionaron para curar la enfermedad de Rand fue lo que puso en marcha todo el asunto; es un concepto completamente nuevo en medicina. La molécula J, así la han bautizado, parece ser algo vivo, como un virus o un microorganismo, y capaz de reproducirse fácilmente por sí misma. Gracias a eso, se las arreglaron para elaborar la medicina con la rapidez suficiente para vencer a la enfermedad de Rand en cuestión de días. Uno la coloca en un plato de loza y el hendimiento empieza.

-¡Formidable...! ¡El específico de efecto instantáneo! La ruina para las farmacias... todo el mundo se fabricará su propia medicina.

-Puede que lleguemos a eso. Estamos empezando a descubrir las propiedades de la molécula J, y si resulta ser una décima parte de lo efectiva que parece, tendremos que agradecer a los jovianos el que nos trajeran la plaga -y el remedio-, porque de ello va a resultar un cambio fundamental en la ciencia médica.

-Vamos, doctor..., piense en la cantidad de víctimas que hubo...

-Estoy pensando en la inmensa cantidad de vidas que se salvarán, porque millares y eventualmente millones de personas podrán recuperar la salud, por cada una de las que han muerto. Verás, la molécula J no sólo se reproduce sola sino que, bajo ciertas condiciones, puede ser entrenada para atacar a los gérmenes de otras enfermedades. Después, la descendencia se especializa en combatir solo a esa enfermedad, de acuerdo con la instrucción recibida... y crece y se desarrolla con vistas a tal fin.

-Bueno, sus explicaciones se escapan ya a mi sagacidad, doctor. Saco una cosa a relucir, usted me envuelve y lo dejamos tal como está. ¿Qué me dice sobre esos secretos rumores referentes al envío de otra aeronave a Júpiter? ¿Es que no tuvimos bastantes disgustos la primera vez? -¿Hay algo de lo que no te enteres, Killer? -Uno tiene sus contactos. Sam cerró la maleta y echó la llave.

-Por ahora, no se trata más que de un grupo de presión que intenta convencer a las Naciones Unidas de que los jovianos no son realmente hostiles a nosotros, pero el asunto marcha despacio. Todavía hay suelto demasiado miedo. Sin embargo, tendremos que volver allí

Librodot

algún día y entrar en contacto con los habitantes de aquel planeta, un contacto que será amistoso. Los viajeros, supongo, tendrán que ser voluntarios, y se adoptarán todas las medidas de seguridad necesarias para evitar que vuelva a ocurrir algo parecido a lo de la enfermedad de Rand.

Nita había abierto la puerta mientras Sam hablaba, pero como el médico estaba de espaldas, no se percató de la llegada de la muchacha.

-Imagino que a ti te gustaría ser uno de esos voluntarios -articuló Nita, mientras se sacudía del chaquetón unos cuantos copos de nieve medio fundida.

Sam la besó primero, con buen arte y parsimonia. Killer manifestó su aprobación asintiendo con la cabeza y luego aplastó el cigarrillo.

-Tengo que ponerme en movimiento, el deber me reclama.

Se despidió al salir, agitando la mano.

-Bueno, no me has contestado -dijo Nita.

Sam la retuvo, a la distancia del brazo, súbitamente serio.

-No me lo impedirías, ¿verdad?

-No me gustaría que fueses, cariño, pero, no..., no trataría de impedírtelo, ¿cómo iba a hacerlo? Sin embargo, por favor, deja que transcurra un poco de tiempo...

-Transcurrirá un espacio de tiempo bastante largo, y, de todas formas, no voy a ir solo. Stam Yasumura forma parte del proyecto, y Haber se unirá a nosotros en cuanto abandone las muletas... Hasta «Cuchillo» Burke, se alinea a nuestro lado. No sé cómo lo ha conseguido, pero se las ingenió para que le destinasen a la Comisión del Espacio..., incluso asiste a las clases de una escuela de adiestramiento espacial, para poder integrarse en la segunda expedición.

-¡Pobre hombre! ¡A su edad! Todos esos ejercicios de caída libre y cámaras de potencia G múltiples... Le compadezco.

-Yo no -dijo Sam. Cogió a Nita del brazo, levantó la maleta con la otra mano y se encaminó a la puerta-. Compadezco mucho más a los jovianos.

F I N

Librodot